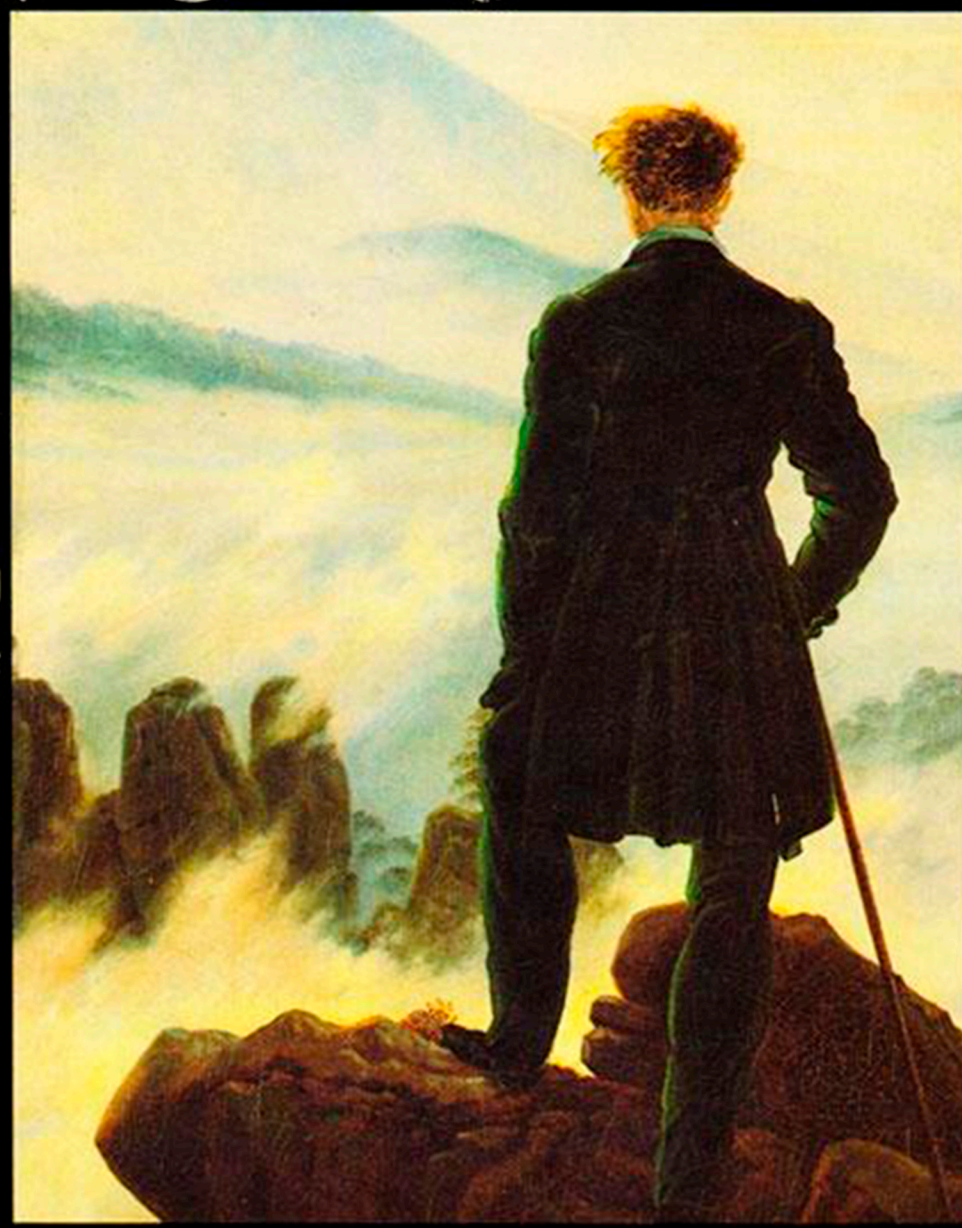

GÓTICA

Las "Aventuras" de Caleb Williams

o Las Cosas como Son

William Godwin

William Godwin (1756-1836), —padre de Mary Shelley, escribió abundantes ensayos sobre política, donde fue exponiendo su pensamiento de carácter anarquista —además de participar activamente en movimientos radicales de la época—, como su célebre «Investigación sobre la Justicia Política».

Caleb Williams surgió precisamente del estado mental en que le sumió la redacción de este ensayo.

«Las aventuras de Caleb Williams» es una oscura y envolvente novela sobre la culpabilidad, la curiosidad malsana, el acoso y la persecución obsesiva.

La primera parte describe la decadencia del noble Falkland, cuyo honor y reputación (los dos valores que orientan su vida) quedan en entredicho al cernirse sobre él la sospecha de un crimen infame. Su criado Caleb Williams, guiado por una curiosidad morbosa, cree haber descubierto la culpabilidad indudable de su amo y señor Falkland. Es entonces cuando se desata sobre el criado una persecución y acoso implacables.

Las leyes, tal y como aparecen en la obra, son esencialmente corruptas e instrumento de opresión de los poderosos sobre los débiles, y no son más que el arma de la que se sirve la tiranía humana, al menos en el mundo de «las cosas como son».

Lectulandia

Williams Godwin

Las “Aventuras” de Caleb Williams

o las cosas como son

Valdemar: Gótica - 22

ePub r1.0
orhi 06.05.16

Título original: *Caleb Williams Or Things As They Are*
Williams Godwin, 1903
Traducción: Francisco Torres Oliver
Ilustración de cubierta: Caspar David Friedrich: El Vagabundo sobre las Nieblas

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Hoy apenas conocido, William Godwin desempeñó un papel central en el debate ideológico de fines del siglo XVIII. Como buen ilustrado, puso en tela de juicio las ideas recibidas a través de su educación calvinista en la Hoxton Dissenting Academy y, aunque llegó a ejercer de pastor de 1778 a 1783 en Hertfordshire, llegó al convencimiento de la inexistencia de Dios después de haber leído a los filósofos franceses. Posteriormente, se fue a vivir a Londres, donde pasó el resto de su vida. Se casó con Mary Wollstonecraft, autora de *A Vindication of the Rights of Woman*, de la que escribió una especie de biografía y editó sus obras póstumas. Mary murió después de dar a luz a la hija que concibieron: Mary Shelley, la célebre autora de *Frankenstein*, quien, con el paso de los años se casaría con el poeta Shelley. Una vez que se quedó viudo, el filósofo anarquista se casó con Mrs Clairmont. Godwin no sólo escribió abundantes ensayos sobre política donde fue exponiendo su pensamiento anarquista, sino que también participó activamente en numerosos debates y mítines de grupos políticos radicales. Su obra *Investigación sobre la Justicia política*, publicada en 1793, alcanzó una gran resonancia y le convirtió en uno de los hombres más famosos de la época, rodeándole de admiradores como Wordsworth, Coleridge y Shelley. Posteriormente escribió otros ensayos completando, desarrollando y a veces modificando sus posiciones expresadas en la *Investigación*, entre ellos cabe destacar *The Enquirer* y *Thoughts on Man*. Además, escribió prosa de ficción como la novela que se presenta en esta ocasión, *St Leon* (1799), *Fleetwood* (1805), *Mandeville* (1817), *Cloudesly* (1830), *etc.* El filósofo anarquista de la edad de la razón murió a los ochenta años de edad y fue enterrado junto a su primera mujer, Mary

Wollstonecraft.

Su filosofía política, que alcanzó una expansión fulgurante para sumirse más tarde en el olvido, despierta en la actualidad cierta atención entre los estudiosos. Para el lector que se dispone a leer *Caleb Williams*, conocer algo sobre su pensamiento puede resultarle de interés, pues la novela surgió del estado mental en que le sumergió la redacción de la *Investigación sobre la Justicia política*: «fue el vástago de ese humor espiritual en que la composición de mi *Justicia política* me dejó». Godwin se erigió como el defensor del individualismo racional, la única fuerza que podía vencer el estado de las cosas consistente en una organización social injusta formada por instituciones. Su anarquismo filosófico se basa en un sistema ético utilitarista y en unas presuposiciones sobre el conocimiento y la realidad de los hombres. Pensaba que la razón podía vencer todos los obstáculos si se discutía adecuadamente la conducta humana, que los conflictos podían resolverse a través de una exhaustiva discusión entre las personas. Pero esta defensa de la razón no le llevaba a afirmar que en la sociedad actual los hombres se comportasen de ese modo. Ese uso de la razón aparecía ante la mente del filósofo y novelista como un estado entre los hombres hacia el que éstos deberían tender para eliminar todos los conflictos existentes. La razón se revela, entonces, como un estado ideal, un deber ser frente a la realidad o ser. Godwin sentía la inclinación de escrutar los motivos, los objetivos y la naturaleza de la conducta humana, lo que le llevó a afirmar que todas las instituciones, incluidas todas las formas de gobierno, es decir, los hombres en tanto que asociados, eran fundamentalmente corruptas y que mientras éstas se mantuvieran en pie el camino hacia la razón y la justicia quedaría permanentemente bloqueado. Sólo el desarrollo individual de la razón y de la benevolencia sin las restricciones de las leyes podría conducir al hombre a un estado del que se puede predicar la justicia. La naturaleza del hombre, no podía ser de otra forma, se muestra ante los ojos del filósofo con un doble aspecto: el hombre es benevolente y bien constituido, pero al mismo tiempo es egoísta y corrupto, según prevalezca en él la razón o sea víctima de su interés. Si la observación de los motivos de la conducta humana puede conducir al establecimiento del propio interés

como su causa central, Godwin señala que el desinterés puede ser también un motivo de la acción moral. Godwin distingue entre dos clases de motivos que pueden mover a la acción: los directos y los indirectos; los primeros están presentes en la mente cuando uno decide actuar, los segundos inciden en la acción a través de la costumbre sin ser considerados de un modo consciente. El placer y el interés propio pueden ser motivos inconscientes en la acción, incluso cuando se obra de un modo consciente. Aunque no niega que las razones egoístas sean el fundamento de muchas acciones, Godwin no reduce los motivos del obrar, tanto involuntario como voluntario, al egoísmo; la experiencia le muestra que hay otros motivos además de la consecución del placer o del beneficio propio en algunos hombres, pero también observa que la gente, en general, no se conduce por la razón, sino, de una forma egoísta, por los prejuicios y la costumbre. Inducido por su nueva fe de hombre ilustrado, el filósofo piensa que, en su camino hacia el futuro, los hombres irán adoptando el punto de vista de la razón y de la benevolencia, dejando atrás los prejuicios y las costumbres no examinadas a la luz de la razón. Por lo tanto, el hombre es perfectible y puede tomar el camino del progreso hasta llegar a una sociedad en la que los hombres dejen de devorarse unos a otros e instauren el reino de la justicia y la razón. Un mundo soñado y utópico, donde no habrá guerra, crímenes, administración de justicia… ni gobierno. Además de esto, no habrá enfermedad, angustia, melancolía, ni resentimiento. Todos buscarán, con ardor inefable, el bien de todos. Pero mientras tanto, los hombres, en general, se organizan políticamente, no para buscar el bien común precisamente, sino más bien para satisfacer sus inclinaciones egoístas, en una lucha a menudo cruel y despiadada. Godwin, al escribir *Caleb Williams*, intenta representar en la ficción no el supuesto estado hacia el que se dirige la humanidad, sino «las cosas como son». De ahí el carácter gótico de la novela.

En el mismo mes en que se publicaba su *Investigación*, febrero de 1793, comenzó la redacción de la novela, y durante varios días la continuó de un modo sistemático. La imaginación de un asesinato secreto fue lo que dio cuerpo a la novela, cuya composición se prolongó durante quince meses y fue publicada en mayo de 1794 por Crosby en Londres. En ella se pude

apreciar el gusto por la introspección psicológica del autor: el análisis de los motivos que llevan a actuar a los personajes, cuyos caracteres se exponen con claridad y detalle. La confrontación psicológica de estos personajes conduce el hilo de la narración; las ideas de Godwin sobre las relaciones entre los hombres aparecen ejemplificadas a través de las situaciones concretas que se van desarrollando. Así, la renuncia al uso de la razón para conducirse en la práctica es el origen del conflicto que abre la puerta por donde entran las desgracias y que les sitúa en el camino del desastre y la perdición. El odio que nace entre los personajes es el detonante de la tragedia, y ese odio se debe a la oscuridad de los motivos que están en la base de su obrar: los prejuicios y el hábito, que no han sido examinados por la razón. La descripción de la relación entre los caracteres pertenece, por tanto, al mundo de las cosas como son, no como deberían ser. Además de este aspecto psicológico, la narración tiene una intención didáctica y de propaganda: hacer ver al lector el carácter corrupto del reino de las cosas como son, de modo que tome una actitud en favor de introducir una reforma en ese estado de cosas. Una vez que los personajes han entrado en conflicto y se han declarado enemigos, se convierten en víctimas y verdugos; perseguidores y perseguidos se ven impelidos a utilizar los medios que pone a su disposición la sociedad para la cacería entre hombres: el sistema legal. A través del desarrollo de los conflictos, Godwin desenmascara las formas de despotismo que acaban adquiriendo las relaciones humanas, y con las que los miembros de la especie intentan destruirse unos a otros. Las leyes, tal como aparecen en la narración, son algo esencialmente corrupto y se usan como instrumento de opresión de los ricos y poderosos frente a los pobres y débiles; no son más que el arma de la que se sirve la tiranía humana, al menos en el mundo de las cosas como son. Pero los aspectos psicológico y de propaganda política quedan indisolublemente unidos a la sucesión de aventuras que acaecen, a veces de un modo trepidante, en la novela, y a los momentos de suspense. Psicología, política y aventura conforman una unidad narrativa que despierta inmediatamente la atención del lector, la cual se mantiene atenta y expectante hasta el episodio final. Esa tensión con que el lector recorre las páginas de la novela son el reflejo del estado elevado de inspiración en que fue escrita. El que la coge en sus manos es

difícil que pueda dejarla hasta que haya leído el desenlace final.

AGUSTÍN IZQUIERDO

LAS *AVENTURAS* DE CALEB WILLIAMS
O LAS COSAS COMO SON

El leopardo conoce en el bosque a sus congéneres;
El tigre no ataca tampoco a su especie:
Sólo el hombre es el común enemigo del hombre.

Prefacio

El siguiente relato obedece a un propósito más general e importante del que aparece a primera vista. La cuestión candente hoy en el mundo sobre LAS COSAS COMO SON es la más interesante que pueda planteársele al espíritu humano. Mientras un sector aboga por la reforma y el cambio, el otro ensalza con los términos más encendidos la actual estructura de la sociedad. Como si decidiendo esta cuestión se ganara algo, como si la constitución se desarrollase fielmente en la práctica. Lo que aquí se ofrece al público no es una sutileza especulativa y abstracta; es una exposición y descripción de cosas que ocurren en el mundo moral. Sólo recientemente se ha comprendido en su justa medida la importancia incalculable de los principios políticos. Ahora se han dado cuenta los filósofos de que el espíritu y el carácter del gobierno se inmiscuyen en todos los estados de la sociedad. Pero ésta es una verdad que vale la pena comunicar a quienes no es probable que lleguen jamás los tratados de filosofía y de ciencia. Así que la invención de la presente obra se propone, en la medida que permite el carácter progresivo de una simple historia, dar un repaso general a los modos de despotismo doméstico no catalogados, por los que el hombre se convierte en destructor del hombre. Si el autor consigue comunicar una lección aprovechable sin merma del interés y la pasión que deben caracterizar a una obra de este género, tendrá motivo para alegrarse del medio elegido.

12 de mayo de 1794.

Este prefacio fue suprimido en la edición original por la alarma suscitada entre los libreros. Caleb Williams salió a la luz el mismo mes en que estalló la atroz conspiración contra las libertades de los ingleses, y que por fortuna terminó en la absolución de las primeras víctimas que iban a caer, hacia finales de ese año. El terror estaba a la orden del día, y se temía que señalaran al humilde novelista como solapado traidor.

29 de octubre de 1795.

VOLUMEN I

Capítulo I

Mi vida ha sido durante años teatro de desgracias. He sido, sin posibilidad de sustraerme, una llamada a la vigilancia de la tiranía. Se han truncado mis perspectivas más halagüeñas. Mi enemigo se ha mostrado inconmovible a las súplicas e incansable en la persecución. Mi reputación, lo mismo que mi felicidad, se ha convertido en su víctima. Todo el que ha conocido mi historia, se ha negado a socorrerme en mi aflicción, y ha maldecido mi nombre. No he merecido ese trato. Mi propia conciencia testifica en favor de esa inocencia que reclamo y que el mundo considera inverosímil. Hoy tengo pocas esperanzas de escapar a las fatigas que me acosan por todas partes. Sólo el deseo de apartar el pensamiento de mi situación desolada, y la vaga impresión de que por ese medio quizá la posteridad se incline a concederme la justicia que mis contemporáneos me niegan, me mueve a escribir estas memorias. Mi historia revelará al menos esa coherencia que raramente acompaña a otra cosa que a la verdad.

Nací de padres humildes en una región apartada de Inglaterra. Su trabajo era el habitual de los campesinos, y no tenían otros bienes que dejarme que una educación exenta de las habituales fuentes de vicio, y la herencia (¡perdida hace ya mucho tiempo por este infortunado vástago!) de un nombre honrado. No me enseñaron los rudimentos de ninguna ciencia, o arte de la lectura, la escritura y la aritmética. Pero yo tenía un espíritu inquisitivo y, desde la conversación hasta los libros, no descuidé ningún medio de satisfacer mi curiosidad. Mi aprovechamiento fue más grande de lo que mi situación en la vida permitía esperar.

Hay otros detalles dignos de mención, dado que influyeron en la etapa posterior de mi vida. Tengo una estatura algo por encima de la media. Sin ser particularmente atlético ni ancho de proporciones, he sido bastante

fuerte y activo. Tenía una flexibilidad y una constitución que hadan que destacara en los deportes. Mis hábitos de pensamiento, en cambio, se contraponían en cierto modo a los dictados de la vanidad juvenil. Sentía bastante rechazo a los bullicios y algazaras de los valentones del pueblo, y satisfacía mi debilidad por el elogio dejándome ver de tarde en tarde en sus competiciones. Mi superioridad en estos aspectos, empero, dieron orientación a mis gustos intelectuales. Me encantaban las lecturas sobre acciones de proeza y esfuerzo, y me entusiasmaban los relatos en los que se recurre al ingenio y a la fuerza física para vencer dificultades. Me curtí en trabajos físicos, y dediqué mucho de mi tiempo al empeño de la inventiva mecánica.

El manantial de acción que, quizá más que ningún otro, ha caracterizado el curso entero de mi vida, ha sido la curiosidad: fue ésta la que me aficionó a la mecánica: ansiaba averiguar los diversos efectos que podían producir determinadas causas. Fue ésta la que me convirtió en una especie de filósofo de la naturaleza: no descansé hasta familiarizarme con las teorías que se habían elaborado para los fenómenos del universo. Ésta en fin, generó en mí una irresistible afición a los libros de ficción y aventuras. Suspiraba por el desenlace de una empresa casi con la misma ansiedad que el personaje cuya felicidad o desdicha dependía de su final. Leía, devoraba composiciones de este género. Se apoderaban de mi alma; y sus efectos se reflejaban a menudo en mi expresión y mi salud. Mi curiosidad, sin embargo, no era del todo innoble: los chismes y los escándalos del pueblo carecían de interés para mí; tenían que excitar mi imaginación; si no, mi curiosidad permanecía aletargada.

La casa de mis padres se hallaba en los dominios de Ferdinando Falkland, un caballero de cuantiosa fortuna. A temprana edad, me granjeé el interés del señor Collins, administrador de este personaje, que solía visitar la casa de mi padre. Observaba con aprobación mis progresos, y hablaba a su señor de mi aplicación y mis aptitudes.

En el verano del año […], tras una ausencia de varios meses, el señor Falkland visitó las posesiones que tenía en nuestro condado. Ésa fue una época de infortunio para mí. Yo tenía entonces dieciocho años. Mi padre yacía muerto en nuestra cabaña. A mi madre la había perdido unos años

antes. En este trance desesperado, para mi sorpresa, me llegó recado del señor de que fuese a su residencia a la mañana siguiente del entierro de mi padre.

Aunque familiarizado con los libros, carecía de conocimiento práctico de los hombres. Jamás había tenido ocasión de hablar con una persona de tanta categoría, y sentí no poco desasosiego y temor en esta ocasión. Descubrí que el señor Falkland era un hombre bajo, de cuerpo y aspecto extremadamente endebles. En vez de las facciones adustas y duras que estaba acostumbrado a ver a mi alrededor, cada músculo y rasgo de su cara parecían indeciblemente preñados de significado. Su actitud era amable, atenta y humana. Tenía unos ojos muy vivos, aunque había una solemnidad grave y melancólica en su ademán que, a causa de mi inexperiencia, supuse que era patrimonio de los grandes, e instrumento por el que mantenían la distancia entre ellos y sus inferiores. Su mirada delataba su espíritu inquieto, y a menudo vagaba con expresión de zozobra y desconsuelo.

El recibimiento que me dispensó el señor Falkland fue todo lo amable y alentador que habría podido desear. Me hizo preguntas sobre mis conocimientos y mis ideas de los hombres y las cosas, y escuchó mis respuestas con condescendencia y aprobación. No tardó esta amabilidad en devolverme gran parte de mi sosiego, aunque aún me sentía cohibido por la cortés pero impasible dignidad de su ademán. Cuando hube satisfecho su curiosidad, el señor Falkland me informó de que necesitaba un secretario, que yo le parecía suficientemente capacitado para ese puesto, y que si aceptaba el empleo, dado el cambio de mi situación por el fallecimiento de mi padre, me acogería en su casa.

La proposición me halagó enormemente, y le expresé emocionado mi agradecimiento. Con la ayuda del señor Collins, dispuse al punto la venta de la pequeña propiedad que mi padre me había dejado. No me quedaba en el mundo ningún pariente cercano a cuyo favor y mediación tuviera algún derecho. Pero lejos de mirar con terror esta situación de abandono, me forjé doradas ilusiones sobre el puesto que iba a ocupar. Poco sospechaba yo que estaban a punto de abandonarme para siempre la alegría y la despreocupación de que había gozado hasta ahora, y que iba a consagrar el resto de mis días al sobresalto y la desventura.

Mi trabajo era fácil y grato. Consistía en transcribir y ordenar documentos, redactar cartas de negocios que me dictaba el señor, así como hacer bosquejos de composición literaria. Muchos de éstos eran de obras de distintos autores, otros eran reflexiones personales que le sugerían, tendentes bien a señalar sus errores, bien a resaltar sus hallazgos. Todos llevaban el sello de un espíritu profundo y elegante, muy versado en literatura, y dotado de una capacidad y un discernimiento nada comunes.

Trabajaba en la parte de la casa más adecuada para acoger los libros, dado que me tocaba hacer de bibliotecario a la vez que de secretario. Aquí habrían discurrido mis días en paz y tranquilidad, si mi situación no hubiera comportado circunstancias totalmente diferentes de las que me habían rodeado en casa de mi padre. Había pasado mis primeros años sumergido en lecturas y meditaciones. El trato con mis semejantes había sido breve y ocasional. Pero en mi nueva morada, cada incidente o novedad me instaba a estudiar el carácter de mi señor; y no tardé en encontrar en él amplio campo para la especulación y la conjetura.

Su vida era recluida y solitaria en grado sumo. No le atraían las fiestas y los jolgorios. Evitaba los lugares concurridos, y no parecía desear compensar estas carencias con las satisfacciones de la amistad. Parecía totalmente ajeno a cuanto se considera placentero. Muy pocas veces se distendía su rostro en una sonrisa, o le abandonaba aquel aire que delataba su infelicidad. Sin embargo, su actitud no revelaba hosquedad ni misantropía: era compasivo y atento con los demás, aunque nunca perdía la nobleza de su ademán ni la reserva de su carácter. Su aspecto y su ademán podían haber inclinado a todos a su favor, pero la frialdad de su trato y la impenetrabilidad de sus sentimientos impedían esas muestras de amabilidad a las que de otro modo se habría sentido uno impulsado.

Ésa era la impresión general que producía el señor Falkland. En cuanto a su carácter, era enormemente desigual. Tenía accesos de malhumor que le sumían en perpetua melancolía. A veces se mostraba impulsivo, irritable, tiránico; aunque esto se debía más al tormento de su espíritu que a un natural insensible; y cuando recapacitaba, parecía dispuesto a cargar él solo con el peso de su desdicha. A veces perdía por completo el dominio de sí, y se comportaba de manera frenética. Se golpeaba la frente, arrugaba el ceño,

contraía la cara y le castañeteaban los dientes. Cuando notaba la inminencia de estos síntomas, se levantaba de súbito y, dejando lo que estuviera haciendo, se recluía en una soledad que nadie osaba turbar.

No se crea que todo esto que digo lo notaban las personas de su alrededor; yo tampoco lo supe tal como lo consigno aquí sino al cabo de mucho tiempo, y de manera gradual. En cuanto a los sirvientes en general, veían muy poco a su señor. Ninguno de ellos, salvo yo por la naturaleza de mis funciones, y el señor Collins por su antigüedad en el servicio y su carácter respetable, nadie más dirigía la palabra al señor Falkland sino a horas establecidas y por breves momentos. Le conocían sólo por la bondad de sus obras y los principios de inquebrantable integridad por los que normalmente se guiaba; y aunque a veces hacían cábalas sobre sus rarezas, en general le miraban con veneración, como a un ser de orden superior.

Un día —llevaba yo tres meses al servicio de mi patrono—, entré en un gabinete o pequeño aposento que comunicaba con la biblioteca mediante un estrecho corredor iluminado por un ventanuco cerca del techo. Creía que no había nadie allí, y sólo pensaba ordenar lo que encontrara fuera de su sitio. En el instante de abrir la puerta oí un gemido de una congoja indecible. El ruido de la puerta alarmó a la persona que había dentro; oí cerrarse de golpe la tapa de un baúl, y un ruido como de cerradura. Supuse que se trataba del señor Falkland y me dispuse a retirarme inmediatamente; pero entonces una voz que me pareció sobrecogedora exclamó: «¿Quién anda ahí?» Era el señor Falkland. Su tono hizo que se estremeciera todo mi ser. Intenté decir algo, pero me falló la voz; e incapaz de responder de otro modo, di instintivamente unos pasos hacia el interior del gabinete. El señor Falkland acababa de levantarse del suelo, donde había estado sentado o arrodillado. Su cara tenía claras huellas de turbación. Se sobrepuso con un esfuerzo, no obstante, y su rostro centelleó de furia. «Villano —exclamó—, ¿qué vienes a hacer aquí?» Balbuceé una respuesta confusa y vacilante. «Desdichado —interrumpió el señor Falkland con impaciencia incontenible —, te propones perderme. Vienes a espiar lo que hago. Pero lamentarás amargamente tu insolencia. ¿Acaso crees que vas a acechar impunemente mi vida privada?» Intenté defenderme. «¡Largo de aquí, demonio! —replicó —. Fuera de esta habitación, o te saco a patadas». Al tiempo que decía esto

avanzó hacia mí. Pero yo me sentía ya bastante aterrado, de modo que desaparecí en un segundo. Oí cerrarse la puerta con violencia, y así concluyó este extraordinario incidente.

Por la noche volví a verle, y estaba bastante tranquilo. Su actitud, que era siempre amable, fue ahora doblemente atenta y conciliadora. Parecía deseoso de descargar la conciencia de algo, pero no encontraba las palabras. Le miré con ansiedad y afecto. Hizo un par de esfuerzos infructuosos, meneó la cabeza y, poniéndome cinco guineas en la mano, me la apretó con un gesto que comprendí que le nacía de un espíritu embargado de emociones dispares, aunque no fui capaz de interpretarlas. Acto seguido, recobró en seguida el dominio de sí, y se refugió en su habitual ademán distante y solemne.

Comprendí que una de las cosas que esperaba de mí era discreción; pero la verdad es que me sentía demasiado inclinado a meditar sobre lo que había visto y oído para hablar de ello a la ligera. Esa noche, no obstante, cenamos juntos el señor Collins y yo, cosa que ocurría rara vez porque sus asuntos le obligaban a ausentarse a menudo. No pudo por menos de notar en mí un extraño abatimiento, y me preguntó afectuosamente cuál era la causa. Traté de soslayar sus preguntas, pero mi juventud y mi ignorancia del mundo podían ayudarme bien poco en esto. Además, estaba acostumbrado a mirar al señor Collins con cariño, y comprendía que, dado el puesto que ocupaba, poca indiscreción cometía si le confiaba lo sucedido. Se lo conté punto por punto, y concluí con la declaración solemne de que, aunque me había tratado con arbitrariedad, no estaba preocupado por mí mismo: ninguna inconveniencia ni peligro harían que me portase de manera pusilánime; y únicamente lo sentía por mi patrono, que teniendo todos los motivos para ser feliz, y mereciéndolo en el más alto grado, parecía destinado a padecer una aflicción inmerecida.

En respuesta a mis palabras, el señor Collins me confesó que se había enterado de algunos incidentes como el que yo le había contado, de todo lo cual no podía sino concluir que a nuestro infortunado patrono se le turbaba a veces el juicio.

—¡Ah —prosiguió—, no siempre ha sido así! Hubo un tiempo en que Ferdinando Falkland era el hombre más alegre del mundo. No uno de esos

tipos frívolos que inspiran desprecio en vez de admiración, y cuya euforia denota más atolondramiento que dicha. Su alegría estaba siempre acompañada de dignidad. Era la alegría del héroe y el hombre cultivado, limada por la reflexión y la sensibilidad, sin perder nunca de vista la comprensión y el buen gusto. Con todo, difundía sincera cordialidad, daba un brillo indecible a su compañía y su conversación, y le convertía en perpetuo deleite para los círculos que a la sazón frecuentaba de buen grado. Hoy no ves, mi querido Williams, sino la ruina de aquel Falkland que era ensalzado por los hombres de saber y adorado por las mujeres hermosas. Su juventud, adornada en su inicio con las más excepcionales promesas, se ha apagado. Le han embotado y secado la sensibilidad las adversidades que más podían herir sus sentimientos. Tenía el cerebro lleno de los más espléndidos ejemplos de honor utópico; y de todo su ser, sólo la parte más grosera, la mera cáscara de Falkland, ha logrado sobrevivir al daño sufrido por su orgullo.

Estas reflexiones de mi amigo Collins contribuyeron a avivar poderosamente mi curiosidad, y le rogué que me lo contara con más detalle. Accedió gustoso a este ruego, considerando que la reserva que debía observar en una situación corriente estaba fuera de lugar al tratarse de mí, y pensando que no era improbable que el propio señor Falkland, de no ser porque tenía el ánimo alterado, habría estado dispuesto a una confidencia similar. Incorporaré a la historia de Collins alguna información que me llegó más tarde de otras fuentes, a fin de poder dar la mayor claridad a la serie de acontecimientos. Para evitar confusiones en mi narración omitiré a Collins, y asumiré yo mismo el papel de biógrafo de nuestro patrono. Puede que a primera vista le parezca al lector que esa etapa de la vida anterior del señor Falkland sea ajena a mi historia. Desgraciadamente, sé por amarga experiencia que no es así. Al recordar sus desventuras, el corazón se me encoge como si fuesen mías. ¿Cómo podría ser de otra manera? El destino entero de mi vida está ligado a ese episodio. Porque él fue desgraciado, mi felicidad, mi reputación y mi vida se han arruinado de forma irremediable.

Capítulo II

Entre los autores predilectos de sus años juveniles estaban los poetas heroicos de Italia. De ellos sorbió el amor a la caballería y la aventura. Tenía demasiado sentido común para añorar los tiempos de Carlomagno y de Arturo. Pero si bien su imaginación se purgaba con cierta infusión de filosofía, consideraba que había algo que imitar, así como algo que evitar, en las usanzas que describían estos poetas famosos. Creía que nada había tan bien calculado para hacer a los hombres delicados, valerosos y humanos como un temperamento perpetuamente sensible a la conciencia del linaje y el honor. Las ideas que abrigaba sobre estas cuestiones se reflejaban en su conducta, la cual se ajustaba en todo momento al modelo de heroísmo que su fantasía sugería.

Con estas nociones inició sus viajes —a la edad en que uno suele emprender su gran viaje—, donde las vio confirmadas en las aventuras que le acaecieron. Por decisión propia, permaneció en Italia más que en ningún otro lugar, y aquí vino a relacionarse con varios jóvenes nobles cuyos estudios y principios eran similares a los suyos. Por entonces era solicitado y obsequiado con el aplauso más distinguido. A todos les encantaba tener amistad con un extranjero que había asimilado los rasgos propios de los hombres más liberales y célebres de entre ellos. No era menos favorecido y admirado por el bello sexo. Aunque bajo de estatura, su persona tenía un excepcional aire de dignidad. Dignidad que por entonces realzaban ciertos rasgos que después desaparecieron: una expresión de franqueza, ingenuidad y espontaneidad, y un espíritu del más ardiente entusiasmo. Quizá ningún inglés ha sido jamás tan idolatrado por los italianos.

No podía beber tanto de la fuente de la caballería sin meterse de vez en cuando en lances de honor, los cuales acababan de una manera que no

habría desacreditado al propio caballero de Bayard. En Italia los jóvenes de linaje se dividen en dos clases: los que se adscriben a los puros principios del heroísmo antiguo y los que, movidos por un sentido igualmente acusado del agravio y la ofensa, acostumbran a utilizar matones para vengarse. La diferencia está en la precaria aplicación de una distinción generalmente recibida. El italiano más generoso considera que enfrentarse a ciertas personas en campo abierto supondría una contaminación para él. Con todo, cree que una afrenta sólo puede lavarse con sangre, y está convencido de que la vida de un hombre carece de importancia comparada con la reparación que debe rendirse a su honor ofendido. De modo que poquísimos italianos se detendrían en determinadas ocasiones ante el asesinato. Los hombres de espíritu, pese a los prejuicios en los que han sido educados, no pueden por menos de comprender secretamente la bajeza de esa acción, y se mostrarán deseosos de hacer lo más público posible el desafío. A otros, una arrogancia real o fingida les enseña a mirar a la especie entera casi como sus inferiores, y consiguientemente les inclina a satisfacer su venganza sin poner en peligro sus personas. El señor Falkland chocó con algunos de éstos. Pero su intrepidez y su decisión le dieron una clara ventaja incluso en esos encuentros peligrosos. Quizá sea oportuno referir aquí uno de los muchos ejemplos de su modo de conducirse entre esta gente bizarra y orgullosa. El señor Falkland es el personaje principal de mi historia, y no se le podrá comprender cabalmente en el otoño y ocaso de su vigor, como yo le conocí, si previamente no se sabe cómo era su carácter en el esplendor de su juventud, cuando aún no le abrumaba la adversidad, ni le acometía la angustia y el remordimiento.

En Roma fue acogido con especial distinción en casa del marqués de Pisani, quien tenía sólo una hija, heredera de su inmensa fortuna, y admirada por toda la joven nobleza de la metrópoli. Lady Lucrecia Pisani era alta, seria y excepcionalmente hermosa. No carecía de cualidades amables, aunque poseía un alma arrogante y un ademán no pocas veces desdeñoso; orgullo que le fomentaba la conciencia de sus propios encantos, su alta cuna y la adoración universal que estaba acostumbrada a recibir.

De entre sus muchos pretendientes, el más grato a su padre era el conde Malvesi, aunque tampoco ella miraba con indiferencia sus atenciones. Este

conde Malavesi era un hombre de muchas cualidades, gran integridad y un natural bondadoso. Pero amaba con demasiado ardor para poder conservar siempre su afabilidad de carácter. Los admiradores cuya solicitud era fuente de satisfacción para su amada, representaban un perpetuo desasosiego para él. Habiendo cifrado su felicidad en la posesión de esta altiva belleza, el detalle más insignificante le hacía alarmarse por la seguridad de sus pretensiones. Pero sobre todo estaba celoso del caballero inglés. El marqués de Pisani, que había pasado muchos años en Francia, no compartía en absoluto las desconfiadas precauciones de los padres italianos, y concedía a su hija bastante libertad. Tanto su casa como su hija podían recibir visitas masculinas dentro de las normas del decoro. Pero sobre todo, el señor Falkland, como extranjero, y persona con muy poca probabilidad de acariciar pretensión ninguna a la mano de Lucrecia, era acogido con gran familiaridad. La misma dama, consciente de su inocencia, no hacía caso de los detalles menudos y se comportaba con la confianza y franqueza de quien está por encima de toda sospecha.

El señor Falkland, tras una estancia de varias semanas en Roma, se marchó a Nápoles. Entretanto ocurrieron ciertos incidentes que retrasaron las proyectadas nupcias de la heredera de Pisani. Al regresar a Roma, el conde Malavesi estaba ausente. A lady Lucrecia, que encontraba sumamente amena la conversación con el señor Falkland y tenía un espíritu activo y curioso, se le había despertado, en el intervalo entre la primera y la segunda estancia de éste en Roma, el deseo de conocer la lengua inglesa, a causa de los vivos y encendidos elogios que había oído a sus compatriotas de nuestros mejores autores. Se había provisto del material habitual para dicha empresa, e hizo algún progreso durante su ausencia. Pero al volver él se mostró dispuesta a aprovechar la oportunidad —dado que no era probable que se volviese a presentar otra igual— de leer pasajes escogidos de nuestros poetas en compañía de un inglés de gusto y dotes excepcionales.

Este plan condujo necesariamente a un trato más frecuente. A su regreso, el conde Malavesi se encontró con que el señor Falkland casi era considerado como un huésped del palacio Pisani. No pudo por menos de parecerle delicada la situación. Quizá era secretamente consciente de que el

inglés le superaba en méritos, y temía que con el tiempo pudiera nacer un afecto mutuo entre ellos incluso antes de que se diesen cuenta del peligro. Pensaba que el partido que ella ofrecía era tal en todos los sentidos que podía excitar la ambición del señor Falkland; y la idea de verse privado del objeto más caro a su corazón por este advenedizo tramontano le atormentó hasta la locura.

Sin embargo, tuvo antes la discreción de pedir explicaciones a lady Lucrecia. Ella, con toda la alegría de su corazón, se tomó a la ligera su inquietud. Agotada ya la paciencia, Malavesi siguió reconviniéndola en un tono que no estaba preparada para soportar con paciencia. Siempre había sido tratada con respeto y sumisión; y tras sobreponerse a la especie de terror que al principio le inspiró el tono autoritario con que ahora era reconvenida, lo que sintió a continuación fue un gran enojo. No se dignó contestar a tan insolente interrogatorio; incluso se permitió hacer ciertas veladas alusiones con objeto de aumentar aún más sus sospechas. Durante unos momentos se burló con sarcasmo de su insensatez y su presunción; después, cambiando súbitamente de tono, le exigió que en adelante hiciera el favor de guardar las distancias, ya que no estaba dispuesta a exponerse nunca más a trato tan indigno. Se alegraba de que al fin le hubiera revelado su verdadero carácter; así aprovecharía esta experiencia para evitar que se repitiese el mismo peligro. Todo esto pasó con gran encono por ambas partes, y lady Lucrecia no tuvo tiempo de pensar qué consecuencias podría tener el exasperar de ese modo a su pretendiente.

El conde Malavesi se retiró completamente fuera de sí. Creía que esta escena la había tramado ella de antemano para tener un pretexto con que romper un compromiso casi concluido; o más bien —se atormentaba el espíritu con mil conjeturas—, unas veces pensaba que ella era injusta, y otras que lo era él; y tronaba contra lady Lucrecia, contra sí mismo y contra el mundo. Llevado de su furia, se dirigió al hotel del caballero inglés. Había pasado el momento de las protestas, y se sentía irresistiblemente impulsado a justificar su precipitación con la dama dando por supuesto que el motivo de su sospecha estaba fuera de toda duda.

El señor Falkland estaba en sus habitaciones. Las primeras palabras del conde fueron una brusca acusación de duplicidad en su relación con lady

Lucrecia. El inglés estimaba sinceramente a Malavesi, que en realidad era hombre de considerables méritos, y una de las primeras amistades del señor Falkland en Italia —se habían conocido al principio en Milán—. Pero más que eso, lo que le vino a la cabeza fue la posible consecuencia de un duelo. Sentía la más cálida admiración por lady Lucrecia, pero sus sentimientos no eran de enamorado; además, sabía que aunque su altivez lograba disimularlo, estaba enamorada del conde Malavesi. No soportaba la idea de que una conducta errónea por parte de él echara a perder el futuro de tan meritoria pareja. Guiado por este pensamiento, trató de hacer razonar al italiano. Pero fueron vanos todos sus esfuerzos. Su antagonista estaba ebrio de cólera y no quiso escuchar una sola palabra tendente a aplacar la impetuosidad de sus pensamientos; recorría la habitación con pasos perturbados, incluso farfullaba de angustia y de furia. Viendo el señor Falkland que todo era inútil, dijo al conde que, si volvía al día siguiente a la misma hora, atendería cualquier decisión que considerase oportuna.

De esta entrevista el señor Falkland se dirigió inmediatamente al palacio Pisani. Aquí le costó apaciguar la indignación de lady Lucrecia. Su concepto del honor no le permitía atraerla a su propósito revelándole el desafío que había recibido; de lo contrario tal revelación habría actuado al punto como el argumento más disuasorio para esta desdeñosa belleza. Pero, aunque también ella temía tal eventualidad, este vago temor no era lo bastante grande para inducirla a abandonar la altivez de su enojo. El señor Falkland, no obstante, supo dar tanto interés a su descripción del trastorno del conde Malavesi, y explicó de tan halagadora manera la brusquedad de su conducta, que con esto y otras razones que adujo consiguió vencer el enfado de lady Lucrecia. Y cumplido este propósito, pasó a revelarle lo sucedido.

Al día siguiente, puntual a la cita, se presentó el conde Malavesi en el hotel del señor Falkland. Éste salió a recibirle, pero le pidió que entrase un momento, ya que aún debía despachar un asunto que le entretendría unos tres minutos. Pasaron a un salón. Aquí le dejó el señor Falkland, y poco después volvió seguido de lady Lucrecia adornada con todos sus encantos, realzados ahora por la conciencia de la decidida y generosa condescendencia de que estaba haciendo gala. El señor Falkland la condujo hasta el asombrado conde. Y exclamó ella, posando la mano con la gracia

más atractiva en el brazo de su enamorado: «¿Me permites retractarme de la precipitada altivez en que he tenido la debilidad de caer?» El arrobado conde, casi incapaz de dar crédito a sus sentidos, hincó una rodilla ante ella y contestó tartamudeando que toda la precipitación había sido suya, que sólo él tenía que pedir perdón y que, aunque le perdonara, jamás se perdonaría a sí mismo el sacrilegio que había cometido contra ella y este inglés seráfico. Una vez apaciguados sus primeros arrebatos de gozo, dijo el señor Falkland: —Conde Malavesi, me alegro muchísimo de haber desarmado su enojo por medios pacíficos, y haber hecho posible su felicidad. Pero le confieso que me ha puesto usted severamente a prueba. No es mi temperamento menos impulsivo y ardoroso que el suyo, y no siempre soy capaz de contenerme. Pero pienso que en realidad la culpa ha sido mía. Aunque son infundadas sus sospechas, no son tan absurdas. Hemos estado jugando demasiado cerca del peligro. Dados los formalismos de la sociedad y la debilidad de nuestra naturaleza, no debía haber acompañado con tanta asiduidad a esta mujer encantadora. No habría sido muy extraño que, con tantas ocasiones como he tenido, y haciendo de preceptor suyo como he hecho, me hubiera metido en complicaciones antes de darme cuenta, y hubiera concebido un sentimiento que quizá después no habría tenido fuerzas para sofocar. Le debía una reparación por esta imprudencia.

»Pero las leyes del honor son rígidas en extremo, y había motivos para temer que, aunque deseoso de ser su amigo, podía verme obligado a matarle. Por fortuna, la reputación de mi valor está lo bastante establecida para que nadie la ponga en duda por el hecho de declinar su desafío. Fue una suerte, sin embargo, que en nuestra entrevista de ayer me encontrara usted a solas, y que por este azar pudiera arreglar el asunto a mi modo. Si ahora el lance llega a saberse, la provocación se conocerá junto con su solución, y eso me satisface. Pero de haber sido público el desafío, mis anteriores pruebas de valor no habrían excusado mi moderación, y aunque hubiese querido evitar el enfrentamiento, no habría podido ser. Aprendamos con esta lección a evitar el apresuramiento y la irreflexión, cuyas consecuencias no pueden lavarse quizá sino con sangre; ¡y el Cielo le bendiga con la esposa de la que le considero digno en todos los sentidos!»

Como digo, no es éste el único caso, en el transcurso de sus viajes, en el que el señor Falkland salió airoso como hombre esforzado y virtuoso. Continuó en el extranjero varios años más, en cada uno de los cuales acrecentó la estima en que se le tenía, así como su impaciencia ante cualquier mancha o deshonra. Por último juzgó oportuno regresar a Inglaterra, dispuesto a pasar el resto de sus días en la morada de sus mayores.

Capítulo III

Desde el mismo momento en que puso en ejecución este propósito, dictado como estaba sin duda por un sincero principio del deber, comenzaron sus desventuras. Todo lo que a partir de ahora voy a consignar de su historia no es más que la persecución ininterrumpida de un destino maligno, una serie de desdichas que parecían derivar de incidentes diversos, pero que apuntaban a un único final. Le atormentaba una angustia para la que estaba menos preparado que nadie; y al desbordársele esas aguas de amargura, vertieron su mortal veneno sobre otros, entre los que la víctima más infortunada fui yo.

La persona que dio origen a todos estos infortunios fue el vecino más próximo del señor Falkland: un hombre de la misma posición que él llamado Barnabas Tyrrel. Por su instrucción, y por su modo de vida, habría podido decirse que era el menos llamado a turbar los placeres de un hombre tan culto e inteligente como el señor Falkland. El señor Tyrrel habría podido pasar por un auténtico modelo de terrateniente inglés. Desde temprana edad, su educación había estado exclusivamente en manos de su madre, mujer de escasa capacidad que no había tenido más hijos. El otro miembro de esta familia que quizá convenga mencionar es la señorita Emily Melvile, huérfana de una tía carnal del señor Tyrrel que a la sazón residía en la morada de la familia, y que dependía enteramente de la benevolencia de sus dueños. Al parecer, la señora Tyrrel creía que no había en el mundo un ser más lleno de promesas que su Barnabas. Todos debían plegarse a su conveniencia y provecho; todos debían rendir servil obediencia a sus mandatos. No se le debía atormentar ni constreñir con método alguno de instrucción, por lo que su preparación incluso en el arte de la escritura y la lectura era extremadamente superficial. Desde su nacimiento había sido

fuerte y robusto; y, confinado a la *ruelle* de su madre, había hecho tan buen cachorro de león que un bárbaro habría podido regalarlo como perrito faldero a su amante. Pero no tardó en romper estas ataduras, y trabar amistad con el mozo de cuadra y el guardabosque. Y se reveló un discípulo tan aprovechado respecto a las enseñanzas de éstos como díscolo e inquieto había sido con el pedante que había ejercido de tutor suyo. Más tarde se vio claramente que su escaso aprovechamiento en literatura no era atribuible a su falta de luces: reveló una sagacidad y una perspicacia nada despreciables en el conocimiento de los caballos, y era sumamente experto en el tiro al blanco, la pesca y la caza. Aunque no se limitó a estas artes, sino que añadió la teoría y la práctica del boxeo, el asalto con bastón y con barra. Estos ejercicios decuplicaron la robustez y vigor de sus condiciones naturales. Su estatura, cuando llegó a edad adulta, alcanzó algo más de cinco pies y diez pulgadas: un pintor podría haber escogido su figura como modelo para un héroe antiguo cuya proeza consistiera en derribar un buey a puñetazos y comérselo de una sentada. Consciente de estas ventajas, era insufriblemente arrogante, tiránico con sus inferiores, e insolente con sus iguales. Su inteligencia, apartada del campo verdadero de la utilidad y la distinción, se manifestaba en toscas argucias de palurdo grandullón. Aquí, como en sus otras habilidades, descollaba sobre sus competidores; y de haberse podido pasar por alto su carácter insensible y despiadado, habría sido imposible negarle el aplauso a su inventiva en estas exhibiciones, y a la agudeza tosca y sarcástica con que la acompañaba.

El señor Tyrrel no estaba dispuesto a consentir que méritos tan extraordinarios se le enmoheciesen por el desuso. Había una tertulia semanal en el vecino pueblo de mercado, a la que acudía toda la burguesía rural. Aquí había destacado hasta ahora con gran privilegio como gran señor de la *cotérie*, dado que nadie le igualaba en opulencia, y la mayoría —aunque aún aspiraban al rango de pequeña aristocracia— eran muy inferiores en este capítulo esencial. Los jóvenes de dicho círculo miraban con tímido respeto a este insolente bajá, conscientes de la relativa superioridad que incuestionablemente correspondía a los poderes de su espíritu; en cuanto a él, sabía guardar su rango con mano inflexible. En efecto, a menudo relajaba el semblante y adoptaba una expresión momentánea de

afabilidad y familiaridad; pero había comprobado por experiencia que si alguien, alentado por esta condescendencia, olvidaba el respeto que el señor Tyrrel consideraba que se le debía, éste le hacía arrepentirse muy pronto de tal atrevimiento. Era como el tigre que se complace en jugar con un ratón, mientras que la bestezuela corre a cada instante el peligro de ser aplastada por los dientes de su feroz compañero. Como el señor Tyrrel gozaba de una palabrería desbordante y una imaginación rica aunque indisciplinada, tenía siempre asegurado el auditorio. Los vecinos se apiñaban a su alrededor, y se unían de buen grado a sus risas, en parte por obsequiosidad, y en parte por sincera admiración. Sucedía a menudo, sin embargo, que en medio de su buen humor le afloraba un refinamiento típico de despotismo: cuando los oyentes, alentados por su familiaridad, dejaban a un lado la debida precaución, le acometía un acceso, se le nublaba el ceño de repente, su voz pasaba de afable a terrible, y en un quítame de allá esas pajas armaba al punto una pelea con el primer hombre cuya cara no le fuera simpática. El placer que los demás sacaban de sus exuberantes ocurrencias no estaba exento de súbitos sobresaltos de recelo y terror. Es verdad que este despotismo no llegaba a su cota última a menos que fuese combatido. Pero toda oposición era sofocada con brutalidad por este Anteo rural. Dada la ascendencia de su fortuna y su fama entre los vecinos, obligaba siempre a su adversario a enfrentarse a él con sus propias armas, y no dejaba que se fuese sin haberle hecho sentir su presunción en todas las articulaciones de su cuerpo. No habría sido la tiranía del señor Tyrrel tan pacientemente soportada si su don de palabra no hubiese acudido perpetuamente en ayuda de esa autoridad que su rango y proeza obtenían originalmente.

La posición de nuestro hacendado respecto al bello sexo era más envidiable aún que la que mantenía entre los del suyo propio. Cada madre enseñaba a su hija a considerar la mano del señor Tyrrel como la meta más alta de su ambición. Cada hija miraba su atlética figura y su reconocida proeza con ojos favorables: una figura eminentemente atlética es siempre, quizá, bien proporcionada; y una de las aptitudes que se enseña a las mujeres a buscar desde temprana edad en el sexo masculino es la de protector. Como nadie era tan osado para disputarle su superioridad, había pocas mujeres en el contorno que mostraran ningún reparo en preferir sus

atenciones a las de cualquier otro admirador. Su tumultuoso ingenio tenía especial encanto para ellas, y no había perspectiva más halagadora para su vanidad que ver a este Hércules cambiar la clava por una rueca. Les era grato pensar que podían jugar tranquilamente con los colmillos de esta fiera, cuya sola idea inspiraba inquietud en los corazones más atrevidos.

Éste era el adversario que la caprichosa fortuna tenía reservado al distinguido Falkland: un bruto montaraz que, aunque no carente de discernimiento, se reveló capaz de arruinar el futuro de un hombre que reunía todas las condiciones para ser feliz y derramar felicidad a su alrededor. Una serie de circunstancias alimentaron la animadversión surgida entre ambos hasta alcanzar una magnitud difícil de igualar. Y porque ellos se tenían odio mortal, me he convertido yo en un ser desdichado y execrable.

La aparición del señor Falkland representó un grave quebranto para la autoridad del señor Tyrrel en la tertulia del pueblo y en todas las reuniones en general. Su manera de ser no le inclinaba ni mucho menos a abstenerse de frecuentar los lugares distinguidos; y tanto él como su competidor eran igualmente astros destinados a no asomar nunca a la vez por el horizonte. La ventaja que el señor Falkland le sacaba en cualquier comparación era patente; y aunque no hubiese sido así, los habitantes del entorno rural estaban suficientemente dispuestos a rebelarse contra el tirano despiadado que les dominaba; hasta aquí se habían sometido por miedo, no por afecto; y si no se habían rebelado era sólo porque no había nadie que les dirigiera. Incluso las damas miraban al señor Falkland con especial satisfacción. Sus maneras educadas armonizaban especialmente con la delicadeza femenina. Sus destellos de ingenio eran muy superiores a los del señor Tyrrel en diversidad y vigor, con la ventaja, además, de estar guiados y modulados por la sagacidad de una inteligencia cultivada. La elegancia de su ademán realzaba las gracias de su persona, y su bondad y liberalidad de carácter llamaban la atención en todas partes. Al igual que el señor Falkland, el señor Tyrrel era poco propenso al embarazo y la confusión; cosa que el señor Tyrrel debía a su engreimiento y a la locuacidad tempestuosa y altiva verborrea con que estaba acostumbrado a anular a sus contrincantes; mientras que el señor Falkland, con gran ingeniosidad y candor, y merced a su conocimiento del mundo y de sus propias capacidades, descubría casi

instantáneamente la táctica que más le convenía adoptar.

El señor Tyrrel observaba con inquietud y malestar los progresos de su rival: a menudo comentaba a sus amigos personales que le parecía totalmente inaudito. Describía al señor Falkland como un personaje que no merecía siquiera el desprecio: enjuto y pequeño de cuerpo, pretendía establecer un nuevo canon de hombre acorde con su persona desmedrada; quería convencer a la gente de que la especie humana estaba hecha para permanecer atornillada a una silla leyendo libros. Él cambiaría eso de estrujarse el cerebro buscando una rima y contarse los dedos para confeccionar un verso por ejercicios saludables cuya ejecución comunicaba alegría y cuyo resultado producía vigor. Los monos eran tan buenos como esos intelectuales. Una nación entera de animales así no tenía ninguna posibilidad frente a un simple regimiento de viejos partidarios ingleses del bistec y el budín. Jamás había visto que el estudio hiciera a la gente otra cosa que fatua e impertinente, y un hombre sensato no podía desear peor calamidad a los enemigos de su nación que verles enloquecer en pos de tan perniciosos absurdos; era imposible que la gente pudiera sentir seriamente inclinación ninguna por bienes tan ridículos como los de este inglés extravagante y formado en el extranjero. Pero ya sabía él qué era todo esto: una farsa miserable que representaba sólo con el propósito de rebajarle a él. ¡Pero que Dios condenara su alma si no se vengaba de todos!

Si éste era el sentir del señor Tyrrel, su paciencia hallaba amplia ocasión de ejercitarse en las conversaciones que sostenía con el resto de sus vecinos sobre dicho particular: mientras él no veía nada en el señor Falkland que no fuera despreciable, los demás no parecían cansarse de cantar sus alabanzas. ¡Qué dignidad, qué afabilidad, qué constante preocupación por el bienestar de los demás, qué delicadeza de sentimientos y de trato! ¡Era culto sin ostentación, refinado sin afectación, elegante sin afeminamiento! Perpetuamente cuidadoso en evitar que se notara de forma vejatoria su superioridad, su actitud hacía que los demás la percibiesen tanto más real, al tiempo que suscitaba agradecimiento en vez de envidia en el espectador. No hace falta decir que la revolución de sentimientos en este círculo rural responde a uno de los rasgos más evidentes del espíritu humano. La ostentación grosera causa admiración al principio; hasta que llega uno más

noble, y nos enseña a asombrarnos de la facilidad con que nos habíamos sentido satisfechos. El señor Tyrrel pensaba que estas alabanzas no iban a tener fin, y esperaba el momento en que sus amistades comunes se postrasen y adorasen al intruso. La expresión más impensada de aplauso le infligía un tormento de todos los demonios. Se retorcía de agonía, se le contraía la cara y su mirada inspiraba terror. Tal sufrimiento habría amargado probablemente a un temperamento amable; ¿qué efecto debió de tener en el del señor Tyrrel, siempre violento, brusco y despiadado?

El progresivo prestigio del señor Falkland no parecía aminorar en absoluto al perder novedad. Cada nueva víctima de la tiranía del señor Tyrrel se pasaba inmediatamente al bando de su adversario. Las damas, aunque el tosco galán las trataba con más suavidad que a los hombres, sufrían de vez en cuando su insolencia y su humor caprichoso. No podían dejar de observar el contraste entre estos dos adalides de la caballería: el uno no atendía sino a su propio placer, mientras que el otro parecía todo alegría y generosidad. En vano se esforzaba el señor Tyrrel en frenar su rudeza de carácter: Sus motivos eran impacientes, sus pensamientos sombríos y sus galanterías manotadas de elefante. Daba la impresión de que había sido más humano mientras se había dejado llevar de su propia inclinación, que ahora que se esforzaba ceñudamente en poner grillos a su exceso.

De todas las damas de la citada sociedad, ninguna parecía recibir más atenciones del señor Tyrrel que la señorita Hardingham. Era, además, una de las pocas que aún no se había pasado al enemigo, bien porque realmente prefería al caballero que conocía desde hacía más tiempo, bien porque calculaba que era el modo más seguro de conseguir marido. Pero un día, como experimento quizá, creyó conveniente mostrar al señor Tyrrel que podía declararle las hostilidades si se le ocurría provocarla. E hizo de manera que el señor Falkland la solicitase como pareja para el baile de la velada, aunque éste —imperdonablemente ignorante en la ciencia de la conquista y las artes casamenteras: aunque sus modales eran corteses, sus horas de retiro las ocupaba en meditaciones demasiado serias para prestar oídos al escándalo, y demasiado generales para reparar en el altercado de sacristía y en la política de municipio— no había imaginado siquiera que pudiese ofender lo más mínimo a su vecino.

Poco antes de iniciarse el baile se acercó el señor Tyrrel a su bella amada, y trabó una conversación trivial con ella para hacer tiempo, hasta que fuese el momento de sacarla. Estaba acostumbrado a saltarse el requisito de solicitar previamente la promesa de un baile, dado que no imaginaba que nadie le disputase sus peticiones; por otra parte, habría juzgado la formalidad innecesaria en este caso, dado que era notoria su preferencia por la señorita Hardingham.

Y estando así entretenido, se acercó el señor Falkland. El señor Tyrrel le miró con la aversión y odio de siempre. El señor Falkland, no obstante, se introdujo con toda naturalidad en la conversación, y fue tal su animada espontaneidad que en ese momento podría haber desarmado de su malicia al propio diablo. El señor Tyrrel debió de imaginar que el dirigirse a la señorita Hardingham era simple cuestión de etiqueta, y esperaba que de un momento a otro se fuera a otra parte del salón.

A continuación la concurrencia empezó a prepararse para el baile, y el señor Falkland se lo hizo notar a la señorita Hardingham.

—Señor —le interrumpió el señor Tyrrel bruscamente—. Esta dama es mi pareja.

—Creo que no: esta dama ha tenido la gentileza de aceptar mi invitación.

—Le repito, señor, que no. Tengo especial interés en el afecto de esta dama, y no consiento que nadie se entrometa en mis derechos.

—Mi solicitud no tiene nada que ver con el afecto de la dama.

—Señor, no tiene sentido discutir. ¡Despeje el lugar!

El señor Falkland rechazó amablemente a su antagonista: —Señor Tyrrel —replicó con cierta firmeza—, no tengamos un altercado sobre este asunto: el maestro de ceremonias es la persona indicada para dirimir una diferencia de este género, si no llegamos a un acuerdo. Ninguno de los dos podemos pretender exhibir nuestro valor delante de damas, así que lo someteremos graciosamente al veredicto del maestro de ceremonias.

—Maldito si entiendo, señor…

—Despacio, señor Tyrrel; no ha sido mi intención ofenderle. ¡Pero nadie me impedirá reclamar aquello sobre lo que he adquirido un derecho!

El señor Falkland pronunció estas palabras con el talante más

imperturbable del mundo. Había subido el tono de voz, pero sin rudeza ni enojo. Su actitud poseía una fascinación que reducía a la impotencia la ferocidad de su oponente. La señorita Hardingham había empezado a arrepentirse del experimento, pero su alarma se apaciguó en seguida ante la serena compostura de su nueva pareja. El señor Tyrrel se marchó sin responder. Se alejó mascullando unas maldiciones, que las leyes del honor no obligaban al señor Falkland a oír, y que a decir verdad no habrían sido fáciles de distinguir con claridad. Quizá el señor Tyrrel no habría dejado con tanta facilidad este litigio, de no haberle aconsejado su sentido común en este momento que, aunque estuviera deseoso de venganza, no era éste el terreno apropiado. Pero aunque no podía mostrar su enojo abiertamente ante semejante rebelión contra su autoridad, lo guardó en el fondo de su mente malévola; y fue bastante evidente que acumulaba capítulos para la amarga cuenta que esperaba ajustarle un día a su adversario.

Capítulo IV

Ésta es sólo una de las pequeñas mortificaciones que el señor Tyrrel estaba destinado a soportar del señor Falkland, y que parecían multiplicarse de día en día. El señor Falkland se conducía en todo momento con tan natural corrección que su prestigio no hacía sino aumentar de manera constante. Y cuanto más luchaba el señor Tyrrel con su desventura, más evidente y firme se le volvía. Mil veces maldecía su estrella que, según veía, se complacía en hacer del señor Falkland el instrumento de su humillación. A la vez que sufría una sucesión de acontecimientos adversos, parecían herirle intensamente las distinciones tributadas a su adversario, incluso en cuestiones en las que él no tenía la menor pretensión. Algo así le ocurrió ahora.

El señor Clare, poeta cuyas obras han traído honra inmortal al país que le viera nacer, se había retirado recientemente —tras una vida dedicada a los más sublimes esfuerzos del genio— a esta misma vecindad, dispuesto a gozar del producto de su economía y de la fama alcanzada. Este hombre era mirado con gran veneración por los caballeros de la comarca. Sentían un lógico orgullo al recordar que una de las glorias de Inglaterra había nacido entre ellos, y no fueron parcos en gratitud al ver regresar con ellos en la última etapa de su vida, coronado de honores y opulencia, al aventurero que les había dejado. El lector conoce sus obras: probablemente se ha demorado en ellas con transporte, y no hace falta que le recuerde sus méritos. Pero quizá ignora sus cualidades personales; quizá no sabe que sus obras eran escasamente más admirables que su conversación. En las tertulias, parecía ser el único que ignoraba la magnitud de su fama. Para el mundo, sus escritos seguirán siendo por mucho tiempo un ejemplo de lo que el espíritu humano es capaz de alcanzar; pero nadie se daba tan vivamente cuenta de

los defectos propios como él, ni veía con tanta claridad cuánto le quedaba por alcanzar. Sólo él parecía mirar sus obras con superioridad e indiferencia. Uno de los rasgos que más le caracterizaban era la invariable delicadeza de su trato, la magnanimidad de su espíritu, que miraba los yerros del prójimo sin el menor asomo de reproche, y hacía imposible tenerle por enemigo. Señalaba a los hombres sus defectos de manera franca y sincera; sus censuras producían asombro y convicción, sin desasosegar a la persona a la que iban dirigidas: se aceptaban como el medio idóneo de corregir una equivocación, pero jamás ahondaba la llaga que pretendía sanar. Ésas eran las cualidades morales que le distinguían. En cuanto a sus méritos intelectuales, eran principalmente un entusiasmo amable y sereno, y una riqueza de conocimientos que fluían espontáneamente a su lengua, y los expresaba con tal soltura que sólo al reflexionar más tarde se daba cuenta uno de la asombrosa variedad de ideas que había expuesto.

Naturalmente, el señor Clare encontró en este lugar apartado pocos hombres capaces de participar en sus ideas y esparcimientos. No es rara entre las debilidades de los grandes hombres la de huir a la soledad, conversar con los bosques y florestas, antes que con un círculo de inteligencias profundas y amplias como la suya propia. Tan pronto como llegó el señor Falkland, el señor Clare le distinguió de la manera más halagadora. Un genio tan penetrante como el suyo no necesitaba de largo trato y paciente observación para descubrir las cualidades y defectos de quien se le ponía delante. Hacía tiempo que había adquirido los instrumentos de su juicio, y hacia el final de su ilustre vida casi puede decirse que le bastaba una simple mirada para penetrar la naturaleza del hombre. ¿Qué tiene de extraño que se interesase por un espíritu en cierto modo parecido al suyo? Pero para la imaginación calenturienta del señor Tyrrel, toda distinción concedida a su vecino parecía hecha expresamente para denigrarle a él. Por otro lado, el señor Clare, aunque amable y benévolo en la censura al extremo de que era imposible tomarla a ofensa, no era en modo alguno parco en alabanzas ni tardo en utilizar la deferencia que se le tributaba para hacer justicia a lo que juzgaba meritorio.

Y ocurrió que en una de estas reuniones públicas en que se hallaban presentes el señor Falkland y el señor Tyrrel, la conversación de uno de los

diversos corros en que se había fragmentado la concurrencia derivó hacia el talento poético del primero. Una dama que estaba presente, y que destacaba por su inteligencia, dijo que había tenido la fortuna de ver el poema que el señor Falkland había escrito recientemente, titulado «Oda al genio de la caballería», y le había parecido de un gusto exquisito. Esto excitó al punto la curiosidad de los reunidos; y añadió la dama que tenía una copia en el bolso, y que la ponía a disposición de todos, si el autor no tenía nada que objetar. Todos suplicaron en seguida al señor Falkland que diese su consentimiento; y el señor Clare, que era uno de ellos, se sumó a la petición: nada podía agradar más al caballero que tener ocasión de presenciar y hacer justicia a una manifestación de valía intelectual. El señor Falkland carecía de falsa modestia y afectación, así que dio de buen grado su consentimiento.

El señor Tyrrel estaba casualmente sentado en un extremo del círculo. Como es de suponer, el giro de la conversación no le resultó nada grato. Parecía deseoso de marcharse; pero una fuerza desconocida le mantuvo sujeto en su asiento, por así decir, y le hizo beber hasta las heces la amarga poción que la envidia le había preparado.

De leer el poema en voz alta se encargó el señor Clare, cuya dicción no desmerecía junto a sus otros méritos. Sus lecturas estaban dotadas siempre de sencillez, claridad y energía, y no es fácil concebir placer más refinado que hallarse entre quienes tenían la suerte de poderle escuchar. La belleza del poema del señor Falkland brilló en todo su esplendor. Los oyentes pudieron seguir las sucesivas pasiones del autor. Tanto los pasajes impetuosos como los pasajes solemnes fueron recitados con gran sensibilidad, y con un acento fluido y natural. Los cuadros evocados por el genio creador del poeta surgían vividos a los ojos de la imaginación, unas veces llenando el alma de un temor supersticioso, y otras cautivándola con una belleza exuberante.

Ya he dicho qué oyentes había en esta ocasión: se trataba de gente sencilla y de poca cultura. En general, leían poesía —cuando la leían— movidos por un espíritu de imitación, sacando de ello poco placer; pero este poema poseía una inspiración especial. Probablemente a muchos de los presentes les habría dicho poco el poema en sí; pero los acentos del señor Clare hicieron que les llegara al corazón. Concluyó: y del mismo modo que

las caras de los oyentes habían reflejado las emociones de la composición, ahora competían unos con otros en proclamar su aprobación. Experimentaban emociones a las que estaban poco acostumbrados. Hablaba uno, y otro le seguía como movido por una especie de impulso incontrolable; y el modo torpe y falto de palabras con que eran expresados sus elogios los hacía más singulares y notables. Pero lo más insoportable era la actitud del señor Clare: devolvió el manuscrito a la dama que se lo había prestado y, dirigiéndose al señor Falkland, dijo con énfasis y animación: —¡Ah, muy bueno! Tiene clase. He leído demasiadas cosas que eran resultado del esfuerzo de un pedante, demasiadas cancioncillas pastoriles sin sustancia. Personas como usted, señor, es lo que necesitamos. Pero recuerde que no se otorga el numen para añadir refinamiento a la frivolidad, sino para los fines más altos y valiosos. Esfuércese en llegar a la altura que su destino le pone al alcance.

Un momento después se levantó el señor Clare y se marchó con el señor Falkland y dos o tres más. En cuanto desaparecieron, el señor Tyrrel se acercó algo más al círculo. Había estado callado tanto tiempo que parecía a punto de estallar de indignación y rencor.

—Muy bonitos versos —dijo, medio hablando para sí y sin dirigirse a nadie en particular—. Sí señor: no están mal. ¡Pero maldita sea! Quisiera saber para qué sirve un cargamento entero de semejante zaborrería.

—Bueno —dijo la dama que había sacado la oda del señor Falkland en esta ocasión—, tendrá que reconocer que la poesía es un pasatiempo grato y elegante.

—¿Elegante? ¡Mire a ese Falkland! ¡Un puro alfeñique! Por todos los demonios, señora, ¿cree que se dedicaría a escribir poesía si supiese hacer algo?

La discusión no paró aquí: replicó la dama; varios otros para quienes eran nuevas las emociones que acababan de experimentar hicieron su aportación. Las invectivas del señor Tyrrel se iban volviendo cada vez más furibundas, le salían con más facilidad. Los que podían haber atajado su vehemencia se habían retirado, así que los contertulios fueron enmudeciendo uno tras otro, demasiado tímidos para oponerse, o demasiado indolentes para contender con la violencia de su pasión, y el

señor Tyrrel vio reaparecer su antiguo ascendiente; pero comprendió que era ambiguo y engañoso, y se sintió lúgubremente insatisfecho.

En su regreso a casa le acompañó un joven cuya similitud de carácter le convertía en uno de sus principales confidentes, y cuyo camino era en parte el mismo que el suyo. Podría pensarse que el señor Tyrrel había desahogado suficientemente su malhumor en la discusión que acababa de sostener, pero lo cierto es que no se le disipaba la mortificación soportada.

—¡Maldito Falkland! —dijo—. ¿Quién es ese despreciable granuja para venir aquí con tantos humos? En fin, las mujeres y los imbéciles no pueden dejar de ser lo que son: ¡es algo que no tiene remedio! Me refiero a esos que se han puesto a respaldarle; en especial al señor Clare. Este hombre debería tener un poco de mundo y no dejarse embaucar por las bambalinas y el oropel. Y parecía que tenía alguna idea de la realidad: no imaginaba *yo* que fuera capaz de incitar a tanto ladrido sin medida ni razón. Pero todo el mundo es igual; los que parecen mejores que sus vecinos sólo son más arteros. Van a lo mismo, aunque por otro camino. A mí me ha tenido engañado un tiempo; pero ya se le han visto las cartas. Ésos son los que hacen daño. El tonto puede equivocarse, pero no persiste si los llamados a enderezarle no le animan a seguir en el error.

Unos días después de dicho incidente el señor Tyrrel se sorprendió al ver aparecer en su casa al señor Falkland. El señor Falkland procedió a explicar sin preámbulos el motivo su visita.

—Señor Tyrrel —dijo—, vengo a tener una explicación amistosa con usted.

—¿Una explicación? ¿En qué le he agraviado?

—Absolutamente en nada; por eso creo que es el momento más adecuado para llegar a un total entendimiento.

—Va usted endiabladamente deprisa. ¿Está seguro de que tanto correr no estropeará ese entendimiento, en vez de favorecerlo?

—Lo estoy, creo. Tengo mucha fe en la pureza de mis intenciones, y no dudo que, cuando sepa con qué idea vengo, contribuirá a ella con mucho gusto.

—Quizá no coincidamos en eso, señor Falkland; cada cual tiene su modo de pensar. Quizá no tenga yo ningún motivo para que me caiga usted bien.

—Tal vez. Sin embargo, no puedo culparme de haberle dado motivos para caerle mal.

—Oiga, señor, no tiene ningún derecho a ponerme de mal humor. Si ha venido a probarme, y ver con qué clase de hombre tiene que habérselas, maldito si va a encontrar motivos para alegrarse del experimento.

—Nada más fácil para nosotros que pelearnos. Si es eso lo que quiere, señor, tenga la seguridad de que habrá ocasiones.

—O sea, que ha venido a provocarme.

—¡Señor Tyrrel! ¡Tenga cuidado!

—¿Cuidado de qué? ¿Me está amenazando? ¿Quién se ha creído que es, maldita sea? ¿A qué ha venido aquí?

El acaloramiento del señor Tyrrel hizo recapacitar al señor Falkland.

—Me he equivocado —dijo—. Lo confieso. Yo venía en son de paz. Con ese objeto me he tomado la libertad de visitarle. Cualesquiera que hayan podido ser mis sentimientos en otro momento, estoy decidido a olvidarlos en adelante.

—¡Vaya! Muy bien; ¿qué más se le ofrece ahora?

—Como comprenderá, señor Tyrrel —prosiguió el señor Falkland—, el objeto que me trae no es ninguna pequeñez. No habría venido a molestarle si no fuera por una importante razón. El hecho de estar aquí prueba lo mucho que me importa lo que tengo que comunicarle.

»Usted y yo nos hallamos en una posición delicada. Estamos en el borde de un remolino que, si nos atrapa, hará imposible ningún entendimiento. Parece que han surgido entre nosotros unos celos desafortunados que estoy dispuesto a hacer desaparecer, y vengo a pedirle ayuda. Los dos tenemos un carácter difícil; los dos tendemos a acalorarnos y dejarnos llevar por la cólera. La prudencia en esta situación no puede ser deshonrosa para ninguno de los dos; quizá llegue un momento en que deseemos haber hecho uso de ella y descubramos que es demasiado tarde. ¿Por qué tenemos que ser enemigos? Nuestros gustos son distintos, así que no tienen por qué chocar nuestros intereses. Los dos contamos con medios suficientes para ser felices; podemos tener el respeto de todos, y disfrutar de una vida larga y apacible. ¿Sería sensato que cambiáramos esta perspectiva por el fruto de la disensión? Una pelea entre personas de nuestras características y nuestras

debilidades trae consecuencias que me estremece pensar. Tengo miedo de que acarree la muerte a uno de los dos, y la desdicha y el remordimiento al que sobreviva.

—¡A fe que es usted un hombre extraño! ¿Se puede saber por qué viene a importunarme con sus profecías y sus malos presagios?

—¡Porque es necesario, por su bien! ¡Porque es mi obligación advertirle ahora del peligro que corremos, en vez de esperar a que mi genio haga imposible la paz!

»Peleándonos no haremos sino imitar a la inmensa mayoría de la humanidad, que fácilmente podría pelearse en nuestro lugar. Hagamos algo mejor. Demostremos que somos lo bastante generosos para pasar por alto los pequeños malentendidos. Procediendo de ese modo nos honraremos a nosotros mismos. De lo contrario, representaremos meramente una comedia para diversión de nuestras amistades.

—¿Usted cree? Quizá esté en lo cierto. Que me condene si consiento en ser el hazmerreír de nadie.

—Eso está bien, señor Tyrrel. Obremos de manera que nuestro comportamiento suscite respeto. Ninguno de los dos queremos cambiar de camino; dejemos que el otro siga sin obstáculos su trayectoria. Que sea éste nuestro pacto; y preservemos con esta mutua tolerancia nuestra paz.

Al tiempo que decía esto, el señor Falkland le tendió la mano en prueba de camaradería. Pero el gesto fue demasiado. El contumaz palurdo, que parecía algo impresionado por lo que acababa de oír, cogido como había sido por sorpresa, retrocedió. El señor Falkland estuvo a punto de estallar ante esta nuevo desaire, pero se contuvo.

—Todo esto es muy raro —exclamó el señor Tyrrel—. ¿Qué demonios le hace ser tan impertinente, sino que tiene algún oculto propósito y pretende engañarme para conseguirlo?

—Mi propósito —replicó el señor Falkland—, es un propósito noble y honrado. ¿Por qué rechaza un ofrecimiento dictado por la razón, y un respeto igual a los intereses del uno y el otro?

El señor Tyrrel guardó silencio un momento, y a continuación volvió a su actitud habitual: —Bien; reconozco que hay cierta franqueza en todo eso. Ahora voy a responderle de la misma manera. Comoquiera que sea, se me

ha vuelto el genio agrio y no me place reprimirlo. Quizá le parezca una debilidad, pero el caso es que no quiero cambiar. Hasta que llegó usted, me encontraba muy bien: me gustaban los vecinos, y los vecinos procuraban estar a bien conmigo. Ahora eso ha cambiado por completo; y dado que no puedo salir de casa sin tropezar con alguna mortificación en la que directa o indirectamente tiene usted algo que ver, no me queda más remedio que odiarle. Ahora bien, si decide marcharse del condado o del reino, o irse al diablo si prefiere, de manera que no vuelva a saber nunca más de su existencia, le prometo no volver a pelearme con usted mientras viva. Por mí, sus versos, sus acertijos, sus ocurrencias y sus chascarrillos pueden ser entonces todo lo buenos que quiera.

—¡Sea razonable, señor Tyrrel! ¿No podría querer yo que se fuera usted del condado igual que me pide que me vaya yo? He venido no como el que va a ver a su amo, sino a su igual. En nuestra relación con los demás siempre hay algo que nos toca soportar, lo mismo que hay algo de lo que podemos gozar. Nadie debe creer que el mundo ha sido hecho exclusivamente para él. Aceptemos las cosas tal como las encontramos; y adaptémonos como podamos a las circunstancias inevitables.

—Verdaderamente, señor, todo eso suena muy bien. Pero vuelvo a lo dicho: cada uno es como Dios le ha hecho. Yo no soy ningún filósofo ni poeta para intentar ahora convertirme en un ser diferente de como se me ve. En cuanto a las consecuencias, que vengan las que tengan que venir. Según la harina, saldrá el pan. De manera que no me importa lo que venga, sino que aguantaré a pie firme cuando llegue. Sólo puedo decirle una cosa: mientras me lo siga encontrando en la sopa, le odiaré como al aceite de ricino. Y maldito si no me parece que le odio más por venir hoy con semejantes impertinencias, sin que se le haya llamado, tratando de demostrar que es más discreto que nadie.

—He terminado, señor Tyrrel. Previendo las consecuencias, he venido como amigo. Esperaba que con una mutua explicación pudiéramos llegar a entendernos mejor. Me siento decepcionado; aunque quizá cuando medite fríamente lo que hemos hablado dé crédito a mis intenciones, y se convenza de que mi proposición no era disparatada.

Dicho esto, el señor Falkland se fue. Durante la entrevista se había

comportado de un modo que le honraba. Con todo, no había sido capaz de reprimir por completo el ardor de su genio; por lo que, aun siendo un hombre ejemplar, no dejó de producir cierta impresión de irritante altivez, y la misma nobleza con que ahogó sus pasiones fue interpretada por su adversario como una burla. La entrevista la habían inspirado los más nobles sentimientos; pero desde luego sirvió para abrir aún más la herida que pretendía cerrar.

Porque el señor Tyrrel echó mano de su recurso de siempre, y descargó el tumulto de sus pensamientos en su amigo y confidente.

—Es una nueva estratagema de ese individuo para demostrar su pretendida superioridad —exclamó—. Ya sabíamos que tiene mucha labia. Desde luego, si el mundo se gobernase con palabras, estaría en el candelero. ¡Ah, pero todo lo que ha dicho sonaba a falso! ¿Y para qué tanta palabrería? Las cosas han de hacerse de otra manera. ¡No sé cómo no le he echado a patadas! Pero todo llegará. Ése es un capítulo más en la cuenta que un día me pagará con creces. Ese Falkland me atormenta como un demonio. No puedo estar despierto sin pensar en él. No puedo dormir sin que me venga en sueños. Envenena todos mis placeres. Quisiera verle en el potro de tormento, despedazarle el corazón con mis dientes. No conoceré la alegría hasta que le vea arruinado. Tiene cosas que están bien; pero es mi suplicio perpetuo. Siento su imagen como un peso muerto sobre el corazón, y tengo derecho a sacudírmelo. ¿Acaso cree que voy a soportar todo esto de balde?

A pesar de sus exacerbados sentimientos, quizá el señor Tyrrel hizo alguna justicia a su rival. Desde luego, le miraba con más antipatía; pero ya no le consideraba un enemigo despreciable. Evitaba enfrentarse con él; se abstenía de tratarle con hostilidad injustificada; parecía acechar a su víctima, almacenar veneno para un ataque mortal.

Capítulo V

No mucho después se declaró en el contorno un mal contagioso de efectos sorprendentemente rápidos y consecuencias fatales para algunos habitantes. Una de las primeras personas en contraerlo fue el señor Clare. Como es natural, el pesar y la alarma cundieron entre los vecinos: tenían al señor Clare por un ser más que mortal. La ecuanimidad de su conducta, su actitud modesta, su enorme generosidad y bondad de corazón, unidas a su talento, su agudeza inofensiva y la amplitud de sus conocimientos, le convertían en el ídolo de cuantos le conocían. En el escenario de su retiro rural, al menos, carecía de enemigos. Todos lamentaron ahora el peligro que le amenazaba. Les había parecido que iba a tener una vida larga, que bajaría a la tumba colmado de años y honores. Quizá eran engañosas estas apariencias. Quizá los esfuerzos intelectuales que había realizado, que a veces fueron más repentinos, intensos e ininterrumpidos de lo que una elemental estima de la salud aconsejaba, le habían dejado la semilla de futuras enfermedades. Pero un observador optimista habría augurado infaliblemente que sus hábitos morigerados, su actividad intelectual y su alegría constante mantendrían a raya a la muerte durante mucho tiempo y frustrarían los ataques de cualquier mal, siempre que no fueran demasiado rápidos y violentos. Así que la aflicción general fue doblemente dolorosa en esta ocasión.

Pero a nadie le afectó tanto como al señor Falkland. Tal vez nadie como él comprendía el valor de la vida que ahora corría peligro. Acudió inmediatamente a verle, aunque no le fue fácil conseguir que le recibiera. El señor Clare, sabedor de la naturaleza infecciosa de su enfermedad, había dado instrucciones de que se acercase a él el menor número de personas posible. El señor Falkland se hizo anunciar. Le dijeron que estaba incluido en

las órdenes generales. Sin embargo, no era de los que desistían fácilmente: porfió, y al final logró su propósito, recordándosele antes que emplease las precauciones que la experiencia ha revelado más eficaces para evitar el contagio.

Encontró al señor Clare en su alcoba, pero no en la cama. Estaba sentado en camisón ante una mesa de escritorio junto a la ventana. Su aspecto era tranquilo y animado, aunque tenía la cara mortalmente pálida.

—Hubiera preferido, Falkland —dijo—, que no le hubiesen dejado entrar; aunque no hay nadie en el mundo a quien más me alegra ver. Pero bien pensado, son pocos los que pueden ponerse en un peligro de este género con más posibilidades de escapar. En su caso, al menos, no caerá la guarnición por la traición de su comandante, creo. No me explico cómo yo, que le aconsejo prudencia, me he dejado atrapar. Pero no se desanime por mi ejemplo. No hice caso del peligro; de lo contrario habría salido airoso.

Una vez acomodado en el aposento de su amigo, el señor Falkland no estaba dispuesto a acceder a retirarse. El señor Clare pensó que quizá era menos peligroso esto que el cambio frecuente de un aire puro a un ambiente contaminado, y desistió de reconvenirle.

—Falkland —dijo—, cuando ha entrado usted acababa de hacer mi testamento. No estaba satisfecho con el que tenía redactado, y en mi estado he preferido no llamar a un abogado. La verdad es que parecería extraño que un hombre en pleno uso de sus facultades, y de intenciones puras y rectas, no fuera capaz de realizar ese trabajo por sí mismo.

El señor Clare siguió hablando tranquilo y relajado como si estuviese totalmente sano. A juzgar por su tono alegre y la firmeza de su actitud habría podido pensarse que en la vida se le había ocurrido que fuera a morir. Paseaba, razonaba y bromeaba de una forma que demostraba el más completo dominio de sí. Pero su aspecto empeoraba visiblemente de cuarto en cuarto de hora. El señor Falkland no le quitaba ojo de encima con una mezcla de inquietud y admiración.

—Falkland —dijo el señor Clare tras un momento de abstracción—, noto que me estoy muriendo. Es extraña esta enfermedad. Ayer me parecía que estaba completamente sano, y mañana no seré más que un cadáver. ¡Qué singular es la raya que separa la vida y la muerte de los mortales! Estar en

determinado momento alegre, activo, ocurrente, con multitud de conocimientos a disposición de uno, capaz de deleitar, ilustrar y animar a los hombres, y ser al momento siguiente un estorbo exánime y repugnante sobre la faz de la tierra. Ésa ha sido la historia de muchos hombres, y va a ser la mía.

»Siento que aún me quedan muchas cosas por hacer en el mundo; pero no sirve de nada. Debo contentarme con lo hecho. Es inútil echar mano de todo el ánimo que me queda. Es demasiado poderoso y despiadado el enemigo: no me dará tiempo ni para recobrar aliento. Aún no están esas cosas a nuestro alcance. Son partes de una gran serie que fluye perpetuamente. El bienestar general, la gran tarea del universo, seguirá su curso aunque deje yo de aportar mi contribución. La tarea pasa ahora a fuerzas más jóvenes; a usted, Falkland, y a hombres como usted. Seríamos dignos de desprecio si no nos produjera una pura y completa satisfacción la perspectiva del progreso humano, independientemente de que vivamos o no para participar de él. Poco tendría que envidiar la humanidad a las edades futuras, si todos hubieran disfrutado de una serenidad tan perfecta como la mía en la segunda mitad de mi existencia».

El señor Clare pasó el día sin acostarse, dedicado a ocupaciones sencillas y gratas, más quizá para refrescar y estimular el cuerpo ejecutándolas que para sosegarse con su objeto. De vez en cuando le acometía un dolor repentino; pero en cuanto se le pasaba parecía sobreponerse, y sonreía ante la impotencia de estos ataques. Podrían destruirle, pero no conseguirían turbarle. Tres o cuatro veces le acometió un sudor abundante, seguidos de un ardor intenso que le secaba la piel. A continuación se le cubrió el cuerpo de pequeñas manchas lívidas. Después le dieron escalofríos, aunque logró reprimirlos con resolución. Se le pasaron, y se quedó tranquilo. Y al cabo de un rato decidió acostarse, dado que había anochecido.

—Falkland —dijo, apretándole la mano—; no es tan difícil como imaginan algunos la tarea de morir. Cuando, ya en la linde, mira uno hacia atrás, se asombra de que pueda acontecer una subversión tan total a un costo tan bajo.

Llevaba un rato en la cama; y como estaba completamente callado, el señor Falkland pensó que se había dormido. Pero se equivocaba: un

momento después el señor Clare descorrió la cortina y miró a su amigo a la cara.

—No puedo dormir —dijo—. Claro; si pudiera, sería como recuperarme; pero en esta batalla estoy llamado a ser el perdedor.

»Falkland, he estado pensando en usted. No conozco a nadie cuya futura utilidad contemple yo con más esperanza. Cuídese. No defraude al mundo respecto a sus virtudes. Conozco tan bien sus debilidades como su fuerza. Posee una impetuosidad y una impaciencia que, si tomasen mal camino, podrían volverle tan dañino como útil puede ser, si no. ¡Propóngase firmemente evitar ese error!

»Pero si con esta breve consideración que mi actual estado me permite hacerle ahora no puedo inculcarle ese cambio deseable, al menos hay una cosa que puedo hacer: ponerle en guardia ante un daño que preveo inminente. Tenga cuidado con el señor Tyrrel. No cometa el error de considerarle un adversario desdeñable. Las causas pequeñas pueden ocasionar grandes desastres. El señor Tyrrel es turbulento, desabrido e insensible, y usted es demasiado apasionado, demasiado sensible a la ofensa. Sería verdaderamente de lamentar que un hombre tan inferior, tan totalmente indigno de compararse con usted, convirtiese su vida en un cúmulo de desdichas y de sentimientos de culpa. Tengo el angustioso presentimiento de que puede llegarle algo espantoso por ese lado. Piénselo. No le quiero sacar ninguna promesa. No voy a trabarle con los grillos de la superstición; sólo quisiera guiarle mediante la justicia y la razón».

Estas consideraciones conmovieron profundamente al señor Falkland. Su emoción ante la generosa solicitud del señor Clare en semejante momento era tan grande que casi le impedía hablar. Sólo fue capaz de murmurar unas breves palabras con visible esfuerzo.

—Me portaré mejor —replicó—. ¡No tenga miedo de mí! No caerán en saco roto sus consejos.

El señor Clare pasó a otro asunto:

—Le he nombrado mi albacea; no me niegue este favor de amigo. Hace poco que he tenido la dicha de conocerle; pero en ese breve espacio le he estudiado bien, y sé exactamente cómo es. ¡No defraude las esperanzas optimistas que me ha hecho concebir!

«Dejo algunos legados. Mis antiguas amistades, mientras viví en el mundo afanoso de los hombres, con muchos de los cuales intimé, fueron todas muy queridas para mí. No he tenido tiempo de llamar a nadie a mi lado en estos momentos, ni he querido hacerlo. El recuerdo que tengan de mí cumplirá mucho mejor que la imagen que puedo dejar en este trance».

Tras descargar su espíritu, el señor Clare permaneció sin hablar varias horas. Hacia la madrugada, el señor Falkland descorrió en silencio la cortina y miró al moribundo; estaba con los ojos abiertos, y los volvió despacio hacia su joven amigo. Tenía el rostro hundido y el aspecto cadavérico.

—Espero que se sienta mejor —dijo Falkland casi en un susurro, como temeroso de molestarle.

El señor Clare sacó la mano de debajo de las sábanas, y la tendió; el señor Falkland se inclinó y se la cogió.

—Mucho mejor —dijo el señor Clare con una voz profunda, apenas articulada—. La lucha ha terminado. Yo ya he cumplido mi parte. Adiós. ¡Recuérdelo!

Fueron sus últimas palabras. Aún vivió unas horas más; sus labios se movieron unas cuantas veces; expiró sin un gemido.

El señor Falkland presenció la escena con ansiedad. La esperanza de que la crisis se resolviera de modo favorable y el temor a turbar los últimos momentos de su amigo le habían enmudecido. Durante la última media hora había permanecido de pie con la mirada fija en el señor Clare. Presenció el último suspiro, el último espasmo convulsivo de su cuerpo. Siguió observando; a veces imaginó ver que le volvía la vida. Finalmente no pudo seguir engañándose, y exclamó con acento consternado: «¿Eso es todo?» Quiso arrojarse sobre el cuerpo de su amigo; los criados le contuvieron, y quisieron llevarle a otro aposento. Pero forcejeó con ellos, y se inclinó afectuosamente sobre la cama.

—¿Es éste el final del genio, de la virtud y la excelencia? ¿Así se apaga para siempre la luminaria del mundo? ¡Oh, ayer, ayer! ¡Clare!, ¿por qué no habré muerto yo en su lugar? ¡Qué trance horrible! ¡Qué pérdida irreparable! ¡Muerto en la plena madurez y vigor de su espíritu! ¡Sustraído a una labor benefactora diez mil veces más grande que la de cualquiera! ¡Ah, la suya era una inteligencia que habría podido instruir a los sabios y guiar al

mundo moral! ¡Esto es todo lo que nos queda de él! ¡Se ha ido la elocuencia de estos labios! ¡Se ha detenido la actividad incesante de este corazón! ¡Se ha marchado el mejor y más discreto de los hombres, y el mundo es insensible a su pérdida!

El señor Tyrrel acogió la noticia de la muerte del señor Clare con igual emoción, aunque de distinto signo. Confesó que no le había perdonado su parcial debilidad por el señor Falkland, y por tanto no podía evocar su recuerdo con afecto. Y cuando podía haber echado en olvido su pasada injusticia, puso suficiente cuidado en mantener vivo el rencor que ardía dentro de él: —Vaya, ese Falkland ha estado junto a su lecho de muerte como si nadie más fuera digno de su confianza; pero lo peor de todo ha sido el albaceazgo. En rodo se me pone por delante ese entrometido. ¡Condenado miserable sin una onza de hombría! ¡Siempre tiene que pisotear a quien vale más que él! ¿No hay nadie que le ponga en su sitio? ¿Todos ven en él lo que no es más que fachada? ¿Todos prefieren lo vano a lo sustancial? ¡Y en su lecho de muerte, además! —el señor Tyrrel, llevado de su brutalidad, mezcló, como suele ocurrir, ciertas toscas ideas religiosas —: Seguramente la conciencia de su propia situación le ha debido de avergonzar. ¡Pobre diablo! Su alma tendrá que responder de muchas cosas. Ha llenado mi almohada de desasosiego, y sean cuales sean las consecuencias, a él se las tengo que agradecer.

Con el señor Clare, la muerte se llevó a la persona que más eficazmente podía haber atemperado la animosidad de los dos contendientes, y el freno más eficaz a los excesos del señor Tyrrel. Este rústico tirano había observado un involuntario comedimiento merced al ascendiente intelectual de su célebre vecino; y pese a la ferocidad de su temperamento, no manifestó hasta última hora el odio que abrigaba contra él. En el poco tiempo transcurrido entre el día en que el señor Clare fijó su residencia en la vecindad y la llegada del señor Falkland del continente, la conducta del señor Tyrrel incluso había dado muestras de mejoría. A decir verdad, habría vivido más tranquilo de no haberse incorporado este intruso al círculo que estaba acostumbrado a gobernar. Pero no podía rivalizar con el señor Clare; la personalidad venerable de éste le inclinaba a la sumisión; este gran hombre parecía estar por encima de toda acritud beligerante y de todas las

celosas sutilezas de un honor mal entendido.

Los efectos de la afabilidad del señor Clare en el señor Tyrrel, no obstante, habían consistido en una cierta contención en su rivalidad con el señor Falkland. Ahora que la influencia de la presencia y virtudes del señor Clare habían desaparecido por entero, el genio del señor Tyrrel estalló en excesos más criminales que nunca. El mal humor adicional que le inspiraba la vecindad del señor Falkland teñía toda su relación con los demás; y las nuevas muestras de rencor y tiranía que daba a diario atizaban en este odio acumulado y siniestro.

Capítulo VI

No tardaron en surgir consecuencias de todo esto. El incidente que a continuación tuvo lugar precipitó en cierto modo la catástrofe. Hasta aquí he hablado sólo de cuestiones preliminares, sin aparente relación entre sí, aunque propiciaron entre ambos personajes ese clima que tuvo tan funestos efectos. Pero lo que queda es rápido y tremendo. La muerte avanza deprisa sembrando el estrago, irresistible a la sabiduría y la fuerza humanas que tratan de cortarle el paso.

El señor Tyrrel, en su actual estado de exacerbación, descargaba su intemperancia sobre sus sirvientes y subordinados. Pero quien más la sufría era la joven a la que he mencionado en una ocasión: la hija huérfana de la hermana de su padre. La madre de la señorita Melvile había hecho un matrimonio imprudente —o más bien desafortunado—, con la oposición de sus familiares, que acordaron retirarle su apoyo ante este paso atolondrado. Su marido resultó no ser más que un aventurero: dilapidó la fortuna de ella, que debido a la ruptura con su familia era más pequeña de lo que él había calculado, y le destrozó el corazón: dejó a la niñita sin recursos. En esta situación las alegaciones de las personas en cuyas manos había sido depositada consiguieron que la señora Tyrrel, madre del señor, la acogiese en su familia. En justicia, quizá tenía derecho a esa parte de fortuna de la que la había privado la madre por su imprudencia, y que había ido a incrementar la fortuna del representante varón. Pero ni a la madre ni al hijo se les pasó jamás tal idea por la cabeza. La señora Tyrrel consideraba que hacía una obra de la mayor benevolencia al situar a la señorita Emily en una especie de posición equívoca que ni correspondía exactamente a la de una sirvienta, ni la autorizaba a gozar de un trato propio de un miembro de la familia.

Sin embargo, al principio no sufrió ninguna de las humillaciones que podía haber esperado en su situación. La señora Tyrrel, aunque orgullosa y autoritaria, no era mala. La mujer que ocupaba en la casa el puesto de ama de llaves era una persona que había conocido tiempos mejores, y tenía un natural recto y amable. En seguida se encariñó con la pequeña Emily, a la que dejaban casi constantemente a su cuidado. Emily, por su parte, correspondía al afecto de su institutriz, y aprendía con gran docilidad las pocas materias que la señora Jakeman era capaz de impartirle. Pero sobre todo asimilaba su alegría y su talante sencillo, que se fijaba en la parte agradable y risueña de cuanto acontecía, y la inclinaba a comunicar sus sentimientos —que jamás eran despreciativos— sin artificio ni disfraz. Además del provecho que Emily sacaba de la señora Jakeman, se le permitía recibir lecciones de los profesores contratados en la residencia Tyrrel para la instrucción de su primo; y lo cierto es que, como el joven sufría frecuentes indisposiciones que le impedían recibir las lecciones, de no haber contado con la afortunada presencia de la señorita Melvile se habrían encontrado a menudo sin nada que hacer. De modo que la señora Tyrrel alentaba los estudios de Emily por esa razón. Además, pensaba que este ejemplo vivo podía servir de estímulo indirecto a su querido Barnabas, única clase de incentivo que ella habría estado dispuesta a consentir. El ejercicio físico lo tenía absolutamente prohibido; en cuanto a los alicientes intrínsecos de la literatura y el saber, los ignoraba por completo.

Al hacerse mayor, Emily dio muestras de una sensibilidad excepcional, que en sus circunstancias habría podido ser fuente de perpetuo descontento, de no haber estado dotada de una gran dulzura y un carácter apacible. Estaba lejos de merecer el calificativo de belleza: su persona era *petite* e insignificante; su tez tendía a *brunette*, y su cara estaba ligeramente picada de viruela: suficiente para deformar, si no su expresión, sí la tersura de su cutis. Pero aunque no era físicamente guapa, no carecía de atractivo. Su aspecto era a un tiempo sano y delicado; sus cejas grandes y oscuras se adaptaban con facilidad a sus diversos estados de ánimo, y su mirada denotaba a la vez una inteligencia despierta y una franqueza jovial. La enseñanza que había recibido, enteramente fortuita, la había librado de la ignorancia y la incultura, aunque no de una especie de rusticidad natural,

que revelaba una mente incapaz de engañarse a sí misma o de recelar engaño en otros. Hacía gracia sin que pareciese consciente de la agudeza de sus comentarios; o más bien, como no la había maleado el aplauso, no daba importancia a sus propios méritos; y hablaba con la pura alegría de su corazón joven, guiada por el acervo de su justo criterio y no por el deseo de ser elogiada o admirada.

La muerte de su tía introdujo muy poco cambio en su situación. Esta prudente dama, que habría juzgado poco menos que un sacrilegio considerar a la señorita Melvile miembro de la familia de los Tyrrel, no hizo otra mención de ella en su testamento que para asignarle un centenar de libras en la lista de legados a la servidumbre. Jamás había sido admitida la niña en la intimidad y la confianza de la señora Tyrrel; pero el joven hacendado, ahora que quedaba bajo su sola protección, parecía inclinado a tratarla incluso con más liberalidad que su madre. La había visto crecer bajo su mirada, y aunque le llevaba sólo seis años, sentía un interés paternal por su bienestar. El hábito había hecho que su presencia le fuera en cierto modo necesaria, y en todos los descansos de sus ocupaciones del campo y placeres de la mesa se sentía solo y triste sin la compañía de la señorita Melvile. La proximidad del parentesco y la falta de belleza de Emily impedían que la mirara con ojos de deseo. Sus méritos eran los usuales, como el baile y la música. Su destreza en lo primero hacía que el joven señor le cediera a veces una plaza vacía en su carruaje cuando acudía a una reunión social de la vecindad; y fuera cual fuese la luz a la que creyera correcto considerarla, para él era como introducir a su doncella, con derecho a un sitio, en el círculo más espléndido. A menudo utilizaba para su distracción el talento musical de Emily, que tenía a veces el honor de tocar para él hasta que se quedaba dormido, tras el cansancio de la caza; y dado su gusto por la música, Emily conseguía tocando aplacar las turbulencias de genio de las que su carácter era tan esclavo. En general, la tenía como una especie de favorita. Era la intercesora a la que solían acudir sus arrendatarios y sus criados cuando le disgustaban, la compañera privilegiada que podía acercarse impunemente al león en mitad de sus rugidos. Le hablaba sin temor; sus peticiones eran siempre amables y desinteresadas; y cuando le daba una negativa, él se despojaba de su gesto terrible, y se dignaba sonreír

ante el atrevimiento de su prima.

Ésa era la situación de la señorita Melvile desde hacía unos años. Su precariedad se había visto aliviada por la excepcional indulgencia con que la trataba su adusto protector. Pero el carácter de éste, siempre brutal, había ido ganando ferocidad desde que tenía al señor Falkland como vecino. Ahora olvidaba a menudo la delicadeza con que solía tratar a su bondadosa prima; no siempre lograban aplacar su enojo las modestas habilidades artísticas de ella, y a veces se revolvía contra sus zalamerías con una acritud que la hacía temblar. Pero, con su talante alegre, Emily olvidaba en seguida los exabruptos de su primo, y volvía a su forma de ser de siempre.

Un hecho ocurrió entonces que acentuó de manera particular la aspereza del señor Tyrrel y puso fin a la dicha que la señorita Melvile había gozado hasta aquí, pese a la adversidad de su fortuna. Cuando el señor Falkland volvió del continente Emily tenía diecisiete años recién cumplidos. A esa edad se es especialmente sensible a los encantos de la belleza, la gracia y la excelencia moral cuando las reúne una persona del otro sexo. Emily era imprudente, precisamente porque su corazón era incapaz de artificio. Jamás había sentido hasta ahora el escozor de la pobreza a la que estaba condenada, ni se había parado a pensar en la distancia insalvable que las convenciones sociales han puesto entre la opulencia y las clases más pobres. Cuando en una reunión pública descubría al señor Falkland, lo observaba con admiración; y sin explicarse a sí misma exactamente sus propios sentimientos, sus ojos le seguían a todas partes con ansiedad. No le veía, como hacía el resto de los reunidos, como heredero de una de las propiedades más grandes del condado, y con derecho a hacer valer su título ante la más rica heredera: Emily sólo se fijaba en sus méritos más íntimamente personales, de los que ninguna adversidad podía despojarle. En una palabra, se emocionaba cuando él estaba presente: era el objeto constante de sus arrobamientos y sus ensueños; pero su imagen no despertaba en ella más que el inmediato placer que le producía su contemplación.

A su vez, la atención que el señor Falkland le dispensaba parecía suficientemente alentadora para un espíritu tan predispuesto como el de Emily. Había una complacencia especial en su mirada cuando la dirigía hacia

ella. Había dicho en una reunión —uno de cuyos presentes repitió el comentario a la señorita Melvile— que le parecía una joven afable e interesante, que lamentaba su situación indigente, y que le encantaría tener más trato con ella, si no fuera porque temía causarle algún perjuicio, dado el carácter suspicaz del señor Tyrrel. Esto lo consideró Emily como la encantadora deferencia de una naturaleza superior; porque si bien casi nunca tenía presente su fortuna, en cambio sentía un enorme respeto por sus incomparables méritos. Pero aunque aparentemente se negaba a establecer comparaciones entre el señor Falkland y ella, quizá abrigaba la vaga esperanza de que algún acontecimiento todavía guardado en los arcanos del destino conciliase cosas aparentemente incompatibles. Y así predispuesta, las cortesías que él había tenido una vez o dos con ella en medio del bullicio de la reunión —devolverle el abanico que había dejado caer, librarla de la taza vacía del té— habían hecho que se le acelerara el corazón, y despertasen en su exaltada imaginación quimeras absurdas.

Por este tiempo sucedió algo que contribuyó a encauzar en una dirección precisa las vacilaciones espirituales de la señorita Melvile. Una noche, poco después de la muerte del señor Clare, el señor Falkland había estado en casa del difunto en calidad de albacea, y ciertas ocupaciones de poca importancia le habían retenido tres o cuatro horas más de lo previsto. No terminó hasta las dos de la madrugada. A esa hora, en un lugar tan alejado de la metrópoli, todo está en silencio como una región deshabitada. La luna brillaba esplendorosa; y los objetos, que destacaban con un contraste vigoroso de luz y sombra, daban al paisaje una especie de sagrada solemnidad. El señor Falkland había llevado consigo a Collins, ya que el trabajo que había ido a hacer en casa del señor Clare era en cierto modo parecido al que este fiel criado realizaba normalmente. Iban conversando, ya que el señor Falkland no tenía por costumbre obligar a quien tuviera que acompañarle, por formulismo o reserva, a recordar quién era. La sublimidad del escenario le movió a iniciar la conversación un poco de repente, de manera que pudo explayarse sin interrupción. Y no llevaban mucho tiempo cabalgando, cuando se levantó un viento profundo a lo lejos que les trajo el fragor apagado del mar. Poco después, a un lado, el cielo adquirió un matiz marrón rojizo, y al girar de repente en una curva del camino apareció el

fenómeno directamente ante ellos. A medida que avanzaban se fue volviendo más claro, y finalmente descubrieron que se trataba de un incendio. El señor Falkland picó espuelas. Al acercarse, vieron que era de proporciones alarmantes: las llamas ascendían con violencia; abarcaban un gran trecho del horizonte; y como levantaban numerosas pavesas inflamadas, excepcionalmente brillantes y luminosas, sugerían un poco la erupción tremenda de un volcán.

Las llamas procedían de un pueblo que estaba en su camino. Ocho o diez casas ardían ya y parecía que el pueblo entero quedaría destruido en poco tiempo. Los lugareños estaban consternados: jamás habían sufrido una calamidad de tales proporciones. Se afanaban sacando al campo muebles y enseres. Cuando no pudieron hacer más sin poner en peligro sus vidas, incapaces de pensar en ningún otro remedio, se limitaron a observar los estragos retorciéndose las manos en una agonía de impotencia y desesperación. El agua que conseguían transportar al lugar del fuego era como una gota frente a un elemento entero alzado en armas. Entretanto, el viento era cada vez más fuerte, y las llamas se propagaban con más rapidez.

El señor Falkland contempló la escena unos momentos, como deliberando consigo mismo qué podía hacerse. A continuación dio instrucciones a un grupo de campesinos que había allí cerca de que derribasen una casa contigua a otra que estaba en llamas, pero que aún permanecía intacta. Parecieron asombrarse ante semejante consejo, que suponía destruir deliberadamente una propiedad, o considerar el trabajo demasiado cercano al peligro. Al ver que no se movían, desmontó del caballo y les gritó en tono autoritario que le siguieran. Entró al punto en dicha casa, y poco después apareció en lo alto como en medio de las llamas. Tras soltar con ayuda de dos o tres que le siguieron —y que se habían provisto de las herramientas que más a mano tenían— el soporte de un cañón de chimenea, lo empujó hacia adelante y fue a caer en medio del fuego. Después de andar de un lado a otro por toda la techumbre, haciendo trabajar a la gente en todas partes, bajó a ver qué podía hacerse en otro sitio.

En ese momento, una mujer de edad salió de repente de una casa en llamas. Su rostro reflejaba la más absoluta desesperación; y en cuanto se

recobró lo bastante para hacerse idea de su propia situación, cambió de repente el motivo de su angustia.

—¿Dónde está mi hija? —exclamó, dirigiendo una mirada ansiosa y trastornada hacia la multitud—. ¡Ah, está perdida! ¡La tienen rodeada las llamas! ¡Salvadla! ¡Salvadla! ¡Hija mía!

Llenó el aire de gritos desgarradores. Corrió hacia la casa. La gente que había cerca trató de retenerla, pero se zafó de todos en un instante. Se metió en el corredor, observó las espantosas ruinas, y se dispuso a meterse en la escalera en llamas. Al verla el señor Falkland fue tras ella y la agarró por el brazo: era la señora Jakeman.

—¡Deténgase! —exclamó en un tono de benévola autoridad—. ¡Quédese aquí fuera! ¡Yo la buscaré… y la salvaré!

La señora Jakeman obedeció. El señor Falkland encargó a las personas que estaban cerca que la retuviesen; preguntó cuál era el aposento de Emily. La señora Jakeman había ido a visitar a una hermana que vivía en este pueblo, y había llevado a Emily consigo. El señor Falkland subió a una casa contigua, y pasó a la que estaba Emily por una ventana del tejado. Ya se había despertado; y al darse cuenta del peligro se había envuelto en una bata: ése es el casi irresistible resultado de los hábitos femeninos; pero hecho esto, miró a su alrededor con frenética desesperación. El señor Falkland entró en el aposento. Emily se arrojó a sus brazos con la rapidez de un meteoro, se abrazó y se agarró a él impulsivamente sin detenerse a consultar el dictado de su entendimiento. Sus emociones fueron indescriptibles. En breves instantes vivió un siglo de amor. Dos minutos después estaba el señor Falkland otra vez en la calle con su carga adorable y semidesnuda en sus brazos. Tras devolverla a su afectuosa protectora, sustraída a las inminentes garras de la muerte —de las que, si no llega a ser él, no la habría librado nadie—, volvió a su anterior tarea. Con su presencia de ánimo, con su inagotable humanidad y sus esfuerzos incesantes, salvó de la destrucción las tres cuartas partes de la aldea. Y una vez reducido el incendio, volvió en busca de la señora Jakeman y Emily, que a la sazón había encontrado ropas con que sustituir a las que había perdido en las llamas. El señor Falkland mostró una tierna solicitud por la seguridad de la joven, y dio instrucciones a Collins para que fuese lo más deprisa posible y trajese su

coche para llevarla. Transcurrió más de una hora. La señorita Melvile nunca había estado tanto tiempo en compañía del señor Falkland; y el ver tanta humanidad, delicadeza, firmeza y justicia como él atesoraba en su persona, era totalmente nuevo para ella, y fascinante en sumo grado. Cuando, para su alivio, apareció el señor Falkland, experimentó un sentimiento confuso, como si hubiera algo indecoroso en su propia conducta o aspecto, y con este se combinaron sus otras emociones, convirtiéndose todo en una amalgama densa y embriagadora.

No bien llegó Emily a la mansión familiar, salió corriendo el señor Tyrrel a recibirla. Acababa de enterarse del triste suceso ocurrido en el pueblo y estaba angustiado por la seguridad de su alegre prima. Mostró una inquietud espontánea normal en casi todos los miembros de la sociedad humana. Estaba enormemente alarmado ante la posibilidad de que Emily hubiese sido víctima de la catástrofe que había irrumpido de esa forma en mitad de la noche. En cuanto la tuvo en sus brazos, su miedo se convirtió inmediatamente en gozosa seguridad. Y Emily, tan pronto como se encontró bajo el techo familiar, recobró su vivacidad, y su lengua, se volvió incansable describiendo el peligro en que había estado y cómo había sido salvada. Antes, los elogios inocentes que Emily hacía del señor Falkland habían torturado al señor Tyrrel; pero resultaban insípidos, comparados con los que ahora prodigaban sus labios con rica y variada elocuencia. No tenía el amor en ella el mismo efecto —sobre todo en este trance— que el que habría tenido en una persona adiestrada en fingir rubor y acostumbrada a distinguir lo que era inconveniente. Describió la actuación y recursos del señor Falkland, la presteza con que lo ideaba todo, y el precavido aunque osado discernimiento con que lo ejecutaba. Todo era maravilloso y encantador según la ingenuidad de su relato: veías a un genio benefactor supervisándolo y dirigiéndolo todo, aunque sin la menor idea de por qué medio humano lo llevaba a efecto.

El señor Tyrrel escuchó un rato con paciencia estas inocentes efusiones; incluso soportó oír cómo Emily aplaudía al hombre del que acababa de recibir tan preciado favor. Pero el tema, a medida que se prolongaba, se le iba volviendo estomagante; y por último puso bruscamente fin al relato del episodio. Después, al recordarlo, le pareció aún más insolente e intolerable

que mientras lo oía: se le disipó el sentimiento de gratitud, pero perduraban en su cerebro y resonaban en su oído los elogios hiperbólicos: Emily acababa de pasar a formar parte de la confederación que hacía imposible su paz. En cuanto a ella, no tenía conciencia de infligir daño alguno, y a cada instante citaba al señor Falkland como ejemplo de modales elegantes y verdadera discreción. Ajena al disimulo, no se le ocurría que nadie pudiera ver al objeto de su admiración con menos parcialidad que ella. Su amor ingenuo se volvió más ferviente que nunca. A veces abrigaba nada menos que la esperanza de que una pasión recíproca pudiera haber impulsado al señor Falkland a llevar a cabo la proeza desesperada de salvarla de las llamas, y confiaba en que esta pasión aflorara pronto en él y le decidiera a hacer caso omiso de su condición inferior.

Al principio el señor Tyrrel trató de que la señorita Melvile moderara sus aplausos, e intentó hacerle ver por diversos medios que no le era grato el tema. Estaba acostumbrado a tratarla con amabilidad. Por su parte, Emily estaba dispuesta a obedecerle de buen grado, por lo que no le fue difícil acallarla; pero en cuanto surgía la ocasión, volvía a empezar. Su acatamiento era la aquiescencia de un corazón sincero y afectuoso; pero era muy difícil inspirarle temor. Sabedora de que jamás haría daño a una lombriz, no se le ocurría que nadie pudiera tenerle rencor o animadversión. Su carácter la había preservado de cualquier enfrentamiento con aquéllos bajo cuya protección estaba; y como su docilidad era decidida, ignoraba lo que era ser tratada con rudeza. Tan pronto como la oposición del señor Tyrrel a escuchar siquiera el nombre de Falkland se hizo patente y uniforme, la señorita Melvile se volvió más precavida: se interrumpía a mitad de frases que iban a acabar en elogio. Esto producía un efecto desafortunado: era una sátira mordaz a la imbecilidad de su pariente. En dichas ocasiones, se atrevía a veces a expresar alguna alegre reconvención: «¡Señor, me pregunto cómo puede estar de tan mal humor! Estoy convencida de que el señor Falkland haría cualquier cosa por usted». Hasta que él la hacía callar con un gesto de impaciencia y enfado.

Finalmente contuvo su espontaneidad. Pero era demasiado tarde: el señor Tyrrel sospechaba ya la existencia de esa pasión en que irreflexivamente se había dejado prender; su imaginación, ingeniosa en

atormentarle, le hacía ver en la conversación todas las oportunidades en que ella habría podido introducir un elogio del señor Falkland, de no haberla obligado él a reprimirse: su actual reserva sobre el particular era aún más insufrible que su anterior locuacidad. Y fue perdiendo poco a poco toda consideración con esta infortunada huérfana; su predilección por el hombre que era blanco de su odio ilimitado le parecía la última persecución de un destino malvado. Se figuraba abandonado de todo ser que tuviera forma humana; que los hombres, por influjo de algún sortilegio fatal, aprobaban sólo lo sofisticado y artificioso, y que tenían una aversión mortal al fruto recio y auténtico de la naturaleza. Persuadido de estos lúgubres presagios, no veía a la señorita Melvile con otros sentimientos que los de una rencorosa aversión; y acostumbrado como estaba a satisfacer sus propensiones, decidió descargar sobre ella una venganza ejemplar.

Capítulo VII

El señor Tyrrel consultó el plan a seguir con su antiguo confidente, quien, dado que compartía su brutalidad e insolencia, no concebía que se consintiese que una joven insignificante, sin dinero ni belleza, fuese siquiera por un momento obstáculo para las satisfacciones de un hombre de la importancia del señor Tyrrel. Lo primero que se le ocurrió al ahora implacable primo fue echarla a la calle, y que se buscase la vida como pudiera. Pero comprendió que tal medida iba a suponer un baldón para él; y al final decidió adoptar una estratagema que, a la vez que dejaba suficientemente a salvo su reputación, haría más seguro el castigo y la humillación de ella.

Para lo cual se fijó en un joven de veinte años, hijo de un tal Grimes que llevaba una pequeña granja propiedad de su confidente. Resolvió casar a este muchacho con la señorita Melvile, porque sospechaba que, dados los tiernos sentimientos que había tenido la mala fortuna de concebir hacia el señor Falkland, recibiría con especial desagrado cualquier proposición de matrimonio. Escogió a Grimes porque era en todos los conceptos lo más opuesto al señor Falkland. No era un muchacho de inclinaciones depravadas, pero era tosco y zafio hasta extremos inconcebibles. De aspecto escasamente humano, sus facciones eran toscas, extrañamente desacordes y faltas de armonía. Tenía unos labios gruesos, y un tono de voz estridente y escasamente modulada. Las piernas las tenía iguales de arriba abajo, y los pies deformes y torpes. No era en absoluto de carácter malo o rencoroso, pero ignoraba lo que era delicadeza; no buscaba en los demás refinamientos que él mismo desconocía. Era un experto boxeador, su naturaleza le inclinaba a buscar las diversiones más turbulentas, y se solazaba en una especie de sarcasmo maquinal que no juzgaba dañoso, puesto que no

dejaba huella. Sus modales eran en general escandalosos y desconsiderados; y era obstinado y terco, no porque su temperamento fuera cruel o desabrido, sino porque no conocía esa finura de sentimientos que es parte tan importante de la historia de las personas formadas con molde más amable.

Éste era el tosco y semicivilizado animal que la industriosa malevolencia del señor Tyrrel escogió como instrumento para su propósito. Hasta ahora Emily se había librado excepcionalmente de la opresión del despotismo. Su feliz insignificancia le había servido de protección. A nadie se le había ocurrido que valiera la pena encadenarla con esa multitud de pequeñas imposiciones con que generalmente se atormenta a las hijas de la opulencia. Poseía la figura a la vez delicada y silvestre de la avecilla que trina libre en su arboleda natal.

Así que cuando oyó a su pariente que pensaba casarla con Grimes, se quedó unos instantes muda de asombro ante la inesperada idea. Pero tan pronto como recobró el uso de la palabra, replicó: —No, señor; no necesito marido.

—¡Claro que sí! ¿Acaso no andas siempre suspirando por los hombres? Ha llegado el momento de solucionar eso.

—¿Con el señor Grimes? ¡Desde luego que no! Cuando me case, no será con un hombre como el señor Grimes.

—¡Silencio! ¿Cómo te atreves a tomarte tan insólitas libertades?

—¡Señor!, no sabría qué hacer con él. Sería como entregarme a su gran perro de aguas, y pedirme que le hiciera un cojín de seda para que durmiese en mi cuarto de vestir. Además, Grimes es peón de campo, y yo siempre he oído decir a mi tía que la nuestra era una gran familia.

—Eso es mentira. ¿Nuestra familia? ¿Tienes la desfachatez de considerarte de nuestra familia?

—¡Cómo, señor! ¿No es su abuelo mi abuelo? ¿Cómo podemos venir entonces de familias diferentes?

—Por la razón más grande del mundo. Tú eres hija de un bribón escocés que se gastó hasta el último chelín de la fortuna de mi tía Lucy y te dejó en la miseria. Tienes cien libras, y el padre de Grimes promete darle a él otro tanto. ¿Cómo te atreves a mirar con altivez a los que son tus iguales?

—En verdad, señor, no soy orgullosa. Pero en verdad le digo que no podré amar nunca al señor Grimes. Soy muy feliz como estoy: ¿por qué iba a querer casarme?

—Basta ya. Grimes va a venir esta tarde. Procura portarte bien con él. Si no, lo tendrá presente y te lo hará pagar cuando menos gracia te haga.

—Vamos, señor… no hablará en serio.

—¿Que no hablo en serio? Ya lo veremos. Yo sé qué te gustaría. Preferirías ser la meretriz del señor Falkland antes que la esposa de un simple granjero. Pero yo me ocuparé de ti. A esto conduce la tolerancia. Necesitas que te bajen los humos. Hay que enseñarte la diferencia entre la fantasía y la realidad. Puede que te cueste un pequeño berrinche. Pero no importa. El orgullo necesita siempre un poco de mortificación. Si cayeses en la deshonra, sería yo quien cargaría con la culpa.

El tono en que el señor Tyrrel hablaba era tan distinto de aquel al que la señorita Melvile estaba acostumbrada que no sabía cómo interpretar sus palabras. Al principio pensó que era un plan para imponerle una condición que no quería ni pensar. Pero en seguida rechazó tal idea como indigna de imputársela a su pariente, y concluyó que sólo era su manera de ser, y que lo único que pretendía era probarla. Para resolver el enigma, no obstante, decidió consultar con su leal consejera, la señora Jakeman, y le repitió lo sucedido. La señora Jakeman vio el asunto de manera muy diferente a como Emily lo imaginaba, y temió por la paz futura de su querida protegida.

—¡Dios mío, mamá! —exclamó Emily (éste era el título que le placía dar a la buena ama de llaves)—, no puede pensar así. Pero es igual. Jamás me casaré con Grimes, ocurra lo que ocurra.

—Pero ¿cómo podrás evitarlo? Mi señor te obligará.

—No; ¿crees que estás hablando con una niña? Soy yo quien va a tener el marido, no el señor Tyrrel. ¿Acaso crees que voy a dejar que nadie lo elija por mí? No soy tan idiota.

—¡Ah, Emily! Qué poco conoces tu situación. Tu primo es un hombre violento y puede echarte a la calle si te opones.

—¡Oh, mamá, no me parece bien que digas eso! Estoy segura de que el señor Tyrrel es muy buena persona, aunque se enfade un poco a veces. Él sabe que tengo razón al decidir por mí misma en una cosa como ésta, y que

no se puede castigar a nadie por hacer lo que está bien.

—Nadie debería ser castigado, mi querida niña. Pero hay hombres malvados y tiránicos en el mundo.

—Bueno, bueno. Pero jamás creeré que mi primo es uno de ellos.

—Espero que así sea.

—Y si lo fuera, ¿qué pasaría? Desde luego, sentiría mucho tener que enfadarle.

—¿Qué pasaría? Pues que entonces mi pobre Emily se quedaría en la miseria. ¿Y crees que yo podría soportar eso?

—No, no. El señor Tyrrel acaba de decirme que tengo cien libras. Pero aunque no tuviera nada, ¿no se encuentran así miles de personas? ¿Por qué va a afligirme lo que otros sobrellevan con alegría? No te preocupes, mamá. Haré lo que sea, antes que casarme con Grimes; estoy decidida.

La señora Jakeman no podía soportar la incertidumbre en que esta conversación la había sumido, así que fue a ver al señor Tyrrel para que la sacara de dudas. El modo en que formuló la pregunta indicaba el concepto que le merecía tal matrimonio.

—Es verdad —dijo el señor Tyrrel—: pensaba hablar con usted sobre este asunto: a esa muchacha se le han metido unas ideas extrañas en la cabeza que le pueden acarrear la ruina. Quizá sepa usted de dónde le vienen. Pero sea como sea, es hora de poner remedio. Y cuanto antes mejor, para que las cosas sigan bien, mientras van bien. En resumen: he decidido casarla con ese muchacho; no tiene malas referencias de él, ¿verdad? Y ya que goza usted de bastante ascendiente sobre ella, quiero que lo utilice para aconsejarla, ¿entendido? Le aseguro que hará bien. ¡Es una zorra insolente! Con el tiempo se volvería una ramera, y acabaría pudriéndose en un muladar como una vulgar puta si no me tomara estas molestias para salvarla de la perdición. Quiero convertirla en esposa de un honrado granjero. ¡Pero la señoritinga no soporta la idea!

Por la tarde llegó Grimes, como había sido acordado, y le dejaron a solas con la joven dama.

—Bien, señorita —dijo—; parece que el señor tiene ganas de convertirnos en marido y mujer. Yo lo que puedo decir por mi parte es que jamás se me hubiera ocurrido. Pero puesto que el señor ha roto el hielo de

esa forma, si está usted conforme con el arreglo, bueno, yo soy su hombre. Diga usted la palabra: un movimiento de cabeza vale tanto como un guiño a un caballo ciego.

Emily se sentía ya bastante humillada con la inesperada proposición del señor Tyrrel. Estaba confusa ante la novedad de la situación, y más aún ante la zafia tosquedad de su galán, que sobrepasaba todas sus previsiones. Esta confusión la interpretó Grimes como un signo de timidez.

—Vamos, vamos, no se desanime. Alegre esa cara. ¿Qué más da? Mi primera novia fue Bet Butterfield; ¿y qué? Que sea lo que tenga que ser; con penas no se llena el estómago. ¡La verdad es que era una moza de cuerpo entero, sí señor! Cinco pies y diez pulgadas; y robusta como un caballo de guerra. ¡Y cómo trabajaba! De sol a sol: ordeñaba diez vacas ella sola; con la capucha puesta, acudía al mercado con el carro lleno de cestas, así hiciese un tiempo de perros, nevara, granizara o soplara un viento del demonio. ¡Le habría gustado a usted ver sus mejillas heladas, coloradas como una ternera de su propio huerto! ¡Ah, qué moza de temple era! Le gustaba retozar con los segadores: darle a uno una palmada en la espalda, luchar con otro, y gastarles bromas y picardías a todos. ¡Pobre muchacha! Se partió el cuello al caerse por una escalera en un bautizo. ¡Jamás he conocido otra como ella! ¡Pero no le importe eso! Estoy seguro de que voy a encontrarle buenas cualidades cuando la conozca mejor. Con lo vergonzosa y remilgada que parece, seguro que es una picara en el fondo. Ya veremos cuando la despeine y la achuche un poco. Yo no soy ningún bobo, señorita, no vaya usted a creer. Sé cuántas son dos y dos, y soy tan largo como el que más. Ya lo verá, ya. El pez morderá el anzuelo, no lo dude. Sí, sí; ya verá como nos llevamos bien a la larga.

Emily, a todo esto, había recobrado un poco el ánimo; y aunque vacilante, empezó a darle las gracias al señor Grimes por su buena opinión, aunque debía confesarle que nunca podría alentar sus requerimientos, por lo que le rogaba que desistiese de seguir solicitándola. Este rechazo habría resultado más inteligible de no haber sido por los modales estrepitosos y la exagerada jovialidad de él, que le impedían estar callado y le hacían suponer que le bastaba oír media palabra del otro para entender qué quería decir. El señor Tyrrel, a todo esto, estaba demasiado impaciente, porque no quería

interrumpir la escena antes de que los dos tuvieran tiempo de entrar en explicaciones, y atento al desarrollo para impedir que los jóvenes tuvieran plena conciencia de sus respectivas inclinaciones. Grimes, por consiguiente, atribuyó la renuencia de la señorita Melvile a su modestia de doncella, y a la asustadiza timidez de una potranca no domada. Aunque a decir verdad, de haber sido de otro modo, no es probable que hubiera hecho el menor efecto en él, ya que estaba acostumbrado a considerar a las mujeres hechas para disfrute de los hombres, y a tronar contra la debilidad de quienes las enseñaban a imaginar que debían juzgar por sí mismas.

Mientras proseguía el galanteo, la señorita Melvile observaba a su flamante admirador, y le iba cogiendo más antipatía. Pero, aunque no tenía el carácter estropeado por esas falsas carencias que a menudo hacen desgraciada a la gente pudiente cuando tiene a su alcance todo lo que la naturaleza reclama, sin embargo estaba poco acostumbrada a la oposición, y le aterraba la creciente severidad de su pariente. A veces pensaba en huir de una casa que ahora se había convertido en su prisión; pero los hábitos de su juventud y su desconocimiento del mundo la disuadían de este proyecto cuando lo miraba más de cerca. La señora Jakeman, como es natural, no soportaba la idea de que el joven Grimes se convirtiera en el marido de su querida Emily; pero su prudencia la hacía oponerse con todas sus fuerzas a que la joven tomara una decisión extrema. No creía que el señor Tyrrel persistiese en tan inexplicable persecución, y exhortaba a la señorita Melvile a que olvidase por un momento la natural independencia de su carácter, y se esforzase en ablandar la obstinación de su primo. Tenía gran confianza en la ingenua elocuencia de su pupila. La señora Jakeman ignoraba qué ocurría en el pecho del tirano.

La señorita Melvile acató la sugerencia de su *mamá*. Una mañana inmediatamente después de desayunar fue a su clavicordio y tocó una tras otra varias tonadas predilectas del señor Tyrrel. La señora Jakeman se había retirado; los criados estaban ocupados en sus respectivos quehaceres. El señor Tyrrel debía haberse retirado también: no tenía el ánimo para la música, y no disfrutaba como solía con la actuación de Emily, pese a que los dedos de ésta eran ahora más exquisitos que de costumbre: probablemente su espíritu se esmeraba al recordar la causa que iba a defender, a la vez que

carecía de esos temores paralizadores que habría sentido cualquier persona que no se atreviese a mirar de frente a la pobreza. El señor Tyrrel no se decidía a abandonar el aposento. Unas veces lo recorría con pasos impacientes; otras se detenía junto a la pobre inocente que desplegaba su talento para complacerle; por último se dejó caer en una butaca del otro extremo, con la mirada vuelta hacia Emily. No era difícil seguir el curso de sus emociones. Se fueron relajando las arrugas de su semblante contraído, y su expresión se iluminó con una sonrisa: en su corazón pareció revivir la amabilidad con que la contemplaba en momentos así.

Emily aprovechó la ocasión. Al terminar una de las piezas, se levantó y se acercó a él.

—¿A que he tocado bastante bien? Y después de esto, ¿no va a concederme una recompensa?

—¿Una recompensa? Sí, ven que te dé un beso.

—No; ésa no. Aunque hace muchos días que no me da un beso. Antes decía que me quería y me llamaba su Emily. Estoy segura de que no me quería más de lo que le quería yo a usted. ¿Ha olvidado todo el afecto que me tenía? —añadió con ansiedad.

—¿Olvidarlo? No, no. ¿Cómo puedes hacerme esa pregunta? ¡Aún eres mi querida Emily!

—¡Ah, ésos fueron tiempos felices! —replicó ella con tristeza—. ¿Sabe, primo? ¡Me gustaría poder despertar, y descubrir que este último mes, sólo este mes, ha sido un mal sueño!

—¿A qué te refieres? —dijo el señor Tyrrel cambiando de tono—. ¡Ten cuidado! No me pongas de mal humor. No me vengas ahora con tus ideas románticas.

—No, no. No tengo ideas románticas en la cabeza. Hablo de algo de lo que depende la felicidad de mi vida.

—Ya veo adónde quieres ir a parar. Calla. Sabes que es inútil que me incordies con tu terquedad. No me dejas que esté de buen humor contigo ni un momento. Lo que tengo decidido respecto a Grimes, no hay nada en el mundo que me lo haga cambiar.

—Querido, queridísmo primo: piénselo siquiera un momento, Grimes es un rústico grosero como el Orson de los cuentos. Necesita una esposa como

él. Se sentiría tan incómodo y perplejo conmigo como yo con él. ¿Por qué obligarnos a hacer una cosa por la que ninguno de los dos sentimos inclinación? No se me ocurre qué ha podido meterle esa idea en la cabeza. Pero por el amor de Dios, abandónela. El matrimonio es algo muy serio. No debería pensar en unir por capricho a dos personas que no tienen absolutamente nada en común. Nos sentiríamos mortificados y frustrados toda la vida. Yo pasaría mes tras mes, y año tras año, sin más esperanza de volver a ser la misma que con la muerte de la persona a la que debería amar. Estoy segura, señor, de que no puede querer hacerme ese daño. ¿Qué he hecho que merezca tenerle como enemigo?

—No soy tu enemigo. Te aseguro que es preciso ponerte fuera del peligro. Pero si fuera tu enemigo, no podría ser peor tormento para ti de lo que eres tú para mí. ¿No andas cantando continuamente las alabanzas de Falkland? ¿No estás enamorada de Falkland? ¡Ese hombre es una legión de demonios para mí! ¡Me trata como si fuese un mendigo! ¡Como si fuese un enano o un monstruo! Hubo un tiempo en que se me tenía respeto. ¡Pero ahora, catequizados por ese granuja afrancesado, me llaman inculto, hosco, tirano! ¡Es verdad que no sé hablar con remilgo, regalar a la gente con elogios hipócritas, ni disimular los sentimientos que llevo dentro de mí! El truhán sabe cuáles son sus despreciables habilidades, y me ofende con ellas sin cesar. Es mi rival y perseguidor. Y encima, por si eso no fuera suficiente, ha encontrado el medio de extender la pestilencia a mi propia familia. ¡Tenías que volverte tú, una mocosa fruto de un matrimonio furtivo, a quien he recogido por caridad, contra tu benefactor, y herirme en el punto que menos puedo soportar! Si fuese tu enemigo, ¿no tendría motivo? ¿No tendría derecho a infligirte heridas como las que me has hecho sufrir tú? Pero ¿quién eres tú? La vida de cincuenta como tú no valen una hora mía de desasosiego. Si te tuvieran veinte años en el potro de tormento no llegarías a sufrir lo que he sufrido yo. Pero soy amigo tuyo. Veo el camino que llevas, y estoy decidido a salvarte de ese ladrón, de ese hipócrita destructor de todos nosotros. Cada instante que dejamos pasar el daño no hace sino agrandarse. Y estoy decidido a salvarte cuanto antes.

Las airadas reconvenciones del señor Tyrrel sugirieron nuevas ideas al tierno espíritu de la señorita Melvile: nunca había revelado las emociones de

su alma de manera tan explícita; pero era tal el tumulto de sus pensamientos que no era ya dueño de sí mismo. Emily acababa de descubrir con asombro que era enemigo irreconciliable del señor Falkland —del que imaginaba inocentemente que conocerle y admirarle era todo uno—, y que abrigaba un hondo rencor hacia ella. Se retrajo, sin saber muy bien por qué, ante las feroces pasiones de su pariente, convencida de que no tenía nada que esperar de su carácter implacable. Pero esta alarma fue preludio de firmeza y no de cobardía.

—No, señor —replicó—; le aseguro que no voy a dejarme llevar por el camino que a usted le plazca. Estoy acostumbrada a obedecerle, y le seguiré obedeciendo en todo lo que sea razonable. Pero me exige demasiado. ¿Qué me está diciendo del señor Falkland? ¿Acaso he hecho yo jamás nada que merezca esa injusta sospecha? Soy inocente, y seguiré siendo inocente. El señor Grimes es una persona buena, y sin duda encontrará mujeres que le quieran. Pero no es adecuado para mí, y ni la tortura me obligará a ser su esposa.

El señor Tyrrel se quedó no poco asombrado ante la entereza que Emily mostraba en esta ocasión. Había estado demasiado seguro de su docilidad y blandura de carácter. Ahora trató de atenuar la rudeza de sus anteriores sentimientos.

—¡Maldita sea mi alma! ¿Cómo te permites llevarme la contraria? ¿Esperas que todo el mundo se salga de su camino para darte gusto? Yo podría hallar en mi corazón… Pero ya conoces mi propósito. Insisto en que dejes que Grimes te corteje, abandones tus humos, y le escuches con imparcialidad. ¿Lo harás? Porque como persistas en tu testarudez pondré punto final al asunto. No creas que va a venir a pedir tu mano quien tú quieras. No eres precisamente un buen partido, te lo aseguro. Si supieras lo que te conviene, te alegrarías de aceptar a ese muchacho, mientras se muestre dispuesto.

La señorita Melvile recibió con júbilo la perspectiva que le abrían las últimas palabras de su pariente, de acabar en breve su actual persecución. La señora Jakeman, al enterarse, felicitó a Emily por el retomo del señor a la moderación y el buen sentido, y se alegró de su acierto al aconsejar a la joven esta feliz llamada a la razón. Pero no duraron mucho sus mutuas

felicitaciones. El señor Tyrrel informó a la señora Jakeman de que necesitaba mandarla a resolver un asunto que seguramente la retendría varias semanas; y aunque la misión no parecía en absoluto ambigua ni ficticia, a las dos amigas les pareció un mal presagio esta inoportuna separación. La señora Jakeman, entretanto, exhortó a su pupila a perseverar, le recordó la compunción que ya había manifestado su pariente, y la animó a esperarlo todo de su propia disposición y buen talante. Emily, por su parte, aunque lamentaba la marcha de su protectora y consejera en momento tan crítico, era incapaz de recelar del señor Tyrrel ninguna malevolencia o duplicidad como para inspirarle seria alarma. Se alegraba de librarse de tan angustiosa persecución, y preveía una conclusión feliz del primer asunto serio de su vida. Respecto al señor Falkland, sus sueños lisonjeros dieron paso a un estado de entereza y vigilancia. La ambigüedad del incidente la enseñó incluso a desear prolongar más que a abreviar la situación; porque quizá fuese quimérica, pero no dejaba de tener sus encantos.

Capítulo VIII

Nada podía estar más lejos de las intenciones del señor Tyrrel que consentir que acabaran así sus planes. No bien hubo despejado el peligro de que se entrometiera el ama de llaves, cambió por entero de actitud. Ordenó a la señorita Melvile que permaneciese confinada en su aposento, privándola de toda posibilidad de comunicar su situación a nadie ajeno a la casa. La puso bajo la custodia de una criada en cuya discreción podía confiar; dado que, habiendo sido honrada con las atenciones amorosas del señor, consideraba las distinciones tributadas a Emily en la morada de los Tyrrel como una usurpación de sus lógicos derechos. El propio señor hizo cuanto estaba en su mano para manchar la reputación de la joven, explicando a sus sirvientes que tales precauciones eran necesarias para impedir que se fugase con su vecino y se hundiese en la deshonra total.

Cuando llevaba ya encerrada la señorita Melvile veinticuatro horas, y cabía suponer que se le habrían bajado los humos ante lo excepcional de su situación, el señor Tyrrel juzgó oportuno visitarla, explicarle la razón del trato que ahora recibía, y hacerle comprender por qué medio podía esperar que cambiara. Al verle entrar, Emily se volvió hacia él con más firmeza que nunca, y le interpeló así: —Vaya, señor, ¿es usted? Pues precisamente quería verle. Al parecer me han encerrado aquí por orden suya. ¿Qué significa esto? ¿Qué derecho tiene a encerrarme? ¿Acaso le debo algo? Su madre me dejó cien libras: ¿acaso me ha ofrecido aumentar en algo ese capital? Pero aunque lo hiciera, no lo quiero. No pretendo ser mejor que los hijos de otros padres pobres; puedo ganarme la vida como ellos. Prefiero la libertad a la riqueza. Veo que le sorprende mi determinación. ¿Es que no tengo derecho a revolverme cuando me pisotean? Yo le habría dejado ya si la señora Jakeman no me hubiera disuadido, y si no hubiera tenido mejor

concepto de usted del que veo que se merece. Pero ahora, señor, me propongo abandonar su casa sin más dilación; le ruego que no trate de impedirlo.

Dicho esto se levantó y se dirigió a la puerta, mientras el señor Tyrrel permanecía atónito ante tal dignidad. Viendo no obstante que estaba a punto de ponerse fuera de su alcance, se recobró, la agarró y tiró de ella.

—¿Qué es esto? ¿Acaso crees, zorra, que me vas a engañar con tu descaro? ¡Siéntate ahí y no te muevas! Así que quieres saber con qué derecho estás aquí, ¿eh? Pues por el derecho de propiedad. Esta casa es mía, y estás en mi poder. Ahora no tienes ninguna señora Jakeman que te ayude a desaparecer, ni ningún señor Falkland que gallee por ti. Te he neutralizado, ¡maldita sea!, y he frustrado tus planes. ¿Crees que a mí se me contradice y se me resiste impunemente? ¿Alguna vez has sabido de alguien que se opusiera a mi voluntad sin que yo hiciese que se arrepintiera? ¿Y me va a intimidar ahora una señorita de cara picada? ¿No te he dado una fortuna? ¡Maldita sea!, ¿quién te ha criado? Te voy a pasar factura por la ropa y el alojamiento. ¿No sabes que cualquier acreedor tiene derecho a retener a su deudor? Piensa lo que te dé la gana, pero aquí vas a estar hasta que te cases con Grimes. ¡Ni el cielo ni la tierra me van a impedir doblegar tu terquedad!

—¡Hombre mezquino y despiadado! ¿No es bastante que no tenga a nadie que me defienda? Pero no soy tan desvalida como usted se imagina. Puede encarcelar mi cuerpo, pero no podrá quebrantar mi espíritu. ¿Casarme con el señor Grimes? ¿Así quiere hacerme colaborar en sus propósitos? Cada trabajo que me inflige pone más lejos el fin para el que soy injustamente tratada. ¡No está acostumbrado a que le contraríen! ¿Cuándo le he contrariado yo? ¿Y en un interés que es tan completamente mío no ha de contar para nada mi voluntad? ¿Quiere imponer esa regla para usted, y no soporta que nadie se beneficie de ella? No quiero nada de usted. ¿Cómo se atreve a negarme el derecho de cualquier ser racional a vivir pacíficamente en la pobreza y la inocencia? ¿Por qué clase de hombre quiere que le tomen, usted que reclama el respeto y el aplauso de todos?

Los encendidos reproches de Emily tuvieron al principio el efecto de llenar de asombro al señor Tyrrel y hacerle sentirse desconcertado e

impresionado ante esta criatura inocente e indefensa. Pero su confusión se debía a la sorpresa. Una vez pasada la primera emoción, se maldijo a sí mismo por dejarse conmover por sus palabras, y se sintió diez veces más irritado con ella, por atreverse a desafiar su rencor en un momento en que tenía todos los motivos para estar asustada. Su propensión despótica e implacable le arrastraba poco menos que a la locura. Al mismo tiempo, sus hábitos, que eran melancólicos y meditabundos, le inclinaban a planear diversas maneras de castigar su tozudez. Empezaba a sospechar que había poca esperanza de lograr su propósito por la fuerza; así que decidió recurrir a la traición.

En Grimes halló un instrumento suficientemente apropiado para su propósito. Este muchacho, sin un átomo de mala intención, por su mera tosquedad de sentimientos, era capaz de perpetrar los más grandes agravios. Tanto el perjuicio como el beneficio los concebía tan sólo con relación a la satisfacción del apetito, y consideraba esencial a la verdadera sabiduría el tratar de manera insultante el afeminamiento de los que se atormentan con desventuras ideales. Estaba convencido de que no podía caerle en suerte destino más dichoso a una joven que el de ser su esposa, e imaginaba que ese final compensaría ampliamente cualquier calamidad que ella creyese sufrir en el intervalo. De modo que no tardó en dejarse convencer por ciertas tentaciones que el señor Tyrrel supo utilizar para tomar parte en la intriga con que éste se proponía traicionar a la señorita Melvile.

Dispuestas así las cosas, el señor Tyrrel procedió a exacerbar los temores de la prisionera por mediación de la carcelera (porque dada la experiencia que ya tenía de la discusión personal, no quería repetir su visita). Esta mujer, unas veces so pretexto de amistad, y otras con abierta malevolencia, informaba a Emily de vez en cuando sobre los preparativos que se llevaban a cabo para su boda. Un día: «El señor ha ido a ver la pequeña granja que será el hogar de los recién casados»; otro: «Han llevado allí algo de ganado y muebles, para que todo esté dispuesto cuando vayan». Después le contó que «ya está sacada la licencia, apalabrado el sacerdote y fijada la fecha de la ceremonia». Cuando Emily trataba —aunque con creciente inquietud— de tachar estos preparativos de completamente inútiles sin su consentimiento,

la astuta *gouvernante* le contaba varias historias de matrimonios forzados, y le aseguraba que ni las protestas, ni el silencio, ni los desmayos eran suficientes para suspender la ceremonia, o para anularla una vez celebrada.

La situación de la señorita Melvile era de lo más opresiva: no tenía trato más que con sus perseguidores. No tenía a nadie a quien pedir consejo, o que le llevara el más pequeño consuelo y aliento. Tenía fortaleza; pero no se la confirmaban ni dirigían los dictados de la experiencia, así que no podía esperarse que fuera tan inflexible como sin duda lo habría sido de haber contado con mejor información. Tenía un espíritu noble y lúcido; pero cometía errores propios de su sexo. Su alma temblaba ante los continuos terrores que la asaltaban, y su salud empezó a resentirse de manera visible.

Como hasta ahora se había mantenido firme, Grimes, siguiendo instrucciones del señor Tyrrel, procuró en su siguiente entrevista deslizar la idea de que no le satisfacía este matrimonio, y dado que ella era contraria también, hubiera preferido no llevarlo a cabo. No obstante, se encontraba en una posición delicada, entre uno y otro señor, y suponía que debía casarse quisiese o no; los dos le arruinarían infaliblemente a la menor sospecha de que se echaba atrás, como estaban acostumbrados a hacer con todo inferior que se resistía a su voluntad. Emily se alegró de encontrar a su admirador en tan favorable disposición, y le insistió fervientemente que hiciese esta humanitaria confesión. Sus palabras estaban llenas de elocuencia y energía. Grimes pareció conmovido ante la vehemencia de su actitud; pero alegó el rencor del señor Tyrrel y del dueño de su tierra. Por último, no obstante, sugirió un plan mediante el cual podría ayudarla a escapar sin que ellos recelasen nada, dado que no era probable que las sospechas recayesen sobre él.

—A lo que se ve —dijo—, me rechaza usted desdeñosamente, como si dijéramos. Sin duda piensa que no soy más que un bruto. Pero no le guardo rencor, y quiero demostrarle que tengo mejor corazón de lo que usted imagina. Es una extraña manía, empeñarse en perjudicarse a sí misma y no ver las cosas y llevar la contraria a sus amigos. Pero si está decidida a largarse, desprecio ser el marido de una muchacha que no está igual de dispuesta que yo; así que prepararé el terreno para que pueda seguir su propia inclinación.

Emily escuchó al principio esta sugerencia con ansiedad y aprobación. Pero al abordar los detalles de la empresa se le enfrió un poco el ardor. Era preciso, le informó Grimes, que efectuase la huida en plena noche. Para lo cual se ocultaría él en el jardín, e iría provisto de falsas llaves para liberarla de su prisión. No era éste el procedimiento más apto para apaciguar su imaginación alterada. Arrojarse a los brazos del hombre cuyo trato quería evitar por todos los medios, del hombre al que menos podía ver como compañero de su vida, era sin duda un procedimiento extraordinario. Las circunstancias adicionales de nocturnidad y soledad agravaban el cuadro. La mansión Tyrrel estaba muy aislada: se hallaba a tres millas del pueblo más cercano y a no menos de siete de donde vivía la hermana de la señora Jakeman, bajo cuya protección pensaba ponerse Emily. Su ingenuidad le impedía ocurrírsele siquiera que Grimes tuviese intención de aprovecharse brutalmente de la situación; con todo, su espíritu se resistía instintivamente a la idea de ponerse en manos del hombre al que últimamente consideraba instrumento de su pariente traidor.

Después de darle muchas vueltas a estas consideraciones, pidió a Grimes que acordase con la hermana de la señora Jakeman que la esperase fuera del jardín. Pero Grimes se negó tajantemente. Incluso le enfureció esta proposición: denotaba muy poco agradecimiento pedirle que revelase a otros su implicación en tan peligroso asunto. Estaba decidido, por su propia seguridad, a no permitir que interviniese nadie. Si la señorita no le creía, cuando le hacía esta proposición por pura amabilidad, y no confiaba ni una pizca en él, que se atuviese a las consecuencias. No estaba dispuesto a complacer los caprichos de una persona que le trataba con más orgullo que el propio Lucifer.

Emily trató de aplacar su mal humor; pero toda la elocuencia de su nuevo aliado no consiguió vencer de momento su aversión. Le pidió un día para pensarlo. El día siguiente era el designado por el señor Tyrrel para la boda. Entretanto, la atormentaban de mil maneras diferentes los indicios sobre el destino que se cernía sobre ella. Los preparativos eran tan continuados, metódicos y regulares que le producían la más angustiosa y dolorosa ansiedad. Si su corazón hallaba un momento de descanso en esta tribulación, la mujer que la asistía ponía inmediatamente fin a tal sosiego

con alguna insinuación insidiosa o sarcástica. Se sentía, como confesó después, sola, desorientada, con las ataduras de la infancia rotas por así decir, sin nadie a quien le preocupase su destino. Ella, que hasta ahora no había sabido lo que era un enemigo, llevaba tres semanas sin ver un rostro humano al que no tuviera sobrados motivos para considerar desafecto, cuando no implacablemente determinado a destruirla. Ahora, por primera vez, experimentó la angustia de no haber conocido a sus padres y haber sido puesta enteramente en manos de la caridad de personas que estaban muy por encima de ella para esperar el favor de su amistad.

Por la noche, su cerebro se pobló de pensamientos angustiosos. Cuando un olvido momentáneo se apiadaba de sus sentidos, su turbada imaginación evocaba mil imágenes de violencia y falsedad, se veía en manos de enemigos que no vacilaban en llevar a cabo su completa perdición con la más osada ruindad. Cuando estaba despierta, sus pensamientos no eran más consoladores: la lucha era demasiado grande para su constitución. Cerca ya de la madrugada, resolvió arriesgarse, y ponerse en manos de Grimes. No bien hubo tomado esta decisión, sintió que se le quitaba un enorme peso de encima. No se le ocurría qué mal podía venirle de tal medida que mereciera compararse con los que parecían inevitables bajo el techo de su pariente.

Cuando comunicó a Grimes su decisión, no logró saber si la noticia le produjo pena o alegría. Sonrió, desde luego; pero a la sonrisa le acompañó una brusca contracción de semblante que podía ser tanto de sarcasmo como de congratulación. Sin embargo, renovó sus seguridades de cumplir la palabra dada, y ejecutarla con puntualidad. Entretanto, el día estuvo salpicado de regalos y preparativos, lo que indicaba la firmeza y resolución de los directores de la escena. Emily había esperado que al acercarse el momento decisivo disminuiría algo su habitual vigilancia. En tal caso estaba dispuesta a burlar a su carcelera y a su joven y no deseado cómplice, si se le presentaba la ocasión. Pero, aunque estuvo atenta a este propósito, la halló irrealizable.

Finalmente, llegó la noche decisiva para su felicidad. En esta ocasión Emily no podía por menos de tener el ánimo indeciblemente agitado. Al principio había puesto toda su sutileza en eludir la vigilancia de su carcelera.

Esta tirana insolente y cruel, en vez de ablandarse, no hacía más que burlarse de su angustia. Y una de las veces se escondió, dejando que Emily creyera que no había peligro, y le salió al final de la galería, cerca ya de la escalera.

—¡Hola, querida! —le dijo con sorna—. ¿Así que la niña se creía lo bastante lista para burlarme? ¡Ah, qué picaruela! ¡Venga vamos, cariño! ¡Andando!

Emily acusó profundamente la treta de que había sido objeto. Exhaló un suspiro, pero no quiso responder a esta ruindad. De nuevo en su habitación, se sentó en una silla y permaneció más de dos horas abismada en sus pensamientos. Después fue a la cómoda, volcó a toda prisa los cajones de ropa interior y vestidos a fin de proveerse para la fuga. Su carcelera, que la seguía impertinentemente de un lado para otro, observaba ahora en silencio cuanto hacía sin decir palabra. Llegó la hora de dormir.

—Buenas noches, criatura —dijo la insolente doncella al retirarse—. Hay que echar ya la llave. Durante unas horas, tendrás el tiempo para ti sola. Utilízalo lo mejor que puedas. No te escaparás por el ojo de la cerradura, ¿verdad, cariño? A las ocho me tendrá aquí otra vez. Y después… y después: se acabó —añadió, con una palmada—. Tan cierto como que saldrá el sol, que serás de ese honrado muchacho.

Hubo algo en el tono de esta mujerzuela al despedirse que sugirió una interrogante a Emily: «¿Qué ha querido decir? ¿Acaso sabe lo que tengo planeado hacer dentro de unas horas?» Éste fue el primer momento en que la asaltó la sospecha, pero su duración fue breve. Con el corazón en un puño, dobló las prendas indispensables que pensaba llevarse. Instintivamente, escuchaba con una ansiedad que casi le habría permitido oír el temblor de una hoja. De vez en cuando le parecía oír ruido de pasos; aunque si lo eran, sonaban tan sigilosos que no estaba segura de si había sido algo realmente, o era sólo cosa de su imaginación. Después reinó un silencio como si se hubiese detenido el movimiento universal. Al cabo de un rato le pareció oír como un rumor de palabras murmuradas en voz muy baja. El corazón empezó a latirle con violencia; por segunda vez la asaltó la duda sobre la honestidad de las intenciones de Grimes. La insinuación era más inquietante que antes; pero era demasiado tarde. Seguidamente oyó un

ruido de llave en la cerradura, y apareció el patán. Emily dio un respingo, y exclamó: —¿Nos han descubierto? ¿No le he oído hablar?

Grimes avanzó de puntillas con un dedo en los labios.

—No, no —contestó—. Todo va bien.

La cogió de la mano, la sacó sigilosamente de la casa, y cruzaron el jardín. Emily observaba las puertas y los corredores al pasar, y miraba en todas direcciones llena de recelo; pero todo estaba desierto y callado como era de desear. Grimes abrió la puerta trasera del jardín, y la condujo por un camino poco frecuentado; tenía ya dos caballos aparejados para el viaje, con las bridas atadas a un poste a menos de seis yardas del jardín. Cerró la puerta tras ellos.

—¡Por Cristo! —dijo—; he tenido el corazón en un puño. Mientras venía para acá, he visto a Mun, el cochero, que iba de la puerta de atrás a las cuadras. Un par de saltos, y habría podido caer sobre mí. Pero llevaba una linterna en la mano y no me ha visto, porque yo estaba en la oscuridad —mientras decía esto ayudó a la señorita Melvile a montar.

La importunó poco durante el trayecto. Al contrario, iba singularmente callado y pensativo, actitud que no resultaba penosa ni mucho menos a Emily, a la que nunca le había agradado su conversación.

Tras cabalgar unas dos millas, se internaron en un bosque que atravesaba el camino que conducía al lugar de su destino. La noche era extremadamente oscura, al tiempo que el aire era blando y suave, dado que estábamos en mitad de verano. Cuando ya se habían adentrado en la oscura soledad, con el pretexto de explorar el camino, Grimes situó su caballo junto al de la señorita Melvile. Y alargando de repente la mano, le agarró la brida.

—Creo que podemos detenernos un poco aquí.

—¿Detenernos? —exclamó Emily con sorpresa—. ¿Por qué? ¿Qué se propone, señor Grimes?

—Vamos, vamos —dijo—; deje ese tono de asombro. ¿Se creía que soy tan tonto como para tomarme este trabajo sólo para satisfacer su capricho? A fe que nadie me va a tomar como caballo de carga para mandados de otros sin saber la razón. No puedo decir que me apeteciera poseerla especialmente al principio; pero sus formas podrían excitarle la sangre a mi abuelo. Lo caro y lo rebuscado es siempre apetitoso. Era tan difícil lograr su

consentimiento que el señor pensó que era mejor que se lo pidiera a oscuras. Pero dice que no quiere estos manejos en su casa; así que, como ve, nos hemos venido aquí.

—¡Por el amor de Dios, señor Grimes, piense en lo que va a hacer! ¡No puede ser tan bajo como para querer la ruina de una criatura desamparada que se ha puesto bajo su protección!

—¿La ruina? No, no. La convertiré en una mujer honrada, cuando todo haya terminado. ¡Vamos, deje esos aires; nada de triquiñuelas! La tengo tan segura aquí como un caballo en la cuadra: no hay una sola casa ni cabaña en una milla a la redonda; y que me llamen eunuco si desaprovecho la ocasión. A fe que es usted un bocado exquisito, así que no perdamos tiempo.

La señorita Melvile sólo tuvo un instante para pensar. Comprendió que había poca esperanza de ablandar al obcecado e insensible bruto en cuyas manos se había puesto. Pero la presencia de ánimo y la intrepidez, unidas a su carácter, no la abandonaron. No había terminado Grimes de soltar su arenga, cuando le quitó la brida de la mano de un tirón enérgico e inesperado, e hizo salir al galope su caballo. Apenas se había alejado dos cuerpos, se recobró Grimes de la sorpresa y emprendió su persecución indeciblemente ofendido de que le hubieran engañado tan fácilmente. El ruido de su caballo detrás no hizo sino animar al de Emily que, por suerte o por sagacidad de animal perseguido, no cometió ningún error en el estrecho y sinuoso sendero; y la persecución continuó a todo lo largo del bosque.

Al final había una verja. Al recordarla Grimes le rebajó un poco la irritada frustración, pensando que allí iba a acabar la carrera de Emily, y que no había nadie en este paraje, en medio del silencio y de la noche, que estorbara su propósito. Sin embargo, por una de esas insólitas casualidades, descubrieron a un hombre a caballo, detenido junto a la verja.

—¡Socorro, socorro! —gritó la asustada Emily.

—¡Ladrones! ¡Asesinos! ¡Aquí!

El hombre era el señor Falkland. Grimes reconoció su voz; así que, aunque intentó oponer una especie de hosca resistencia, lo hizo sin convicción. Otros dos hombres a los que no había visto al principio debido a la oscuridad, criados del señor Falkland, al oír el ruido de la refriega, acudieron a toda prisa, alarmados por la seguridad de su señor. Y Grimes,

viendo que no podía satisfacer su deseo, y advertido por una conciencia culpable, dejó el campo y salió huyendo sin decir palabra.

Quizá parezca extraño que el señor Falkland salvara por segunda vez a la señorita Melvile, y en una coyuntura de lo más inesperada y singular; pero el caso tiene fácil explicación: había oído decir que andaba por este bosque un hombre al acecho, determinado a robar o con algún otro malvado propósito, y que este hombre podía ser Hawkins, otra víctima de la tiranía rural del señor Tyrrel, al que en seguida tendré ocasión de presentar. Muy inclinado se sentía ya el señor Falkland a favor de Hawkins: había estado buscándole en vano para ayudarle; porque pensaba que si lo que decían era cierto, quizá podía él no sólo hacer lo que siempre había sido norte de su vida, sino salvar además de cometer un grave delito contra las leyes y la sociedad a un hombre que tenía profundamente arraigados los principios de la justicia y la virtud. Había llevado consigo a dos criados, porque yendo con la intención expresa de enfrentarse a salteadores, pensó que si los encontraba sería imperdonable no ir prevenido contra posibles percances; pero les había dado instrucciones de que, si bien no debían alejarse por si les llamaba, se mantuviesen fuera de la vista. Y sólo la preocupación por su amo les había hecho acudir tan pronto en este encuentro.

Esta nueva aventura prometía ser extraordinaria. El señor Falkland no reconoció inmediatamente a la señorita Melvile; en cuanto a Grimes, era un completo desconocido para él al que no recordaba haber visto jamás. Pero no le fue difícil comprender la situación, y la conveniencia de intervenir. La actitud resuelta del señor Falkland, combinada con el temor del propio Grimes —acuciado por una conciencia de obrar mal que la oposición de tan alto personaje espoleaba—, puso en fuga al raptor. Emily se quedó con su libertador. Éste la halló más serena de lo que lógicamente habría podido esperarse en una persona que momentos antes había estado en trance tan apurado. Emily le dijo a qué casa quería que la llevase, y emprendieron al punto la marcha. Durante el trayecto, Emily recobró el ánimo suficiente para contarle lo sucedido a la persona a la que tanto tenía que agradecer, y a la que admiraba de manera especial. El señor Falkland la escuchó con interés y sorpresa. Aunque conocía ya varios casos de celos mezquinos y desalmada tiranía del señor Tyrrel, éste los superaba a todos; apenas podía dar crédito

a sus oídos escuchando el relato. Su brutal vecino parecía dispuesto a perpetrar todo lo que se cuenta de las pasiones del demonio. En el transcurso de su monólogo, la señorita Melvile se vio obligada a repetir la grosera acusación que su pariente le había lanzado de abrigar una pasión por el señor Falkland, lo que hizo con la más encantadora sencillez y confusión. Aunque esta parte de la historia fue motivo de verdadero dolor para el libertador, no hay que suponer sino que la halagadora simpatía de esta desventurada joven hizo que aumentara su interés por la seguridad de ella, y su indignación contra su infernal pariente.

Llegaron sin novedad a la casa de la bondadosa dama bajo cuya protección quería ponerse Emily. Aquí la dejó el señor Falkland de buen grado como en lugar bien seguro. El éxito de conspiraciones como la que se pretendía contra Emily depende de que la víctima se halle sin ayuda, y en el instante en que se descubren quedan conjuradas. Este razonamiento parecerá sin duda bastante sólido, y desde luego el señor Falkland lo juzgó totalmente aplicable a este caso. Pero se equivocaba.

Capítulo IX

El señor Falkland sabía por experiencia lo inútil que era tratar de razonar con el señor Tyrrel, así que en este caso limitó su atención a la pretendida víctima. La indignación que le producía pensar en el carácter de su vecino era tal ahora que le llenaba de repugnancia la idea de entrevistarse con él deliberadamente. A decir verdad, había otro asunto por entonces que había puesto de nuevo a estos enemigos mortales en estado de perpetuo enfrentamiento, lo que contribuía a elevar poco menos que a la locura la ya enconada y corrosiva amargura del señor Tyrrel.

Se trataba de un arrendatario del señor Tyrrel, un tal Hawkins —¡no puedo mencionar su nombre sin recordar las dolorosas tragedias que van aparejadas a él!—. Al principio el señor Tyrrel había acogido a este Hawkins para protegerle de las arbitrariedades de un terrateniente vecino, aunque después se convirtió en objeto de persecución del propio señor Tyrrel. Lo que relacionó a ambos al principio fue lo siguiente: además de una granja que tenía arrendada al citado terrateniente, Hawkins poseía una pequeña parcela heredada de su padre. Esto, naturalmente, le daba derecho a votar en las elecciones del condado. Y en una de estas elecciones, que fue muy disputada, su señor le exigió que votase al candidato en favor del cual estaba él comprometido. Hawkins se negó a obedecer esta orden, y poco después recibió aviso de que debía abandonar la granja que entonces tenía en arriendo.

El señor Tyrrel tenía gran interés por el candidato adversario; y dado que su propiedad lindaba con la tierra donde ahora vivía Hawkins, al campesino expulsado no se le ocurrió nada mejor que ir a la mansión del caballero a exponerle su caso. El señor Tyrrel le escuchó con atención.

—Bueno, amigo —dijo—; desde luego, yo quería que ganase las

elecciones el señor Jackman; pero ya sabes que lo normal en estos casos es que los arrendatarios voten según el deseo de su señor. No me parece correcto fomentar la rebelión.

—Todo eso es muy cierto, señoría —replicó Hawkins—; y yo habría votado con él a cualquier otro hombre del reino, menos al señor Marlow. Un día su montero saltó mi cerca a caballo y se metió en el mejor campo de trigo que yo tenía. No había más que andar una docena de yardas, para ir por el camino de carro. Y con permiso de su señoría: el tipo me hizo la misma faena lo menos tres o cuatro veces. Así que le pregunté por qué lo hacía, y si no le daba cargo de conciencia estropear de esa manera los cultivos del prójimo. Entonces vino el señor. El tal caballero no es más que un jovenzuelo de cara mustia, con permiso de su señoría. Total, que se puso como una furia y me amenazó con el látigo. Mire, yo hago lo que sea razonable por complacer a mi señor como es obligación de todo arrendatario; pero no doy mi voto a un hombre que me amenaza con el látigo. El caso es que ahora, señoría, nos echa de casa a mí, a mi mujer y a mis tres hijos, y sabe Dios qué voy a hacer para mantenerles. He sido una persona trabajadora que ha vivido siempre honradamente, y creo que va a ser muy duro para mí. El señor Underwood me echa de mi casa; si su señoría no me acepta, no habrá ningún señor en la vecindad que lo haga; por temor, dicen, a animar a que sus arrendatarios se vuelvan levantiscos.

No dejó de tener efecto este alegato en el señor Tyrrel.

—Bien, hombre, bien —contestó—; veremos qué se puede hacer. El orden y la subordinación son muy buenos principios; pero la gente debería saber hasta dónde puede exigir. Por lo que cuentas, no veo que se te pueda culpar de mucho. Marlow es un fatuo presumido, ésa es la verdad; y si uno decide arriesgarse, debe aceptar lo que venga después. Odio al pisaverde afrancesado con toda el alma, y no puedo decir que me haga gracia que mi vecino Underwood haya tomado partido por semejante granuja. Te llamas Hawkins, ¿no? Mañana ve a ver a Barnes, mi administrador; él te dirá lo que hay.

Mientras hablaba, el señor Tyrrel recordó que tenía una granja desocupada aproximadamente del mismo valor que la que Hawkins tenía arrendada a Underwood. Inmediatamente consultó con su administrador, y

al hallar conveniente la cosa en todos los extremos, mandó inscribir a Hawkins sin más dilación en el registro de sus arrendatarios. El señor Underwood se ofendió lo indecible por este paso que pocos se habrían atrevido a dar aparte del señor Tyrrel, ya que era contrario a la práctica que solían observar los señores del condado. Sería el fin de toda norma, dijo el señor Underwood, si se alentaba a los arrendatarios a tales desobediencias. Daba igual que se tratase de este o aquel candidato, porque todo caballero que fuese verdadero amigo de su país, preferiría perder unas elecciones antes que hacer una cosa que, una vez consagrada por la práctica, les privaría para siempre de poder manejar unas elecciones. Ya eran de por sí bastante broncos y porfiados los trabajadores; cada día resultaba más difícil tenerles sujetos; y si los caballeros cometían la imprudencia de hacer caso omiso del bien público, y daban aliento a la insolencia de esa gente, no se sabía dónde terminaría todo.

El señor Tyrrel no era de los que se dejan influir por estas consideraciones. En general estaban bastante acordes con lo que él pensaba; pero era de temperamento demasiado arrebatado para observar una política coherente; y aunque su conducta fuera equivocada, de ningún modo iba a rectificar por sugerencias de otros. Cuanto más criticaban la protección que había proporcionado a Hawkins, más inflexiblemente se afirmaba en ella; y en los clubs y las reuniones dominaba y reducía al silencio, cuando no confundía, a quienes le censuraban. Junto a eso, Hawkins tenía rasgos que se ganaban la simpatía del señor Tyrrel. Su brusquedad y rudeza de modales le daban cierto parecido con su arrendador; y puesto que estas cualidades las ejercería sin duda más bien en personas que desagradaban al señor Tyrrel que en el propio señor Tyrrel, éste no podía sino mirarlas con cierta complacencia. En una palabra, cada día Hawkins recibía nuevas muestras de distinción de su patrono, quien al cabo de un tiempo le nombró ayudante del señor Barnes con el título de recaudador. Fue por la misma época en que consiguió el arrendamiento de la granja que ocupaba.

El señor Tyrrel estaba dispuesto, llegado el momento, a favorecer a cada miembro de la familia de este subordinado predilecto. Hawkins tenía un hijo, un muchacho de diecisiete años, físicamente agradable, colorado, y de

espíritu vivo y despierto. Este chico era con mucho el preferido de su padre, que no parecía tener puesto el pensamiento sino en el porvenir de su hijo. El señor Tyrrel lo había observado dos o tres veces con aprobación; y el muchacho, que tenía afición a los deportes del campo, había seguido a veces a los perros, revelando en varias ocasiones agilidad y sagacidad en presencia del señor. Un día concretamente se exhibió de manera excepcional; y el señor Tyrrel propuso sin más al padre tenerle en su casa, y nombrarle encargado de la jauría, hasta que pudiese proporcionarle algún puesto más provechoso en su servicio.

Esta proposición no le hizo gracia a Hawkins. Se excusó, vacilante, por no aceptar el favor que le ofrecía; dijo que el muchacho le hacía mucha falta, y esperaba que su señoría no insistiese en privarle de tal ayuda. Quizá esta disculpa habría sido suficiente para otra persona; pero a menudo se observaba que una vez que el señor Tyrrel había tomado una decisión sobre cualquier asunto, por trivial que fuera, jamás desistía, y que lo único que se conseguía oponiéndosele era volverle más ansioso e inflexible en la persecución de lo que antes le había sido casi indiferente. Al principio pareció aceptar la disculpa de Hawkins con buen talante, y no viendo en ella sino algo razonable; pero después, su deseo de tener al muchacho a su servicio fue en aumento, y repitió más de una vez al padre que estaba dispuesto a favorecerle. Por último, se dio cuenta de que el muchacho ya no intervenía en su deporte favorito, y empezó a sospechar que se debía a una medida para de frustrar su idea.

Irritado por esta sospecha, que en un hombre del carácter de Tyrrel, no era de las que admitían demora, mandó recado a Hawkins de que se presentase a él.

—Hawkins —le dijo en tono de desagrado—; no estoy contento contigo. Ya hemos hablado dos o tres veces sobre tu muchacho, al que me gustaría favorecer. ¿Qué motivos tienes para mostrarte tan poco agradecido y tan opuesto a mi amabilidad? Deberías saber que no soy de los que dejan que jueguen con ellos. No me gusta, cuando ofrezco mi favor, que me lo rechace un individuo como tú. Yo he hecho que seas lo que eres; y si me place puedo dejarte en una miseria más grande que la que te agobiaba cuando te conocí. ¡Así que ten cuidado!

—Con permiso —dijo Hawkins—: sé que su señoría ha sido muy buen señor conmigo, y quiero decirle toda la verdad, con la esperanza de no enojarle: ese muchacho es mi preferido, y el consuelo y soporte de mi vejez.

—Bueno, ¿y eso qué? ¿Es razón para poner obstáculos a su promoción?

—No, le ruego a su señoría que me escuche. A lo mejor es esto una debilidad mía, no lo sé; pero no lo puedo evitar. Mi padre fue clérigo. Todos hemos vivido de manera digna; y no soporto la idea de que este pobre muchacho mío se dedique al servicio. Yo, desde luego, no veo que venga nada bueno de los sirvientes. No sé, señoría, pero creo que no me gustaría que mi Leonard fuese como ellos. ¡Perdóneme si les juzgo mal! Pero este caso me importa mucho, y no quiero arriesgar el bienestar del pobre muchacho cuando puedo fácilmente, con permiso de su señoría, mantenerlo fuera del peligro. Ahora es un chico formal y trabajador; y sin caer en la impertinencia ni en el descaro, conoce sus derechos. Yo sé, señoría, que es una impertinencia por mi parte hablar así; pero su señoría ha sido buen señor conmigo, y no soporto decirle una mentira.

El señor Tyrrel había escuchado este discurso en silencio porque estaba demasiado estupefacto para abrir la boca. Si un rayo hubiera caído a sus pies no le habría producido más asombro. Había pensado que Hawkins estaba tan estúpidamente encariñado con su hijo que no soportaba que le apartasen de su lado; pero jamás habría sospechado la verdad que ahora se le revelaba.

—¡Ah! Conque te consideras un caballero, ¿no? ¡Un caballero de arriba abajo! ¡Tu padre fue clérigo! ¡Y tus hijos son demasiado buenos para que entren a mi servicio! ¡Vaya un granuja insolente! ¿Para eso te recogí cuando te echó el señor Underwood por insolente? ¿He estado alimentando en mi pecho a una víbora? ¡Le echará a perder la conducta de su señor! ¡No sabrá cuáles son sus derechos, sino que se acostumbrará a obedecer órdenes! ¿No es eso, villano indecente? ¡Fuera de mi vista! ¡Y de una cosa puedes estar seguro: que no consentiré tener a ningún caballero en mis tierras! ¡Les echaré a todos con todos los bártulos! ¿Lo oyes, señor? Así que ven a verme mañana por la mañana, tráeme a tu hijo; y pídeme perdón, o palabra que te hundiré de tal forma que desearás no haber nacido.

Este trato fue demasiado para la paciencia de Hawkins:

—No hace falta que volvamos a hablar de este asunto, señoría. He tomado una determinación, y el tiempo no va a hacerme cambiar. Siento muchísimo disgustar a su señoría, y sé que puede ocasionarme gran perjuicio. Pero espero que no será tan inhumano como para hundir a un padre sólo por querer a su hijo, aunque ese cariño le haga cometer una estupidez. De todos modos, no lo puedo evitar, señoría; de manera que haga lo que guste. Incluso el negro más pobre, suelen decir, tiene algo de lo que no se quiere desprender. Si es preciso, estoy dispuesto a perder lo que tengo y a trabajar de peón, y a que lo haga mi hijo también. Pero no consentiré que lo convierta en criado.

—¡Muy bien, amigo; muy bien! —replicó Tyrrel echando espumarajos de rabia—. ¡Ten la seguridad de que me voy a acordar de ti! ¡Yo te rebajaré ese orgullo! ¡Maldita sea! ¿A esto hemos llegado? ¿A que un granuja que trabaja cuarenta acres pretenda mesarle las barbas al amo del señorío? ¡Te voy a aplastar! ¡Te aconsejo, insolente, que cierres la casa y salgas corriendo como alma que lleva el diablo! ¡Considérate dichoso de que no caiga ahora sobre ti, de poder librar el pellejo! ¡No consiento que un bribón como tú permanezca en mis tierras un solo día más, aunque con ello ganara las Indias!

—No tan deprisa, señoría —contestó Hawkins con firmeza—. Espero que lo piense mejor y se dé cuenta de que no tengo ninguna culpa. Pero si no es así, hay daño que me podrá hacer, pero daño que no. Sepa su señoría que aunque hombre sencillo que vive de su trabajo, soy hombre de todos modos. Tengo un contrato de arrendamiento de la tierra, y no la dejaré de esa manera. Espero que haya una ley para los pobres, igual que la hay para los ricos.

El señor Tyrrel, que no estaba acostumbrado a que le contrariasen, se enfureció terriblemente ante el valor y el espíritu independiente de su arrendatario: no había ni uno solo en sus tierras, o al menos de tan escasos medios como Hawkins, a quien la política general de los terratenientes, y más aún el temperamento arrebatado y arbitrario del señor Tyrrel, no le contuviera de cometer una acción de abierto desafío.

—¡Estupendo, maldita sea mi alma! La verdad es que eres un tipo raro. Conque tienes un contrato de arrendamiento, ¿no? Y no te marcharás. ¡Pues

bien se han puesto las cosas si un arrendamiento puede proteger a sujetos como tú frente al dueño de la tierra! En fin, quieres probar tus fuerzas conmigo, ¿no? ¡Muy bien, amigo, muy bien! ¡De mil amores! ¡Puesto que hemos llegado a esto, te voy a enseñar cuántas son dos y dos antes de haber terminado contigo! ¡Pero ahora largo de aquí! ¡No tengo nada más que añadir! ¡Y no vuelvas a llamar a esta puerta en toda tu vida!

En este asunto Hawkins cometió una doble imprudencia, por así decir. Habló a su arrendador en términos más tajantes que lo que la constitución y la práctica de este país permiten a un subordinado. Pero sobre todo, antes de dejarse llevar por su enojo, debía haber previsto las consecuencias. Enfrentarse a un hombre de la posición y fortuna del señor Tyrrel representaba una verdadera locura: era como si un cervatillo se enfrentase a un león. Nada podía ser más fácil de predecir, sino que de poco le iba a servir tener la ley de su parte, cuando su adversario era rico e influyente, y por tanto podía justificar con éxito cualquier extravagancia que se le antojase cometer; máxima que quedó cabalmente ilustrada en lo que ocurrió a continuación. La riqueza y el despotismo saben utilizar como instrumentos de opresión esas leyes que en principio están destinadas [¡estúpida y miserable previsión!] a salvaguardar a los pobres.

A partir de ese momento, el señor Tyrrel puso todo su empeño en arruinar a Hawkins, y no dejó de recurrir al medio que fuese para acosarle o causarle daño. Le privó de su puesto de recaudador, y dio instrucciones a Barnes y a los demás arrendatarios para que le causasen todo el perjuicio que pudiesen cuando tuviesen ocasión. Merced al arrendamiento de sus tierras, el señor Tyrrel era beneficiario de grandes diezmos, circunstancia que daba lugar a infinidad de pequeños altercados. Una parte de la tierra de Hawkins —aunque la tenía sembrada de cereal— era más baja que el resto, y estaba expuesta a las inundaciones del río que la bordeaba. El señor Tyrrel mandó secretamente abrir una presa de dicho río un par de semanas antes de la cosecha, e inundó toda esa parte de agua. Después ordenó a sus criados que arrancasen las cercas de la parte alta durante la noche y dejasen que entrara el ganado, con lo que destruyó por completo la cosecha. Estos daños afectaron sólo a una parte de la tierra de este hombre infortunado. Pero el señor Tyrrel no paró ahí: una súbita mortandad asoló el ganado de

Hawkins en circunstancias muy sospechosas. Este contratiempo hizo a Hawkins extremar la vigilancia, y finalmente logró seguir el rastro con tanta claridad que comprendió que podía llevarle hasta el propio señor Tyrrel.

Pese a todos estos estragos, Hawkins se había abstenido de defenderse por vía legal, ya que pensaba que la ley era más arma de tiranía en manos de los ricos que escudo protector de la parte más humilde de la comunidad contra los abusos de que era objeto. En el caso del ganado, sin embargo, le pareció tan grave el delito que era imposible que el rango pudiera proteger de la acción de la justicia al culpable. Las consecuencias, no obstante, le dieron motivo para aplaudir su anterior pasividad, y arrepentirse de haber creído que el caso tenía suficiente peso para decidirse a obrar en sentido contrario.

Ése era precisamente el terreno al que el señor Tyrrel quería llevarle; y cuando le dijeron que Hawkins había emprendido una acción legal, casi no daba crédito a su suerte. Su alegría en esta ocasión no tuvo límites, pensando que la ruina de su antiguo protegido era ya irremediable. Habló con su procurador, y le instó a que echase mano de todos los subterfugios que se le pudiesen ocurrir en este caso. Lo que menos le preocupaba era la impugnación inmediata de la acusación presentada contra él; lo que quería era alargar el proceso de periodo en periodo de sesiones y de tribunal en tribunal mediante declaraciones juradas, pedimentos, alegatos, excepciones, defectos y apelaciones. El señor Tyrrel sostenía que sería una vergüenza para un país civilizado que un caballero, atacado de manera tan insolente por la escoria de la tierra, no pudiese convertir el pleito en una cuestión de resistencia, y tener agarrado por los faldones al adversario hasta reducirle a la miseria.

Sin embargo, el señor Tyrrel no estaba tan concentrado en el pleito como para descuidar otros medios de hostigar a su arrendatario. Entre los diversos procedimientos que se le ocurrieron hubo uno que decidió poner en práctica, si bien servía más para atormentar a su víctima que para infligirle un daño considerable. Derivaba de la especial situación de la casa, cobertizos, almiares y dependencias de Hawkins. Se hallaban al final de una franja de terreno que los conectaba con el resto de la finca, mientras que los otros tres lados lindaban con las tierras de los arrendatarios más fieles a los

caprichos de su señor. El camino al pueblo del mercado discurría por el fondo del más grande de estos campos y se veía desde la puerta de la casa. Hasta ahora, tal circunstancia no había causado ningún problema, dado que había un ancho sendero que cruzaba este campo desde la casa de Hawkins al camino. Por indicación del señor Tyrrel, el obsequioso arrendatario cerró dicho sendero, o camino particular, de forma que Hawkins se convirtió en una especie de prisionero en su propio dominio, viéndose obligado a recorrer cerca de una milla para salir.

El joven Hawkins, el muchacho motivo de la disputa entre su padre y el terrateniente, tenía mucha de la energía de su progenitor, y sentía una incontenible indignación ante las sucesivas muestras de despotismio de que era testigo. Su rencor era tanto más grande cuanto que los sufrimientos a que veía sometido a su padre provenían del amor que le tenía, a la vez que no podía proponerle suprimir el motivo de la disputa porque parecería que quería sustraerse al cariño de su padre. En esta ocasión, sin embargo, sin otro consejo que el de su propio enojo, salió a media noche y quitó los obstáculos que habían colocado en el viejo sendero, rompió los candados que habían puesto, y abrió las puertas de par en par. No llevó a cabo estas operaciones sin que le vieran, y al día siguiente se presentaron con una orden de detención. Así que fue conducido ante la justicia, y a continuación le encerraron en la prisión del condado para ser juzgado por delito grave en la siguiente sesión judicial. El señor Tyrrel estaba decidido a conseguir la máxima pena para el delito en cuestión, y su procurador, tras hacer las oportunas averiguaciones, se encargó de que incurriera en esa cláusula de la ley 9 de Jorge I comúnmente conocida como Ley de los *Negros*, que dice que «toda persona que, armada con espada u otra arma ofensiva, y con la cara ennegrecida, o disfrazada de cualquier otro modo, aparezca en cualquier conejera, o lugar donde habitualmente se guardan o se van a guardar conejos y liebres, y se prueba debidamente tal hecho, será declarada culpable de gravísimo delito, y condenada a muerte, como en los casos criminales, sin beneficio ninguno del clero». Al parecer, el joven Hawkins se había abrochado el cuello del abrigo hasta mitad de la cara al darse cuenta de que le observaban; y había ido provisto de una palanca de hierro para romper los candados. El procurador se encargó de demostrar, con testigos

suficientes, que el campo en cuestión era una conejera donde se criaban regularmente liebres. El señor Tyrrel acogió este fraude con indecible satisfacción. Consiguió, con el cuadro que describió de la obstinación y la insolencia de los Hawkins, que los jueces declarasen al muchacho culpable de ese cargo miserable; y no era seguro —como el cariño paterno habría deseado— que no consiguiera a continuación, con esa misma abrumadora influencia, que se ejecutase con todo rigor la pena máxima de dicha cláusula.

Este golpe fue definitivo para el desventurado Hawkins. No carecía de valor, y había resistido las persecuciones sin pestañear. No ignoraba las ventajas que nuestras leyes y costumbres conceden a los ricos sobre los pobres en enfrentamientos de este género. Pero una vez metido en el litigio, la terquedad de su carácter le impidió retractarse; y se permitía abrigar la confianza de conseguir un final favorable. Pero este último contratiempo le hirió donde más le dolía. Había temido que su hijo se contagiase y degradase en un puesto servil, y ahora veía cómo lo ingresaban en el seminario de una prisión. Ni siquiera estaba seguro de que pudiese salir con el tiempo, y temblaba pensando de qué era capaz la tiranía de la riqueza para truncar sus esperanzas para siempre.

A partir de ese momento su corazón murió dentro de él. Había confiado en salvar su pequeña propiedad del encono del terrateniente con habilidad y trabajo perseverante. Pero ahora ya no tenía ánimo alguno para hacer los esfuerzos que su situación requería más que nunca. El señor Tyrrel prosiguió sin descanso en sus maquinaciones: la posición de Hawkins era cada vez más desesperada; y el terrateniente, que estaba al acecho, aprovechó la primera ocasión para arrebatarle la propiedad que le quedaba mediante el embargo por impago de la renta.

Fue precisamente en esa fase del caso cuando el señor Falkland y el señor Tyrrel se encontraron accidentalmente en un camino particular próximo a la residencia de este último. Iban a caballo los dos, y el señor Falkland se dirigía a la casa del infortunado Hawkins, que parecía a punto de perecer por la ruindad de su arrendador. Acababan de contarle la historia de esta persecución. Una adversidad adicional en la desgracia de Hawkins era que el señor Falkland, cuya intercesión podía haberle salvado, había estado

ausente mucho tiempo. Había pasado tres meses en Londres, y de allí había ido a visitar sus propiedades en otra región de la isla. El carácter orgulloso y seguro de sí mismo del pobre campesino le predisponía a confiar enteramente en sus propias fuerzas. No había querido acudir al señor Falkland, ni hacerle llegar queja alguna sobre su suerte cruel al principio del enfrentamiento; y cuando la situación se volvió extrema, y hubiera querido moderar un poco la rigidez de su actitud, se dio cuenta de que ya no podía. Tras meses de ausencia, el señor Falkland regresó por fin de repente; y al enterarse de la situación desesperada de este granjero —que fue una de las primeras noticias que le dieron de la comarca—, decidió acercarse a su casa a la mañana siguiente, y sorprenderle con todo el alivio que estuviese en su mano llevarle.

Al ver al señor Tyrrel en este inesperado encuentro, la cara se le encendió de indignación. Su primer impulso, como contó después, fue evitarle; pero dado que debía cruzarse con él, pensó que sería una falta de valor no hacerle saber lo que pensaba al respecto.

—Señor Tyrrel —dijo algo bruscamente—, siento mucho la noticia que me acaba de llegar.

—Vaya, señor, ¿y qué tengo yo que ver con su sentimiento?

—Mucho. Se trata de las tribulaciones de un pobre arrendatario suyo, Hawkins. Si su administrador ha actuado sin su consentimiento, considero un deber informarle de lo que ha hecho; y si tenía su autorización, quisiera convencerle de que recapacitara.

—Señor Falkland: será mejor que se ocupe de sus asuntos, y deje que yo me ocupe de los míos. No necesito ningún consejero, y desde luego no quiero tenerlo.

—Está en un error, señor Tyrrel: me estoy ocupando de mis propios asuntos. Si le veo caer en un pozo, mi obligación es sacarle y salvarle la vida. Si le veo seguir una línea de conducta equivocada, mi obligación es enderezarle y salvar su honor.

—¡Diablos, señor, no me venga con acertijos! ¿Acaso no se trata de mi arrendatario? ¿Acaso no es mía esa tierra? ¿Qué significa mía, si no tengo su gobierno? Señor, yo pago mis impuestos y no debo a nadie un solo penique; y no consiento que ni usted ni la mejor cabeza del reino gobierne mi

propiedad.

—Es verdad que hay distinción de clases —dijo el señor Falkland, haciendo caso omiso de las últimas palabras del señor Tyrrel—. Y creo que esa distinción es buena, y necesaria para la paz de la humanidad. Pero por necesaria que sea, hay que reconocer que impone penalidades a las clases más bajas de la sociedad. Le encoge a uno el corazón pensar que un hombre hereda por nacimiento toda suerte de lujos, mientras que otro lo único que tiene, sin demérito por su parte, son penalidades y hambre; y que todo esto es inevitable. Los que somos ricos, señor Tyrrel, debemos hacer cuanto esté en nuestro poder por aliviar el yugo de esos infortunados. No debemos utilizar con mano despiadada las ventajas que el azar nos concede. ¡Pobres desdichados! Se les exprime a extremos casi insoportables; de manera que si insensiblemente damos otra vuelta a la máquina los reduciremos a átomos.

No dejó de causar impresión esta imagen en el duro espíritu del señor Tyrrel.

—Bien, señor; yo no soy ningún tirano. Sé muy bien que la tiranía es mala. Pero no saque de ahí que esa gente va a hacer lo que le venga en gana sin recibir su merecido.

—Señor Tyrrel, veo que su animosidad se conmueve. Permítame que salude la recién nacida benevolencia de su naturaleza. Venga conmigo a ver a Hawkins. ¡No hablemos de lo que se merece! ¡Pobre hombre! Ha sufrido casi todo lo que la naturaleza humana puede soportar. Haga que su perdón en esta coyuntura sea señal de buena vecindad y amistad entre usted y yo.

—No, señor; no iré. Reconozco que hay algo de verdad en lo que dice. Siempre he sabido que tenía usted ingenio para hacer valer su versión de los hechos, y para contar una historia plausible. Pero no voy a dejarme convencer así como así. Una vez que he concebido un plan de venganza tengo por principio no renunciar a él, y no voy a cambiar. Acogí a Hawkins cuando todo el mundo le había vuelto la espalda y le hice un hombre. Y a cambio de mi favor, el muy desagradecido no ha hecho más que ofenderme. ¡Maldito sea si le perdono! Tendría gracia que perdonara ahora la insolencia de un inferior mío por deseo de un hombre como usted, que ha sido mi constante tormento.

—¡Por el amor de Dios, señor Tyrrel, serénese y trate de razonar!

Supónganlos que Hawkins se ha portado injustificadamente y le ha ofendido. ¿Es ése un delito que no podrá expiar jamás? ¿Necesita arruinar al padre y hacer que ahorquen al hijo para aplacar su rencor?

—Maldita sea; puede seguir hablando hasta quedarse ronco: no conseguirá nada de mí. Jamás me perdonaré haberme detenido a escucharle. No consiento que nadie ponga cortapisas al torrente de mi enojo; si alguna vez decidiese perdonarle no sería por otra intercesión que la mía propia. Pero eso no ocurrirá jamás, señor. Si les tuviese a él y su familia a mis pies, aquí mismo les mandaría ahorcar si pudiera.

—¿Eso es cuanto tiene que decir? ¡Señor Tyrrel, me avergüenza usted! ¡Dios todopoderoso! ¡Oírle decir esas cosas le hace a uno odiar las instituciones y las leyes de la sociedad y le inclina a huir de la presencia misma del hombre! ¡Pero no! ¡La sociedad le rechaza; el ser humano abomina de usted! ¡Ninguna riqueza, ninguna categoría social pueden lavar su mancha!. Vivirá solo en medio de su especie; entrará en los círculos sociales y no habrá nadie que se digne saludarle. Rehuirán su mirada como rehuirían la de un basilisco. ¿Dónde espera encontrar corazones de pedernal que simpaticen con el suyo? ¡Tiene el estigma de la desdicha, de la desdicha eterna que nadie puede compartir ni compadecer!

Dicho esto, el señor Falkland dio de espuelas a su caballo, echó a un lado rudamente al señor Tyrrel, y se perdió de vista en un instante. Una encendida indignación le anulaba incluso su acusado sentido del honor, y le hizo considerar a su vecino un miserable con el que era imposible tener ningún trato. En cuanto a éste, se había quedado petrificado. El calor del señor Falkland fue tal que habría amilanado al enemigo más robusto. A pesar de sí mismo, el señor Tyrrel estaba anonadado, con sentimientos de culpa, e incapaz de reaccionar para contestarle. El cuadro que el señor Falkland le había descrito era profético. Expresaba lo que el señor Tyrrel más temía, y lo que notaba que empezaba a suceder. Coincidía con lo que le susurraba su propia conciencia: simplemente daba cuerpo y voz al espectro que le atormentaba, y a los terrores de los que ya era presa constantemente.

Poco después, no obstante, se recobró. Cuanto, más confundido se sentía en un momento dado, más violento era su enojo al recobrarse. Jamás

contuvo tanto odio el pecho de un hombre sin que se desbordase en forma de violencia y de muerte. El señor Tyrrel, sin embargo, no tenía ningún deseo de recurrir al desafío personal. Estaba muy lejos de ser cobarde; pero su genio perdía fuerza ante el genio de Falkland. Decidió dejar su venganza a merced de las circunstancias. Estaba seguro de que no se le olvidaría, ni se aplacaría su animosidad por mucho tiempo o muchas cosas que pasaran. Vengarse era su sueño durante la noche, y su principal pensamiento durante el día.

El señor Falkland salió de este encuentro con la confirmada desaprobación de la conducta de su vecino, y la firme decisión de hacer cuanto estuviese en su poder para aliviar la desgracia de Hawkins. Pero era demasiado tarde. Al llegar encontró la casa ya abandonada por su dueño. La familia se había ido nadie sabía adónde; Hawkins andaba escondido; y lo que era más extraordinario: ese mismo día el joven Hawkins se había escapado de la prisión del condado. Fueron infructuosas las averiguaciones que el señor Falkland llevó a cabo: no pudo dar con ningún rastro de la catástrofe de estas personas desventuradas. Catástrofe que seguidamente tendré ocasión de contar y que, como se verá, encierra un horror más grande que el que podría sugerir la más negra misantropía.

Prosigo mi relato. Paso a exponer los sucesos en los que tan misteriosamente fue a involucrarse mi propio destino. Levanto el telón para mostrar el último acto de la tragedia.

Capítulo X

Como es fácil suponer, a la furia que le producía la actitud beligerante de Hawkins y la creciente animosidad del señor Falkland vino a sumarse la irritación que sentía al pensar en la huida de Emily.

El señor Tyrrel había escuchado con asombro el fracaso de un plan de cuyo éxito no había dudado un instante. Estaba frenético. Grimes no se había atrevido a darle cuenta personalmente de lo ocurrido, y el lacayo que mandó para informar a su señor de que la señorita Melvile se había escapado huyó de su presencia mortalmente asustado una vez cumplido el encargo. Poco después, el señor Tyrrel rugió llamando a Grimes, y el muchacho compareció finalmente ante él más muerto que vivo. Se vio obligado a repetir los detalles del lance; pero tan pronto como terminó volvió a desaparecer asustado por las execraciones de que le cubrió el señor Tyrrel. Grimes no era medroso; pero veneraba la innata divinidad que acompaña al linaje como adoran los indios al diablo. Y no es eso todo. La cólera del señor Tyrrel era tan incontenible y feroz, que habrían podido encontrarse pocos corazones lo bastante firmes para no temblar ante él dominados por una especie de insuperable inferioridad.

Tan pronto como tuvo un momento de sosiego, su espíritu borrascoso analizó los diversos detalles del episodio. Sus quejas eran tan amargas que a un observador desapasionado podría haberle inspirado un sentimiento contradictorio de piedad por sus sufrimientos y de horror por su depravación. Recordó las precauciones que había tomado; no encontró fallo alguno en el plan, y maldijo el poder ciego y malévolo que se complacía en frustrar sus sutiles maquinaciones: él más que ningún otro ser humano era víctima de su maldad. Se burlaba de él haciéndole creer que era poderoso, y cuando alzaba la mano para golpear, un súbito ataque de parálisis se la

detenía [en la amargura de su exasperación, olvidaba su reciente triunfo sobre Hawkins; o quizá lo consideraba más una derrota que un triunfo, porque no había podido satisfacer su rencor todo lo que hubiera querido]. ¿Por qué le había dado el cielo sensibilidad para la ofensa e instinto para el rencor si no podía hacer sentir ese rencor? No tenía más que ser enemigo de alguien, para que ese alguien estuviese a salvo de desgracias. ¡Qué agravios vergonzosos y reiterados había recibido de esa muchacha insignificante! ¿Y quién la hurtaba ahora a su indignación? El mismo demonio que le atormentaba a cada instante, que se cruzaba en su camino a cada paso, que le clavaba sus flechas en el corazón y hacía burla y escarnio de sus torturas insoportables.

Otra reflexión había que aumentaba su desasosiego, le exasperaba, y le volvía frenético y descuidado respecto a su conducta futura. En vano se ocultaba a sí mismo que su reputación saldría cruelmente dañada de este asunto. Había imaginado que, si forzaba a Emily a este odioso matrimonio, se vería obligada por decoro, en cuanto quedara consumado el suceso, a correr un velo sobre la coacción que había sufrido. Pero ahora había perdido esta seguridad, y el señor Falkland haría lo posible por airear su infamia. Aunque estaba convencido de que las provocaciones que había recibido de la señorita Melvile justificaban cualquier trato que él juzgara oportuno aplicarle, se daba cuenta de que el mundo vería el asunto bajo una luz diferente. Esta reflexión aumentó la firmeza de sus resoluciones, y le decidió a no escatimar ningún medio con que transferir a otro la angustia que ahora le ahogaba.

Entretanto, Emily recobró en gran medida su magnanimidad y su sosiego en cuanto se creyó en lugar seguro. Mientras la persiguieron el peligro y la injusticia, halló en sí misma un valor que se negaba a rendirse. La aparente calma que llegó a continuación fue más funesta para ella. No había ahora nada que sostuviera su ánimo o estimulara sus energías. Pensaba en las duras pruebas por las que había pasado, y le encogía el alma recordar lo que, mientras la amenazaba, había tenido fuerzas para soportar. Hasta que el señor Tyrrel concibió esta cruel antipatía, Emily había vivido sin conocer la ansiedad y el temor. Ignorante de lo que era la desdicha, se le había hecho presente inesperadamente con una malevolencia infernal. Cuando una

enfermedad acomete a un hombre fuerte y vigoroso, su efecto es mucho más violento que cuando invade un organismo valetudinario. Así le ocurrió a la señorita Melvile. Pasó la noche siguiente desvelada e inquieta, y por la mañana descubrieron que tenía mucha fiebre. Su indisposición resistió de momento todos los intentos de aliviarla, aunque había motivos para esperar que su naturaleza sana, ayudada por la tranquilidad y amabilidad de quienes la rodeaban, acabara venciéndola. El segundo día estuvo delirando; y por la noche fueron a detenerla, a requerimiento del señor Tyrrel, por una deuda contraída con él en manutención y subvención de necesidades durante los últimos catorce años.

La idea de hacerla arrestar, como tal vez recordará el lector, se le había ocurrido al señor Tyrrel durante su conversación con Emily poco después de pensar en la conveniencia de encerrarla en su aposento. Pero probablemente entonces no había pensado seriamente en ponerla en ejecución. Tan sólo la había expresado como una mera amenaza, como la ocurrencia de un espíritu habituado a considerar cualquier medio de tiranía y venganza. Pero ahora que el inesperado rescate y huida de su pobre parienta había elevado su exasperación hasta la insania, y que rebuscaba en los oscuros rincones de su cerebro cómo aplacar la frustración que le oprimía, la idea le vino con fuerza redoblada. No tardó en decidirlo; y mandando llamar a Barnes, su administrador, le dio en seguida instrucciones sobre cómo debía proceder.

Hacía varios años que Barnes era instrumento de la injusticia del señor Tyrrel. Tenía el alma endurecida por la costumbre, y era capaz de oficiar de espectador, e incluso de autor y director de una desgracia, sin ningún remordimiento. Pero incluso él se sobresaltó un poco en la presente ocasión. El carácter y conducta de Emily en casa del señor Tyrrel habían sido impecables. La joven no tenía un solo enemigo, y era imposible contemplar su juventud, su vivacidad y su inmaculada inocencia sin experimentar un sentimiento de simpatía y compasión.

—¡Señoría… no le comprendo! ¿Arrestar a la señorita… a la señorita Emily?

—¡Sí, eso he dicho! ¿Qué pasa? ¡Vaya ahora mismo a ver a Swineard, el abogado, y dígale que resuelva este asunto inmediatamente!

—¡Dios proteja a su señoría! ¿Arrestarla? ¿Por qué? Si no le debe un solo penique: ¡ha vivido siempre de su caridad!

—¡Asno! ¡Granuja! ¡Le aseguro que me debe, que me debe… mil cien libras! Está dentro de la ley. ¿Para qué cree que están hechas las leyes? No pido más que lo justo, y lo voy a obtener.

—Señoría, nunca en mi vida me he opuesto a sus órdenes; ahora, sin embargo, debo hacerlo. No puedo ver cómo destruye a la señorita Emily, ¡pobre muchacha!, y de paso se destruye usted, sin hacerle ver el camino que toma. Porque aunque le debiera esa cantidad, no puede ser arrestada. No es mayor de edad.

—¿Ha terminado? No me diga que *no* se puede, porque *sí* se puede. Se ha hecho antes, y se volverá a hacer. Veremos quién se atreve a discutirlo. Yo lo voy a hacer, y lo voy a mantener. Y dígale a Swineard que como vea en él el más pequeño titubeo le va a costar el pellejo: haré que se muera de hambre poco a poco.

—Señoría, le ruego que lo reconsidere. Por mi vida que la región entera va a poner el grito en el cielo.

—¿Qué significa esto, Barnes? ¡No estoy acostumbrado a que se me hagan reconvenciones y no voy a consentirlo! ¡Me ha servido bien muchas veces; pero si descubro que hace causa común con los que discuten mi autoridad, que me condene al infierno si no hago que se le quiten las ganas de vivir!

—He terminado, señoría. No diré una palabra más, salvo esto: he sabido que la señorita Emily está postrada en la cama. Dice usted que está decidido a llevarla a prisión. Supongo que no pretendería matarla.

—¡Que se muera! No le perdonaré ni una hora. No consiento que se me insulte siempre. Ella no ha tenido consideración conmigo, y yo no tendré compasión de ella. ¡Está decidido! ¡Me han provocado más allá de lo soportable, y van a saber quién soy! Dígale a Swineard que, de pie o en la cama, de día o de noche, no quiero saber que ha perdido un solo instante.

Ésas fueron las instrucciones del señor Tyrrel; y la actuación de este respetable miembro de la ley fue de estricta conformidad con ellas. La señorita Melvile se había pasado gran parte del día delirando; pero por la noche se presentaron el alguacil y su ayudante. Por prescripción del médico

que el señor Falkland había mandado para que la atendiese, se le había administrado una poción; y agotada por las imágenes extravagantes y febriles que durante varias horas atormentaron su imaginación, ahora se había sumido en un sueño reparador. Estaba la señora Hammond, hermana de la señora Jakeman, sentada junto a su cabecera, llena de compasión por la encantadora paciente y contenta de ver la sosegada tranquilidad que acababa de tomar posesión de ella, cuando la hija única de la señora Hammond, una niña, abrió la puerta de la calle en respuesta a las llamadas del alguacil. Éste dijo que quería hablar con la señorita Melvile, y la niña le respondió que iría a avisar a su madre. Dicho esto, se dirigió a la puerta de la habitación del fondo, en la planta baja, donde yacía Emily; pero en el momento de abrir, en vez de esperar a que saliera la madre, el alguacil entró también con la niña.

La señora Hammond alzó los ojos.

—¿Quién es usted? —dijo—. ¿Por qué entra aquí? ¡Chist! ¡No hable!

—Tengo que hablar con la señorita Melvile.

—Bueno, pero ahora no puede. Dígame a mí lo que sea. La pobre criatura ha estado delirando todo el día. Acaba de quedarse dormida y no se la debe molestar.

—Eso no es asunto mío. Yo cumplo órdenes.

—¿Ordenes? ¿De quién? ¿Qué quiere decir?

En ese momento Emily abrió los ojos.

—¿Qué son esas voces? Por favor, déjenme tranquila.

—Señorita, necesito hablar con usted. Traigo un mandamiento judicial contra usted por mil cien libras a petición del señor Tyrrel.

Al oír esto, la señora Hammond y Emily se quedaron sin habla. Esta última apenas entendía lo que le decían; en cuanto a la señora Hammond, aunque conocía algo más la clase de lenguaje utilizado, su extraña e inesperada relación le era casi tan misteriosa como a la pobre Emily.

—¿Un mandamiento judicial? ¿Cómo puede estar en deuda con el señor Tyrrel? ¡Un mandamiento judicial contra una pobre criatura!

—A nosotros no nos pregunte. Nosotros cumplimos instrucciones solamente. Eso a nuestra superioridad. Pregúntele a ella.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó la señora Hammond—, ¿qué significa

eso? Es imposible que le haya mandado el señor Tyrrel.

—¡Buena mujer, deje de parlotear! ¿No sabe usted leer?

—¡Todo esto es un ardid! ¡Este documento es falso! ¡Es una vil maquinación para arrancar a la pobre huérfana de las manos de los únicos con quienes puede estar a salvo! ¡Hágalo, y será su responsabilidad!

—Esté tranquila; eso es exactamente lo que nos proponemos. Tiene usted mi palabra de que sabemos muy bien lo que hacemos.

—Pero no la sacarán de la cama, ¿verdad? Le repito que tiene mucha fiebre; delira. ¡Sería matarla llevársela así! ¿Son ustedes alguaciles, o son asesinos?

—La ley no dice nada sobre eso. Sana o enferma, tenemos orden de llevárnosla. No pretendemos hacerle ningún daño; pero tenemos que cumplir nuestro trabajo como sea.

—¿Adónde la llevarán? ¿Qué pretenden hacer?

—A la prisión del condado. ¡Bullock, ve y di que envíen una silla de posta del Griffin!

—¡Un momento! ¡No dé esa orden! Espere tres horas nada más; mandaré recado ahora mismo al señor Falkland, y estoy segura de que le dará garantías para no causarle a usted ningún perjuicio sin que sea necesario que lleve a esta pobre criatura a prisión.

—Tenemos instrucciones específicas contra eso. No nos está permitido perder un solo minuto. ¿Qué haces que no vas ya? ¡Di que aparejen los caballos inmediatamente!

Emily había escuchado esta conversación que le explicaba suficientemente el misterio de la aparición de los alguaciles. La dolorosa e increíble realidad que así se le revelaba disipó de golpe las ilusiones febriles de las que acababa de ser presa.

—Mi querida señora —dijo a la señora Hammond—, no se atormente con esfuerzos inútiles. Siento muchísimo toda la molestia que le he traído; pero mi desventura es inevitable. Señor, si es tan amable de pasar a la habitación de al lado, me vestiré y le acompañaré sin tardanza.

La señora Hammond empezaba a comprender igualmente que eran vanos sus esfuerzos; pero no podía ser igualmente paciente. Unas veces tronaba contra la brutalidad del señor Tyrrel, del que decía que era un

demonio encarnado y no un hombre. Otras, reprochaba amargamente al alguacil su insensibilidad, y le exhortaba a que añadiese un poco de humanidad y moderación al ejercicio de sus funciones; pero éste se mostró impermeable a cuanto ella pudo alegar. Entretanto, Emily se había rendido con mansa resignación a un mal inevitable. La señora Hammond insistió en que le permitiesen al menos acompañar a la joven en el coche. Y el alguacil, aunque las órdenes que tenía eran tan terminantes que no se atrevía a usar de su discreción en cuanto al modo de ejecutarlas, empezó a temer que hubiera efectivamente peligro; de modo que aceptó cualquier precaución que no fuera en contra del cumplimiento de su deber. Por lo demás, entendía que en todo caso era peligroso admitir la enfermedad o aparente indisposición para desplazarse como causa suficiente para interrumpir la acción de la justicia, y que por tanto en todas las cuestiones dudosas y presuntos homicidios la práctica de la ley tendía con laudable parcialidad a justificar a sus propios funcionarios. Además de estas normas generales, estaba influido por los enérgicos requerimientos y seguridades de Swineard, y por el terror que en un área de muchas millas a la redonda iba asociado al nombre de Tyrrel. Antes de partir, la señora Hammond despachó un mensajero con tres líneas para el señor Falkland, informándole de este extraordinario suceso. Cuando llegó el mensajero, el señor Falkland estaba ausente y no se esperaba su regreso hasta dos días después; contingencia que ahora pareció favorecer la venganza del señor Tyrrel; porque él mismo había estado demasiado dominado por la furia para caer en la cuenta de tal posibilidad.

No es difícil imaginar el desamparo de estas pobres mujeres, conducidas una a la fuerza y otra de grado a un lugar tan poco apto para ellas como era una prisión común. Sin embargo, la señora Hammond poseía un valor y una energía varoniles, muy necesarias para el trance que debían afrontar. En cierto modo, su temperamento vehemente y su apasionado sentido de la injusticia la capacitaban para el desempeño de las mismas funciones que la sobriedad y la reflexión serena podían haber prescrito. La salud de la señorita Melvile se resintió seriamente con la sorpresa y el traslado sufridos en unos momentos en que más necesitaba del reposo para su salvaguarda. Le subió la fiebre; el delirio se hizo más fuerte, y las torturas de su

imaginación fueron proporcionales a la inoportunidad con que se había hecho su traslado. Era poco probable que se pudiese recuperar.

En sus desvaríos nombraba constantemente al señor Falkland. El señor Falkland, decía, era su primero y único amor, y sería su marido. A continuación clamaba contra él en tono de reproche y desconsuelo, por su poco digno acatamiento de los prejuicios del mundo. Era muy cruel, mostrándose tan orgulloso, y diciendo que jamás accedería a casarse con una pobre. Pero si él era orgulloso, ella estaba decidida a serlo también. Vería cómo no se conducía como una joven desairada, y que aunque podía rechazarla, no le iba a destrozar el corazón. Otras veces imaginaba ver al señor Tyrrel y a su agente Grimes con las manos y la ropa manchadas de sangre, y los dramáticos reproches que les dirigía habrían podido conmover a un corazón de piedra. Después, se presentaba a su desquiciada imaginación la figura de Falkland cubierta de heridas y con una palidez mortal, y prorrumpía en gritos de agonía, diciendo que todo el mundo era cruel porque nadie hacía el menor esfuerzo por ayudarle. Y sumida en esos sufrimientos, imaginando rigores, ofensas, conspiraciones y homicidios sin parar, pasó casi dos días enteros.

La noche del segundo se presentó el señor Falkland acompañado del doctor Wilson, el médico que la había atendido anteriormente. La escena que se encontró fue indeciblemente angustiosa para un hombre de su sensibilidad. La noticia de la detención le había causado enorme indignación; la malevolencia de su autor le puso fuera de sí. Pero ver la figura macilenta de la señorita Melvile, y la sentencia de muerte escrita en su semblante, víctima de las diabólicas pasiones de su pariente, fue demasiado para él. Al entrar, Emily se hallaba en mitad de uno de sus accesos de delirio, y tomó a sus visitantes por dos asesinos. Les preguntó dónde habían escondido a Falkland, su señor, su vida, ¡su marido!, y les pidió que le devolviesen su cadáver lacerado para poder estrecharlo con sus brazos moribundos, aspirar de sus labios el último aliento, y ser enterrados en la misma sepultura. Les reprochó la bajeza de su conducta, al servir de instrumentos de su malvado primo, que la había privado de la razón, y no quedaría satisfecho hasta haber acabado con ella. El señor Falkland se retiró inmediatamente de este cuadro doloroso, y dejó al doctor Wilson con su paciente, pidiéndole que

fuera a verle a su casa cuando hubiese terminado.

La perpetua agitación espiritual a la que estaba sometida la señorita Melvile desde hacía varios días a causa de su mal fue demasiado agotadora para ella. Una hora después de la visita del señor Falkland la abandonó la fiebre, dejándola en tal estado de postración que era difícil percibir en ella signos de vida. Ante este cambio fue llamado otra vez el doctor Wilson, que había ido a intentar apaciguar el desasosiego y la impaciencia del señor Falkland, y permaneció sentado junto a la cabecera durante el resto de la noche. La situación de la paciente era tal que temía por su vida. Mientras la señorita Melvile estuvo en ese estado de debilidad y agotamiento, la señora Hammond dio pruebas de la más tierna inquietud. Normalmente era una mujer de gran sensibilidad, pero las cualidades de Emily eran tales que se había ganado todo su afecto: la quería como una madre; y en estos momentos, cada susurro, cada movimiento suyo, la hacía temblar. El doctor Wilson había llevado a otra enfermera dado el prolongado cansancio que la señora Hammond llevaba soportando; y valiéndose de razonamientos, incluso de su autoridad, trató de obligarla a abandonar el aposento de la paciente. Pero era ingobernable; así que finalmente pensó que quizá si la obligaba a separarse de la inocente enferma le causaría más daño que si le permitía seguir su propia inclinación. Sus ojos se volvían de continuo con la más grande ansiedad hacia el semblante del doctor Wilson, sin atreverse a exhalar una pregunta sobre su diagnóstico por temor a que su respuesta fuese desesperada. Entretanto, escuchaba con profunda atención cualquier comentario que hicieran el médico o la enfermera, intentando captar, por así decir, algún atisbo de la información que no se atrevía a pedir.

Hacia la madrugada, el estado de la paciente pareció tomar un sesgo favorable. Durmió cerca de dos horas, y al despertarse parecía totalmente tranquila y lúcida. Al saber que el señor Falkland había traído al médico para que la asistiera, y que él mismo estaba cerca, pidió verle. El señor Falkland, a todo esto, había ido con uno de sus arrendatarios a pagar la fianza; y ahora entró a comprobar si se podía sacar a la joven de la miserable morada sin peligro, y trasladarla a un aposento más cómodo y saludable. Al aparecer, su presencia despertó en el espíritu de la señorita Melvile un recuerdo impreciso de los desvaríos de su delirio. Se cubrió el rostro con los dedos,

delatando la más expresiva confusión, mientras le daba las gracias con su habitual y natural sencillez por las molestias que se había tomado. Esperaba no darle muchas más; pensaba que estaba mejor. Era una vergüenza, dijo, que una muchacha joven y alegre no sobreviviera a los insignificantes contratiempos a que se había visto sometida. Pero aunque decía esto, se la veía extremadamente débil. Trató de mostrarse alegre; pero fue un desmayado esfuerzo que la debilidad de su cuerpo pareció incapaz de soportar. El señor Falkland y el doctor le pidieron al unísono que permaneciese tranquila y evitase por el momento todo tipo de esfuerzo.

Animada por estas apariencias, la señora Hammond decidió salir de la habitación con los dos caballeros para averiguar qué esperanzas abrigaba el médico. El doctor Wilson reconoció que al principio había encontrado a la paciente muy mal, que los síntomas habían mejorado, y que no carecía de esperanzas de que se recuperase. Añadió sin embargo que no garantizaba nada, que las siguientes doce horas serían decisivas, pero que si no empeoraba antes de la mañana, entonces respondería de su vida. La señora Hammond, que hasta ahora no había visto otra cosa que desesperación, sintió una alegría incontenible. Estalló en lágrimas de transporte, bendijo al médico en los términos más encendidos y apasionados, y profirió mil extravagancias. El doctor Wilson aprovechó la ocasión para insistirle en que descansase un poco, cosa a la que accedió, ya que al principio habían instalado una cama en la celda contigua a la de la señorita Melvile, encomendando a la enfermera que la avisase si observaba cualquier cambio en la paciente.

La señora Hammond durmió varias horas seguidas. Era ya de noche cuando la despertó un extraño ajetreo en el aposento de al lado. Prestó atención un momento, y a continuación decidió ir a ver a qué se debía. Al abrir la puerta se encontró con la enfermera que iba en su busca. La expresión de ésta decía sin necesidad de palabras qué era lo que venía a comunicarle. Corrió junto a la cama, y halló a la señorita Melvile agonizando. Los síntomas que al principio habían sido tan alentadores habían durado poco. La tranquilidad de la mañana resultó ser sólo una especie de destello previo a la muerte. Pocas horas después la paciente empeoró. Se desvaneció el rubor de sus mejillas; aspiraba con dificultad y tenía la mirada fija. El

doctor Wilson entró en ese momento, e inmediatamente comprendió que no había salvación. Durante un rato, la paciente sufrió convulsiones; pero al ceder éstas, habló al médico con voz tranquila aunque débil. Le agradeció los cuidados; expresó la más viva gratitud hacia el señor Falkland. Perdonaba sinceramente a su primo, y esperaba que nunca le atormentase el recuerdo de la ferocidad que había empleado con ella. Le habría gustado vivir; pocas personas tenían más sincero entusiasmo por los placeres de la vida; pero también se alegraba de morir, antes que convertirse en esposa de Grimes. Al entrar la señora Hammond, volvió el rostro hacia ella, y repitió su nombre con una expresión de afecto. Fue lo último que dijo: menos de dos horas después exhaló su último aliento en brazos de esta fiel amiga.

Capítulo XI

Ése fue el fin de la señorita Emily Melvile. Quizá la tiranía no ha mostrado nunca un monumento más doloroso de abominación en que merece ser tenida. La reacción que provocó en todos los que conocieron de cerca el episodio fue considerar al señor Tyrrel como el miserable más diabólico que jamás ha deshonrado al ser humano. La misma servidumbre de esta morada de opresión —porque los hechos acontecieron en un escenario demasiado público para que no fueran conocidos de manera general— manifestó su repugnancia y asombro ante tan inigualable crueldad.

Si ésos fueron los sentimientos de la gente habituada a la injusticia, es difícil decir cuáles debieron de ser los del señor Falkland. Bramó, juró, se golpeó la cabeza, se mesó los cabellos. Incapaz de guardar una misma postura o de permanecer en un mismo sitio dos minutos seguidos, abandonó el lugar violentamente, como si tratase de dejar atrás su memoria y su existencia. Parecía querer hundir el suelo con rabia y vehemencia. Poco después regresó. Se acercó a los tristes restos de lo que había sido Emily, y se quedó mirándolos con tal atención que parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas. Dado su acusado sentido de la virtud y el honor, no podía evitar reprochar al orden natural el haber dado origen a un monstruo como Tyrrel. Se avergonzaba de sí mismo por compartir la misma naturaleza. No podía pensar con serenidad en el género humano. Tronaba de indignación contra las leyes del universo, que no le permitían aplastar a esos reptiles como aplastaría a los insectos dañinos. Era preciso vigilarle como a un loco.

Todo el trabajo de juzgar qué debía hacerse en la actual situación recayó en el doctor Wilson. El doctor era un hombre de proceder frío y metódico. Lo primero que pensó fue que la señorita Melvile pertenecía a una rama de la familia de Tyrrel. No dudaba que el señor Falkland estaría dispuesto a

asumir todos los gastos que pudieran acarrear los melancólicos restos de esta infortunada víctima; pero pensó que la educación y el decoro exigían que se notificase al jefe de la familia. Quizá lo hizo también por interés en su propio trabajo: no quería exponerse al rencor de una persona de la categoría del señor Tyrrel en la vecindad. Pero pese a esta debilidad, tenía sentimientos comunes con el resto del mundo, y tuvo que violentarse mucho para decidirse a asumir él mismo la función de mensajero, aparte de que no juzgaba correcto en la presente situación dejar que lo hiciera el señor Falkland.

Al comentar el doctor Wilson lo que pensaba al respecto, la señora Hammond pareció súbitamente impresionada, y suplicó con vehemencia que le permitiese a ella llevar el mensaje. La proposición cogió al doctor desprevenido, pero no puso demasiado empeño en negarle su aquiescencia. Quería ver, dijo, qué impresión hacía esta catástrofe en su causante, y prometió comportarse con civismo y comedimiento. Y se puso inmediatamente en camino.

—Vengo a informarle, señor —dijo al señor Tyrrel—, de que su prima, la señorita Melvile, ha muerto esta tarde.

—¿Que ha muerto?

—Sí, señor. Yo la he asistido. Ha expirado en mis brazos.

—¿Muerta? ¿Quién la ha matado? ¿Qué quiere decir?

—¿Quién? ¿Y usted lo pregunta? ¡La han matado su crueldad y su malevolencia!

—¿Yo? ¿Yo? ¡Bah, no ha muerto! No puede ser. No hace ni una semana que se marchó de esta casa.

—¿No me cree? ¡Le repito que ha muerto!

—Tenga cuidado, señora. Con esas cosas no se bromea. ¡Aunque ha hecho menosprecio de mí, no me creo que haya muerto!

La señora Hammond meneó la cabeza de manera expresiva, a la vez con pesar e indignación.

—¡No, no! ¡Me niego a creerlo!… Jamás lo creeré!

—¿Quiere venir conmigo, y le convencerán sus ojos? Es un cuadro digno de que lo vea usted; ¡será un festín para un corazón como el suyo! —diciendo esto, la señora Hammond le ofreció la mano como para conducirle

al lugar.

El señor Tyrrel dio un paso atrás.

—Si ha muerto, ¿a mí qué me cuenta? ¿Acaso tengo yo que responder de todos los males del mundo? ¿A qué ha venido? ¿Por qué viene a traerme a mí sus mensajes?

—¿A quién se los voy a llevar, sino a su pariente… y su asesino?

—¿Asesino? ¿Acaso he empleado cuchillos o pistolas? ¿O la he envenenado? Jamás me he salido de la ley. ¡Si ha muerto, nadie puede decir que sea yo el culpable!

—¿El culpable? Todo el mundo le aborrecerá y maldecirá. ¿Tan loco está para pensar que porque los hombres rinden respeto a la riqueza y el rango, lo harán a semejante acción? Se reirán de un engaño tan descarado. El mendigo más mísero le despreciará y le escupirá. ¡Sí, bien puede sentirse confundido ante lo que ha hecho! ¡Yo me encargaré de proclamarlo a los cuatro vientos hasta obligarle a rehuir la mirada de toda criatura humana!

—¡Buena mujer —dijo el señor Tyrrel, sumamente abatido—, deje de hablar en ese tono! ¡Emmy no ha muerto! ¡Estoy seguro… espero… que no haya muerto! Confiese que todo es un engaño, y la perdonaré. ¡La acogeré nuevamente!… ¡Haré todo lo que usted me diga! ¡Yo jamás he querido hacerle daño!

—¡Le repito que ha muerto! ¡Ha matado usted a la criatura más inocente que ha habido en el mundo! ¿Puede devolverle la vida del mismo modo que se la ha quitado? ¡Si pudiese, me arrodillaría ante usted cien veces al día! ¿Qué ha hecho, miserable desdichado? ¿Creía que podía hacer y deshacer, y cambiar las leyes a su antojo?

Los reproches de la señora Hammond fueron la primera copa de amargura merecida que el señor Tyrrel tuvo que beber hasta las heces. Éstos, sin embargo, eran sólo los primeros de la larga serie de desprecios, repulsas y vituperios que le estaban reservados. Las palabras de la señora Hammond fueron proféticas. Parecía efectivamente que, aunque la riqueza y la alcurnia sirven de atenuantes en muchos delitos, hay otros que suscitan tan irresistiblemente la indignación de la humanidad que, como la muerte, nivelan todas las distinciones y ponen al que los ejecuta a la altura del más indigente y mísero de su especie. Los que no se atrevían a manifestar

abiertamente sus sentimientos maldecían al señor Tyrrel en voz baja como tiránico y cobarde causante de la muerte de Emily, en tanto el resto se unía en un grito universal de repugnancia y abominación. El señor Tyrrel no salía de su asombro ante la novedad de su situación. Acostumbrado a que todos le obedecieran y rindieran temeroso homenaje, había supuesto que seguiría gozando de esos dos privilegios, y que ningún exceso suyo sería lo bastante poderoso para romper tal encanto. Ahora miraba a su alrededor, y veía en todas las caras un hosco rechazo, apenas contenido, y que a la menor provocación surgía como una pleamar incontenible, sepultando los crestones de la subordinación y el temor. Su cuantiosa fortuna no podía comprar ahora el trato cortés de la pequeña nobleza y de los campesinos, y a duras penas conseguía el de su propia servidumbre. La indignación de que se veía rodeado se convirtió en un espectro que le seguía a donde fuera, y en un remordimiento que le hería la conciencia y le arrebataba la paz. La vecindad se mostraba cada día más airada con él para soportarlo, y se veía claramente que al final no tendría más remedio que abandonar el condado. Soliviantada por la infamia de esta última acción, la gente empezó a recordar sus otros excesos, con lo que, como es natural, se constituyó una lista espantosa de agravios contra él. Era como si la conciencia pública hubiera estado acumulando resentimiento soterradamente, y ahora irrumpía con violencia incontenible.

A ningún ser humano podía resultarle más dolorosa esta especie de castigo que al señor Tyrrel. Aunque no tenía una conciencia inocente que le moviera a rechazar la condena de la humanidad como algo totalmente contrario a su carácter, la arrogancia de su genio y lo acostumbrado que estaba a la docilidad de los demás le predisponían a tomar con insólita impaciencia y enojo la condena declarada y general con que ahora topaba en todas partes. Que él —en la viga de cuyo ojo se fijaban todos, pero a quien nadie osaba replicar cuando montaba en cólera— fuera ahora mirado con manifiesto desagrado y tratado con censura era algo que no estaba dispuesto a reconocer o a creer. A cada paso descubría muestras de aversión universal, y cada muestra le hacía retorcerse de angustia insoportable. Su rabia era inmensa y delirante. Rebatía cada ataque con la más violenta indignación; aunque cuanto más luchaba, más irremediable parecía volverse

su situación. Al final decidió hacer acopio de fuerzas para un esfuerzo decisivo, y enfrentarse con toda la corriente de opinión pública en un único escenario.

Así que, de acuerdo con este propósito, decidió acudir sin demora a la reunión rural a la que ya he me he referido en el curso de este relato. Hacía ya un mes que la señorita Melvile había muerto. El señor Falkland había estado ausente la última semana y no se esperaba su regreso hasta una semana después. El señor Tyrrel aprovechó la ocasión, confiando en que si lograba imponerse de nuevo, conservaría sin dificultad el terreno ganado incluso frente a su más formidable adversario. El señor Tyrrel no carecía de valor; pero pensaba que era demasiado importante la actual etapa de su vida para permitirse arriesgar innecesariamente su futura importancia y tranquilidad.

Al hacer su aparición hubo una especie de revuelo, dado que los caballeros de la asamblea habían acordado que se negase la entrada al señor Tyrrel, por ser persona con la que no deseaban tener ningún trato. El maestro de ceremonias le había comunicado ya por carta el resultado de esa votación; pero una notificación así, en un hombre del temperamento del señor Tyrrel, sólo podía conseguir una reacción de desafío, más que de intimidación. En la puerta de la asamblea se encontró personalmente con el maestro de ceremonias, que había oído la llegada de un carruaje, y ahora trataba de repetir la prohibición; pero el señor Tyrrel le apartó con un ademán de innata autoridad e indecible desdén. Al entrar, todas las miradas se volvieron hacia él. A continuación le rodearon los caballeros de la sala. Unos intentaron empujarle, y otros empezaron a reconvenirle. Pero él halló el medio de acallar a los unos, y de sacudirse a los otros. Su constitución musculosa, su gran inteligencia de todos conocida, y lo largamente habituados que estaban a tener en consideración su ascendencia, obraron a su favor. Consideraba que estaba en juego algo decisivo para él y había echado mano de todas las energías que poseía para hacer justicia a tan importante transacción. Se libró de los insectos que al principio habían querido importunarle, paseó de un lado a otro de la estancia con pasos autoritarios, y dirigió miradas furibundas en todas direcciones. A continuación rompió el silencio: si alguien tenía algo que decir, ya sabía

dónde y cómo respondería él. Sin embargo, aconsejaba a esa persona que se lo pensase bien. Si alguien juzgaba que tenía alguna queja personal que hacerle, le parecía muy bien. Pero esperaba que nadie fuera lo bastante ignorante o torpe para meter las narices en lo que no le importaba, o inmiscuirse en asuntos de la familia privada de uno.

Dado que era una especie de desafío, uno y otro caballero dieron un paso adelante dispuestos a responder. Empezó a hablar el primero de ellos; pero el señor Tyrrel, con la expresión de su semblante, el tono perentorio, meditadas pausas e insinuaciones pertinentes, le hizo vacilar primero, y callarse después. Parecía marchar rápidamente hacia el triunfo que se había prometido a sí mismo. Todos los reunidos estaban estupefactos. Sentían la misma aversión y rechazo hacia su carácter, pero no podían por menos de admirar el valor y los recursos de que hacía gala en estos momentos. Habrían podido concentrar sin dificultad sus indignadas sentimientos, pero les faltaba alguien que les encabezara.

Y en este momento crítico entró el señor Falkland. Una pura casualidad le había permitido regresar antes de lo esperado.

Tanto él como el señor Tyrrel enrojecieron al verse. Avanzó hacia el señor Tyrrel sin vacilar, y en tono tajante le preguntó qué hacía allí.

—¿Que qué hago aquí? ¿Qué quiere decir? Éste es un lugar al que puedo entrar tan libremente como usted, y es la última persona a la que me dignaría dar ninguna explicación.

—Señor, usted no tiene derecho a estar aquí. ¿Acaso ignora que ha sido expulsado por votación? Fueran cuales fuesen sus derechos, su infame conducta se los ha hecho perder.

—¿Quién se cree que es, señor? Si tiene algo que decirme, elija la hora y el lugar apropiados. ¡No venga con esos humos, amparado en todas estas personas! No lo pienso tolerar.

—Se equivoca, señor. Este lugar público es el único sitio donde tengo algo que decirle. Si no quiere oír la indignación universal de la humanidad, no acuda a la sociedad de los hombres. ¿Qué me dice de la señorita Melvile? ¡Qué ignominia para usted, tirano despiadado e inhumano! ¿Puede oír su nombre sin desear que se abra la tierra? ¿Puede retirarse en soledad y no ver su espectro pálido y paciente alzarse para recriminarle? ¿Puede recordar

sus virtudes, su inocencia, su conducta intachable, su carácter sin rencor, y no sentirse devorado por el remordimiento? ¿No la ha matado en la flor de su juventud? ¿Puede usted soportar el pensamiento de que por maldita maquinación suya se está pudriendo ahora en la sepultura la que merecía una corona diez mil veces más de lo que usted merece vivir? ¿Y espera que la humanidad lo olvide nunca, o que le perdone tal acción? ¡Fuera, miserable desdichado; considérese demasiado afortunado de que se le permita huir de la presencia de los hombres! ¡Qué lamentable figura hace usted en este momento! ¿Acaso cree que, aun siendo un desdichado endurecido, habría nada que le hiciera rehuir el reproche si su conciencia no estuviera en consonancia con quienes le reprueban? ¿Y es tan iluso como para creer que toda obstinación, por firme que sea, puede permitirle menospreciar la enérgica repulsa de la justicia? ¡Váyase, reclúyase en la miserable intimidad de sí mismo! ¡Fuera, y no me condene nunca más a soportar su presencia!

Y aquí, por increíble que parezca, el señor Tyrrel empezó a obedecer a su imperioso censor. Su expresión era de enajenamiento y horror; las piernas le temblaban; la lengua se negaba a cumplir su función. No tenía fuerzas para resistir el aluvión de reproches que llovía sobre él. Vaciló; sintió vergüenza de su propia derrota; parecía querer negarla. Pero sus esfuerzos eran vanos: cada esfuerzo se le frustraba en el instante mismo de intentarlo. Las voces generales estaban ansiosas por anonadarlo; al hacerse más patente su confusión, las voces aumentaron. Se fueron convirtiendo poco a poco en gritos, y en un clamor ensordecedor de indignación. Finalmente abandonó de grado el local, incapaz de seguir soportando las emociones que le provocaban.

Como una hora y media después, volvió. No habían tomado ninguna precaución respecto a esta eventualidad, porque nada podía ser más inesperado. Entretanto se había embriagado con largos tragos de brandy. En un segundo se plantó en la parte de la sala donde se hallaba el señor Falkland, y le descargó un puñetazo con su brazo musculoso que lo levantó del suelo. El golpe, no obstante, no aturdió al señor Falkland, que se levantó inmediatamente. Es fácil comprender lo desigual que debió de ser esta especie de enfrentamiento. Apenas estuvo de pie, el señor Tyrrel volvió a pegarle. El señor Falkland se había puesto en guardia, y aguantó. Pero su

adversario redobló los golpes con rapidez increíble, y el señor Falkland volvió al suelo. Entonces el señor empezó a darle patadas, y se inclinó con intención de arrastrarlo por el suelo, al parecer. Todo esto ocurrió en un momento, sin que los caballeros presentes tuviesen tiempo de recobrarse de su asombro. Ahora intervinieron, y el señor Tyrrel abandonó una vez más el local.

Es difícil imaginar un incidente más terrible para la persona que lo sufre, que el trato del que el señor Falkland se sintió objeto en este caso. Todas las pasiones de su vida le predisponían a acusarlo de la manera más intensa. Había hecho repetidamente los mayores esfuerzos de energía y prudencia para evitar que la falta de entendimiento entre el señor Tyrrel y él llegara a una situación extrema; ¡pero había sido inútil! Había acabado en una catástrofe que sobrepasaba todos sus temores, y lo que la más perspicaz previsión habría podido vislumbrar. Para el señor Falkland, la vergüenza era peor que la muerte. El más ligero soplo de deshonra le habría herido en el alma. ¿Qué debió de pasar por él, con esta ignominia baja, humillante y pública? De haber tenido idea el señor Tyrrel del daño que infligía, aun con todas sus circunstancias de provocación, quizá no lo hubiera perpetrado. Un tumulto como de elementos en contienda sobrevino al espíritu del señor Falkland, y ese dolor que desprecia los refinamientos de la crueldad imaginativa. Deseó la aniquilación, yacer en olvido eterno, en una insensibilidad que comparada con lo que experimentaba ahora apenas sería menos envidiable que la beatitud misma. El horror, la abominación, la sed de venganza, el anhelo indecible de librarse del mal, y una convicción de que en este caso todo esfuerzo era inútil, le llenó el alma hasta parecerle que le iba a reventar.

Otro suceso cerró la lista de acontecimientos de esa noche memorable. El señor Falkland vio frustrados los deseos de venganza que abrigaba: algunos miembros de la reunión hallaron muerto al señor Tyrrel a pocas yardas del local de las reuniones.

Capítulo XII

Consignaré el resto de esta narración con las palabras del señor Collins. El lector ha tenido ya ocasión de notar que el señor Collins no era un hombre corriente, y sus reflexiones sobre este asunto fueron enormemente sensatas: —Ése día fue crucial en la historia del señor Falkland. A partir de entonces se sumió en esa hosca e insociable melancolía de la que ha sido víctima hasta ahora. No hay dos modos de ser más contrarios en ciertos aspectos que el del señor Falkland antes y después de esos hechos. Hasta entonces, le había acompañado una fortuna siempre favorable; su ánimo era entusiasta, y estaba lleno de esa confianza en sí mismo que la prosperidad suele transmitir. Aunque sus hábitos eran los de un soñador serio y sublime, sin embargo emanaban alegría y serenidad. Pero a partir de ese momento decayeron notablemente su orgullo y la arrogante intrepidez de su espíritu. De ser envidiado pasó a ser compadecido. La vida, que hasta entonces nadie había sabido gozar más intensamente, se convirtió en una carga para él. ¡Perdió su autocomplacencia, sus transportes, su benevolencia arrebatada y satisfecha de sí misma! Él, que había vivido más que nadie de los sueños grandiosos y excitantes de la imaginación, parecía ahora no tener más que visiones angustiosas y desesperadas. Su caso era digno de especial compasión, porque si la rectitud y la pureza de proceder dan derecho a la felicidad, pocos hombres como el señor Falkland podían reclamarla con más justicia.

»Estaba demasiado profundamente imbuido de vanas y disparatadas ideas caballerescas para olvidar la situación —humillante y deshonrosa según su modo de pensar— en que le habían colocado. Hay una especie de misteriosa divinidad asociada al caballero verdadero que vuelve imborrable e imperecedera cualquier violencia brutal ejercida sobre los valores de

caballería. ¡Ser derribado de un puñetazo, abofeteado, pateado, arrastrado por el suelo! ¡Dios santo, el recuerdo de ese trato era insoportable! Ninguna futura purificación podría eliminar la mancha; y lo que tal vez era peor en este caso: habiendo dejado de existir el ofensor, era imposible la purificación que la caballería andante prescribe.

»En algún periodo futuro del progreso humano es probable que sea incomprensible en cierto modo la desdicha que en este caso contribuyó a empañar y marchitar la excelencia de uno de los más altos y amables espíritus humanos. Si el señor Falkland hubiese analizado con detenimiento lo ocurrido, probablemente habría podido mirar con indiferencia una herida que, en cambio así, le traspasaba las fibras vitales ¡Cuánta más dignidad que en el moderno duelista encontramos en Temístocles, el más valiente de los griegos, el cual, cuando su comandante Euribíades, en respuesta a unas reconvenciones suyas, alzó su bastón con gesto amenazador, le dirigió aquel noble apostrofe: “Pega, pero escucha”!

»¿Cómo podría un hombre de verdadero discernimiento replicar en un caso así a su brutal agresor: “Yo, que me precio de sufrir con paciencia la adversidad y el dolor, no voy a ser capaz soportar la pequeña contrariedad que tu atolondramiento me puede infligir? Quizá estaría más formado el hombre si conociese la ciencia de la defensa personal; ¡pero qué pocas serían las ocasiones en que tendría ocasión de ponerla en práctica! ¡Qué pocos seres humanos se enfrentarían de manera tan injusta e injuriosa, si su propia conducta estuviese dirigida por los principios de la razón y la benevolencia! Además, ¡qué escaso sería el uso de esa ciencia, una vez adquirida! Jamás podría poner al endeble y de baja estatura al nivel del atleta pugilista, y si bien me salvaría en alguna medida de la malevolencia de un adversario sólo en lo que se refiere a la mera fuerza, sin embargo, mi persona y mi vida estarían siempre a merced de dos. Más allá de la defensa inmediata frente a la violencia, no sería de ninguna utilidad para mí. El hombre que puede enfrentarse deliberadamente a su adversario para exponer su persona o la de los dos a un daño pisotea el principio mismo de la razón y la equidad. El duelo es el más vil de los egoísmos, que trata al público —que tiene derecho a todas mis capacidades y todos mis esfuerzos — como si no fuese nada, y a mí mismo, o más bien una quimera

ininteligible aneja a mí, como si tuviera derecho a mi exclusiva atención. No puedo enfrentarme contigo: ¿entonces qué? ¿Me va a deshonrar esa circunstancia? No; yo sólo puedo deshonrarme llevando a cabo una acción injusta. Mi honor depende de mí, está fuera del alcance de los demás. ¡Pega! Permaneceré pasivo. Ningún daño que puedas infligirme hará que ni tú ni yo nos expongamos a un mal innecesario. Lo rechazo; aunque no por eso soy pusilánime: ¡cuando rechace un peligro o un sufrimiento que pueda redundar en el bien general, entonces tachadme de cobarde!"

»Estos razonamientos, por simples e irrefutables que los pueda encontrar un pensador desapasionado, son poco frecuentes en la gente en general, y eran totalmente incompatibles con los prejuicios del señor Falkland. Pero la vergüenza y humillación pública que había recibido, aunque insoportable de recordar, no era el único mal que aquejaba a nuestro infortunado protagonista de los acontecimientos de ese día. Poco después se rumoreó que había sido él quien había asesinado a su adversario. Este rumor tenía demasiada importancia para la seguridad de su vida, para justificar que se ocultase de él. Lo oyó con indecible asombro y horror: venía a sumarse a la carga de angustia que ya le agobiaba. Nadie ha tenido jamás en tan alto precio su propia reputación como el señor Falkland; y ahora, en un solo día, se le había desmoronado bajo el peso de las más enormes adversidades: una complicada ofensa personal, y la imputación del más horrible de los crímenes. Podía haber huido; porque nadie se atrevía a proceder contra un hombre tan respetado como el señor Falkland, ni a vengar a alguien tan universalmente execrado como el señor Tyrrel. Pero desdeñaba huir. Entretanto, como el asunto era demasiado grave, el rumor cobraba claramente fuerza de día en día. Y el señor Falkland, a veces, parecía dispuesto a denunciar ante los tribunales tamaña imputación. Pero quizá temía que, al recurrir directamente a la justicia, se hiciera más precisa una imputación cuya sola idea reprobaba. Al mismo tiempo, estaba deseoso de someterse a la más rigurosa investigación, y si no podía esperar que alguna vez quedara olvidada esa acusación, sí al menos probar de manera fehaciente que era injusta.

»Finalmente, los magistrados del lugar juzgaron necesario hacer algo al respecto. Sin llegar a ordenar la detención del señor Falkland, le pidieron

que compareciese ante ellos en una de las sesiones. Abierto así el proceso, el señor Falkland manifestó su esperanza de que, aunque el caso se detuviese aquí, la investigación fuese al menos lo más exhaustiva posible. Fue una sesión concurrida: se admitió la entrada a todas las personas respetables de la sociedad; la ciudad entera, una de las más importantes del condado, se había enterado de la naturaleza del caso. Pocas comparecencias, cualquiera que haya sido el proceso, han despertado un interés tan general. En las circunstancias del caso, era difícil conseguir llevar a cabo un juicio; así que era deseo del protagonista y de los jueces dar al acto toda la notoriedad y firmeza de un juicio.

»Los magistrados investigaron los detalles del asunto. El señor Falkland, al parecer, había abandonado el local inmediatamente después de que lo hiciera su agresor; y aunque le habían acompañado a su casa dos caballeros, se probó que nada más llegar les había dejado unos momentos, y que cuando éstos preguntaron a los sirvientes por él, había regresado ya a caballo.

»Por la naturaleza del caso, no podía aducirse ningún hecho concreto que contrarrestase dichas declaraciones. Tan pronto como fueron expuestas, el señor Falkland procedió a su defensa. Se hicieron varias copias de esta defensa, y el señor Falkland pensó en la conveniencia de mandarla a la prensa, si bien después desechó tal idea por alguna razón. Una de esas copias obra en mi poder: se la leeré».

Dicho esto, el señor Collins se levantó, y la sacó de un cajón de su escritorio. Entretanto, pareció recapacitar. No vaciló exactamente; pero se sintió impulsado a excusarse por lo que hacía:

—A lo que se ve, no tenía usted noticia de este caso memorable; y a decir verdad no me extraña, dado que la bondad del mundo ha puesto interés en silenciarlo, por considerar un desdoro que un hombre tenga que defenderse de una acusación criminal, aun con los argumentos más honrosos y exculpatorios. Supongo que al señor Falkland le interesa ese silencio de manera muy especial; y desde luego yo no procedería en contra de su criterio contándole todo esto, de no ser por la especial urgencia de las circunstancias, que parece que aconsejan esta información —dicho esto, pasó a leer el papel que tenía en la mano:

»Señorías:

Comparezco aquí acusado de uno de los crímenes más horrendos que puede cometer un ser humano. Soy inocente. Sé que no voy a poder convencer a ninguno de los presentes de mi inocencia. Entretanto, ¿cuáles pueden ser mis sentimientos? Consciente como soy de merecer aprobación y no censura por haberme pasado la vida llevando a cabo acciones justas y humanitarias, ¿puede acontecerme nada más deplorable que tener que responder a una acusación de homicidio? Tan infortunada es mi situación que no puedo aceptar una absolución gratuita de sus señorías, en caso de que estuvieran dispuestas a concedérmela. Quiero responder a una imputación cuya mera idea es para mí mil veces peor que la muerte. Tengo que apelar a toda la energía de mi ser para impedir que se me sitúe entre los hombres más ruines.

»Señorías, ésta es una situación en la que puede permitirse a un hombre entonar su propia alabanza. ¡Situación odiosa! ¡Que nadie me envidie el indigno y manchado triunfo que ahora tengo que alcanzar! No he llamado a ningún testigo de mi reputación. ¡Gran Dios!, ¿qué clase de reputación es la que necesita ser confirmada por testigos? ¡Pero sí debo hablar, mirar a mi alrededor, preguntar a cada uno de los presentes, interrogar a los corazones de todos! Jamás se ha murmurado contra mí una sola palabra de reproche. No vacilo en pedir a quienes me conocen de cerca que me proporcionen el más honroso testimonio.

»Toda mi vida he sido sumamente sensible a la reputación. Casi me es indiferente lo que hoy ocurra: no abriría la boca en estos momentos, si lo único que se hallase en juego fuese mi vida. El fallo de sus señorías no puede devolverme sin mancha mi honra, borrar la ofensa que he sufrido, ni impedir que se recuerde que se me ha hecho comparecer por una acusación de homicidio. Jamás impedirá ese fallo que el resto miserable de vida que me queda se me vuelva el más insoportable de los pesos.

»Se me ha acusado de ser autor de la muerte de Barnabas Tyrrel. Con gusto habría dado hasta mi último penique y me habría dedicado perpetuamente a la mendicidad, a cambio de que él hubiese conservado su vida. Su vida era más preciosa para mí que la de toda la humanidad. Para mí, la mayor injusticia que ha cometido su desconocido asesino ha sido

privarme de mi justa venganza. Confieso que le habría retado, y nuestro encuentro no habría terminado sino con la muerte de uno de nosotros, o de los dos. Habría sido una reparación insuficiente y despreciable para la enormidad de su ofensa, pero era la única salida que quedaba.

»No pido compasión, pero quiero declarar públicamente que jamás ha acontecido una desventura tan horrible como la mía. De buen grado, frente al recuerdo de esa noche, habría buscado refugio en una muerte voluntaria: la vida ha perdido todo el atractivo que la hacía preciosa para mí. Pero incluso ese consuelo me está negado. No tengo más remedio que seguir arrastrando el peso insoportable de mi existencia, so pena (si en algún momento me librara de ella) de que se tomara esa impaciencia por una confirmación de la acusación de homicidio. Señorías, si con vuestro fallo se me puede quitar la vida sin que tal acto lleve aparejada mi deshonra, bendeciré la cuerda que corte el aliento de mi vida para siempre.

»Todos saben cuán fácilmente habría podido huir de esta purga. Si hubiese sido culpable, ¿no habría aprovechado la ocasión? Pero así, no podía: la reputación ha sido el ídolo, la joya de mi vida. No habría podido soportar la idea de que algún ser humano, en el rincón más remoto del globo, creyera que soy un criminal. ¡Ah, qué deidad he elegido para rendirle culto! ¡He traído sobre mí la agonía y la desesperación eternas!

»Sólo me queda una cosa que añadir: ¡os acuso de hacerme la justicia imperfecta que está en vuestro poder! Mi vida carece de valor. Pero mi honor, esa cáscara vacía de la que ahora me puedo jactar, está en vuestras manos, y cada uno de vosotros, desde este día, se ha impuesto la tarea de vindicarlo. Es poco lo que podéis hacer por mí; pero es vuestro deber hacer ese poco. ¡Pido a Dios, fuente del honor y del bien, que os proteja y dé prosperidad! ¡El hombre que ahora se halla ante vosotros está ya condenado para siempre a la esterilidad y la infamia! ¡No le queda ya nada que esperar, aparte del débil consuelo de este día!»

—Como es fácil imaginar, el señor Falkland fue absuelto con toda dignidad. Nada hay tan lamentable en las instituciones humanas como que las nociones de humanidad deban ir vinculadas a un sentimiento de deshonor, a una purga de este modo satisfactoria y decisiva. Nadie abrigaba

la menor duda sobre este asunto, y sin embargo la mera concurrencia de ciertas circunstancias hizo necesario que el mejor de los hombres tuviese que defenderse públicamente como si fuese verdaderamente sospechoso de un crimen atroz. Por supuesto que el señor Falkland tenía sus defectos; pero esos mismos defectos le alejaban aún más de cometer el crimen en cuestión: su locura eran el honor y la reputación; era un hombre al que nada podía apartarle de perseguir la fama; un hombre que habría dado un mundo por el prestigio de un héroe verdadero, esforzado e intrépido, y que toda adversidad le parecía nominal salvo una mancha en su honor. ¡Qué terriblemente absurdo suponer que podía haber un motivo capaz de inducir a ese hombre a hacer el papel de asesino solapado! ¡Qué muestra de insensibilidad obligarle a defenderse de semejante imputación! ¿Habrá pasado jamás un hombre —sobre todo un hombre del más acendrado honor — en un instante, por una simple ofensa, de una vida intachable al colmo de la depravación humana?

»Cuando fue leída la sentencia de los magistrados, brotó un aplauso general y un murmullo involuntario de transporte de todos los presentes. Al principio sonó apagado, y poco a poco se fue volviendo más fuerte. Dado que era expresión de una alegría desbordante y de una emoción desinteresada y divina, había un algo indescriptible en el clamor mismo que llegaba al corazón, y convencía a todo espectador de que no era el mero contento personal que siempre había habido, que no era pequeño ni desdeñable en comparación. Cada cual se esforzaba en expresar más su estima del afable acusado. No bien se hubo retirado el señor Falkland, los caballeros presentes decidieron subrayar la sentencia con sus felicitaciones. Inmediatamente enviaron una delegación con este propósito. Todos compartían este sentimiento general. Una especie de simpatía se había apoderado de todas las clases y categorías de hombres. La multitud de la calle le acogió con vítores, quitaron los caballos de su coche y lo llevaron ellos triunfalmente, escoltado durante millas, hasta su residencia. Era como si su interrogatorio público sobre un cargo criminal, que hasta entonces habían considerado en todos los aspectos un baldón, se hubiese convertido ahora en motivo de veneración entusiasta y de honor sin igual.

»Nada logró llegarle al corazón al señor Falkland. No era insensible al

afecto y a la adhesión generales; pero se veía claramente que era invencible la tristeza que se había apoderado de su espíritu.

»Habían transcurrido sólo unas semanas desde esta escena memorable, cuando descubrieron al verdadero asesino. Todos los episodios de esta historia son extraordinarios: resultó ser Hawkins. Lo descubrieron con su hijo, con nombre fingido, en un pueblo que había a treinta millas, y necesitado de lo más indispensable para subsistir. Llevaba viviendo allí desde que huyó de forma tan secreta que habían sido infructuosas todas las pesquisas llevadas a cabo por la benevolencia del señor Falkland y la malevolencia del señor Tyrrel. Lo que había conducido a dicho descubrimiento fueron unas ropas manchadas de sangre encontradas en una zanja; al sacarlas, la gente del pueblo las reconoció como pertenecientes a este hombre. En seguida entraron en sospecha, y las relacionaron con el asesinato del señor Tyrrel. Se efectuó un registro diligente, y en un rincón de su casa hallaron el mango herrumbroso de un cuchillo que, al unirlo a la hoja rota descubierta en la herida, encajó perfectamente. Al preguntar a unos campesinos que se hallaban casualmente por allí, recordaron haber visto a Hawkins y a su hijo en el pueblo esa misma tarde, y al llamarlos por su nombre, no les quisieron contestar, aunque estaban seguros de que eran ellos. Ante este nuevo testimonio, Hawkins y su hijo fueron juzgados, condenados y más tarde ejecutados. En el intervalo entre la sentencia y la ejecución, Hawkins confesó su culpa con muchas muestras de compunción; aunque hay personas que lo niegan; pero yo me he preocupado de hacer averiguaciones, y he llegado a la conclusión de que su incredulidad es precipitada y carece de fundamento.

»No se interrumpió en esta ocasión la cruel injusticia que este hombre había sufrido del tirano del pueblo. Por una extraña fatalidad, parecieron cumplirse los bárbaros designios del señor Tyrrel, e incluso su muerte sirvió para consumar la ruina del hombre al que odiaba, circunstancia que, de haber llegado a saberla él, quizá le habría consolado de su propio fin. Este pobre Hawkins era sin duda digno de compasión, ya que el haber sido empujado a la desesperación, y arrastrado finalmente a un destino ignominioso junto con su hijo, se debió originalmente a la firmeza de su

independencia y de su virtud. Pero el público le negó su compasión, juzgando una muestra de bárbaro e imperdonable egoísmo no haberse presentado valientemente para asumir las consecuencias de su acción, en vez de consentir que un hombre de mucha más valía, como era el señor Falkland —y que además había estado tan deseoso de ayudarle—, corriera el riesgo de ser juzgado de un asesinato que no había cometido.

»De entonces a hoy, el señor Falkland ha sido como lo ves ahora. Aunque han transcurrido ya varios años desde que ocurrieron esos hechos, la huella que han dejado sigue fresca en el espíritu de nuestro infortunado patrono. A partir de entonces, sus hábitos cambiaron por completo. Antes le encantaban las reuniones públicas, y desempeñar algún papel en el círculo de personas entre las que vivía. Ahora se convirtió en riguroso recluso. Dejó de tener compañeros y amigos. Inconsolable, procuraba tratar a los demás con amabilidad. Había en su actitud una tristeza solemne, acompañada de la más perfecta cortesía y humanidad. Todo el mundo le respeta, porque su benevolencia es inmutable; pero hay una imponente frialdad y reserva en su trato que impide a los que le rodean mirarle con familiaridad y afecto. Siempre se muestra así, salvo las veces en que el dolor se le hace insoportable, y se deja llevar por algún acceso de furiosa enajenación. Entonces sus palabras se vuelven terribles y misteriosas, como si se imaginara víctima de todas las persecuciones y alarmas que acompañan a una acusación de asesinato. Pero consciente de su propia debilidad, procura en esas ocasiones encerrarse a solas; y sus criados no conocen de él sino el desaliento reservado y altivo, aunque amable, que preside todo lo que hace.

VOLUMEN II

Capítulo I

He consignado lo que me contó el señor Collins, junto con otros datos que he podido recoger, con toda la exactitud que me ha permitido mi memoria, ayudada de ciertas notas que tomé en su momento. No pretendo garantizar la autenticidad de parte alguna de estas memorias, salvo las que llegué a conocer de manera directa, y que expondré con la misma sencillez y puntualidad que observaría ante un tribunal que tuviera que pronunciar sentencia sobre lo que es más caro para mí. Esta misma escrupulosa fidelidad me impide alterar el modo de narrar del señor Collins para adaptarlo a los preceptos de mi propio gusto; pronto se verá cuán esencial es este relato para la elucidación de mi historia.

El propósito de mi amigo al contarme todo esto era tranquilizarme; pero lo que consiguió fue aumentar mi desconcierto. Yo no había tenido hasta entonces relación ninguna con las pasiones del mundo; y aunque no me eran completamente desconocidas, dado que aparecen en los libros, lo que sabía me fue de poca utilidad cuando las tuve delante. Al tener al sujeto de esas pasiones continuamente ante mis ojos —y dado que los hechos habían ocurrido hacía poco como quien dice, y en la misma ciudad donde yo vivía—, el caso adquirió para mí un sesgo diferente. Había una concatenación y un progreso en esta historia que me hicieron juzgar de manera totalmente diferente los pequeños sucesos que hasta ahora habían llegado a mis oídos. Se me despertó el interés por las personas que aparecían sucesivamente en escena. El señor Clare se ganó mi veneración, y la intrepidez de la señora Hammond mi aplauso. Me tenía asombrado que un ser humano pudiera ser tan espantosamente perverso como el señor Tyrrel. Rendí el tributo de mis lágrimas a la memoria de la cándida señorita Melvile. Encontré mil nuevas razones para admirar y querer al señor Falkland.

Al principio me conformé con tomar cada episodio en su sentido obvio. Pero la historia que había oído se me quedó grabada en el alma, y sentí un inmenso deseo de desentrañarla a fondo. Le di mil vueltas, y la estudié desde todos los ángulos. Tal como la había oído al principio, aparecía suficientemente clara y satisfactoria; pero cuanto más la analizaba, más misteriosa la encontraba. Veía cierta incoherencia en la conducta de Hawkins. Tan decidida, tan inquebrantablemente justo y honrado como parecía al principio, ¡convertirse de repente en asesino! ¡Cómo predisponía a su favor su actitud durante el proceso! Por supuesto, si había sido él era imperdonable que consintiera que su crimen se imputase a un hombre de tanta dignidad y valía como el señor Falkland. Con todo, no podía evitar compadecer a este hombre honrado, al que habían llevado a la horca, rigurosamente hablando, las maquinaciones de ese demonio de señor Tyrrel. ¡Y morir también su hijo, el hijo por el que lo había sacrificado todo, colgado del mismo árbol! ¡Sin duda no ha habido jamás historia tan conmovedora!

¿Era posible que, después de todo, fuera el señor Falkland el asesino? Tal vez no le parezca creíble al lector que me viniera a la mente tal interrogante. Fue un pensamiento fugaz; pero revela la ingenuidad de mi carácter. A continuación recordé las virtudes de mi patrono, casi demasiado sublimes para ser de naturaleza humana; pensé en sus sufrimientos tan sin precedentes, tan inmerecidos, y me reproché mi suspicacia. Recordé la confesión de Hawkins en la hora de la muerte, y concluí que no tenía sentido semejante duda. Pero entonces, ¿qué significaban todas esas angustias y terrores del señor Falkland? Total, que una vez que me vino esa idea, se me quedó grabada en el cerebro. Mis pensamientos fluctuaban de conjetura en conjetura, pero esa pregunta era el eje en torno al que giraban. Decidí vigilar a mi señor.

En el instante mismo en que tomé esta resolución, experimenté una especie de emocionada satisfacción. Hacer algo prohibido tiene siempre su encanto, porque nos da la vaga impresión de que hay algo arbitrario y tiránico en el hecho de prohibir. ¡Espiar al señor Falkland! El peligro que encerraba semejante deporte le daba un aliciente especial. Recordé la severa reprimenda que había recibido de él, y su expresión terrible; y ese

recuerdo me produjo una especie de estremecimiento no enteramente exento de gozo. Después, cuanto más avanzaba, más fuerte era esa sensación seductora. Constantemente me sentía a punto de ser descubierto, y constantemente incitado a ocultar mi propósito. Cuanto más impenetrable se mostraba el señor Falkland, más irresistible era mi curiosidad. En medio de toda mi alarma y temor a estar corriendo un peligro personal, una mezcla de franqueza e ingenuidad —estaba convencido de que no hacía nada malo — me predisponía a decir lo que me pasaba por la cabeza, convencido de que, en caso de que se supiese lo que hacía, nadie iría a enojarse seriamente conmigo.

Estas reflexiones produjeron en mí un estado de ánimo nuevo. Al principio de vivir en la casa del señor Falkland, la novedad del ambiente me hizo cauto y reservado. La actitud distante y solemne de mi señor anuló mi alegría innata. Pero poco a poco fue quedando atrás esta novedad, y fui sintiéndome menos cohibido. La historia que ahora había oído, y la curiosidad que me había despertado, me devolvieron la vivacidad, la impaciencia y el valor. Siempre he tenido tendencia a decir lo que pienso; y la edad me hacía hablador: de vez en cuando me lanzaba por una especie de camino dudoso, preguntándome si así podía permitirme exteriorizar mis pensamientos según me venían en presencia del señor Falkland.

La primera vez que lo hice me miró con sorpresa, no replicó, y poco después aprovechó la primera ocasión para dejarme. Algo más tarde repetí el experimento. Mi señor, aunque indeciso, se mostró como inclinado a animarme. Hacía tiempo que era ajeno a toda clase de satisfacciones, y mis comentarios simples y espontáneos parecían divertirle. ¿Podía ser peligrosa una distracción de este género? En esta duda, probablemente no se sentía capaz de mirar con severidad mis inocentes efusiones. A mí me hacía muy poca falta que me animaran, ya que la turbación de mi espíritu necesitaba un alivio de este género. Junto a mi simplicidad —dado que era un completo ignorante en cuanto a las relaciones y al mundo—, tenía una mente en cierto modo cultivada por la lectura, y quizá no totalmente exenta de observación y perspicacia. Así que mis comentarios eran inesperados, revelaban a la vez una extrema ignorancia y cierta agudeza, aunque siempre con un aire de inocencia, franqueza y valor. Mi actitud tenía, empero, una

aparente falta de intención, incluso después que me sintiera vivamente impulsado a comparar mis observaciones y a analizar las conclusiones a las que conducían; porque el efecto de la vieja costumbre era más visible que el del recién concebido propósito, todavía impreciso. La situación del señor Falkland era la del pez que juega con el cebo lanzado para atraparle: Mi actitud le animaba en cierto modo a abandonar su habitual reserva y a relajar su severidad; hasta que algún comentario repentino, o alguna pregunta, le hacía reaccionar y volver a su anterior alarma. Era evidente que tenía una herida secreta. Cada vez que alguien rozaba la causa de su aflicción, aunque fuese de manera indirecta y remota, se le alteraba el semblante, le volvía el malhumor, y le costaba reprimir su emoción; y unas veces se dominaba con un esfuerzo doloroso, y otras estallaba en una especie de paroxismo de insania, tras lo cual corría a encerrarse a solas. Estos síntomas los interpretaba yo con harta frecuencia como sospechosos, aunque con igual probabilidad, y más generosidad, habría podido atribuirlos a las crueles mortificaciones con que había tropezado en la persecución de su ambición más querida. El señor Collins me había recomendado muy encarecidamente que fuese discreto; en cuanto al señor Falkland, cada vez que mi gesto o su conciencia le sugerían que yo sabía más de lo que manifestaba, me miraba con ansiosa seriedad, como preguntándose cuánta información poseía, y cómo la habría obtenido. Pero cuando volvíamos a vernos, mi actitud animada le devolvía el sosiego, le disipaba la emoción cuya causa había sido yo, y las cosas retornaban a su cauce de antes. Cuanto más continuara esta humilde familiaridad por mi parte, más costaría suprimirla; y el señor Falkland no tenía ningún deseo de mortificarme prohibiéndome abrir la boca, ni darme la importancia que esa prohibición habría implicado quizá. Aunque yo sentía curiosidad, no debe suponerse que estuviera pensando a todas horas en mis pesquisas, o que mis preguntas e indirectas estuvieran siempre medidas con la astucia de un inquisidor; la herida secreta del señor Falkland estaba mucho más uniformemente presente en su conciencia que en la mía, y refería a ella los mil comentarios que surgían en la conversación, cuando yo no tenía la más remota idea, hasta que alguna particularidad de su actitud me hacía caer en la cuenta. La conciencia de esta sensibilidad morbosa, y la suposición de que quizá todo

se debiese a su influencia, contribuían probablemente a que el señor Falkland volviera a la carga, y le asaltaba un sentimiento de vergüenza cada vez que se le ocurría quitar libertad a nuestra relación.

Pondré un ejemplo de las conversaciones a que me refiero; y como lo escojo de entre las que iniciábamos a propósito de las cuestiones más generales y alejadas, el lector podrá hacerse fácilmente idea de la turbación que casi a diario soportaba un espíritu tan trémulamente vivo como el de mi patrono.

—Señor —dije un día mientras ayudaba al señor Falkland a ordenar unos textos antes de transcribirlos para su compilación—, ¿por qué llegaron a ponerle el sobrenombre de Magno a Alejandro de Macedonia?

—¿Por qué? ¿Acaso no has leído nunca su biografía?

—Sí, señor.

—Bueno, Williams; ¿y no has encontrado en ella ninguna razón?

—Pues no sé, señor. Podría encontrar razones para que fuera famoso; pero no todo hombre del que se habla es admirado. Los entendidos difieren sobre los méritos de Alejandro. El doctor Prideaux dice en sus *Connetions* que lo que se merece es que le llamen el Gran Sanguinario, y el autor de *Tom Jones* ha escrito un libro para demostrar que él y todos los conquistadores deberían ser puestos junto a Jonathan Wild.

El señor Falkland enrojeció ante estas citas.

—¡Eso es una repugnante blasfemia! ¿Se creen esos autores que con su tosca bellaquería van a poder destruir su bien ganada fama? A lo que se ve, el saber, la sensibilidad y el gusto no son garantía de que su poseedor se halle lejos de la injuria vulgar. ¿Has leído en alguna parte, Williams, que haya existido un hombre más valiente, generoso y libre que él? ¿Que haya habido nunca un mortal más completamente contrario a la codicia y el egoísmo? Forjó para sí un modelo sublime de excelencia, y su única ambición fue hacerlo realidad en su propia historia. Recuerda cómo lo daba todo en su grandiosa expedición, reservándose para sí la esperanza tan sólo. Recuerda su heroica confianza en el médico Filipo, y su entera e inalterable amistad con Efestion. Trató a la familia cautiva de Darío con la más cordial urbanidad, y a la venerable Sysigambis con toda la ternura y atención de un hijo hacia su madre. Sobre un asunto así, no aceptes nunca el juicio de un

clérigo pedante ni de un juez de Westminster. Estúdialo por ti mismo, y hallarás en Alejandro un modelo de honor, generosidad y desinterés, un hombre que por la liberalidad cultivada de su espíritu y la grandeza sin igual de sus proyectos debe ser tenido por canon único y admiración de todas las épocas del mundo.

—¡Ah, señor! Está muy bien que, sentados aquí, nos dediquemos a cantar su panegírico. Pero ¿debo olvidar el coste inmenso que permitió erigir el monumento de su fama? ¿No trastornó a la humanidad? ¿No invadió naciones que jamás habrían oído hablar de él, de no ser por sus estragos? ¿Cuántos cientos de miles de vidas sacrificó en su carrera? ¿Y qué decir de sus crueldades: exterminar una tribu entera por un crimen que cometieron sus antepasados ciento cincuenta años antes; vender a cincuenta mil como esclavos; crucificar a dos mil porque defendieron con valor su país? ¡Extraña persona, sin duda, la que nunca ensalza con calor sino a quien ha extendido la destrucción y la ruina por la faz de las naciones!

—Es muy natural tu modo de pensar, Williams; y no te culpo por ello. Pero permite que abrigue la esperanza de que con el tiempo te vuelvas más liberal. A primera vista, la muerte de cien mil hombres parece sobrecogedora; pero ¿qué son en realidad cien mil hombres sino algo así como cien mil ovejas? Es el espíritu, Williams, el desarrollo del saber y la virtud, lo que debemos amar. Y ése era el proyecto de Alejandro: puso en marcha la gran empresa de civilizar a la humanidad; liberó al vasto continente asiático de la estupidez y degradación de la monarquía persa; y aunque su vida se truncó en mitad de su carrera, no es difícil percibir los efectos de su proyecto. Los seléucidas, los Antíocos y los Ptolomeos siguieron la literatura y la cultura griegas, cuando antes sus naciones habían vivido hundidas en la condición de los brutos. Alejandro fue célebre tanto por ser destructor como constructor de ciudades.

—Sin embargo, señor, me temo que la pica y el hacha de guerra no son los instrumentos más apropiados para hacer sabios a los hombres. Aun admitiendo que hubiera que sacrificar vidas humanas sin remordimiento si el resultado fuera el bien supremo, me parece que el asesinato y las matanzas no son sino un modo sumamente tosco de generar civilización y amor. Pero dígame con franqueza, ¿no cree que este gran héroe fue una

especie de loco? ¿Qué me dice de que prendiera fuego al palacio de Persépolis, de sus ansias por conquistar otros mundos, de su marcha con todo su ejército por las arenas ardientes de Libia, sólo para visitar un templo y convencer a la humanidad de que era hijo de Júpiter Ammón?

—Alejandro, muchacho, ha sido muy mal comprendido. La humanidad se ha vengado de él falseando su imagen por haber eclipsado al resto de su especie. Para llevar a cabo su proyecto era preciso hacerse pasar por un Dios: era el único medio de asegurarse la veneración de los estúpidos y fanáticos persas. Fue eso, y no una vanidad desmesurada, la razón de su proceder. ¡Y cuánto tuvo que luchar a ese respecto con la zafia terquedad de algunos de sus macedonios!

—De todo modos, señor, Alejandro empleó al final los medios que todo político confiesa utilizar. Obligó a los hombres a adquirir sabiduría, y les indujo a perseguir su propia felicidad. Y lo que es peor, señor, este Alejandro, llevado de sus arrebatos de furia, no perdonaba a amigos ni a enemigos. No pretenderá justificar los excesos de su pasión ingobernable. Me es imposible decir una sola palabra en favor de un hombre al que una provocación momentánea podría empujarle a cometer asesinatos.

En el instante mismo en que dije eso me di cuenta de lo que había hecho. Había una comunicación magnética entre mi patrono y yo, de manera que no bien hizo efecto en él, la conciencia me reprochó la inhumanidad de este comentario. La confusión fue mutua. La sangre abandonó al punto el rostro traslúcido del señor Falkland, para volverse repentinamente con fiereza. No me atreví a decir nada más, no fuera a incurrir en un error peor que el que acababa de cometer. Tras un breve pero inmenso esfuerzo por continuar la conversación, el señor Falkland empezó a agitarse, aunque se serenó poco después.

—No seas cándido… Alejandro… Tienes que aprender a ser más comprensivo: Alejandro, iba a decir, no se merece esa severidad. ¿Recuerdas sus lágrimas, sus remordimientos, su decisión de no tomar ningún alimento, al extremo de que fue dificilísimo convencerle de que renunciase? ¿No prueba eso un profundo sentimiento y un arraigado principio de equidad? Bueno, Alejandro fue un amante leal y sensible de la humanidad, y han sido muy poco comprendidos sus méritos.

No sé cómo explicar mi estado de ánimo en aquel momento: cuando una idea se apodera del alma, es casi imposible impedir que se abra camino hasta la boca. El error, una vez cometido, tiene un poder fascinador —como el que se atribuye a los ojos de la serpiente cascabel— que nos atrae hacia un nuevo error. Nos priva de esa orgullosa confianza en nuestra propia fuerza a la que debemos gran parte de nuestra virtud. La curiosidad es una tendencia desasosegada, y a menudo nos incita a seguir adelante más irresistiblemente cuanto mayor es el peligro que la acompaña.

—Clito —dije— fue un hombre de maneras toscas e irritantes, ¿no?

El señor Falkland acusó toda la fuerza de esta alusión. Me lanzó una mirada penetrante, como si tratase de leer en mi alma. Un instante después desvió los ojos. Noté que le dominaba un temblor convulsivo que, aunque fuertemente contenido, y por tanto apenas perceptible, comprendí que encerraba algo terrible. Dejó lo que estaba haciendo y se puso a pasear furioso por la estancia; su rostro fue adquiriendo una expresión como de tremenda ferocidad, abandonó el aposento de repente, y cerró la puerta con un golpazo que resonó en toda la casa.

¿Es esto, me dije, fruto de una conciencia culpable, o es el enojo que un hombre de honor experimenta ante la imputación inmerecida de una culpa?

Capítulo II

El lector se habrá dado cuenta de que me estaba acercando rápidamente al borde del precipicio. Tenía una vaga conciencia de lo que hacía, pero era incapaz de detenerme. ¿Hasta cuándo soportará el señor Falkland, me preguntaba, abrumado como está por la conciencia de ese baldón inmerecido que le han colgado ante el mundo, la presencia de un joven impertinente y hostil que le está recordando continuamente ese deshonor, y que parece decidido a mantener viva la acusación?

Me daba cuenta de que el señor Falkland no se apresuraría a echarme por la misma razón que se abstenía de tomar otras muchas medidas que pudieran delatar una conciencia demasiado sensible y ambigua. Pero esta reflexión no me traía ningún consuelo. Que alimentara en su corazón un odio creciente hacia mí, y se sintiese obligado a conservarme como una espina en su costado, era una idea que en modo alguno auguraba mi futura paz.

Algún tiempo después, vaciando un armario encontré una carta que accidentalmente se había deslizado detrás de uno de los cajones, y allí había quedado extraviada. Tal vez en otro momento se habría plegado mi curiosidad a las normas del decoro, y lo habría devuelto a mi señor —su dueño— sin abrirla. Pero los anteriores incidentes me habían estimulado demasiado las ansias de información para dejar pasar ahora cualquier oportunidad de satisfacerla. Era una carta escrita por Hawkins padre; y a juzgar por su contenido, parece que la redactó cuando estaba a punto de huir de los acosos del señor Tyrrel. Decía así:

Ilustre señor:

He estado esperando día tras día su regreso a esta comarca. El viejo Warnes y su esposa, a quienes ha encomendado cuidar su casa, dicen que

no saben cuándo volverá, ni en qué parte de Inglaterra se encuentra actualmente. En cuanto a mí, la desgracia se ceba en mi vida con tal ansia que tendré que tomar alguna determinación (eso seguro), y sin tardanza. Mi señor, quien reconozco que al principio me trató con bastante benevolencia, aunque me temo que en parte fue por rencor al señor Underwood, ha decidido ahora arruinarme. Señor, como no soy ningún cobarde, me he defendido con firmeza; porque al fin y al cabo no es más que un hombre frente a otro hombre, como usted sabe (¡Dios le bendiga!), pero ha sido demasiado para mí.

Tal vez si fuera al pueblo de mercado y a ver a Munsle, su abogado, podría decirme cómo encontrarle. Pero esperar de esta manera, y en vano, me ha metido otras ideas en la cabeza. No me apresuré a acudir a usted, señor, porque no me gusta molestar a nadie. Lo había dejado como último recurso. Pero señor, ahora que me ha fallado también, me avergüenza haber pensado en esto. ¿Acaso no tengo brazos y piernas como cualquiera? Me han echado de mi casa y mi hogar. Bueno, ¿y qué? No soy una col, que si la arrancan del suelo se muere irremediablemente. Estoy sin blanca, es verdad; pero ¿cuántos centenares de personas viven precariamente toda su vida? Con perdón de su señoría, creo que si los pobres tuviéramos cabeza para defendernos nosotros mismos, los grandes no serían tan caprichosos y antojadizos. Empezarían a fijarse más en las cosas.

Pero hay algo que me preocupa más que ninguna otra cosa. No sé cómo exponerlo, señor: Mi pobre muchacho, Leonard, orgullo de mi vida, lleva tres semanas encerrado en la prisión del condado. Es la pura verdad, señor. Le ha mandado allí el señor Tyrrel. Ahora, señor, cada vez que apoyo la cabeza en la almohada bajo este humilde techo, se me encoge el corazón pensando en la situación de Leonard. No me refiero a las dificultades; las dificultades son lo que menos me importa. No espero que vaya por el mundo vestido de terciopelo; no soy tan necio. Pero ¿quién sabe qué le puede pasar en la cárcel? He ido a verle tres veces; ¡y en el mismo sitio hay encerrado un hombre con muy mala catadura! Tampoco me gusta mucho la pinta de los demás. Le aseguro que Leonard es el muchacho más bueno del mundo. Creo que no se dejará llevar por los que le rodean. Pero sea como sea, estoy decidido a que no siga en ese sitio ni un día más. Puede que sea

un viejo testarudo, pero se me ha metido eso en la cabeza, y lo voy a cumplir, no me pregunte cómo. Porque si tuviera que escribir a su señoría, y esperar su respuesta, podría tardar una semana o diez días más. ¡Y no quiero ni pensarlo!

El señor Tyrrel es muy obcecado, y a usted, señoría, podría encendérsele algo la sangre. No; no quiero que nadie se pelee por mí. Bastante desgracia ha habido ya; yo mismo me quitaré de en medio. Así que le escribo, señoría, sólo para desahogarme. Me siento tan inclinado a respetarle y quererle como si lo hubiese hecho todo por mí, como creo que habría sido si las cosas hubieran rodado de otra manera. Es muy probable que no vuelva a saber de mí nunca más. Si así es, que su noble corazón no pierda el sosiego. Me conozco demasiado bien para caer en la tentación de hacer nada reprobable. Ahora bien, tengo que buscar fortuna en el mundo. Bien sabe Dios que he sido tratado mal. Pero no guardo ningún rencor: mi corazón está en paz con la humanidad, y perdono a todo el mundo. Es muy probable que aún nos queden al pobre Leonard y a mí duras pruebas que soportar, entre gente desconocida, y que tengamos que ocultarnos como atracadores o salteadores de caminos. Pero desafío a la fortuna a que nos haga cometer una sola mala acción. Ese es el consuelo que conservaremos siempre frente a todas las cruces de este mundo desgarrador.

¡Que Dios le bendiga!

Queda a su absoluta disposición su humilde servidor,

Benjamín Hawkins.

Leí esta carta con atención. Me hizo pensar mucho. A mi entender, era el retrato interesantísimo de un espíritu rudo, franco y honesto. Es una reflexión descorazonadora, me dije a mí mismo, ¡pero así es el ser humano! De haber juzgado por la impresión que comunicaba esta carta, habríamos podido decir: he aquí un hombre que acepta los reveses y golpes de la fortuna con espíritu inquebrantable. Sin embargo, ¡ved dónde termina todo!; después fue capaz de convertirse en asesino y acabar en la horca. ¡Oh, pobreza! ¡Eres verdaderamente omnipotente! ¡Tú nos agobias hasta la desesperación; tú confundes nuestros principios más presuntuosos y arraigados; tú nos anegas de rencor y de deseos de venganza, y nos vuelves

capaces de acciones de horror desconocido! ¡Ojalá no me visites nunca en el apogeo de tu poder!

Satisfecha mi curiosidad respecto a la carta, la dejé de forma que la encontrase el señor Falkland; al mismo tiempo, siguiendo la idea que ahora me dominaba, dispuse que el modo de encontrarla le sugiriera la posibilidad de que hubiera pasado por mis manos. A la mañana siguiente, al verle, procuré orientar poco a poco la conversación —que entonces sabía ya cómo iniciar— hacia el terreno que yo deseaba. Tras unas cuantas preguntas, comentarios y respuestas preparatorias, dije: —La verdad, señor, es que no puedo por menos de lamentar la opinión que me merece la naturaleza humana cada vez que descubro que no se puede confiar en su perseverancia y que, entre la gente inculta al menos, las expectativas más prometedoras pueden acabar en la más espantosa deshonra.

—¿No crees entonces que los libros y el cultivo del espíritu son lo único que garantiza la constancia de nuestros principios?

—Bueno, señor: no irá a decirme que el saber y el ingenio no les sirve a la gente a menudo más para ocultar sus crímenes que para evitar cometerlos. La historia cuenta cosas extrañas al respecto.

—¡Williams! —exclamó el señor Falkland algo alterado—. Eres demasiado dado a la censura y a la severidad.

—Espero que no. Le aseguro que me gusta mirar el reverso del cuadro, y considerar cuántos hombres han sido difamados y hasta destrozados por sus semejantes, y que, una vez que les comprendemos correctamente, vemos que son dignos de nuestro respeto y afecto.

—A decir verdad —replicó el señor Falkland con un suspiro—, cuando pienso en todas esas cosas, no me extraña aquella exclamación de Bruto al morir: «¡Oh virtud, te he buscado como sustancia, pero he descubierto que eres una palabra vacía!» Me siento muy inclinado a coincidir con esa opinión.

—La verdad, señor, es que la inocencia y la culpa están demasiado entremezcladas en la vida humana. Recuerdo una historia conmovedora de los tiempos de la reina Isabel, sobre un pobre hombre que habría sido ahorcado por asesinato a causa de una serie de pruebas circunstanciales, si el verdadero culpable no hubiera formado parte del jurado y lo hubiera

impedido.

Al decir esto, toqué el resorte que desataba la furia en su espíritu. Se llegó a mí con expresión feroz, como decidido a obligarme a confesar mis pensamientos. Un dolor súbito, no obstante, pareció hacerle cambiar de idea; retrocedió agitado, y exclamó: —¡Maldito sea el universo y las leyes que lo gobiernan! ¡El honor, la justicia, la virtud no son sino juego de truhanes! ¡Si pudiera, ahora mismo aplastaría el sistema entero!

Repliqué:

—¡Oh, señor! Las cosas no son tan malas como se figura. El mundo se hizo para que los hombres dotados de inteligencia hagan lo que quieran con él. Sus intereses no pueden progresar sino en la dirección de los héroes verdaderos; y como al final se les hallará los más amigos de todos, la multitud no tiene sino que limitarse a mirar, admirar y dejarse modelar.

El señor Falkland hizo un esfuerzo tremendo para recobrar la serenidad.

—Williams —dijo—, me instruyes bien. Tienes una noción justa de las cosas y espero mucho de ti. Quiero ser más humano. Quiero olvidar el pasado, y ser mejor en adelante. El futuro, el futuro es siempre nuestro.

—Siento haberle molestado, señor. Temo decir lo que pienso; pero mi opinión es que al final se aclaran los errores, se cumple la justicia, y sale a la luz la verdad, aunque durante un tiempo se consiga ocultar con falsos colores.

Mi insinuación no fue precisamente del agrado del señor Falkland. Sufrió una recaída momentánea: —¿La justicia? —murmuró—. Yo no sé qué es la justicia. Mi caso no está al alcance de los remedios comunes; ni de ninguno quizá. Sólo sé que soy desgraciado. Empecé la vida con los mejores propósitos y la más ferviente filantropía… y aquí me tienes: infeliz. ¡Indecible e insoportablemente infeliz!

Dicho esto, pareció recobrarse de repente, y volvió a adoptar su habitual dignidad y autoridad.

—¿Cómo ha salido esta conversación? —exclamó—. ¿Quién te ha dado permiso para ser mi confidente? ¡Bellaco miserable! ¡Aprende a tener más respeto! ¿Crees que voy a consentir que un criado insolente hurgue en mis pasiones? ¿Que soy un juguete que puedes manejar a tu antojo y exprimir todos los tesoros de mi alma? ¡Fuera de aquí, y reza por que no te haga

pagar la temeridad que ya has cometido!

Había una energía y una determinación en el gesto que acompañó a estas palabras que no admitían réplica. Cerré la boca; sentí como si me privasen de todas mis fuerzas, y sólo fui capaz de abandonar el aposento dócilmente.

Capítulo III

Dos días después de esta conversación el señor Falkland me mandó llamar [seguiré narrando tanto la parte callada como la no hablada de nuestra relación. Su semblante era habitualmente animado y expresivo como no he conocido otro. La curiosidad, que como he dicho constituía mi pasión dominante, me animaba en mis continuas pesquisas. Es probable también que para los diversos episodios de esta historia añada alguna explicación que en su momento estaba muy lejos de poseer, y de la que sólo tuve conocimiento merced a sucesos posteriores].

Al entrar en el aposento observé en el señor Falkland una calma singular; calma que, sin embargo, no parecía proceder de una paz interior, sino del esfuerzo que hacía, preparándose para la entrevista, a fin de no sufrir merma alguna en su presencia de ánimo y su voluntad.

—Williams —dijo—, he decidido tener una explicación contigo, me cueste lo que me cueste. Eres un muchacho irreflexivo y desconsiderado, y me has dado más de un quebradero de cabeza. Has de saber que, aunque te permito que me hables de temas indiferentes, es una gran impertinencia que encauces la conversación hacia asuntos personales. Últimamente has dicho muchas cosas enigmáticas, como dando a entender que sabes más de lo que me figuro. No sé ni cómo ha podido llegar a tu conocimiento, ni de qué se trata. Pero me parece percibir en ti demasiada tendencia a jugar con mi tranquilidad de espíritu. No está bien, ni merezco ese trato de tu parte. Pero sea como sea, las conjeturas que me obligas a hacer me resultan demasiado dolorosas. Es un juego con mis sentimientos al que, como hombre decidido que soy, estoy dispuesto a poner fin. Así que déjate de misterios y ambigüedades, y dime claramente en qué se fundan tus alusiones. ¿Qué sabes? ¿Qué pretendes? Llevo ya demasiado tiempo

sometido a mortificaciones y tormentos, y mis heridas no soportan este perpetuo hurgar en ellas.

—Me doy cuenta, señor —contesté—, de lo mal que me he portado, y me avergüenza haberle causado precisamente yo toda esa inquietud y disgusto. Me di cuenta en su momento; pero no sé cómo me he dejado arrastrar. Siempre he tratado de contenerme, pero el demonio que se apodera de mí es demasiado fuerte. No sé más que lo que el señor Collins me ha dicho, señor. Me ha contado la historia del señor Tyrrel, la señorita Melvile y Hawkins. Por supuesto, señor, no ha dicho sino cosas honrosas de usted, y ha probado que es usted más ángel que hombre.

—Vamos a ver; el otro día encontré una carta que me escribió Hawkins; ¿no ha caído antes en tus manos, por casualidad? ¿No la has leído?

—¡Dios mío, señor! ¡Écheme de su casa! Impóngame un castigo para que pueda perdonarme a mí mismo. Soy un estúpido, fementido y despreciable desdichado: confieso haber leído esa carta, señor.

—¿Cómo te has atrevido? Ha sido una vileza por tu parte. Pero ya hablaremos de eso más tarde. Bien, ¿y qué opinas de esa carta? Como seguramente sabes, Hawkins fue ahorcado.

—¿Quiere que se lo diga, señor? Pues me ha conmovido profundamente. Y digo, como le dije anteayer, que cuando veo a un hombre de principios tan sólidos cometer después el peor de los crímenes, no lo puedo soportar.

—¿Eso dices? Y también sabrás (¡odioso recuerdo!) que me acusaron a mí de ese crimen, ¿verdad?

Guardé silencio.

—Bueno. Y puede que sepas también que desde el día en que se cometió el crimen… sí, ésa fue la fecha —y al decirla, afloró algo horrible, casi diría que diabólico, a su semblante—, no he tenido una sola hora de paz: de la criatura más feliz de la tierra, he pasado a ser la más desventurada; el sueño huye de mis ojos, la alegría se ha vuelto extraña a mis pensamientos, y preferiría mil veces la aniquilación a la existencia que ahora arrastro. En cuanto llegué a la edad de discernir, preferí el honor y la estima de la humanidad al resto de los bienes. Al parecer, sabes cuántas veces he visto frustrada mi ambición… No agradezco a Collins que se haya

erigido en historiador de mi ignominia. ¡Ojalá borrara Dios aquella noche de la memoria de los hombres! Pero esa escena, en vez de desaparecer, se ha convertido para mí en una fuente de desventura que no para de manar. ¿Soy entonces, hundido y arruinado de esta manera, objeto apropiado para ejercitar tu ingenio y mejorar tu poder de atormentar? ¿No te basta que haya sido deshonrado públicamente? ¿Que por intervención pestilente de algún demonio haya sido privado de la posibilidad de vengar mi deshonra? No: encima de ver frustrada mi venganza en ese momento crucial, se me acusó del más horrendo de los crímenes. Esa prueba ha quedado atrás. La aflicción misma no me reserva nada peor que lo que tú me has infligido: una apariencia de duda sobre mi inocencia, que el más solemne y exhaustivo interrogatorio ha establecido de manera definitiva. Me has obligado a esta explicación. Me has arrancado una confidencia que no quería hacer. Pero estar a merced de cualquiera, por insignificante que sea, que sienta deseos de jugar con mi desdicha, forma parte de la desventura de mi situación. Puedes estar contento: me has hundido bastante.

—¡Oh, señor! No lo estoy. ¡No puedo estarlo! ¡No puedo soportar pensar lo que he hecho! Jamás podré volver a mirar a los ojos al mejor de los señores y al mejor de los hombres. Le suplico, señor, que me eche de su servicio. Deje que me vaya, y me oculte donde no me pueda ver más.

El semblante del señor Falkland había permanecido muy severo durante toda esta conversación; pero ahora se volvió más hosco y borrascoso.

—¡Cómo, granuja! —exclamó—. ¿Quieres dejarme ahora? ¿Quién te ha dicho que quiero prescindir de ti? ¡Claro, no puedes soportar vivir junto a un ser desdichado como yo! ¡No estás dispuesto a aguantar los caprichos de un hombre tan injusto y descontento!

—¡Oh, señor! ¡No me hable así! Haga conmigo lo que le parezca. Máteme si quiere.

—¿Matarte? —ni con libros enteros podrían describirse las emociones con que fue pronunciado y escuchado este eco de mis palabras.

—¡Señor, daría la vida por servirle! Le quiero más de lo que pueden expresar mis palabras. Le venero como a un ser de naturaleza superior. Soy estúpido, torpe e inexperto… Peor que todo eso. Pero jamás ha abrigado mi corazón un solo pensamiento desleal hacia usted.

Aquí terminó nuestra conversación, y me es imposible describir la impresión que dejó en mi joven espíritu. Pensé con sorpresa, incluso con transporte, en la atención y amabilidad hacia mí que acababa de descubrir en el señor Falkland debajo de su actitud severa. Nunca me maravillaría lo bastante de verme tan de repente —pese a lo humilde de mi nacimiento, pese a lo oscuro que hasta aquí había sido— convertido en persona tan importante para la felicidad de uno de los hombres más distinguidos y cultos de Inglaterra. Pero esta conciencia me ató a mi señor más férreamente que nunca, y me hizo jurar mil veces, al pensar en mi situación, que jamás me haría indigno de tan generoso protector.

Capítulo IV

No tiene nada de insólito el que, en medio de mi acrecentada veneración por mi patrono, y apenas apaciguado el primer tumulto de emoción, me volviera a la mente la pregunta que había suscitado mis conjeturas: «¿Es el asesino?» Era una especie de impulso fatal que parecía destinado a precipitarme en el abismo mi perdición. No me sorprendía el malestar que le producía al señor Falkland cualquier alusión, por remota que fuera, a este malhadado asunto: podía deberse tanto a su excesiva susceptibilidad a las cuestiones de honor como a que fuera culpable del crimen más atroz. Consciente como era de que dicho crimen se había relacionado con su nombre, se comprendía que estuviese constantemente inquieto, y sospechara alguna solapada indirecta en todas las ocasiones. Dudaría, temería que todo hombre con el que hablaba abrigase la más negra sospecha de él. En cuanto a mí, había descubierto que poseía más información de la que había supuesto, aunque no podía saber cuánta, y si lo que sabía era correcto o no, si se trataba de una versión imparcial, o era calumniosa. También tenía motivos para sospechar que yo pensaba de forma poco digna respecto a su honor, y que no me había formado el concepto favorable que lo acendrado de su pasión dominante hacía indispensable para su tranquilidad. Evidentemente, todas estas consideraciones le tenían en perpetua desazón. Pero, aunque no veía yo nada que justificase mi persistencia en mantener esa sombra de duda, sin embargo, como he dicho, no conseguía apartar la incertidumbre y la inquietud de mis meditaciones.

Este estado vacilante de mi espíritu provocaba un conflicto de principios contradictorios que predominaban alternativamente sobre mi propia conducta: unas veces sentía la veneración más absoluta hacia mi señor;

tenía una confianza sin reservas en su integridad y su virtud, e implícitamente renunciaba al concepto que me había formado de él y lo sustituía por el que él pretendía. Otras, empezaba a menguar la confianza que antes había fluido desbordante; me volvía curioso, suspicaz, alerta, me hacía un sinfín de conjeturas sobre el significado de multitud de acciones indiferentes. El señor Falkland, escrupulosamente sensible a cuanto tenía que ver con su honor, notaba estas fluctuaciones antes incluso de que yo me diera cuenta, a menudo casi antes de que tuvieran lugar, y unas veces lo manifestaba de una manera y otras de otra. Era una situación violenta para los dos: el uno era un tormento para el otro; y me asombraba que no acabara por agotársele el miramiento y la paciencia, y no decidiera apartar de sí a un observador tan impertinente. La verdad es que, en este estado de cosas, había una enorme diferencia entre su papel y el mío. Yo encontraba cierto solaz en mi acecho implacable. La curiosidad es una inclinación que trae consigo sus placeres lo mismo que sus sufrimientos. El espíritu se siente incitado por un estímulo perpetuo; es como si se acercase continuamente al final de su carrera; y del mismo modo que el principio de su conducta es un deseo insaciable de satisfacción, se promete a sí mismo, en esa satisfacción, una gratificación desconocida aparentemente capaz de compensar cualquier daño que sufra en la persecución de su objeto. En cambio para el señor Falkland no había consuelo ninguno. Lo que soportaba en nuestra relación parecía ser un mal gratuito. Su único deseo era que no existiera en el mundo una persona como yo, y maldecía la hora en que su compasión le había movido a rescatarme de mi oscuridad y ponerme a su servicio.

Es preciso que refiera ahora una consecuencia que me llevó a esta situación excepcional. El constante estado de vigilancia y recelo en que me hallaba hizo que me cambiara el carácter en poco tiempo. Parecía el efecto de años de observación y experiencia. La constancia con que me esforzaba en escudriñar qué pasaba en el espíritu de un hombre y la diversidad de conjeturas que me suscitaba me convirtieron, por así decir, en experto en los modos con que el entendimiento humano revela sus actividades secretas. Ya no me decía a mí mismo, como al principio: «Le preguntaré al señor Falkland si es el asesino». Al contrario, tras estudiar detenidamente las distintas pruebas que pude conseguir al respecto, y analizar lo ocurrido,

llegué a la penosa conclusión de que no era posible establecer de manera inequívoca y ciara la total inocencia de mi patrono. En cuanto a su culpabilidad, no dudaba que tarde o temprano acabaría descubriéndola de una u otra manera, si es que tenía alguna. Pero no soportaba pensar siquiera por un momento que pudiese ser cierta esta segunda alternativa; así que, pese a mi irreprimible recelo —fruto del misterio de las circunstancias—, y al placer que un espíritu joven e inexperto extrae de las ideas que dan cabida a lo que la imaginación pinta terrible o sublime, no podía decidirme a considerar la culpa del señor Falkland como una remotísima posibilidad.

Espero que el lector perdone que me extienda tanto en circunstancias preliminares. En seguida entraré en la historia de mi propia desventura. Ya he dicho que una de las razones que me inducen a escribir esto es intentar aliviar la angustia insoportable que me oprime. Encuentro un triste consuelo al desgranar los detalles que han ido empedrando de forma imperceptible el camino de mi ruina. Recordando y describiendo episodios que sucedieron en una etapa más risueña de mi vida, mi atención se desvía un poco de la negra desdicha que hoy me envuelve. Quien me envidie tan exiguo desahogo ha de tener muy duro el corazón.

Prosigamos: Durante algún tiempo, después de la explicación que tuvimos el señor Falkland y yo, su tristeza, en vez de disminuir bajo la mano balsámica del tiempo, se fue haciendo mayor. Sus accesos de locura —porque así debo llamarlos a falta de un término más claro, aunque es posible que no entren en la definición que los médicos y los tribunales de justicia dan a este término— se volvieron más violentos y duraderos. Ya no era posible ocultarlos enteramente a las personas de la casa, ni siquiera a la vecindad. A veces se ausentaba dos o tres días sin advertir a nadie. Esto era de lo más singular; porque sabíamos bien que no hacía visitas ni mantenía trato alguno con los caballeros del contorno. Pero era imposible que un hombre de la distinción y fortuna del señor Falkland siguiera mucho tiempo con estas prácticas sin que se supiese adónde iba, a pesar de que gran parte de nuestro condado constituye uno de los distritos más desolados y agrestes del sur de Inglaterra. Y unas veces le descubrían escalando por la rocas, y otras reclinado, inmóvil durante horas, en el borde de un precipicio, o sumido en una especie de enigmático letargo de desesperación junto a un

torrente impetuoso. Permanecía noches enteras bajo la bóveda desnuda del cielo, ajeno al lugar y a la hora, indiferente al tiempo que hiciera, o más bien complacido ante el fragor de los elementos que le apartaban la atención de la discordia y abatimiento que dominaban su espíritu.

Al principio, cuando averiguábamos adónde se había retirado, uno de nosotros, el señor Collins o yo, pero más frecuentemente yo porque siempre me hallaba en casa y sobrante, en el sentido que se da a este término, iba en su busca para convencerle de que regresara. Pero después de intentarlo repetidamente, juzgamos más prudente desistir, y dejar que alargase o pusiese fin a su ausencia a su antojo. El señor Collins, cuyos cabellos grises y largos servicios parecían darle una especie de derecho a importunarle, lo conseguía a veces; aunque incluso en ese caso no había nada que molestase más al señor Falkland que tal sugerencia, porque era como si necesitase un guardián que cuidase de él, o como si corriese peligro de caer en un estado en el que fuera incapaz de controlar sus propias palabras y acciones. Unas veces obedecía lúgubremente a su humilde y venerable amigo, refunfuñando lastimeramente sobre la coacción de que era objeto, aunque sin ánimo suficiente para rebelarse con energía. Otras, aunque obediente, estallaba en un paroxismo de malhumor; en tales momentos había algo indeciblemente, salvajemente terrible en su ira que despertaba en la persona contra la que iba dirigida los sentimientos más humillantes e insoportables. En momentos así, a mí me trataba siempre con ferocidad, y me echaba de su presencia con una altivez y una vehemencia como no imaginaba que fuera capaz ningún ser humano. Estos accesos parecían una especie de crisis de carácter; y siempre que tenía una recaída de este género se hundía después en una profunda apatía que generalmente le duraba dos o tres días. Y por una obstinada fatalidad, cada vez que veía al señor Falkland en esta penosa situación, y en especial cuando le descubría —después de buscarlo por las rocas y los precipicios— solo, pálido, macilento y ojeroso, pese a todo convencimiento, pese a toda evidencia, me volvía la misma idea: «¡Sin duda este hombre es el asesino!»

Capítulo V

En uno de los intervalos de lucidez —si los puedo llamar así— que tuvo durante ese periodo, hicieron comparecer ante él, por su calidad de juez de paz, a un campesino acusado de haber matado a un compañero. Dado que por entonces se había propagado que el señor Falkland se hallaba aquejado de melancolía, es probable que no hubieran acudido a él para que ejerciese sus funciones de autoridad oficial, de no haber coincidido que estaban ausentes dos o tres jueces de la vecindad, de modo que era el único que había disponible en muchas millas a la redonda. No imagine el lector, sin embargo —aunque haya empleado yo el término insania para describir sus síntomas—, que creyesen loco al señor Falkland los que venían a verle ocasionalmente. Es cierto que había momentos en que su conducta era extravagante e inexplicable; pero otras veces emanaba de él tal dignidad y sobriedad, y sabía tan bien mandar y hacerse respetar, y su ademán y sus actos eran tan ponderados y benévolos, que lejos de enajenarse la estima del infortunado o de los demás, se deshacían en encendidos elogios.

Yo estuve presente en el interrogatorio de este campesino. En cuanto me enteré del asunto que traía a esta multitud de visitantes se me ocurrió súbitamente una idea; la posibilidad de adscribirlo a la magna encuesta que absorbía todas las corrientes de mi alma. Me dije; «Este hombre comparece acusado de homicidio, y el homicidio es el resorte que desata la destemplanza del señor Falkland. Le observaré implacable. Rastrearé los laberintos de su cerebro. Seguramente esta vez delatará su secreta angustia. Seguramente, si estoy atento, podré descubrir el peso de su alegato ante el tribunal infalible por excelencia».

Me aposté en el sitio más favorable para llevar a cabo lo que me interesaba. Al entrar el señor Falkland, noté en su semblante una manifiesta

aversión al asunto que debía atender; aunque no podía negarse. Su expresión era de ansiedad y embarazo; apenas se daba cuenta de la presencia de los demás. No había avanzado mucho el interrogatorio, cuando desvió casualmente la mirada hacia donde estaba yo. Sucedió como en muchas ocasiones: intercambiamos una mirada muda que nos dijo miles de cosas a los dos. El señor Falkland mudó de color: de rojo a pálido y de pálido a rojo. Comprendí cuáles eran sus sentimientos, y hubiera querido retirarme. Pero no fui capaz: mi pasión me tenía atenazado; me sentía clavado en mi asiento; aunque hubiese estado en juego mi vida, la de mi señor, la de una nación entera, habría sido incapaz de moverme.

Pasada la primera sorpresa, no obstante, el señor Falkland adoptó una expresión de Firmeza, e incluso pareció adquirir mucho más dominio de sí del que habría podido esperarse al verle entrar. Y sin duda lo habría conservado, de no ser porque la escena, en vez de seguir idéntica, cambiaba a cada momento. El hermano de la víctima acusó vehementemente al hombre que habían traído de haber obrado con toda alevosía; juró que existía una antigua animadversión entre ambas partes, y contó varios ejemplos. Afirmó que el acusado había aprovechado la primera ocasión para tomarse venganza; había sido el primero en empezar, y aunque se trataba de un combate meramente boxístico al parecer, había esperado la coyuntura para descargar el golpe fatal que causó la muerte instantánea de su adversario.

Mientras el acusador exponía los cargos, el acusado revelaba la más conmovedora sensibilidad. En determinado momento se le contrajo el rostro de angustia y las lágrimas resbalaron por sus mejillas varoniles; en otro, se sobresaltó, asombrado ante el cariz desfavorable que adquiría la exposición de los hechos, aunque sin dar ninguna muestra de querer interrumpirla. En mi vida he visto un hombre de aspecto menos feroz: era alto, bien formado y atractivo. Tenía un rostro ingenuo y benévolo, sin sombra de estupidez. A su lado estaba una joven, su novia, de figura sumamente agradable, y cuya expresión denotaba lo angustiada que estaba por el destino de su amado. Los espectadores accidentales se hallaban divididos entre la indignación por la enormidad del supuesto criminal y la compasión por la pobre muchacha que le acompañaba. No parecieron hacer

mucho caso de las cualidades favorables visibles en la persona del acusado, hasta que se pusieron de manifiesto más adelante. En cuanto al señor Falkland, unas veces su curiosidad y seriedad le movían a indagar en la historia, y otras delataba una especie de repugnancia que le hacía la investigación dolorosamente insoportable.

Cuando se pidió al acusado que hiciese su defensa, éste reconoció que la desavenencia había existido, y que el fallecido era el peor enemigo que había tenido en el mundo. En realidad, había sido su único enemigo, aunque ignoraba el motivo. Había hecho todos los esfuerzos imaginables para vencer su animosidad, pero había sido inútil. El difunto había aprovechado toda ocasión para humillarle y hacerle el mayor daño posible; pero él había decidido no pelearse, cosa que había conseguido hasta ese día. De haber tenido un encuentro desafortunado con cualquier otro hombre, la gente lo habría juzgado un accidente todo lo más; pero ahora siempre creerían que había actuado con secreta malevolencia y rencor.

Lo que había pasado era que él y su novia habían acudido a una feria vecina, donde habían topado con el sujeto en cuestión. Éste había intentado afrentarle muchas veces, y su pasividad —interpretada quizá como cobardía — le había alentado a seguir con sus groserías. Viendo que hasta aquí había aguantado las ofensas con ecuanimidad, el fallecido juzgó conveniente volver su brutalidad contra la joven que le acompañaba. Les siguió; intentó molestarles y atormentarles de diversas maneras; ellos trataron en vano de librarse de él. La muchacha estaba muy asustada. El acusado reconvino a su perseguidor, y le preguntó cómo podía ser tan bárbaro de persistir en asustar a una mujer. El otro replicó en tono insultante que la muchacha debía buscarse a alguien que la protegiera; ¡que los que confiaban en un ladrón como él no merecían otra cosa! El acusado apeló a todos los recursos que se le ocurrieron. Al final no pudo aguantar más; perdió la paciencia, y desafió al agresor; éste aceptó el desafío. Se formó un cuadrilátero; confió el cuidado de su novia a un espectador; y desgraciadamente, el primer golpe resultó fatal.

El acusado añadió que no le importaba lo que le pasara. Había estado deseoso de vivir de una manera pacífica, y ahora había caído sobre él un delito de sangre. No pensaba sino que sería un gesto de humanidad por

parte de ellos mandarle a la horca; porque su conciencia le reprocharía esa acción mientras viviese, y la imagen del muerto inmóvil a sus pies le perseguiría eternamente: pensar en este hombre antes lleno de vida y vigor, y al momento siguiente levantarlo del suelo convertido en cadáver, y ser el instrumento, era demasiado espantoso. Amaba con toda el alma a la pobre muchacha que había sido causa inocente de esta desgracia, pero a partir de ahora no soportaría verla. Su visión estaría acompañada de una legión de pesadillas. Un minuto desafortunado había arruinado todas sus esperanzas, y había convertido su vida en una carga. Dicho esto bajó la cabeza, le temblaron de angustia los músculos del rostro, y pareció la estatua de la desesperación.

Éste era el caso del que pedían al señor Falkland que fuera oidor. Aunque las circunstancias estaban en su mayoría lejos de parecerse a las aventuras del volumen anterior, y una y otra parte habían exhibido mucha menos sagacidad y habilidad en este rústico encuentro, sin embargo había puntos que para un hombre que tenía lo anterior profundamente grabado en la memoria guardaban suficiente afinidad. En uno y otro caso, un bruto humano había persistido en un comportamiento hostil hacia un hombre de temperamento pacífico, que de manera repentina y terrible había visto truncada su carrera. Estos detalles atormentaban continuamente al señor Falkland. Y unas veces se estremecía de asombro, y otras cambiaba de postura como el que no puede seguir soportando los sentimientos que le asaltan. A continuación impuso a sus nervios una obstinada impasibilidad. Pude ver que, aunque los músculos de su cara mantenían una firmeza inflexible, le resbalaban lágrimas de angustia por las mejillas. No se atrevía a dejar que sus ojos mirasen hacia donde yo me encontraba; lo que daba un aire de confusión a toda su figura. Pero cuando el acusado empezó a hablar de sus propios sentimientos, y a describir la hondura de su compunción por este accidente involuntario, no pudo resistir más. Se levantó de repente, y salió precipitadamente de la estancia con todas las muestras de horror y desesperación.

Este incidente no afectó de manera importante a la situación del acusado. La audiencia estuvo interrumpida como una media hora. El señor Falkland había oído ya las alegaciones de ambas partes. Tras dicho intervalo,

mandó llamar al señor Collins, que aún se encontraba en la estancia. Las explicaciones del culpable fueron confirmadas por muchos testigos que habían presenciado la escena. Mi señor mandó informar que se sentía indispuesto, y que el acusado quedaba absuelto. Sin embargo, el deseo de venganza del hermano de la víctima, como supe más tarde, no paró ahí: fue a ver a un magistrado más escrupuloso, o más despótico, que mandó al culpable a la cárcel.

No bien concluyó la audiencia, corrí al jardín y me interné por lo más frondoso. Me parecía que iba a estallarme a cabeza. En cuanto consideré que estaba lejos de toda mirada, los pensamientos me acudieron espontáneamente a la boca, y exclamé con entusiasmo irreprimible:

—¡Es el asesino! ¡Los Hawkins eran inocentes! ¡Ahora estoy seguro! ¡Apostaría mi vida! ¡Está claro! ¡Se ha descubierto! ¡Por mi vida que es culpable!

Mientras caminaba deprisa, de este modo, por el sendero más secreto del jardín, dando rienda suelta de vez en cuando con exclamaciones involuntarias al tumulto de mis pensamientos, notaba que mi organismo animal experimentaba una revolución. La sangre me hervía por dentro. Sentía una especie de transporte que no acababa de explicarme. Estaba serio, aunque lleno de una súbita emoción: ardía de indignación y energía. En medio de una tempestad y huracán de pasiones, me parecía que gozaba de una calma embriagadora. No puedo describir de otro modo mi estado de ánimo en aquel momento que diciendo que jamás me he sentido tan completamente vivo como en dicha ocasión.

Este estado de exaltación mental me duró varias horas. Finalmente se me disipó, dando paso a reflexiones más sosegadas. Una de las primeras preguntas que entonces se me ocurrieron fue: ¿Qué uso voy a hacer de este conocimiento que tan ansioso estaba de conseguir? No tenía el más mínimo deseo de convertirme en delator. Me daba cuenta —cosa que antes jamás se me hubiera ocurrido— de que era posible querer a un asesino; incluso, según pensé entonces, al peor de los asesinos. Me parecía que era absurdo e inicuo en sumo grado truncar la vida de un hombre capacitado para dispensar la más necesaria y extensa utilidad sacando a la luz una acción que, mereciera lo que mereciese, no tenía remedio.

Esta reflexión me llevó a otra que ya me había pasado antes por la cabeza sin prestarle demasiada atención: de haber estado dispuesto a delatarle, lo sucedido no constituía ninguna prueba admisible para un tribunal de justicia. Y si no es admisible para un tribunal, añadí, ¿estoy seguro de que puedo admitirla yo? Había veinte personas presentes, además de mí, en la escena de la que pretendía extraer tan completa condena. Ninguno lo había visto como yo: o bien les había parecido un detalle casual y sin importancia, o bien juzgaban que la postración y las desgracias del propio señor Falkland eran explicación suficiente. ¿Era de veras un argumento tan probatorio cuando nadie más que yo era lo bastante perspicaz para verlo?

Pero todos estos razonamientos no alteraron un ápice mi opinión. Porque esta vez no se me iba de la cabeza: «¡El señor Falkland es culpable! ¡Es el asesino! ¡Estoy seguro!» Y así fue como me arrastró un destino irresistible. El curso progresivo de mis pasiones, la curiosidad e impaciencia de mi mente, hicieron inevitable esta fatalidad.

Ocurrió un detalle mientras estaba en el jardín que me fue indiferente en su momento, pero que recordé al apaciguarse el curso de mis pensamientos. En mitad de uno de mis arrebatos, y cuando me creía completamente solo, pasó fugaz la sombra de un hombre a poca distancia, como evitándome. Aunque casi no me dio tiempo a verle, algo me decía que se trataba del señor Falkland. Me estremecí ante la posibilidad de que hubiera oído mi soliloquio. Pero esta idea, aunque alarmante, no consiguió frenar mis reflexiones. No obstante, ciertos hechos posteriores hicieron que me volviera a dominar el temor: cuando se hizo hora de comer y no apareció el señor Falkland, no me cupo ya ninguna duda. Y lo mismo ocurrió a la hora de cenar, y de acostarse. Lo único que pensaron sus criados era que había emprendido uno de sus melancólicos vagabundeos.

Capítulo VI

El periodo al que llega ahora mi relato coincide con la etapa crítica de la fortuna del señor Falkland. Los incidentes se sucedían uno tras otro en una especie de cadena precipitada: a la mañana siguiente, hacia las nueve, se dio la alarma de que una de las chimeneas de la casa se había prendido fuego. El accidente no podía ser más trivial; pero al poco rato ardía con tal fuerza que era evidente que las llamas habían alcanzado alguna viga incorrectamente colocada al construirse la casa. El edificio entero corría peligro. La confusión aumentó al comprobarse que el señor Falkland estaba ausente, y también el señor Collins, el administrador. Mientras algunos criados se afanaban en apagar las llamas, otros juzgaron prudente sacar al jardín los muebles más valiosos. Asumí la dirección de todas estas labores, dado que me consideraba con discernimiento y sentido común para ello, y mi posición en la casa parecía darme ese derecho.

Tras dar algunas instrucciones generales, pensé que no debía limitarme a supervisar, sino a colaborar también en la tarea común. Me puse manos a la obra; y por alguna misteriosa fatalidad, me dirigí al gabinete privado del fondo de la biblioteca. Aquí, al mirar a mi alrededor, mis ojos descubrieron de repente el baúl al que me he referido en la primera parte de esta historia.

Yo tenía ya el alma completamente tensa. En el asiento de la ventana había formones y otras herramientas de carpintero. De repente, no sé qué ofuscamiento se apoderó de mí. La idea fue demasiado irresistible. Olvidé a qué había ido, así como la tribulación de los criados y la inminencia del peligro. Habría hecho lo mismo aunque las llamas que parecían aumentar y coronar ya la casa hubieran alcanzado ese aposento. Agarré una herramienta, me agaché, y la apalanqué frenéticamente en el depósito que guardaba cuanto ansiaba mi corazón. Tras dos o tres tirones, en los que a la

energía de una pasión irreprimible se sumó toda mi fuerza corporal, cedieron las cerraduras, se abrió el baúl, y al punto tuve a mi alcance lo que buscaba.

¡Estaba levantando la tapa, cuando entró el señor Falkland frenético, jadeante, con la expresión desencajada! La visión de las llamas le había hecho regresar desde una distancia considerable. Al verle, se me resbaló la tapa de la mano. Sus ojos centellearon de furor al descubrirme. Corrió ansioso a un par de pistolas cargadas que colgaban en la pared, cogió una, y me apuntó a la cabeza. Vi su propósito, y salté para evitarlo. Pero con la misma rapidez con que había hecho esto cambió de idea; fue a la ventana y arrojó la pistola al patio de abajo. Me mandó salir con su irresistible energía habitual; y dominado como me sentía ya por el terror de haber sido descubierto, me apresuré a obedecer.

Momentos después se derrumbó con estruendo gran parte de la chimenea, y una voz gritó que el fuego era ahora más violento. Esta circunstancia tuvo un efecto maquinal en mi señor, quien, después de cerrar el aposento, salió de la casa, subió al tejado, y acudió a donde se requería su presencia. Finalmente, quedaron apagadas las llamas.

No es fácil que el lector se haga idea del estado en que me sentí yo ahora. Mi acción había sido en cierto modo una locura; pero qué indescriptibles son las emociones con que pensé en lo que había hecho. Había sido un impulso momentáneo, una breve enajenación; pero ¿qué pensaría el señor Falkland de esta enajenación? Una persona que se había revelado capaz de semejante atrevimiento debía parecer peligrosa a cualquiera; ¿qué le parecería a un hombre en la situación del señor Falkland? Acababa de apuntarme a la cabeza con una pistola un hombre dispuesto a poner fin a mi vida. Es verdad que ese instante había sido fugaz; pero ¿qué me tenía reservado el destino todavía? La venganza insaciable de un Falkland, de un hombre que, según pensaba yo, tenía las manos rojas de sangre y la mente familiarizada con la crueldad y el asesinato. ¡Qué grandes eran los recursos de su espíritu, recursos que en adelante se iban a coligar para destruirme! Éste fue el fin de una curiosidad exacerbada, ¡de un impulso que yo me había figurado inocente y venial!

Llevado de una pasión incontenible, había hecho caso omiso de las

consecuencias. Ahora todo me parecía un sueño. ¿Está en el hombre precipitarse al abismo o arrojarse indiferente a las llamas? ¿Es posible que hubiera olvidado por un momento el ceño temible de Falkland y la cólera implacable que yo despertaba en su alma? No se me había ocurrido pensar en mi seguridad futura. Había obrado sin ningún plan. No había ideado ningún medio de ocultar la acción una vez cometida. Pero ahora ya era tarde. Un breve minuto había bastado para que mi situación sufriera un cambio tan repentino como no haya habido otro en toda la historia del hombre.

Jamás he podido explicarme por qué me lancé de cabeza a una acción tan monstruosa. Hay aquí algo de afinidad misteriosa e involuntaria. Un sentimiento conduce necesariamente a otro de la misma naturaleza. Eso fue lo que ocurrió al principio, al ver el peligro del incendio. Todo era confusión a mi alrededor, y se convirtió en huracán dentro de mí. Inexperto, me pareció que la situación era desesperada, y se me contagió la desesperación. Había estado relativamente tranquilo y sereno, aunque a costa también de un esfuerzo desesperado; y cuando se me fue, vino a sustituirlo una especie de insania repentina.

Ahora tenía miedo de todo. Sin embargo, ¿cuál era mi culpa? No procedía de ninguno de los errores que se atribuyen justamente a los desvíos de la humanidad; mi meta no había sido ni la riqueza, ni la consecución de placeres, ni la usurpación del poder. Mi alma no había albergado una sola partícula de malevolencia. Siempre había venerado el espíritu sublime del señor Falkland, y lo seguía venerando. Mi falta había sido sólo una equivocada sed de saber. Sin embargo, no admitía ni perdón ni reparación. Éste fue el punto de inflexión de mi destino, que dividía lo que podríamos llamar la parte ofensiva de la defensiva, que ha sido mi única empresa en todos estos años. ¡Ay!, mi delito fue breve, y no lo agravaba ninguna siniestra intención; en cambio la represalia que iba a sufrir es larga, ¡y sólo acabará cuando acabe mi vida!

En el estado en que me sentía al cobrar conciencia de lo que había hecho era incapaz de decidir nada. Todo era confusión e incertidumbre dentro de mí. Mis pensamientos estaban demasiado teñidos de horror para actuar. Notaba que me habían abandonado mis facultades intelectuales, que tenía

el cerebro paralizado, y tenía que permanecer sentado en muda expectación de la desdicha a la que estaba destinado. Yo era a mis propios ojos como el hombre que, fulminado por el rayo y privado para siempre de toda capacidad de movimiento, conserva la conciencia de su estado. Lo único que había dentro de mí era una mortal desesperación.

Aún estaba así, cuando me mandó llamar el señor Falkland. Su mensaje me sacó de este trance. Al recobrarme experimenté esa sensación penosa y desagradable que dicen que sufre el que regresa del sueño de la muerte. Poco a poco, recuperé la capacidad de ordenar mis ideas y orientar mis pasos. Sabía que al terminar el asunto del fuego el señor Falkland se había retirado a su aposento. Era de noche cuando me mandó llamar.

Observé en él todos los síntomas de una extrema aflicción, aunque dulcificada por una expresión de triste y solemne serenidad. Ahora le había desaparecido el ademán altivo y severo. Al entrar yo alzó los ojos, y me ordenó que cerrase la puerta y pasara el cerrojo. Obedecí. Dio una vuelta por la estancia e inspeccionó las otras entradas. A continuación volvió a donde estaba yo. A mí me temblaban todas las articulaciones. Exclamé en mi interior: «¿Qué escena terrible irá a representar Roscio ahora?»

—Williams —dijo en tono más de pesar que de rencor—. ¡He atentado contra tu vida! ¡Soy un desdichado especialista en el desprecio y la execración de la humanidad! —aquí calló.

—Señor, si hay un ser en el mundo que percibe cuándo se hace más objeto de desprecio y execración a un desdichado que a otro, ése soy yo. He vivido en un estado de perpetua tortura y locura. Pero puedo poner fin a esto, y a sus consecuencias. Y al menos en relación a usted, estoy decidido a hacerlo. Sé cuál es el precio *y… y* estoy dispuesto a pagarlo.

—Tienes que jurarlo —dijo—. Pondrás por testigo a todos los sacramentos divinos y humanos, de que no revelarás jamás lo que voy a confiarte.

Me dictó el juramento, y lo repetí con el corazón encogido. No tuve fuerzas para poner ninguna objeción.

—Esta confidencia es por deseo tuyo —dijo—, no mío. A mí me es odiosa, pero para ti te será peligrosa.

Tras este preámbulo, guardó silencio. Pareció hacer acopio de valor para

acometer un esfuerzo tremendo. Se enjugó la cara con un pañuelo. No parecía que fueran lágrimas la humedad que le molestada, sino gotas de sudor.

—Mírame. Obsérvame bien. ¿No es asombroso que una persona como yo conserve rasgos de ser humano? Soy el más ruin de los malvados. Soy yo quien dio muerte a Tyrrel. Y soy el asesino de los Hawkins.

Me estremecí de terror, aunque permanecí mudo.

—¡Qué historia la mía! Insultado, injuriado, denigrado ante aquel número de personas, me sentía capaz de cualquier acción desesperada. Así que busqué la ocasión, seguí al señor Tyrrel, cogí un cuchillo de afilada punta que había visto en mi camino, y le atravesé el corazón. El gigantesco tirano rodó a mis pies. Todo son eslabones de una misma cadena: ¡El golpe! ¡El asesinato! Mi siguiente tarea debía ser defenderme, contar una falsedad bien urdida, de forma que toda la humanidad la creyese cierta. ¡Jamás ha habido una empresa más angustiosa e insoportable!

»Bueno, ahí me favoreció la fortuna. Me favoreció más de lo que yo mismo deseaba: me libró de la acusación arrojándola sobre otro; aunque esto era duro de soportar. No sé cómo se volvió contra él la prueba circunstancial: el cuchillo roto y la sangre. Supongo que por una milagrosa coincidencia, pasó por allí Hawkins y trató de auxiliar a su tirano en la agonía. Ya conoces su historia: has leído una de sus cartas. Aunque no sabes ni la milésima parte de las pruebas de su sencilla e inalterable rectitud. Con él murió su hijo, el hijo por cuya felicidad y virtud se arruinó, y por el que habría dado la vida cien veces. He tenido remordimientos, pero soy incapaz de describirlos.

»¡Esto es ser un caballero! ¡Un hombre de honor! La fama es la locura para mí. La virtud, la honradez, la paz de mi espíritu, son bienes que no me ha importado inmolar ante el altar de esa divinidad. Pero lo peor es que nada de cuanto ha ocurrido ha contribuido en manera alguna a curarme. Sigo tan loco por la fama como siempre. Y continuaré aferrado a ella hasta mi último aliento. Aunque me sienta el más ruin de los malvados, estoy dispuesto a dejar tras de mí un nombre limpio y sin mancha. No hay crimen tan horrendo ni situación tan espantosa que me hagan perder de vista esa meta. No importa que de lejos mire todo eso con aversión: es así: ponme a

prueba, y sucumbiré. Me desprecio a mí mismo, pero no puedo enmendarme; las cosas han llegado demasiado lejos para rectificar.

»¿Qué me empuja a hacerte esta confidencia? El amor a la fama. Me estremece la visión de una pistola u otro instrumento de muerte en mis manos; y tal vez mi próximo crimen no sea tan afortunado como los ya cometidos. No tengo más alternativa que hacerte mi confidente, o mi víctima. Es preferible confiarte toda la verdad bajo secreto, a vivir con el temor perpetuo de que lo descubras o cometas alguna indiscreción.

»¿Te das cuenta de lo que has hecho? Para satisfacer una estúpida curiosidad, te has vendido a ti mismo. Seguirás a mi servicio, pero jamás contarás con mi afecto. Te compensaré económicamente, pero te odiaré eternamente. Si alguna vez se te escapase una indiscreción, si alguna vez despertases mi recelo o mi sospecha, ten la seguridad de que lo pagarás con la muerte o algo peor. Es una cara transacción la que acabas de hacer. Pero es demasiado tarde para echarte atrás. ¡Te exhorto y conmino, por todo lo más sagrado y tremendo, a que seas fiel a tu juramento!

»Mi lengua ha hablado por primera vez, desde hace años, el lenguaje de mi corazón; a partir de este instante callará para siempre. No necesito compasión. No necesito consuelo. Rodeado de horrores como estoy, conservaré al menos mi entereza hasta el final. Si me está reservado un destino diferente, tengo cualidades dignas de mejor fin. Puede que sea un loco o un miserable, pero incluso en medio del frenesí soy capaz de conservar mi presencia de ánimo y mi discreción».

Ésa era la historia que tan ansioso había estado por conocer. Aunque hacía meses que el asunto me daba vueltas en la cabeza, no había una sola palabra en ella que no escuchara yo como la más completa novedad. «¡El señor Falkland es un asesino!», exclamé en mi interior cuando me retiraba de la entrevista. El epíteto me heló la sangre. Había matado al señor Tyrrel porque no había podido dominar su rencor y su ira; había sacrificado a Hawkins padre y a Hawkins hijo porque no podía soportar la pérdida pública del honor: ¿cómo iba a esperar que un hombre tan apasionado e implacable no me convirtiera tarde o temprano en su víctima?

Pero pese a esta terrible enseñanza de la historia —enseñanza a la que,

de una u otra manera, la humanidad deba quizá las nueve décimas partes de su aborrecimiento del vicio— no podía evitar a veces pensar lo contrario. »¡El señor Falkland es un asesino! —proseguí—. Sin embargo, aunque él mismo piense así, puede ser un hombre excelente. ¿Es entonces el considerarnos nosotros mismos depravados lo que principalmente nos hace depravados?

En medio de la impresión recibida con la revelación de lo que nunca me había permitido creer de manera definitiva, que mis sospechas eran ciertas, aún descubrí un nuevo motivo para admirar a mi señor. Sus amenazas eran efectivamente terribles. Pero cuando pensaba en el agravio que le había hecho, tan contrario a los principios que la sociedad civilizada me había inculcado, tan insolente y grosero, y tan intolerable para un hombre de la calidad del señor Falkland y en su delicada situación, me asombraba ante su paciencia. Tenía sobrados motivos para tomar medidas extremas respecto a mí. Sin embargo, ¡qué distintas eran la serenidad de su actitud y la contenida amabilidad de su tono de lo que yo había temido! Esto me hizo imaginar durante un breve tiempo que me había librado de los males que me habían aterrado, y que tratándose de un hombre de la liberalidad del señor Falkland, no tenía nada riguroso que temer.

»Es una perspectiva miserable —me dije— la que él concibe para mí. Imagina que carezco de principios, que soy sordo a las protestas de excelencia personal. Pero ya descubrirá que se equivoca. Jamás seré un delator. Jamás le causaré el menor perjuicio, y por tanto no será mi enemigo. Con todos sus defectos y errores, siento que mi alma desea fervientemente su bien. Si ha caído en el crimen, ha sido a causa de las circunstancias; las mismas cualidades en otras circunstancias habrían sido —o más bien eran— excepcionalmente benefactoras.

Mi juicio era desde luego infinitamente más indulgente con el señor Falkland que el que los seres humanos suelen hacerse sobre quienes ellos llaman grandes criminales. Lo cual no tiene nada de extraño si se considera que yo mismo había saltado los límites establecidos del deber, y por tanto podía muy bien sentir simpatía hacia otros transgresores. Además, había visto al señor Falkland desde el principio como una divinidad benefactora. Le había estudiado con un detenimiento y una minuciosidad que no podían

engañarme en cuanto a las excelentes cualidades de su corazón, y le tenía por el espíritu más fértil y refinado de cuantos había conocido.

Pero, aunque me habían disminuido considerablemente los terrores que me asaltaban al principio, mi situación seguía siendo bastante penosa. Había perdido para siempre la alegría y la despreocupación de mi juventud. Una voz perentoria había sentenciado: «No volverás a conciliar el sueño nunca más». Un secreto del que jamás podría descargarme me atormentaba, y la conciencia de esto era a mi edad fuente de perpetua melancolía. Yo mismo me había constituido en prisionero, en el sentido más insoportable del término, para muchos años; quizá para el resto de mi vida. Aunque seguiría usando invariablemente de la prudencia y la discreción, no se me iba del pensamiento que tenía un veedor, un vigilante consciente de su culpa, lleno de rencor por los medios injustificables con que le había sacado su confesión, y cuyo más ligero capricho podía decidir en cualquier instante sobre cuanto fuera querido para mí. La misma vigilancia de un despotismo público y sistemático resulta pálida comparada con la motivada por las pasiones más ansiosas del alma. Yo no sabía qué refugio idear frente a esta especie de persecución. No me atrevía ni a huir de la observación del señor Falkland, ni a seguir expuesto a su mirada. Es verdad que al principio me sentí tranquilizado en el borde mismo del precipicio, por así decir. Pero no tardé en empezar a descubrir mil detalles que me recordaban a cada momento mi situación. A continuación paso a contar los más dignos de reseñar.

Capítulo VII

No mucho tiempo después de que el señor Falkland me hiciese esa revelación, llegó el señor Forester, su hermano mayor por parte de madre, a pasar unos días entre nosotros. Esta novedad era particularmente inconveniente para los hábitos e inclinaciones de mi señor. Como ya he dicho, había cortado todo trato con sus vecinos. Había renunciado a toda clase de distracción y relajamiento. Se retraía de la sociedad de sus iguales, y nunca se creía suficientemente recluido en la oscuridad y el aislamiento. Para un hombre de su firmeza, no era difícil llevar a efecto este propósito en la mayoría de los casos. Pero el señor Falkland no sabía cómo evitar la visita del señor Forester. Acababa de regresar éste de una estancia de varios años en el Continente, y pidió aposento en casa de su hermanastro hasta que la suya —a treinta millas de la del señor Falkland— estuviese preparada para acogerle, con una confianza que no admitía negativa. El señor Falkland sólo alegó que su estado de salud y de ánimo eran tal que temía que le resultara poco grata la estancia en su casa; y el señor Forester imaginó que ese reparo aumentaría en la medida en que fuera tolerado, y confió en que su presencia, al obligar al señor Falkland a abandonar su reclusión, fuera un medio eficaz de ayudarle. El señor Falkland no puso más inconvenientes. Le habría pesado que le hubiesen juzgado poco amable con un pariente por el que sentía especial estima; y la conciencia de que no se atrevía a manifestar la verdadera razón le hizo abstenerse de insistir en su objeción.

El señor Forester era en muchos sentidos el reverso de mi señor. Su mismo aspecto denotaba la singularidad de su carácter. Su figura era baja y angulosa. Tenía los ojos hundidos en el cráneo, sobre los que avanzaban unas cejas negras, espesas e hirsutas. Su color era atezado y sus facciones duras. Había visto mucho mundo; aunque a juzgar por su apariencia y sus

modales, habría podido pensarse que en su vida se había apartado de la chimenea.

Era de genio agrio, severo, quisquilloso. Se ofendía con facilidad por insignificancias que las personas con quienes estaba no habrían podido sospechar siquiera. Y cuando se ofendía, su reacción habitual era de lo más desabrida. No pensaba más que en enderezar al culpable, y humillarle por su yerro; y, ansioso por hacerlo, ignoraba la sensibilidad de la víctima y el sufrimiento que le infligía. A este respecto, consideraba la simple amonestación fruto de una cobardía que había que desterrar de manera clara y tajante, y que no había que prodigar el miramiento con equivocada generosidad. Como es habitual en el ser humano, se había forjado un sistema de opiniones acorde con su forma de sentir. Sostenía que debemos disimular y ocultar nuestra buena disposición hacia una persona, llevarla a la práctica cuando merezca la pena, pero sin manifestarla, no sea que aquél a quien la dirigimos se aproveche de forma indebida.

Debajo de esta dureza exterior, el señor Forester tenía un corazón cálido y generoso. Al principio, su actitud producía rechazo, y todos tendían a atribuirle mal genio. Pero a medida que se le trataba, se le iba aceptando; entonces se consideraba su aspereza un mero hábito; y quienes le conocían a fondo veían que predominaba en él una gran sensibilidad y una decidida benevolencia. Su conversación, cuando dejaba a un lado sus comentarios agrios, bruscos y acerados, se volvía fluida y enormemente interesante. Combinaba una fuerza de expresión y una sequedad de humor que revelaba al punto la viveza de sus observaciones y el vigor de su entendimiento.

No quedaron guardadas en la reserva las peculiares cualidades de este hombre en el ambiente en el que ahora estaba. Dado su natural amable, en seguida se interesó por el abatimiento de su hermanastro. Hacía lo que podía para sacarle de ese estado; pero sus esfuerzos eran penosos y torpes. Dada la inteligencia y el espíritu sensible del señor Falkland, el señor Forester no se atrevía a dar rienda suelta a su genio. Pero aunque cuidaba de no mostrarse rudo, era incapaz de utilizar la elocuencia afable y fluida del alma que quizá hubiera hecho que el señor Falkland olvidara su angustia siquiera momentáneamente. Exhortaba a su anfitrión a que levantase el ánimo y desafiase al demonio inmundo; pero sus exhortaciones no

encontraban ninguna fibra propicia en el alma de mi patrono. Carecía de habilidad para comunicar convicción a un entendimiento tan arraigado en el error. Al final, después de mil corteses intentos para con su anfitrión, retiró fuerzas refunfuñando, más descontento con su propia impotencia que irritado por la terquedad del señor Falkland. No disminuyó por eso su afecto hacia él, y le entristeció sinceramente descubrir qué poco capaz era de ayudarle. Uno y otro hacían justicia en este caso a los méritos del otro, a la vez que la disparidad de temperamentos era tal que hacía imposible que el invitado fuese un compañero peligroso para el dueño de la casa. Apenas había coincidencia entre los dos: el señor Forester era incapaz de crear en el señor Falkland ese grado de malestar o de satisfacción que puede trastornar el alma y arrebatarle por un momento la tranquilidad y dominio de sí.

Pese a todas las apariencias, nuestro visitante era un hombre de carácter particularmente sociable y, cuando no le interrumpían o contradecían, bastante locuaz. En esta ocasión empezó a sentirse incómodo. El señor Falkland vivía entregado a la soledad y a la meditación. Con la llegada de su hermanastro procuró mostrarse sociable, si bien hacía de vez en cuando alguna escapada. Pero una vez que se hubieron visto cierto número de veces, y quedó suficientemente claro que la presencia del uno era más un fastidio que un placer para el otro, acordaron una especie de pacto tácito por el que cada cual era libre de hacer lo que le apeteciera. El señor Falkland fue en cierto modo el que salió ganando. Volvió a sus antiguos hábitos, y empezó a comportarse casi como si el señor Forester no existiera. Éste, en cambio, estaba completamente perplejo. Tenía todos los inconvenientes del retiro, sin libertad para tener sus propios esparcimientos o invitar a sus propios amigos, como habría podido hacer en su casa.

En esta situación, se fijó en mí. Tenía por principio hacer lo que juzgaba correcto sin importarle los convencionalismos del mundo. No veía motivo por el que un campesino, disponiendo de cultura y ocasión, no pudiera ser un compañero tan adecuado como un lord; al mismo tiempo, estaba profundamente convencido de la respetabilidad de las viejas instituciones. Reducido como estaba a una especie de último recurso, me encontró más apto para su propósito que ningún otro de toda la casa.

La manera en que empezó esta especie de relación fue bastante típica.

Fue repentina, aunque fuertemente teñida de una benevolencia fundamental. Fue franca y jovial; y con el atractivo —por su desigualdad— de que esa misma naturalidad colocaba al señor Forester al nivel del resto de los mortales. Tenía que resignarse a la vez que invitarme: no que resignarse a deponer su vanidad aristocrática, porque tenía muy poca, sino a la molestia de la invitación, porque le gustaba la comodidad. Todo esto le producía cierta falta de seguridad e indecisión, y hacía que su comportamiento pareciera raro.

Por mi parte, me sentía no poco agradecido por la distinción de que me hacía objeto. Había estado sumido en un abatimiento temporal, pero mi reserva no tenía mezcla alguna de malhumor o insensibilidad. No me resistí mucho tiempo a las condescendientes atenciones del señor Foresten Poco a poco me fui volviendo receptivo, animado, confiado. Tenía un gran anhelo por conocer a los hombres; y aunque quizá no ha habido nadie que pagara un precio más alto por las lecciones recibidas en esa escuela, no por eso ha disminuido un ápice mi inclinación. El señor Forester era el segundo hombre excepcional digno de análisis que había conocido, y habiendo terminado con el primero, me parecía que éste merecía ser estudiado casi tanto como su hermanastro. Me alegré de escapar del desasosiego de mis reflexiones. Y mientras estuve ocupado con este nuevo amigo, me olvidé de los males que sentía que me amenazaban a cada ahora.

Estimulado por estos sentimientos, yo era lo que el señor Forester necesitaba: un oyente ávido y entusiasta. Soy enormemente sensible a las impresiones; y las que me llegaban sucesivamente al espíritu se volvían visibles en mi semblante y mis gestos. Las observaciones que el señor Forester había hecho en sus viajes, las opiniones que se había formado, todo me divertía e interesaba. Su manera de contar un suceso o explicar sus pensamientos era vigorosa, clara y original; su estilo de conversación tenía una gracia especial. Todo lo que decía me encantaba; a cambio, mi simpatía, mi ansiosa curiosidad y mi sincero entusiasmo me convertían en un oyente deseable para el señor Forester. No es extraño, por tanto, que nuestra relación se volviera más íntima y cordial de día en día.

El señor Falkland estaba destinado a ser eternamente infeliz; era como si no pudiera ocurrir nada sin que sirviese para alimentar esta imperiosa

inclinación. Estaba cansado de la monotonía, y sentía un rechazo invencible hacia todo lo nuevo. Veía con desagrado la visita del señor Forester; apenas era capaz de mirarle sin un estremecimiento, emoción de la que su invitado se daba cuenta, y la atribuía al hábito y a la enfermedad más que a su juicio. Nada de lo que el señor Forester hacía le pasaba inadvertido; el detalle más insignificante le producía inquietud y temor. Las primeras muestras de amistad entre el señor Forester y yo despertaron probablemente sentimientos de celos en él; el carácter desigual y variable de su huésped tendía a aumentárselos, dado que confería una apariencia de enigma y misterio. Fue entonces cuando me anunció que no veía con agrado que tuviera demasiado trato con este caballero.

¿Qué podía hacer yo? Joven como era, ¿podía esperarse que me comportase como un Filósofo y pusiera freno a mi inclinación? Aunque había sido imprudente, ¿podía voluntariamente someterme a una penitencia eterna, y abstenerme de la sociedad humana? ¿Podía rechazar una franqueza tan en consonancia con mis deseos, y recibir con descortesía una amabilidad que me cautivaba el corazón?

Además, no estaba dispuesto a plegarme a la sumisión servil que el señor Falkland me exigía. En la primera etapa de mi vida me había acostumbrado a ser dueño de mí mismo. Al principio de entrar al servicio del señor Falkland, la novedad de mi situación había frenado mis hábitos, y las cualidades de mi patrono habían conquistado mi afecto. A la novedad y su influencia había sucedido la curiosidad. La curiosidad, mientras duró, fue un principio más fuerte en mi pecho que incluso el amor a la independencia. A ella habría sacrificado mi libertad y mi vida; para satisfacerla, me habría sometido a la condición de un negro de las Indias Occidentales o a las torturas que infligen los salvajes norteamericanos. Pero ahora se me había calmado la turbulencia de la curiosidad.

Mientras las amenazas del señor Falkland fueron vagas y genéricas, las soporté. Me daba cuenta de la acción indigna que había cometido, y eso me volvía humilde. Pero cuando decidió ir más lejos, y trató de dictarme mi propia conducta, perdí la paciencia. Consciente antes de la posición infortunada en que mi imprudencia me había colocado, ahora tenía una visión más cercana y alarmante de las circunstancias del caso. El señor

Falkland no era ningún anciano; era un hombre vigoroso, aunque de aspecto estropeado quizá; podía vivir tanto como yo. Era su prisionero: ¡y de qué modo! Observaba todos mis actos, vigilaba todos mis gestos. No podía moverme a derecha o izquierda sin que los ojos de mi guardián estuviesen sobre mí. Me vigilaba; y su vigilancia me resultaba opresiva. Se había acabado la libertad para mí, se había acabado la alegría, la despreocupación, la juventud. ¿Era ésta la vida que había iniciado yo con tan cálidas esperanzas? ¿Iba a consumir mis días en esta melancolía gris; me había convertido en un galeote en manos del orden natural a quien sólo la muerte, la mía o la de mi implacable superior, podía liberar?

Había sido atrevido a la hora de satisfacer una curiosidad infantil y absurda, y lo sería igualmente, si era preciso, defendiendo todo lo que puede hacer la vida valiosa. Estaba dispuesto a llegar a una transacción: me comprometería a que el señor Falkland no sufriese jamás daño alguno a través de mí; a cambio, esperaba que no se entrometiese en mi vida, sino que me dejase seguir mi propio criterio.

Así que seguí buscando con afán la compañía del señor Forester; y era una relación que no paraba de crecer. El señor Falkland observaba estas muestras con visible malhumor. Cada vez que le descubría mirándome, veía que se turbaba; lo cual no contribuía a que se apaciguara su inquietud. Un día me habló a solas; y con expresión misteriosa pero terrible, dijo:

—¡Muchacho, aprende la lección! ¡Quizá sea la última vez que tienes oportunidad! ¡No pienso ser siempre el blanco de tu simplicidad y tu inexperiencia, ni consentir que tu debilidad triunfe sobre mi fuerza! ¿Por qué juegas conmigo? No tienes ni idea de adónde llega mi poder. En este momento estás bajo la red de mi venganza, aunque no la ves; pero en el instante en que creas haberte puesto fuera de su alcance, se abatirá sobre ti. ¡Podrías escapar a mi poder tanto como a la omnipresencia de Dios! ¡Como llegues a tocarme siquiera un dedo, lo pagarás con horas y meses y años de un tormento como no te puedes hacer idea! ¡Y recuerda que no hago una advertencia que, si me provocas, no cuidaré que se ejecute rigurosamente al pie de la letra!

Como puede suponerse, no dejaron de tener efecto estas amenazas. Me retiré en silencio. El alma se me sublevaba ante el trato recibido; sin

embargo, había sido incapaz de replicar. ¿Por qué no podía expresar las protestas de mi corazón, o proponerle el compromiso que había meditado? Era la inexperiencia, no la falta de fuerza, lo que me atenazaba. En cada acto del señor Falkland había algo nuevo para lo que yo no estaba preparado. Tal vez el héroe deba la grandeza de sus hazañas al hábito de afrontar dificultades y apelar con presteza a las energías de su espíritu.

Contemplaba la conducta de mi patrono con absoluto asombro. La humanidad y amabilidad eran partes fundamentales de su carácter, pero con relación a mí eran estériles e inertes. Su propio interés le aconsejaba que comprase mi amabilidad; pero él prefería dominarme por el terror, y vigilarme con incesante ansiedad. Yo rumiaba con lúgubre sentimiento la naturaleza de mi infortunio. Creía que ningún ser humano se había visto jamás en una situación tan lamentable como la mía. Cada átomo de mi cuerpo parecía dotado de existencia individual y desplazarse dentro de mí. Tenía demasiados motivos para creer que las palabras del señor Falkland no eran vanas. Conocía su talento; notaba su influencia. Si me enfrentaba con él, ¿qué posibilidades tenía de alzarme con la victoria? Si salía vencido, ¿cuál era el castigo que me tocaría sufrir? Y si no me enfrentaba a él, ¿tendría que permanecer el resto de mi vida sometido a esta esclavitud? ¡Miserable condena! Y si era así, ¿qué seguridad tenía frente a la injusticia de un hombre vigilante, caprichoso y criminal? Envidiaba a los condenados en lo alto del cadalso. Envidiaba a las víctimas de la Inquisición en medio de sus torturas. Ellas saben lo que van a sufrir. Yo sólo podía imaginar las mayores atrocidades, y decir: ¡el destino que me espera es peor que todo eso!

Afortunadamente, estos sentimientos fueron pasajeros: la naturaleza humana no resiste mucho tiempo el estado que yo vivía. Poco a poco, mi espíritu se fue librando de su peso. La indignación vino a sustituir al terror. La hostilidad del señor Falkland despertó mi hostilidad. Decidí no calumniarle jamás en cuestiones de poca importancia, y mucho menos revelar el gran secreto del que dependía cuanto era querido para él. Pero, aunque renunciaba por completo a la ofensiva, resolví mantener Firme mi defensa. Preservaría mi libertad de obrar como quisiera, costara lo que costase. Si salía derrotado en el enfrentamiento, al menos tendría el consuelo de saber que había combatido con energía. Una vez decidido de

este modo, envié mis fuerzas a pequeñas incursiones, y vi la conveniencia de actuar con premeditación y sistema. Elaboraba sin cesar planes para liberarme; aunque no elegiría ninguno de manera precipitada.

Y estando yo en esta fase de deliberación e incertidumbre, el señor Forester dio por concluida su visita. Había notado un extraño distanciamiento en mí, y llevado de su carácter franco, me lo reprochó claramente. Yo sólo pude contestarle con una mirada melancólica de misterioso contenido, y un silencio lúgubre y expresivo. Me buscó para sacarme alguna explicación, pero ahora me las ingenié para evitarle, igual que antes le había buscado con fervor. Y abandonó la casa, como más tarde me contó, con la impresión de que sobre ella gravitaba una oscura fatalidad que hundiría a todos sus habitantes en la desventura, sin que fuera posible que nadie ajeno a ella llegase a descubrir la razón.

Capítulo VIII

Hacía unas tres semanas que nos había dejado el señor Forester, cuando el señor Falkland me envió por un asunto a una propiedad que poseía en el condado vecino, a unas cincuenta millas de su residencia principal. Estaba en dirección opuesta a donde vivía nuestro reciente visitante. Y cuando volvía de esta comisión, me dio por repasar mentalmente las diversas circunstancias de mi situación, de manera que, abismado en mis pensamientos, fui perdiendo poco a poco conciencia de mi entorno. Lo primero que tenía decidido era escapar del despotismo y celosa vigilancia del señor Falkland; y lo segundo, precaverme con toda la prudencia y deliberación de que era capaz del peligro que, sabía muy bien, acompañaría a mi intento.

Absorto en estas reflexiones, cabalgué muchas millas antes de darme cuenta de que me había desviado de mi camino. Me recobré finalmente, y observé el horizonte a mi alrededor; pero no descubrí nada que fuera familiar a mis ojos. En tres direcciones, se extendía el campo pelado hasta donde alcanzaba la vista; en la cuarta, a cierta distancia, divisé un bosque nada pequeño. Ante mí, un sendero apenas visible indicaba que casi ningún ser humano transitaba por allí. Se me ocurrió que lo más práctico era dirigirme a ese bosque. Después, seguí lo mejor que pude las vueltas que el sendero daba en su interior; lo que me llevó, al cabo de un rato, al final del baldío; pero seguía tan desorientado como antes sobre qué dirección tomar. Un cielo nublado y gris me ocultaba el sol. Así que decidí continuar por el lindero del bosque, saltando con alguna dificultad los setos y demás obstáculos que de vez en cuando me salían al paso. Mis pensamientos eran lúgubres y desconsolados; la melancolía del día y la soledad que me rodeaba parecían llenarme el alma de tristeza. Hacía ya rato que andaba así, y me

sentía vencido de hambre y cansancio, cuando descubrí un camino y una pequeña posada a no mucha distancia. Me dirigí hacia allí; y al preguntar me encontré con que, en vez de llevar la dirección adecuada, había tomado la que conducía a casa del señor Foresten Desmonté; y estaba entrando en la posada cuando apareció ante mis ojos dicho caballero.

El señor Forester se acercó a mí con amabilidad, me invitó a pasar a la sala donde había estado sentado, y me preguntó qué me traía por allí. Mientras me hablaba, no pude por menos de asombrarme ante la extraordinaria manera en que volvíamos a vernos, lo que activó en mi interior determinado curso de pensamientos; el señor Forester ordenó que me trajesen algún refrigerio. Me senté a comer; aunque seguía dándole vueltas a lo mismo: el señor Falkland no debía enterarse de este encuentro. Era una oportunidad que se me presentaba; y si no la aprovechaba, merecería todas las consecuencias que me pudieran venir. «Ahora puedo hablar con un amigo, con un amigo poderoso, sin temor a ser observado y vigilado». ¿Qué tiene de extraño que me sintiese tentado de revelar, no el secreto del señor Falkland, sino mi propia situación, y deseoso de recibir consejo de un hombre de valía y experiencia, que podría dármelo quizá sin que yo entrase en ningún detalle perjudicial para mi patrono?

El señor Forester, por su parte, quiso saber por qué me sentía desgraciado, y por qué durante la última parte de su estancia bajo el mismo techo le había rehuido de manera evidente, como antes me había mostrado encantado con su conversación. Le contesté que sólo podía satisfacer a medias tales preguntas; pero hasta donde me era posible, lo haría con sumo gusto. El hecho era, proseguí, que había determinadas razones que me impedían tener un momento de paz en casa del señor Falkland. Le había dado vueltas al asunto una y otra vez, y al final había llegado al convencimiento de que debía abandonar su servicio. Añadí que me daba cuenta de que con esta semiconfidencia me hacía merecedor de la desaprobación del señor Forester, más que de su apoyo; pero le expresé mi seguridad de que, si conociese todo el asunto, por extraño que pudiera parecer mi comportamiento, aplaudiría mi reserva.

Meditó un momento mis palabras, y después me preguntó qué motivos tenía para quejarme del señor Falkland. Contesté que tenía el más profundo

respeto por mi patrono; admiraba sus cualidades, y le consideraba hecho para ayudar a sus semejantes. Me sentiría el más vil de los bribones si profería una sola palabra en su desdoro. Pero eso no tenía nada que ver: no era compatible con él; en todo caso, me sentiría perpetuamente desdichado mientras viviese en su casa.

Observé que el señor Forester me miraba con curiosidad y sorpresa, pero no me pareció oportuno hacer ningún comentario a este propósito. Una vez que se hubo recobrado, me preguntó por qué entonces no abandonaba su servicio. Contesté que eso precisamente era lo que más contribuía a mi desdicha. El señor Falkland no ignoraba lo a disgusto que me sentía en mi actual situación. Puede que le pareciera ilógico e injusto; pero yo sabía que no me dejaría ir.

Aquí el señor Forester me interrumpió; y sonriendo, dijo que exageraba, y que sobrevaloraba mi propia importancia, añadiendo que él solucionaría ese problema y me proporcionaría un puesto más grato. Esta sugerencia me produjo seria alarma. Contesté que debía suplicarle que de ningún modo hablase de esto al señor Falkland. Añadí que quizá no hacía más que poner de manifiesto mi propia imbecilidad; pero realmente, careciendo de experiencia del mundo, aunque a disgusto en mi actual residencia, temía exponerme por una idea mía al resentimiento de un hombre de la importancia del señor Falkland; que si me ayudaba con su consejo, o simplemente me daba licencia para esperar su protección en caso de que tuviera algún tropiezo, eso era cuanto me atrevía a pedirle; con este aliento, me arriesgaría a seguir mi inclinación, y correría en persecución de mi perdida tranquilidad.

Después de franquearme con este amigo generoso hasta donde podía sin caer en la indiscreción, el señor Forester permaneció callado un rato con aire de profunda reflexión. Por último, con el semblante severo, y el ademán y el tono característicamente feroz, dijo: —Muchacho, quizá no te das cuenta de lo que haces. Quizá no sepas que, donde hay misterio, hay siempre algo en el fondo que no soporta el secreto. ¿Es ésa la manera de obtener el favor de un hombre digno y respetable? ¿Pretender hacerle una confidencia, para a continuación contarle una historia incoherente y sin sentido?

Contesté que, fuera cual fuese el perjuicio, debía asumirlo. Ponía mi esperanza de que interpretase el caso con la sencillez y rectitud de su carácter.

A lo que contestó:

—Eso quieres, ¿eh? Pues sabe que la rectitud de mi carácter es enemiga del disfraz. Vamos, muchacho; has de saber que comprendo esas cosas mejor que tú. Cuéntamelo todo, o no esperes de mí otra cosa que la censura y el desdén.

—Señor —repliqué—, he hablado con toda reflexión; le he dicho cuál es mi voluntad; y cualesquiera que sean las consecuencias, las asumiré. Si me niega su ayuda en este trance, aquí debo terminar, dado que con la entrevista sólo me he ganado su mala opinión y su reproche.

Me miró con dureza, como si quisiera leer mi interior. Finalmente se suavizó su expresión, y relajó su actitud.

—Eres tonto y testarudo —dijo—; así que tendré ojo contigo. Nunca depositaré en ti la confianza que te tenía. Pero… no te abandonaré. De momento, la balanza entre la aprobación y el desagrado está a tu favor. No sé por cuánto tiempo; no te prometo nada. Pero mi norma es proceder según mi criterio. Por esta vez haré lo que me pides; y quiera Dios que así convenga. Estoy dispuesto a acogerte bajo mi techo, ahora o más tarde, esperando no tener que arrepentirme, y que los síntomas concluyan tan favorablemente como yo deseo, aunque no sé por qué lo espero.

Estábamos enfrascados debatiendo estas cuestiones, tan importantes para mi tranquilidad, cuando nos interrumpió el contratiempo que yo más hubiera querido evitar. Sin el menor anuncio, y como caído de las nubes, irrumpió el señor Falkland en la sala. Después supe que el señor Forester iba a reunirse con el señor Falkland, y que el lugar donde habían acordado verse era la siguiente parada de postas. El señor Forester se había detenido en la posada donde ahora estábamos por nuestro encuentro fortuito, y lo cierto era que se le había ido de la cabeza la cita; entretanto el señor Falkland, al no hallarle donde habían quedado, siguió hacia la casa de su hermanastro. Para mí, su aparición fue la cosa más inesperada del mundo.

Al punto comprendí la espantosa complicación que representaba esta coincidencia. A los ojos del señor Falkland, el encuentro entre su pariente y

yo debió de parecer no accidental sino —al menos por mi parte— premeditado. Estaba muy lejos de la dirección que me había dicho que tomara; estaba en un camino que conducía directamente a casa del señor Forester. ¿Qué podía pensar de esto? ¿Cómo debía suponer que había llegado yo aquí? Si decía la verdad, que había sido sin proponérmelo, porque me había perdido, iba a parecer la mentira más gorda del mundo.

Heme aquí, pues, sorprendido en mitad de una conversación que tan severamente me había sido prohibida. Aunque ahora era infinitamente peor que en los anteriores casos, que tanta inquietud habían producido al señor Falkland. Entonces habían sido conversaciones francas y abiertas, y se suponía por tanto que no había nada que ocultar. Pero esta entrevista, si había sido concertada, era clandestina en grado sumo; y por lo mismo, igualmente peligrosa. El señor Falkland me la había prohibido bajo las más espantosas amenazas, y no ignoraba lo mucho que esas amenazas me habían impresionado; así que teniendo eso en cuenta, no podía haber sido concertado tal encuentro con un propósito intranscendente, con un objeto cuya sola idea no fuera lesiva para él. Ésa era la dimensión de mi crimen; ésa era la agonía que mi aparición debió de inspirarle; y era razonable suponer que el castigo fuera proporcional. Aún resonaban en mis oídos las amenazas del señor Falkland; de manera que me sentí paralizado de terror.

La reacción de un hombre en situaciones diferentes es a menudo tan dispar que resulta difícil explicarla. El señor Falkland, en este para él instante terrible, no se dejó llevar en absoluto por la pasión. Se quedó mudo un instante, le relampaguearon los ojos, y un instante después había recobrado la más completa calma y dominio de sí. De haber sido de otro modo, no me cabe duda de que me habría puesto a dar explicaciones de cómo había llegado allí, cuya sinceridad y coherencia sin duda habrían obtenido un resultado favorable. Pero así, me dejé someter; me rendí, como otra vez, a la influencia desconcertante de la sorpresa. No me atrevía a respirar; guardé las apariencias con ansiedad y temor. El señor Falkland me ordenó serenamente que regresara a casa, y que me llevara al caballerizo que había traído consigo. Obedecí en silencio.

Después me enteré de que preguntó al señor Forester toda clase de detalles acerca de nuestro encuentro; y de que este caballero, al ver

descubierto dicho encuentro, y movido por su hábito de decir la verdad —que una vez arraigado en el carácter es difícil reprimir—, contó al señor Falkland lo ocurrido, con las observaciones que todo esto le merecía a él. El señor Falkland acogió la explicación con ambiguo y estudiado silencio, que de ningún modo me favoreció en la ya envenenada mente del señor Forester. Silencio que en parte era debido a su espíritu alerta, inquisitivo y receloso, y en parte, quizá, adoptó para producir determinado efecto, dado que el señor Falkland no era reacio a alentar prejuicios contra una persona con la que un día podía entrar en conflicto.

En cuanto a mí, regresé a casa; porque no era momento de oponer resistencia. El señor Falkland, con una premeditación a la que dio toda la apariencia de decisión casual, tuvo buen cuidado de mandarme con un guardián que me llevase como prisionero. Me sentí como si me condujesen a una de esas fortalezas, famosas en la historia del despotismo, de las que no se sabe que haya salido viva jamás una sola víctima; y cuando entré en mi aposento, me pareció que entraba en una mazmorra. Pensé que estaba a merced de un hombre exasperado por mi desobediencia, y ya familiarizado con la crueldad por sucesivos asesinatos. Mis perspectivas ahora eran nulas; se habían esfumado para mí todos los planes que había acariciado con indecible deleite: la muerte podía llegarme en cuestión de horas. Era una víctima en el ara de una culpa consciente que no conocía el descanso ni la saciedad: debía ser borrado del catálogo de los vivos, y mi suerte permanecería eternamente en secreto: el hombre que añadía mi muerte a sus crímenes volvería a la mañana siguiente, y sería saludado con la admiración y el aplauso de sus semejantes.

En medio de estas terribles figuraciones, una idea vino a salvarme de mi angustia. Fue el recuerdo de la extraña e inexplicable tranquilidad que el señor Falkland había mostrado al encontrarme en compañía del señor Foresten No me dejé engañar por esa apariencia. Sabía que la calma era temporal, y que vendría a sustituirla un espantoso tumulto y torbellino. Pero un hombre dominado por terrores como los que ahora me dominaban se agarra a un clavo ardiendo. Me dije a mí mismo: esta tranquilidad es un periodo que debo aprovechar; cuanto más corta sea su duración, más rápidamente estoy obligado a utilizarlo. En una palabra, tomé la decisión —

porque ya temía la venganza del señor Falkland— de correr el riesgo de provocarle en grado aún mayor, y terminar de una vez con mi actual incertidumbre. Había expuesto el caso al señor Forester, y él me había asegurado que me daría protección. Así que decidí mandarle la siguiente carta al señor Falkland. No se me ocurrió pensar que, si tramaba una solución trágica, esta carta sólo tendería a reafirmarle en ella.

Señor:

He tomado la decisión de dejar su servicio. Es la medida más conveniente para los dos. En adelante seré, como es mi obligación, dueño de mis propios actos. Y usted se verá libre de la presencia de una persona a la que irremediablemente no puede ver sin desagrado.

¿Por qué me somete a una eterna penitencia? ¿Por qué entrega mis esperanzas juveniles al sufrimiento y la desesperación? Consulte los principios de humanidad que han regido el curso general de su conducta, y no me haga, se lo ruego, objeto de una inútil severidad. El corazón me desborda de gratitud por sus favores. Sinceramente le pido que me perdone los muchos errores de mi comportamiento. Considero el trato que he recibido bajo su techo de una amabilidad y generosidad casi ininterrumpidas. Jamás olvidaré mis obligaciones con usted, y jamás las traicionaré.

Respetuosamente le saluda su fiel
y humilde servidor,
Caleb Williams.

Ésa fue mi ocupación la tarde de un día que permanecerá imborrable en la historia de mi vida. Dado que el señor Falkland no había vuelto aún, aunque se le esperaba de un momento a otro, pretexté cansancio para evitar verle. Me fui a la cama. Como es fácil imaginar, mi sueño no fue ni profundo ni reparador. A la mañana siguiente me informaron de que mi patrono había regresado muy tarde, había preguntado por mí, y al decirle que me había acostado, no había hecho ningún comentario. Satisfecho en este sentido, acudí al comedor de desayuno; y aunque lleno de alarma e inquietud, procuré concentrarme en ordenar libros y en alguna otra pequeña ocupación, hasta que bajara el señor Falkland. Al poco rato oí sus

pasos, que conocía muy bien, en el pasillo. Se detuvo un momento y, hablando con alguien en tono cauto y apagado, le oí repetir mi nombre y preguntar por mí. De acuerdo con el plan que había decidido adoptar, dejé la carta que había escrito en la mesa a la que solía sentarse, y salí por una puerta al tiempo que el señor Falkland entraba por otra. Hecho esto, me retiré temblando y con el corazón palpitante a un aposento apartado, una especie de gabinete del fondo de la biblioteca, donde no pocas veces iba yo a refugiarme.

No llevaba tres minutos allí cuando oí la voz del señor Falkland que me llamaba. Entré en la biblioteca. Su expresión era la del hombre que tiene algún pensamiento terrible en la cabeza y se esfuerza en aparentar indiferencia y despreocupación. Quizá ninguna actitud podía producir más indecible horror, ni despertar más angustiosa incertidumbre en la persona objeto de ella.

—Ahí tienes tu carta —dijo arrojándomela.

»¡Muchacho —prosiguió—, me parece que has utilizado ya todos tus artificios, y la farsa toca a su fin! A pesar de tu necedad y tu memez, me has enseñado una cosa, y así como antes me arrancabas muecas de tortura, ahora me siento fuerte como un elefante. Al final te aplastaré con la misma indiferencia que aplastaría al insecto que me está molestando.

»No sé por qué causa te encontraste con el señor Forester ayer. Puede que fuera casualidad, o puede que fuera por intención tuya. Pero no lo olvidaré. Ahí me dices que quieres abandonar mi servicio. Mi respuesta es breve: no lo abandonarás mientras vivas. Si lo intentas, no habrá un momento en tu vida en que dejes de lamentar tu locura. Ésa es mi voluntad, y no consentiré que nada ni nadie se me oponga. La próxima vez que me desobedezcas en ese o cualquier otro asunto, se habrán terminado para siempre tus extravagancias. Quizá tu situación sea digna de lástima; tú te lo has buscado. Yo sólo puedo decir que de ti depende evitar que empeore: ni el tiempo ni la suerte la van a mejorar.

»¡No creas que te temo! Llevo una armadura contra la que son impotentes tus armas. He cavado un foso a tu alrededor que, sea cual sea tu movimiento, adelante o atrás, a derecha o a izquierda, está presto a tragarte. ¡Así que procura permanecer donde estás! Porque si caes, por

mucho que grites, no habrá nadie en el mundo que pueda oír tus voces; aunque prepares una historia plausible, o incluso verídica, el mundo entero te maldecirá por impostor. De nada te valdrá ser inocente: me reiré de tu débil defensa. Soy yo quien te lo dice, así que te conviene creerme —y añadió, cambiando repentinamente de tono y dando una furiosa patada en el suelo—: ¿Acaso no sabes, miserable desdichado, que he jurado preservar mi reputación a cualquier precio, porque para mí vale más que la tierra entera con todos sus habitantes? ¿Y crees que me la vas a empañar? ¡Fuera de aquí, bellaco! ¡Reptil! ¡Y deja ya de luchar con un poder invencible para ti!»

La parte de mi historia que ahora paso a relatar es la que menos satisfacción me produce. ¿Por qué volví a someterme el ademán imperioso del señor Falkland y no fui capaz de articular una sola palabra? El lector encontrará a continuación multitud de pruebas de que ni carecía de ingenio para idear argumentos, ni de fortaleza para acometer una justificación, Hacia el final, la persecución dio firmeza a mi carácter y me enseñó a madurar. Pero en ese momento me sentí indeciso, intimidado, desconcertado.

El discurso que acababa de oír era fruto del furor, y generó en mí un furor similar. Decidí hacer exactamente lo que se me prohibía, y huir de la casa de mi patrono. No podía hablar con él: no soportaba el vil sometimiento que me imponía. En vano me advertía mi entendimiento de la imprudencia de tomar una medida sin concierto ni preparación. Me hallaba en un estado en que la razón carecía de poder. Me pareció que podía analizar fríamente los diversos aspectos de mi postura, y verla sustentada por la prudencia, la verdad y el sentido común; así que contesté: «Sigo las instrucciones de un guía mucho más enérgico que tú».

No tardé en poner en práctica lo que tan rápidamente había resuelto. Decidí evadirme esa misma noche. Tal vez en este corto intervalo no había tiempo suficiente para pensarlo bien. Pero para mí era superflua toda oportunidad: estaba decidido, y cada segundo que pasaba no hacía sino aumentar la indecible ansiedad con que acariciaba el proyecto. El horario que se seguía normalmente en esta residencia rural era regular; así que elegí la una de la madrugada para llevar a cabo mi empresa.

Inspeccionando al principio mi dormitorio había descubierto una puerta disimulada que comunicaba a un cuartito secreto, cosa nada rara en casas antiguas como la del señor Falkland. Tal vez servía de refugio en caso de persecución, o de protección de las habituales hostilidades de una época bárbara. No creí que nadie además de mí conociera ese escondite. No sé por qué, me sentí impulsado a guardar allí algunas de mis pertenencias. No podía llevármelas en ese momento. Si no llegaba a recuperarlas, pensé que sería una satisfacción para mí que no encontraran la menor huella tras mi desaparición. Terminado el traslado, esperé a que fuese la hora; bajé sigilosamente con una lámpara en la mano; recorrí un pasadizo que conducía a una pequeña puerta que daba al jardín, y a continuación crucé el jardín hasta una verja que cortaba el paso entre una alameda y el camino de herradura que arrancaba de ella.

No acababa creerme la suerte de haber podido llegar hasta allí sin tropiezo. Las terribles imágenes que me sugerían las amenazas del señor Falkland me hacían esperar ser descubierto y detenido a cada paso, aunque mi propia excitación me impulsaba a avanzar con desesperada resolución. Pero sin duda el señor Falkland había fiado demasiado en el poder de sus palabras, tan vehementemente expresadas, para creer necesario tomar precauciones contra una siniestra eventualidad. Por mi parte, conseguir salir con tanta facilidad me pareció un buen augurio para mi propósito.

Capítulo IX

Lo primero que se me ocurrió fue dirigirme al camino real más próximo y coger la diligencia para Londres. Allí pensaba que sería más difícil que me descubriesen si el deseo de venganza impulsaba al señor Falkland a perseguirme; y no dudaba en encontrar entre la multitud de posibilidades de la metrópoli algún modo de emplear mi persona e industria. Reservé al señor Forester como última medida de la que echar mano para que me protegiese de la persecución y el poder. Carecía de esa experiencia mundana que nos vuelve fecundos en recursos, e incluso nos permite sopesar con justeza sus diferentes ventajas. Era como el animal fascinado por los más terribles temores, al tiempo que es incapaz de pensar adecuadamente en su propia seguridad.

Tras meditar cómo debía proceder, emprendí la marcha, animado, por el sendero desierto que ahora tenía que seguir. La noche era oscura y caía una fina llovizna. Pero eso eran detalles de los que casi no me daba cuenta; todo era luminoso y radiante dentro de mí. Apenas notaba el suelo que pisaba. Me repetía mil veces: «Soy libre. ¿A qué pensar en el peligro y la alarma? Siento que soy libre; siento que voy a seguir siéndolo. ¿Qué poder es capaz de sujetar con cadenas a un espíritu ardiente y decidido? ¿Qué poder es capaz hacer que muera un hombre cuya alma le ordena vivir? Pensé con aversión en el sometimiento en que me había tenido. No odiaba al causante de mis desventuras; la verdad y la justicia me eximían de eso; más bien compadecía el duro destino al que parecía condenado. Pero pensaba con indecible repugnancia en esos errores a consecuencia de los cuales cada hombre está destinado a ser más o menos tirano o esclavo. Me asombraba la estupidez de mi especie, que no se alzaba como un solo hombre y se sacudía unas cadenas tan ignominiosas y una miseria tan insoportable. En

cuanto a mí, decidí —y jamás he desviado el pensamiento de esta decisión— zafarme de esa odiosa situación, y no asumir jamás ni el papel de opresor ni el de oprimido.

Con esta euforia seguí durante toda mi marcha nocturna, lleno de confianza, y accesible sólo a esa porción de temor que sirve más para mantener un estado de emoción placentera que para generar angustia y desventura. Al cabo de tres horas llegué sin novedad al pueblo en el que esperaba tomar pasaje para la metrópoli. A esa hora temprana estaba todo en silencio; ni un solo ruido humano saludó mis oídos. Me costó entrar en el patio de la posada, donde sólo hallé a un mozo de cuadra atendiendo a los caballos. Por él supe con desaliento que la diligencia no llegaría hasta dos días más tarde, dado que sólo hacía tres veces por semana la ruta por ese pueblo.

Esta noticia fue el primer jarro de agua fría para la eufórica embriaguez que me embargaba desde que había abandonado la morada del señor Falkland. Todo el dinero que llevaba encima eran once guineas. Había unas cincuenta más que me correspondían por la venta de mi propiedad a la muerte de mi padre; pero no podía reclamarlas de forma inmediata, e incluso pensaba si no sería más prudente renunciar definitivamente a ella, no fuera que al reclamarlas proporcionara una pista a lo que más temía: la persecución del señor Falkland. Nada deseaba más fervientemente que hacer imposible toda relación futura entre los dos: que él no supiera en qué parte del mundo me encontraba, y que yo no oyera un nombre que había sido tan nefasto para mi tranquilidad.

En esta situación, comprendí que era importante economizar, dado que no sabía qué contratiempos y retrasos podían surgir en la persecución de mi propósito cuando estuviera en Londres. Por éste y otros motivos, decidí mantener mi plan de viajar en diligencia; lo único que debía hacer era pensar en cómo evitar que por cualquier imprevisto desafortunado la espera de veinticuatro horas se convirtiese en fuente de una nueva desventura. No era prudente quedarme todo el tiempo en el pueblo, y tampoco viajar a pie por el camino real. Así que decidí marchar en una dirección que al principio me pareció bastante desviada de la que me interesaba, y luego torcer, para llegar hacia el final del día a un pueblo de mercado que había doce millas

más cerca de la metrópoli.

Decidido sobre cómo iba a emplear el día, y convencido de que era lo mejor que podía hacer dadas las circunstancias, deseché toda preocupación, y me entregué a las distintas distracciones que iban surgiendo. Descansaba y caminaba según me parecía. Una de las veces me tumbé en una ladera y me sumí en muda contemplación, y otra me esforcé en analizar una perspectiva tras otra. La vaguedad de la madrugada dejó paso a un día hermoso y estimulante. Con la inconstancia típica de un espíritu joven, olvidé las angustias que últimamente me visitaban de continuo, y me dediqué por entero a soñar con dichas y novedades futuras. En mi vida había pasado un día de más variada y exquisita gratificación: me proporcionó un enorme y nada desagradable contraste con los terrores que lo habían precedido, y los momentos espantosos que me aguardaban.

Llegué de noche al lugar de mi destino, y pregunté por la posada donde solía parar la diligencia. Un detalle que me había llamado la atención antes, sin embargo, volvió a ponerme en estado de alerta.

Aunque había oscurecido antes de entrar en el pueblo, me había fijado en un hombre a caballo que se había cruzado conmigo como a media milla de las afueras. No me gustó la manera que tuvo de fijarse en mí, ni su catadura, a lo que pude distinguir. Y no hacía dos minutos que había pasado cuando oí el ruido de los cascos de un caballo que marchaba despacio detrás de mí. Esto me produjo cierta inquietud. Al principio apreté el paso; pero como no dio el resultado que yo quería, me detuve para dejar que me adelantase. Así lo hizo; y al observarle, me pareció que era el mismo; ahora puso su caballo al trote y entró en el pueblo. Seguí andando, y poco después le vi a la puerta de una taberna tomando una jarra de cerveza. Aunque la oscuridad me impidió identificarle hasta que estuve casi encima de él. Seguí andando y dejé de verle; pero al entrar en el patio de la posada donde me proponía dormir, le vi venir de repente hacia mí, a caballo, y me preguntó si me llamaba Williams.

El encuentro, aunque breve, me había borrado la alegría y me había llenado de inquietud. Sin embargo, mis temores me parecían infundados: de perseguirme alguien, daba por supuesto que sería alguno de los criados del señor Falkland, no un desconocido. La oscuridad me hacía descuidar algunas

de las precauciones más elementales. Decidí continuar al menos hasta la posada, y hacer las averiguaciones necesarias.

Pero no bien oí el ruido del caballo al entrar en el patio, y la pregunta que me hizo el jinete, sentí en todo mi ser la terrible confirmación de mis temores. Cualquier incidente relacionado con mi odiosa situación me producía la más profunda alarma. Lo primero que se me ocurrió fue salir corriendo hacia el campo, y fiar en la ligereza de mis pies. Pero esto era difícilmente factible; observé que mi enemigo iba solo, y pensé que siendo uno contra uno, tenía posibilidades de vencerle, o bien por la firmeza de mi determinación, o bien valiéndome del ingenio.

Decidido esto, repliqué en tono vehemente y tajante que, efectivamente, era el hombre por el que me tomaba; y añadí:

—Adivino su comisión; pero es inútil; ha venido para conducirme de nuevo a casa del señor Falkland; pero ninguna fuerza me llevará allí con vida. No he tomado esta determinación sin una sólida razón; y el mundo entero no me inducirá a cambiarla. Soy inglés; y es privilegio de un inglés ser único juez y dueño de sus actos.

—Se da usted una prisa endiablada en adivinar mis intenciones e informarme de las suyas —replicó el hombre—. Pero está en lo cierto, y quizá tendría que dar gracias a que el objeto de mi mandado no sea algo peor. Desde luego, el señor le espera; pero traigo una carta que supongo que le rebajará un poco los humos cuando la lea. Si eso no da resultado, entonces veré qué hago.

Y diciendo esto me entregó la carta, que era del señor Forester, al que había dejado, dijo, en casa del señor Falkland. Ponía lo siguiente:

Williams:

Mi hermano Falkland envía al portador de ésta en tu busca. Espera que, caso de encontrarte, vuelvas con él. Confió en que así sea. Es de la mayor importancia para tu honra y reputación. Si después de leer estas líneas persistes en huir, quedarás como un bribón y un granuja. Pero si tu conciencia te dice que eres inocente, no dudarás en regresar. Aclárame si he sido un incauto que, dejándose ganar por tu aparente inocencia, ha sido juguete de un intrigante. Si vienes, y dejas limpia tu reputación, prometo que no sólo serás libre de ir a donde te plazca, sino que recibirás toda la

ayuda que yo pueda prestarte. ¡Recuerda! Nada menos que eso te prometo.

Valentine Forester.

¿Qué carta era ésta? Para un espíritu como el mío, rebosante de amor y de virtud, tal alocución era suficientemente poderosa para atraer de un extremo al otro de la tierra a la persona a quien iba dirigida. Yo me sentía lleno de confianza y energía; era consciente de mi propia inocencia, y la haría valer. Estaba dispuesto a ser un perseguido; incluso me alegraba de huir y salir al mundo sin siquiera lo más imprescindible, confiando en abrirme camino con mi propio ingenio.

»¡Eso es todo lo que puede hacer, Falkland! —me dije—. Disponga de mí como quiera en cuanto a bienes de fortuna; pero jamás me quitará mi libertad ni manchará la blancura de mi nombre». Repasé mentalmente todos los incidentes destacables que me habían sucedido bajo su techo. No había nada, quitando el asunto del cofre misterioso, de lo que pudiera inferirse la menor sospecha criminal. En ese incidente, mi conducta había sido de lo más reprobable, y jamás me venía a la memoria sin que lo acompañasen el remordimiento y la autocondena. Pero no creía que fuera el tipo de acciones que la ley puede castigar. Y menos aún podía convencerme a mí mismo de que el señor Falkland, que temblaba ante la mera posibilidad de que le descubriesen, y que se consideraba en mi poder, se atreviera a denunciar un asunto tan estrechamente ligado a la angustia íntima de su alma. En una palabra, cuanto más pensaba en la nota del señor Forester, menos podía imaginar la serie de percances de la que era preludio.

La impenetrabilidad del misterio que encerraba, empero, no consiguió amilanarme. Experimenté una completa revolución interior. Aunque me había sentido cohibido y perplejo al considerar al señor Falkland mi enemigo secreto y doméstico, ahora el caso cambiaba enteramente para mí. «Acúseme abiertamente —dije—; si tenemos que enfrentarnos, hagámoslo a la luz del día. Entonces, por inmensos que sean sus recursos, no le temeré». Para mí, la inocencia y la culpa eran las cosas más opuestas del mundo. No me permitiría creer que la primera podía confundirse con la segunda, a menos que el inocente se dejase someter espiritualmente antes para ver después defraudada su buena opinión de la humanidad. Uno de mis

sueños juveniles favoritos era la virtud prevaleciendo sobre toda calumnia, venciendo con una explicación clara y sencilla a todas las estratagemas del mal, y arrojando sobre su adversario la confusión con que había esperado ahogarla. Estaba decidido a no ser jamás instrumento de destrucción para el señor Falkland, pero estaba igualmente decidido a que se me hiciera justicia.

En seguida tendré ocasión de contar las consecuencias de esta ilusa esperanza. Así fue como, de la manera más convencida y generosa, me precipité irremediablemente en la ruina.

—Amigo —dije al portador, tras permanecer un rato en silencio—, tiene razón. Efectivamente, es una carta extraordinaria la que me trae; pero está acorde con su objeto. Por supuesto que iré con usted, sean cuales sean las consecuencias. Nadie me va a atribuir ninguna culpa mientras esté en mi poder aclararlo.

Dada la posición en que me colocaba la carta del señor Forester, me sentí no sólo dispuesto, sino deseoso e impaciente por regresar. Nos procuramos un segundo caballo. Mi cerebro se afanó otra vez en buscar una explicación a la carta del señor Forester. Sabía lo inflexible y severo que era el señor Falkland cuando se proponía algo; pero sabía también que la virtud y la magnanimidad eran compatibles con su carácter.

Llegamos pasadas las doce de la noche, y tuvimos que despertar a un criado para que nos abriese. Me encontré con que el señor Forester había dejado un mensaje para mí, por si llegaba de noche, indicándome que me acostase en seguida, a fin de no acometer cansado y agotado el asunto del día siguiente. Procuré seguir su consejo; pero mi sueño fue desasosegado y discontinuo. Aunque esto no mermó en absoluto mi ánimo: la singularidad de mi situación, mis conjeturas respecto al presente, mi ansiedad por el futuro, no dejaban que me hundiera en la languidez y la pasividad.

Por la mañana, al primero que vi fue al señor Forester. Me dijo que ignoraba aún qué tenía que alegar el señor Falkland contra mí, porque no había querido saberlo. Había ido a casa de su hermano el día antes para resolver un asunto de importancia, pensando marcharse en cuanto hubiese terminado, cosa que sería del agrado del señor Falkland; pero al llegar encontró gran confusión en la casa, ya que se había dado la alarma de mi huida unas horas antes. El señor Falkland había despachado criados en todas

direcciones en mi búsqueda; y en el instante en que llegaba el señor Forester regresó el que había estado en el pueblo de mercado, con la noticia de que una persona que respondía a mi descripción se había presentado de madrugada preguntando por la diligencia de Londres.

Ante esta información, el señor Falkland se descompuso al parecer, y exclamó con gran acritud que era un vil desagradecido y un desnaturalizado.

El señor Forester le reconvino:

—¡Haz el favor de dominarte! Vil es un término demasiado fuerte para utilizarlo así como así. Todo inglés es libre, y no se puede acusar a nadie de vileza porque cambia un medio de subsistencia por otro.

El señor Falkland negó con la cabeza; y con una sonrisa de gran comprensión dijo:

—Hermano, hermano; eres víctima de su artificio. Yo siempre le he mirado con recelo, y me he dado cuenta de su depravación. Hace poco he descubierto…

—¡Espera un momento! —le interrumpió el señor Forester—. Pensaba que quizá utilizabas esos duros términos al azar, movido por la irritación. Pero si tienes una acusación grave que hacer, no debemos hablar de esto hasta que yo tenga la seguridad de poder escuchar también al muchacho. Me da igual la buena opinión de los demás. Me tiene sin cuidado lo que el mundo concede o retira sin pararse a pensar demasiado. Pero eso no quiere decir que acepte a la ligera una mala opinión de otro. Lo menos que puedo conceder a los que catalogo como ejemplo y terror de su especie, es que sean escuchados en su propia defensa. Es sabio principio el que exige que el juez acuda al tribunal sin conocer los méritos de la causa que tiene que juzgar, y personalmente estoy decidido a atenerme a él. Siempre consideraré justo mostrarme severo e inflexible con los que delinquen; pero la severidad posterior al juicio debe ir acompañada de una previa imparcialidad y prudencia.

Al ver el señor Forester, mientras me contaba todo esto, que estaba a punto de estallar en alguna exclamación, no me dejó abrir la boca.

—No —dijo—; no he querido saber qué tiene el señor Falkland contra ti; y tampoco puedo oír tu defensa. Ahora vengo a decirte algo, no a escucharte: me parece justo advertirte del peligro, pero por el momento no

debo hacer nada más. Reserva lo que tengas que decir para su momento. Procura contar una buena historia: verdadera, si te puede ayudar la verdad; pero si no, la más plausible e ingeniosa que se te ocurra. Es lo que la propia defensa exige a todo hombre cuando, como en un juicio, tiene al mundo entero contra él, y debe luchar contra todos. ¡Adiós, y que el Todopoderoso te conceda un veredicto favorable! Si la acusación del señor Falkland, cualquiera que sea, resulta infundada, ten la seguridad de que me tendrás más amigo que nunca. ¡Si no, éste será el último acto de amistad que recibas de mí!

Como es fácil comprender, un discurso tan extraño, tan solemne, tan lleno de potencial amenaza, no era como para animarme. Me tenía perplejo qué acusación podía presentar el señor Falkland contra mí, y no poco asombrado —cuando podía alzarme como su más formidable acusador— hallar los principios de la justicia tan completamente invertidos, de manera que el individuo inocente era la parte acusada y perseguida, en vez de tener al verdadero criminal a su merced como sería lógico. Más asombrado aún me tenía el poder sobrehumano que parecía poseer el señor Falkland, para atraer de nuevo a su víctima al alcance de su autoridad; reflexión que frenaba en cierto modo la impaciencia y atrevimiento que ahora constituían los sentimientos dominantes de mi espíritu.

Pero no era momento de ponerme a meditar. Para el sufriente, el curso de los acontecimientos le aparta de su dirección, y le arrastra con fuerza irresistible sin que pueda hacer nada para frenar su ímpetu. Sólo tuve unos momentos para reflexionar, antes de que diera comienzo mi juicio. Me condujeron a la biblioteca donde había pasado tantas horas felices y tantas horas de divagación: allí encontré al señor Forester ya esperándome con tres o cuatro criados, y a mi acusador. Todo me hizo comprender que sólo debía confiar en la justicia de quien me iba a juzgar, y no poder esperar nada de su indulgencia. El señor Falkland entró por una puerta casi a la vez en que entraba yo por la otra.

Capítulo X

Empezó:

—Ha sido principio de mi vida no causar jamás daño intencionadamente a ningún ser vivo; no hace falta que exprese mi pesar cuando me he visto obligado a formular una acusación criminal. Con qué alivio habría dejado pasar en silencio el agravio que ahora tengo que denunciar; pero mi deber para con la sociedad me exige descubrir al que delinque, e impedir que su aparente integridad engañe a otros como me ha engañado a mí.

—Será mejor que vayas al grano —le interrumpió el señor Forester—. No sea que al disculparnos, contribuyamos impensadamente a crear en este momento un prejuicio contra el individuo al que bastante va a perjudicar ya la acusación criminal.

—Tengo razones para sospechar —prosiguió el señor Falkland— que este joven, al que he distinguido de manera especial con mi afecto, ha cometido un importante robo en mi casa.

—¿Cuáles son esas razones? —preguntó el señor Foresten.

—La primera es la desaparición efectiva, que he comprobado, de dinero, joyas y cubiertos. Me han desaparecido novecientas libras en dinero, más tres relojes de oro de considerable valor, un juego completo de diamantes que era de mi difunta madre, y varios objetos más.

—¿Y por qué —prosiguió mi árbitro, con el asombro, el malhumor y un deseo de mantenerse sereno contendiendo en su semblante y su voz— señalas a este joven como causante de ese despojo?

—Al llegar a casa el día en que todo era confusión y alarma a causa del fuego, le sorprendí saliendo del cuarto privado donde estaban guardados esos objetos. Se turbó al verme, y se fue a toda prisa.

—¿No le dijiste nada, no le hiciste observar la confusión que tu súbita

aparición le había causado?

—Le pregunté a qué había entrado. Al principio se quedó tan aterrado y perplejo que no fue capaz de responder. Después, tartamudeando, me dijo que, mientras los criados estaban ocupados tratando de salvar lo más valioso, él había ido allí con la misma idea. Pero no había retirado nada.

—¿No comprobaste en ese momento si faltaba algo?

—No. Solía confiar en su honradez, y en ese instante tenía que acudir a otra parte ante el creciente avance de las llamas. Así que me limité a quitar la llave de la puerta después de cerrar, me la metí en el bolsillo, y corrí a donde mi presencia parecía necesaria.

—¿Cuánto tiempo transcurrió, antes de que echaras de menos esas cosas?

—Esa misma noche. La agitación del momento había hecho que me olvidara del incidente, hasta que al pasar por casualidad junto al aposento, me vino de pronto a la memoria, junto con el extraño y dudoso comportamiento de Williams. Entré al punto, examiné el cofre en el que estaban guardados esos objetos y, para mi asombro, descubrí rotas las cerraduras, y que habían desaparecido.

—¿Qué hiciste ante ese descubrimiento?

—Mandé llamar a Williams y hablé seriamente con él. Pero había recobrado el dominio de sí, y negó enérgicamente saber nada del asunto. Le hice ver la enormidad del delito, pero no le hizo la menor impresión. No manifestó ni la sorpresa e indignación que habría podido esperarse en una persona inocente, ni el desasosiego que generalmente acompaña a la culpa. Se mostró más bien callado y reservado. Entonces le comuniqué que iba a proceder de manera distinta de como quizá esperaba él. No haría una investigación general, como suele hacerse en estos casos, porque prefería perder para siempre lo que me había sido sustraído a exponer a multitud de personas inocentes a la ansiedad y la injusticia. Mis sospechas en esos momentos se centraban de manera inevitable en él. Pero en un asunto de tal importancia estaba decidido a no actuar sólo por sospechas. No quería arruinarle si era inocente, ni permitir que hiciera a otros víctimas de sus depredaciones si era culpable. Así que insistí meramente en que continuara a mi servicio. Tendría la seguridad de que estaba estrechamente vigilado, y

confiaba en que al final saldría toda la verdad. Aunque ahora se negaba a confesar, le aconsejé que pensase cuán lejos estaría de lograr la impunidad al final. Tenía decidido que, en el instante en que intentara escapar, lo consideraría un indicio de culpa y procedería en consecuencia.

—¿Qué ha ocurrido de entonces a hoy?

—Nada de lo que se pueda inferir una certeza de culpa. Varios detalles que favorecen la sospecha. Desde entonces, he visto a Williams perpetuamente inquieto en su puesto, y siempre deseoso de huir, como ahora, aunque no se ha atrevido a dar ese paso sin ciertas precauciones. Fue no mucho después de tu estancia con nosotros. Observé con disgusto el creciente trato entre vosotros, teniendo en cuenta la doblez de su carácter, y el intento que haría probablemente de hacerte víctima de su hipocresía. Así que le amenacé severamente, y creo que observaste el cambio que poco después se operó en su comportamiento contigo.

—Efectivamente; me pareció misterioso y sorprendente.

—Algún tiempo después, como sabes bien, tuvo lugar un encuentro entre vosotros, no sé si accidental o buscado por su parte, cuando te confesó su inquietud sin revelarte la causa, y te propuso abiertamente que le ayudases a huir, y en caso necesario te interpusieses entre él y mi resentimiento. Al parecer te ofreciste a tomarle a tu servicio; pero como él reconoció, nada que no me impidiera descubrirle públicamente satisfacía su propósito.

—¿No te parece extraordinario que esperase alguna protección de mí, cuando podías perfectamente ponerme al corriente de su doblez?

—Quizá tenía esperanzas de que yo no diera ese paso, al menos mientras ignorase su paradero, y en consecuencia fuera dudoso el resultado de mi actuación. Quizá confiaba en su propia capacidad, nada desdeñable, para elaborar una historia plausible; sobre todo habiendo tenido el cuidado de causar una primera impresión favorable. Al fin y al cabo, reservaba tu protección para el caso de que le fallasen todos los demás expedientes. No parece que tuviera otro motivo que ése: por si fracasaba su plan de ponerse fuera del alcance de la justicia, era mejor contar con un puesto bajo tu patrocinio que quedarse sin amparo alguno.

Concluida su declaración, el señor Falkland pidió a Robert, el ayuda de

cámara, que confirmase la parte referente al día del incendio.

Robert declaró que ese día fue por casualidad a la biblioteca unos minutos antes de que el señor Falkland regresase a casa atraído por el incendio; que me había visto allí, de pie, con todos los síntomas de turbación y miedo; que le chocó tanto verme que no pudo por menos de dirigirse a mí; que me había preguntado dos o tres veces antes de obtener respuesta, y que todo lo que pudo sacar en claro era que yo le parecía el ser más desdichado del mundo.

Dijo además que ese mismo día por la noche el señor Falkland le llamó al gabinete privado anexo a la biblioteca y le pidió que trajese un martillo y clavos. Después le mostró un cofre que había en el centro del cuarto con las cerraduras rotas, y le ordenó que se fijase y recordase lo que veía, pero que no se lo dijese a nadie. Robert no sabía en ese momento qué pretendía el señor Falkland con estas instrucciones, que le dio con gesto solemne y elocuente; pero de lo que no tenía la menor duda era de que las cerraduras estaban rotas y retorcidas por haberles aplicado un escoplo o algo parecido para forzar el baúl.

Tras esta declaración, el señor Forester comentó que como gran parte se refería al día del incendio, parecía aportar sólidos motivos de sospecha, y que los incidentes ocurridos desde entonces contribuían a reforzarla. Entretanto, como no podía omitirse nada que fuera pertinente, preguntó si al huir me había llevado mis pertenencias, y sugirió que se buscase mi equipaje, por si por ese medio podía descubrirse alguna pista que confirmase la imputación. El señor Falkland no concedió importancia a esta sugerencia, diciendo que, si era yo el ladrón, seguro que habría evitado un escondite tan fácil de descubrir. A esto replicó el señor Forester que tal posibilidad, aunque atinada, no siempre la tenían en cuenta los hombres en sus acciones y conducta; y ordenó que trajesen mi equipaje a la biblioteca si era encontrado. Escuché complacido esta sugerencia; y aunque me sentía inquieto y turbado, viendo cómo las apariencias se confabulaban contra mí, confié en que este recurso diera un cariz distinto a mi causa. Me apresuré a confesar dónde había depositado mis pertenencias; poco después, los criados, siguiendo mis instrucciones, trajeron lo que el señor Forester pedía.

Las dos primeras cajas que abrieron no contenían nada que confirmase

la acusación; en la tercera encontraron un reloj y varias joyas que al punto fueron reconocidas como propiedad del señor Falkland. La aparición de esta prueba supuestamente decisiva causó asombro y preocupación; pero en nadie fueron más grandes que en el señor Falkland: le parecía increíble que hubiera dejado atrás los objetos robados; aunque dado lo seguro que era el escondite que había encontrado para depositarlos, no era tan extraño; en cuanto al señor Forester, comentó que no era improbable que se me hubiera ocurrido que fuera más fácil recuperarlos después que cargar con ellos en una huida precipitada.

Aquí consideré necesario intervenir. Reclamé enérgicamente mi derecho a dar una explicación fiel e imparcial. Pregunté al señor Forester si le parecía probable que, de haber robado yo esas cosas, no se me hubiera ocurrido llevármelas; y también que, sabiendo que podían ser encontradas entre mis pertenencias, hubiera indicado yo dónde las había escondido.

La insinuación que di a entender de que la hipótesis del señor Forester no fuera imparcial hizo que se le encendiera de ira el semblante.

—¿Imparcial, muchacho? ¡Sí, ten la seguridad de que vas a recibir de mí el trato más imparcial! ¡Que Dios te ilumine, y pueda responder a eso! Dentro de un momento se te escuchará toda la defensa que seas capaz de aportar.

»Esperas que te creamos inocente porque no te llevaste esos objetos. El dinero ha desaparecido. ¿Dónde está? Las inconsecuencias y descuidos de la mente humana son imprevisibles, y más aún cuando se halla turbada por una conciencia culpable.

»Esas cajas y baúles han aparecido siguiendo tus propias instrucciones. Verdaderamente, es muy extraño. Parece poco menos que una chifladura. Pero ¿para qué apelar a las probabilidades y a las hipótesis cuando los hechos son tan incontestables? Ahí están las cajas. Sólo tú sabías dónde se encontraban. Sólo tú tenías las llaves. Dinos, ¿cómo han ido a parar a ellas este reloj y estas joyas?»

Guardé silencio.

Para el resto de los presentes yo parecía ser sólo el individuo que ha sido descubierto; pero la verdad es que, de todos, era el que menos sabía en cada momento qué iba a pasar a continuación, y el que escuchaba cada

palabra que se decía con el más irreprimible asombro. Asombro que a veces dejaba paso a la indignación y el horror. Al principio no podía evitar interrumpir a cada momento. Pero el señor Forester acallaba mis intentos, y poco después comprendí cuán necesario era para mi paz futura emplear todas mis energías intelectuales en rebatir la acusación y hacer valer mi inocencia.

Una vez aducido cuanto podía presentarse en mi contra, el señor Forester se volvió con conmiseración y pesar, y me dijo que si tenía algo que alegar en mi defensa, éste era el momento. En respuesta a su invitación, dije más o menos: —Soy inocente. En vano se han acumulado cargos contra mí: no hay persona en el mundo menos capaz que yo de cometer las acciones de que se me acusa. Apelo a mi corazón; apelo a la estima que siempre he merecido; apelo a los sentimientos que he manifestado en todos los momentos de mi vida.

Pude notar que la vehemencia con que hablé causaba cierta impresión en los que me escuchaban. Pero un momento después volvieron los ojos hacia los objetos que tenían delante, y les cambió la expresión. Proseguí: —Una cosa más tengo que añadir: no he engañado al señor Falkland, y él sabe perfectamente que soy inocente.

No bien pronuncié estas palabras, se les escapó a todos los presentes un grito involuntario de indignación. El señor Forester se volvió hacia mí con una expresión de extrema severidad, y dijo: —Muchacho; ¡piensa lo que dices! Es privilegio de la parte acusada decir lo que crea conveniente, y velaré porque disfrutes al máximo de ese derecho. Pero ¿crees que te reportará algún beneficio arrojar insinuaciones tan intolerables?

—Le agradezco muy sinceramente su advertencia —repliqué—; pero sé muy bien lo que digo. Hago esta declaración no sólo porque es solemnemente cierta, sino porque además está inseparablemente relacionada con mi defensa. Soy la parte acusada, y se me dirá que nadie va a creer lo que diga en mi descargo. No puedo presentar a otro testigo de mi inocencia; por tanto, pido que el señor Falkland sea mi testigo. Y le pregunto: »¿No se ha jactado ante mí, en privado, de que tiene poder para destruirme? ¿No ha dicho nunca que, si alguna vez me atraía su disfavor, mi ruina sería irremediable? ¿No me dijo que aunque preparase una coartada

de lo más plausible y veraz, haría que todo el mundo me execrase como impostor? ¿No fueron ésas sus palabras? ¿No añadió que de nada me valdría mi inocencia, y que se reiría de tan débil defensa? Y le pregunto también: ¿No recibió una carta mía la mañana del día en que me fui, pidiéndole permiso para marcharme? ¿Habría hecho yo eso si mi huida hubiese sido la de un ladrón? Desafío a cualquiera a que conjugue las expresiones de esa carta con la acusación que se me hace. ¿Habría empezado diciéndole que quería abandonar su servicio si mi deseo y los motivos de mi marcha hubiesen sido de la naturaleza que ahora se alega? ¿Me habría atrevido a preguntar por qué razón se me sometía así a tan eterna penitencia?»

Mientras decía esto saqué una copia de mi carta y la puse abierta sobre la mesa.

El señor Falkland no contestó inmediatamente a mis preguntas. El señor Forester se volvió hacia él, y dijo: —Y bien, ¿qué contestas a la recusación de tu criado?

El señor Falkland respondió:

—Esa clase de defensa casi no necesita contestación. Pero voy a decir algo: no ha habido tal conversación, jamás he dicho tales palabras ni he recibido semejante carta. Evidentemente, no es refutación suficiente de una acusación criminal el que el criminal rechace lo que se aduce contra él con abundancia de palabras y osadía de actitud.

El señor Forester se volvió entonces hacia mí.

—Si fías tu defensa en la plausibilidad de tu historia —dijo—, debes procurar que sea coherente y completa. No nos has dicho cuál era la causa de la confusión y desasosiego en que Robert afirma que te sorprendió, por qué tenías tantas ganas de dejar el servicio del señor Falkland, ni cómo se explica que ciertos objetos de su propiedad hayan aparecido entre tus pertenencias.

—Todo eso es verdad, señor —contesté—. Hay ciertas partes de mi historia que no he contado. Si se contaran, no redundarían en mi perjuicio, y harían que la presente acusación pareciese aún más asombrosa. Pero, al menos de momento, no puedo decidirme a exponerlas. ¿Es preciso que dé razones concretas de por qué quiero cambiar de lugar de residencia? Todos

ustedes saben el infortunado estado espiritual del señor Falkland. Conocen su severidad, su reserva y la distancia de su trato. Si no tuviese otras razones, ésta aportaría poca presunción de criminalidad a mi deseo de cambiar su servicio por otro.

»En cuanto a cómo han aparecido estos objetos del señor Falkland entre mis cosas, es más grave. Es una pregunta a la que soy totalmente incapaz de contestar. Descubrirlos ahí ha sido tan inesperado para mí como para cualquiera de los que están aquí. Sólo sé eso; del mismo modo que tengo la más absoluta seguridad de que el señor Falkland es consciente de mi inocencia. Porque, ¡fíjese bien!, no me retracto de esa afirmación, sino que la reitero con renovada confianza. Y por tanto, creo firmemente y con toda el alma que están ahí por maquinación del propio señor Falkland.»

No bien dije esto, me interrumpió otra vez una exclamación involuntaria procedente de todos los presentes. Me lanzaron miradas furiosas, como si quisieran despedazarme con ellas. Proseguí: —Ahora he contestado a todo lo que se aduce contra mí. Señor Forester, es usted amante de la justicia: le suplico que no la viole en mi persona. Es usted un hombre perspicaz; míreme: ¿ve en mí algún signo de culpa? Recuerde cuanto ha podido observar; ¿es compatible con una mente capaz de lo que ahora se me imputa? ¿Podría un verdadero criminal mostrarse tan imperturbable, sereno y firme como yo me muestro ahora?

»¡Compañeros de la servidumbre! El señor Falkland es un hombre de rango y fortuna; es vuestro señor. Yo soy un pobre campesino sin amigos en el mundo. Eso en cierto modo establece una diferencia efectiva; pero no es razón suficiente para subvertir la justicia. Recordad que estoy en una posición que no puede tomarse a la ligera, que un fallo en mi contra ahora, en un caso en el que os aseguro solemnemente que soy inocente, me despojará para siempre de mi reputación y mi tranquilidad espiritual, concitará al mundo entero contra mí, y quizá determine mi libertad y mi vida. Si creéis, si veis, si sabéis que soy inocente, hablad en mi favor. No consintáis que una timidez pusilánime os impida salvar de la destrucción a un semejante que no se merece tener a nadie por enemigo. ¿Por qué se nos ha concedido el don de la palabra, sino para comunicar nuestros pensamientos? Jamás creeré que un hombre consciente de su inocencia no

pueda hacer comprender a otros tal pensamiento. ¿No os dais cuenta de que mi corazón entero está gritando: “No soy culpable de lo que se me acusa?”

»A usted, señor Falkland, no tengo nada que decirle. Le conozco, y sé que es inconmovible. A la vez que alega tan odiosas acusaciones contra mí, admira mi resolución y mi paciencia. Pero no espero nada de usted. Puede contemplar mi ruina sin la menor compasión ni remordimiento. Soy muy desafortunado al tenerle por adversario. Me obliga a decir cosas malas de usted; sin embargo, apelo a su corazón para que juzgue si mi lenguaje es el de la exageración o la venganza».

Una vez que se hubo dicho cuanto podían alegar una y otra parte, el señor Forester pasó a hacer algunas consideraciones generales.

—Williams —dijo—, la acusación contra ti es grave; la prueba material es fuerte; las circunstancias que la corroboran, numerosas y notables. Reconozco que has mostrado bastante habilidad en tus respuestas; pero has de saber para tu pesar, muchacho, que la habilidad, por poderosa que pueda ser en algunos casos, te valdrá de poco frente a la tozudez de la verdad. Es una suerte para la humanidad que el imperio del talento tenga sus limitaciones, y que no esté en poder del ingenio subvertir la distinción de lo justo y lo injusto. Créeme que los verdaderos méritos del caso contra ti son demasiado fuertes para que los derribe la sofistería, que prevalecerá la justicia, y que la impotente maldad será derrotada.

»En cuanto a ti, Falkland, la sociedad está en deuda contigo por haber sacado a la luz este turbio asunto. No permitas que las difamaciones del criminal te creen inquietud. Ten la seguridad de que se demostrará que carecen de fundamento. No dudes que tu reputación ante todo el que las ha oído está más alta que nunca. Sentimos tu desasosiego al verte obligado a oír esas calumnias de la persona que tan groseramente se atreve a injuriarte. Pero debes ser considerado en esto un mártir de la causa pública. La pureza de tus motivos y tus inclinaciones está fuera del alcance de la malicia, y la verdad y la equidad no dejarán de dar a la infamia de tu calumniador lo que se merece, y a ti el amor y la aprobación de la humanidad.

»He dicho, Williams, lo que pienso de tu caso. Pero no tengo derecho a

erigirme en tu juez último. Aunque me parece inútil, te daré un consejo como si me hubiesen designado para asistirte. Deja a un lado lo que tienda a traducirse en perjuicio del señor Falkland. Defiéndete lo mejor que puedas, pero sin atacar a tu señor. Lo importante para ti es predisponer en tu favor a los que te escuchan. Pero la recriminación que hasta ahora has practicado producirá siempre indignación. La falta de honradez siempre admite alguna mitigación. La deliberada malevolencia que has mostrado hasta ahora es mil veces más atroz: prueba que tienes una mentalidad de demonio, más que de criminal. Allí donde la repitas, los que te oigan te declararán culpable, aunque las pruebas contra ti fuesen claramente insuficientes. De manera que si consultas tus intereses (lo que parece que es tu única consideración), te conviene de todas todas retractarte. Si quieres que se te considere honrado, debes mostrar primero que eres sensible a los méritos de los demás. No puedes prestar mejor servicio a tu causa que pidiendo perdón a tu señor, y rindiendo homenaje a la rectitud y el mérito, aunque se utilicen contra ti».

Como es fácil imaginar, el fallo del señor Forester me produjo una extrema conmoción interior; pero su llamada a que me retractase y me humillase ante mi acusador me llenó de indignación. Contesté: —Ya le he dicho que soy inocente. Creo que no soportaría el esfuerzo de inventar una defensa plausible si no fuera así. Acaba de afirmar que no está al alcance del ingenio subvertir la distinción entre lo justo y lo injusto, y en ese mismo instante los veo subvertidos. Es, verdaderamente, un momento muy duro para mí. Nuevo en el mundo, no sé más de sus asuntos que lo que me llega por rumores o lo que hay consignado en los libros. He entrado en él con todo el ardor y la confianza de mis años. En cada uno de mis semejantes esperaba encontrar a un amigo. No estoy avezado en sus ardides, ni familiarizado con su injusticia. No he hecho nada para merecer la animosidad de los hombres; pero si he de juzgar por este pleito, me veré privado en adelante de los beneficios de la integridad y el honor. Voy a perder la amistad de aquéllos a quienes he conocido hasta ahora, y el derecho a adquirir la de otros. Por tanto, deberé buscar satisfacción en mí mismo. Tenga la seguridad de que no emprenderé ese camino por una concesión deshonrosa. Si he de renunciar a la simpatía de otros hombres, al

menos mantendré mi independencia de espíritu. El señor Falkland es mi enemigo implacable. Sean cuales sean sus méritos en otros aspectos, conmigo procede sin humanidad, remordimiento ni principio ninguno. ¿Cree que me voy a someter a un hombre que me trata de ese modo, que me voy a postrar a los pies de quien es un demonio para mí, y a besar una mano manchada con mi sangre?

—En cuanto a eso —respondió el señor Forester— haz lo que creas conveniente. Confieso que me asombra tu firmeza y tu coherencia. Aumenta la idea que yo me había formado de las facultades humanas. Quizá has elegido el papel que en definitiva mejor puede servir a tus intereses, aunque creo que una actitud más moderada sería más conciliadora. Te aseguro que la inocencia exterior hará vacilar a personas que puede que tengan la dirección de tu destino, pero jamás prevalecerá frente a los hechos simples e incontrovertibles. Pero he terminado contigo. Veo en ti un nuevo ejemplo de ese mal uso que tan generalmente se hace del talento que admira el público que no discrimina. Te miro con horror. Lo único que me queda es cumplir con mi deber entregándote, como monstruo de depravación que eres, a la justicia de tu país.

—No —replicó el señor Falkland—; jamás consentiré tal cosa. He permanecido callado hasta aquí porque era justo que los testimonios y el interrogatorio siguiesen su curso. He reprimido mis impulsos y sentimientos porque parecía que era un deber público desenmascarar la hipocresía. Pero no puedo seguir soportando esta violencia. Toda mi vida he mediado para proteger al que sufre, no para oprimirle; y lo seguiré haciendo ahora. Sus ataques impotentes a mi reputación no me producen enojo ninguno; su malevolencia me hace sonreír, pero no merma en absoluto mi buena disposición hacia la persona de la que provienen. Que diga lo que le parezca: no puede hacerme daño. Convenía exponerle a la vergüenza pública para evitar que engañe a otros como nos ha engañado a nosotros. Pero no hay necesidad de llevar esto más lejos, e insisto en que se le permita ir a donde le plazca. Lamento que el interés público proporcione tan sombría perspectiva a su futura felicidad.

—Falkland —contestó el señor Forester—, esos sentimientos humanitarios te honran; pero no los voy a complacer. Sólo pueden servir

para arrojar más luz al veneno de esta serpiente, de este monstruo de ingratitud, que primero roba a su benefactor, y luego le difama. ¡Desdichado! ¿No hay nada que te conmueva? ¿Eres inaccesible al remordimiento? ¿No te llegan al alma las bondades inmerecidas de tu señor? ¡Vil calumniador! ¡Eres el desecho de la naturaleza, el oprobio de la especie humana, y el mundo sólo puede librarse de tan insoportable carga eliminándote! Ten presente, hermano, que en el mismo instante en que muestras con él una indulgencia sin igual, este monstruo tiene la osadía de culparte de cometer un crimen del que sabe que eres inocente; más aún: de haber colocado los supuestos objetos robados entre sus cosas con el propósito de arruinarle. Esta infamia sin precedentes hace que sea tu deber librar al mundo de semejante sabandija, y tu interés no cejar en su persecución, no sea que viendo tu clemencia, el mundo dé crédito a sus calumniosas insinuaciones.

—No me importan las consecuencias —replicó el señor Falkland—. Quiero hacer lo que me dicta la conciencia. Jamás contribuiré a reformar a la humanidad con el hacha y la horca; las cosas nunca serán como deben ser mientras a la humanidad la gobierne la ley y no el honor, mientras no se enseñe al vicio a replegarse ante el poder irresistible de la dignidad innata, no ante la fría formalidad de las estatuas. Si mi calumniador fuese digno de mi enojo le castigaría con mi propia espada, no con la del magistrado. Pero en el caso actual su malicia me hace sonreír; y quiero perdonarle, como el señor generoso del bosque perdona al insecto que turba su descanso.

—Esas palabras son propias de la caballería —dijo el señor Forester—, no de la razón. Sin embargo, no puede por menos de sorprenderme el contraste que observo entre la magnanimidad de la virtud y la terca e impenetrable sinrazón de la culpa. Mientras tu espíritu rebosa de bondad, nada consigue conmover el corazón de este villano recalcitrante. Jamás me perdonaré haberme dejado embaucar una vez por sus artes detestables. No es momento para dirimir la cuestión entre la caballería y la ley. Así que me limito a insistir como magistrado, habiendo constatado la evidencia de este delito, en mi deber y obligación de seguir el curso de la justicia, y enviar a este hombre a la prisión del condado.

Tras continuar algo más la discusión, el señor Falkland, viendo firme e

intransigente al señor Forester, renunció a seguir oponiéndose. Así que el señor Forester mandó llamar a un oficial de la ciudad, redactó una orden de detención, y prepararon un carruaje del señor Falkland para trasladarme al lugar de custodia. Como es fácil imaginar, este súbito revés fue de lo más doloroso para mí. Miré a los criados que habían presenciado mi interrogatorio, pero ninguno de ellos manifestó con palabras o gestos compasión alguna por mi desgracia. Les parecía atroz el robo del que era acusado, y cualquier destello de compasión que hubiera podido brotar de sus espíritus ingenuos e indisciplinados lo apagó su indignación ante mi supuesto descaro en recriminar a su digno y excelente señor. Decidido ya mi destino, y despachado un criado para que trajese al oficial, el señor Forester y el señor Falkland se retiraron, dejándome bajo la custodia de otros dos.

Uno de ellos era el hijo de un granjero vecino que había sido bastante amigo de mi difunto padre. Quise saber cuál era exactamente la opinión de los que habían sido testigos de esta escena y que habían tenido ocasión de observar mi carácter y manera de ser. Así que intenté trabar conversación con él.

—Bueno, mi buen Thomas —dije en tono quejumbroso y vacilante—, ¿no te parece que soy el ser más desventurado?

—¡No me dirijas la palabra, Williams! Tu conducta me ha hecho tal impresión que tardará tiempo en pasárseme. Como suele decirse, cría cuervos y te sacarán los ojos. Me alegro sinceramente de que el honrado granjero Williams esté muerto; si no, tu villanía le habría hecho maldecir el día en que nació.

—¡Thomas, soy inocente! ¡Juro por el Dios que me tiene que juzgar que soy inocente!

—¡Por favor, no jures! ¡Por lo que más quieras, no jures! Bastante condenada tienes ya tu pobre alma sin eso. Por tu causa, muchacho, jamás me fiaré de la palabra de nadie… ni de su apariencia, aunque fuese un ángel. ¡Válgame Dios, lo bien que discurseabas; talmente como si fueras tan inocente como un recién nacido! Pero de nada te valdrá; jamás harás ver a nadie lo negro blanco. En lo que a mí respecta, tú y yo hemos terminado. Ayer te quería como a un hermano. Hoy mi cariño es tal que haría encantado diez millas para ver cómo te ahorcan.

—¡Por favor, Thomas!, ¿acaso no tienes corazón? ¡Qué cambio! ¡Pongo a Dios por testigo de que no he hecho nada para merecer eso! ¡En qué mundo vivimos!

—¡Contén esa lengua, muchacho! ¡Me repugna oírte! ¡Por nada del mundo dormiría una noche bajo el mismo techo que te cobija! ¡La pasaría esperando que se derrumbara la casa y aplastara semejante maldad! ¡Me asombra que no se abra la tierra y te trague vivo! ¡Tu sola presencia es ya venenosa! Como sigas empeñado en esa insensibilidad, seguro estoy de que la gente a la que acudas te va a despedazar y no llegarás vivo al cadalso. Sí, sí; haces bien en compadecerte de ti mismo, pobre muchacho, mientras escupes veneno a tu alrededor como un sapo y dejas infectado con tu baba el suelo por el que te arrastras.

Viendo a mi interlocutor así de inconmovible a cuanto yo dijera, y considerando que era muy poco lo que podía ganar aunque lograra predisponerle a mi favor, seguí su consejo y me callé. No mucho después quedó todo dispuesto para mi traslado, y fui conducido a la misma prisión donde hacía poco habían estado encerrados los inocentes Hawkins. Ellos también habían sido víctimas del señor Falkland. Se revelaba, a escala reducida, es verdad, pero con perfiles rigurosamente exactos, como una copia de lo que son los monarcas, que cuentan con las prisiones estatales entre los instrumentos de su poder.

Capítulo XI

Jamás había pisado yo una prisión; y como la mayoría de mis semejantes, me había preocupado muy poco por averiguar cuál era la situación de los que habían cometido algún delito o se habían vuelto dañinos para la comunidad. ¡Ah, qué envidiable es la humilde cabaña a la que se retira el campesino a descansar comparada con el recinto que forman estos muros!

Todo era nuevo para mí, las puertas macizas, los cerrojos chirriantes, los corredores oscuros, las ventanas enrejadas, la expresión de los carceleros, acostumbrados a denegar toda petición y a desterrar toda compasión de sus corazones. La curiosidad y la conciencia de mi situación me hicieron fijarme en el rostro de estos hombres, pero pocos minutos después aparté la mirada con una aversión insuperable. Es imposible describir la clase de suciedad y miseria que caracteriza a estas moradas. He visto caras sucias en viviendas sucias que, sin embargo, daban impresión de salud y revelaban más desaliño y abulia que desventura. Pero la suciedad de las prisiones comunica tristeza al corazón, y parece deberse a un estado de putrescencia e infección.

Me tuvieron más de una hora en el cuarto de guardia, donde fueron entrando un llavero tras otro para familiarizarse con mi persona. Como se me consideraba ya culpable de un delito grave, me sometieron a un registro minucioso, me quitaron un cortaplumas, unas tijeras y la parte de dinero que llevaba en oro. Deliberaron sobre si debían guardar estas cosas bajo sello, para devolvérmelas, decían, cuando quedase en libertad; y de no haber presentado yo una actitud firme y haber protestado con energía, eso es probablemente lo que habrían hecho. Después de pasar por todos estos preámbulos, me metieron en una sala donde se hallaban los individuos que había encerrados por delito, once en total. Cada uno estaba demasiado absorto en sus propias reflexiones para fijarse en mí: dos cumplían pena por

robar caballos y tres por robar ovejas, uno por atracar una tienda, otro era falsificador de moneda, dos eran salteadores de caminos, y otros dos eran desvalijadores de casas.

Los ladrones de caballos estaban jugando una partida de cartas, y en ese momento la habían interrumpido por una diferencia de opinión que trataban de dirimir a grandes voces, llamando a unos y a otros para que acudiesen a decidir, aunque en vano, bien porque no les hacían caso, bien porque les dejaban en mitad de su argumentación, incapaces de soportar su propia angustia interior en medio de semejante pantomima.

Es costumbre entre los ladrones constituir una especie de remedo de tribunal que informa a cada uno de su fallo, si va a ser absuelto, indultado, o se le va a suspender la sentencia, así como de cuál es el modo más hábil de llevar su defensa. Uno de los desvalijadores que ya había pasado por esta prueba y paseaba a grandes zancadas por la estancia con forzada bizarría comentó a voces a su compañero que era tan rico como el mismísimo duque de Bedford: tenía cinco guineas y media, que era todo lo que podría gastar, quizá, durante el mes siguiente; lo que pasara después sería asunto de Jack Ketch, no de él. Y dicho esto se arrojó súbitamente en un banco que tenía cerca, y pareció quedarse dormido al instante. Pero su sueño era desasosegado e inquieto, su respiración agitada, y a intervalos exhalaba algo así como un gemido; un individuo joven del otro extremo se acercó despacio con un gran cuchillo en la mano, y le aplicó el canto romo de la hoja con tal violencia en el cuello, mientras la cabeza le colgaba fuera del banco, que tuvo que hacer esfuerzos para poder levantarse.

—¡Ah, Jack! —exclamó este bromista—, ¡casi había hecho el trabajo por ti!

El otro no manifestó enfado alguno, sino que exclamó sombríamente.

—Maldita sea, ¿por qué no lo has hecho con el filo? ¡Habría sido la mejor obra que hubieras hecho en mucho tiempo![1]

El caso de uno de los sujetos encarcelado por salteador de caminos era no poco extraordinario. Se trataba de un soldado raso, muy apuesto, de veintidós años de edad. El demandante, al que le habían robado la cantidad de tres chelines una noche cuando regresaba de la taberna, juraba categóricamente que era él. La reputación del prisionero era tal que

raramente ha sido igualada. Se había dedicado con pasión a cultivarse, y su distracción favorita consistía en la lectura de las obras de Virgilio y Horacio. La humildad de su situación, junto a su entusiasmo por la literatura, hacía aún más interesante su personalidad. Era sencillo y natural; carecía de doblez, y era capaz de mostrar firmeza cuando el momento lo requería; pero normalmente parecía dócil e inofensivo, e incapaz de recelar engaño en los demás, ya que la astucia le era completamente ajena. De una integridad acendrada, una dama le había pedido en una ocasión que llevase una suma de mil libras a cierta persona que vivía a unas millas de distancia, y en otra un caballero le encomendó el cuidado de su casa con todo su contenido —cuyo valor era cinco veces esa cantidad— durante su ausencia. Sus ideas, estrictamente suyas, estaban llenas de justicia, sencillez y sabiduría. De vez en cuando se ganaba algún dinero gracias a la excelencia con que bruñía las armas de los oficiales; pero había rechazado las ofertas que le habían hecho de ascenderle a cabo o a sargento, alegando que no necesitaba dinero y que con la nueva situación tendría menos tiempo para la lectura. Asimismo, rechazaba los regalos que le ofrecían personas que habían observado sus méritos, no por falsa delicadeza ni por orgullo, sino porque no tenía inclinación a aceptarlos, aunque no juzgaba que estuviera mal. Este hombre murió estando yo en prisión: yo mismo le asistí en sus últimos momentos[2].

Me obligaron a pasar el día entero en compañía de estos hombres, algunos de los cuales habían cometido efectivamente las fechorías de las que estaban acusados, y a otros la mala suerte les había hecho víctimas de sospecha. Todo formaba una escena de desventura como nada salvo la realidad misma puede sugerir a la imaginación. Unos eran ruidosos y alborotadores, y con falsa valentía trataban de hacer caso omiso de su situación; otros, incapaces siquiera de ese esfuerzo, soportaban el tormento de sus conciencias agravado por el constante tumulto que reinaba a su alrededor. En los rostros de los que fingían valor podían observarse arrugas de ansiosa preocupación, y en medio de su forzada hilaridad les asaltaban de vez en cuando pensamientos espantosos que hacían que se les contrajera el semblante y que cada rasgo expresara la angustia más intensa. Ninguna alegría traía el sol a estos hombres: día tras día cruzaba el firmamento sin que mudara el destino de los infelices. La existencia era para ellos una

perpetua melancolía; cada momento era un momento de angustia, aunque deseaban prolongarlo por temor a que el siguiente fuera más aciago. Pensaban en el pasado con insoportable pesar, y cada uno habría dado contento su mano derecha a cambio de tener la posibilidad de elegir la paz y la libertad que irreflexivamente habían enajenado. Hablamos de los instrumentos de tortura; ¡los ingleses se atribuyen el haber desterrado el uso de esos instrumentos! Desgraciadamente, el que ha tenido ocasión de visitar los rincones de una prisión sabe muy bien que hay más suplicio en la lenta existencia de un criminal, en sus interminables minutos de silencio, que en el dolor tangible del látigo y el potro.

Así eran nuestros días. Al ponerse el sol aparecían nuestros carceleros, ordenaban que nos retiráramos, y nos encerraban en nuestros calabozos. Una circunstancia que agravaba amargamente nuestro destino era el gobierno arbitrario de estos individuos: eran indiferentes al dolor de los demás; eran incapaces de experimentar ninguna clase de sentimiento. Gozaban de manera bárbara y despiadada anunciando sus órdenes detestables y observando la lúgubre renuencia con que eran obedecidas. Fueran cuales fuesen sus órdenes, no servía de nada protestar; cualquier resistencia era premiada con los grillos y la dieta a pan y agua. Su tiranía no conocía otro límite que el de su propio capricho. ¿A quién podía acudir el desdichado recluso? ¿A qué quejarse, cuando las quejas son invariablemente acogidas con incredulidad? La excusa infalible del guardián es siempre un rumor de amotinamiento y la necesidad de tomar medidas; esta historia es la eterna barrera que impide corregir la situación.

Nuestros calabozos eran húmedas celdas de siete pies y medio por seis y medio, estaban bajo el nivel del suelo, y no tenían ventana, luz ni aire, salvo el que entraba por los pocos orificios practicados en la puerta para ese fin. En algunos de estos miserables habitáculos dormían tres[3]; yo tuve la suerte de disponer de uno para mí solo. Se acercaba el invierno. No nos permitían tener velas; y como he dicho ya, nos metían aquí a la puesta del sol y no nos sacaban hasta que volvía a salir. Ésa era nuestra situación durante catorce o quince horas de las veinticuatro del día. Yo no estaba acostumbrado a dormir más de seis o siete horas, y ahora tenía menos sueño que nunca; así que me veía obligado a pasar la mitad del día en este sitio lóbrego en

completa oscuridad, lo que no empeoraba poco mi suerte.

En los intervalos entre mis lúgubres reflexiones ejercitaba la memoria contando las puertas, cerraduras, cadenas, muros y ventanas enrejadas que había entre mi libertad y yo. «Éstos son —me decía— los ingenios que la tiranía se dedica a inventar con frío e insensible cálculo. Éste es el imperio que el hombre ejerce sobre el hombre. Así es confinado y aherrojado un ser nacido para sonreír, gozar, actuar y desplegarse. ¡Qué enorme tiene que ser la depravación y encallecimiento del que reclama este sistema de cambiar la salud y la serenidad y la alegría por la palidez del calabozo y las arrugas de la agonía y la desesperación!

»¡Gracias a Dios —exclama el inglés—, no tenemos ninguna Bastilla! ¡Gracias a Dios, aquí no se castiga a nadie que no haya cometido un crimen!» ¡Pobre inconsciente! ¿Es éste un país libre, cuando hay miles de seres que languidecen en mazmorras o cargados de cadenas? ¡Ve, loco ignorante, y visita nuestras prisiones! ¡Observa su ambiente malsano, su suciedad, la tiranía de sus gobernadores, el sufrimiento de sus presos, y tráeme después al cínico capaz de proclamar triunfalmente que Inglaterra no tiene ninguna Bastilla! ¿Hay alguna acusación tan banal que no haga al convicto merecedor de ser enviado a estas moradas detestables? ¿Hay alguna infamia que los jueces y fiscales no practiquen? Pero quizá conteste que todo eso se puede corregir. Sí, corregir: ¡así llaman a la consumación del agravio! ¿Dónde encontrará el desdichado, reducido a la última desesperación, y al que quizá la absolución llegue a salvarle en el instante supremo, dónde encontrará este hombre tiempo, y mucho menos dinero, para procurarse asesoramiento y abogados, y comprar el tedioso y carísimo remedio de la ley? No; se siente demasiado feliz al dejar atrás la mazmorra y el recuerdo de la mazmorra; y la tiranía y la opresión desenfrenadas pasan a ser herencia de su sucesor.

En cuanto a mí, eché una ojeada a los muros que me rodeaban, y pensé en la muerte prematura que tenía sobrados motivos para esperar; consulté con mi corazón, que no me susurraba sino palabras de inocencia; y me dije: «Ésta es la sociedad. Éste es su objeto, el fin de la razón humana: la distribución de la justicia. Para esto se han esforzado los sabios y han consumido sus lámparas de aceite hasta la media noche. ¡Para esto!»

El lector perdonará que me haya apartado del hilo de mi historia. Si alguien piensa que esto no son más que digresiones, recuerde que las he comprado a un precio muy alto. El reproche que fluye de mi pluma mana de un corazón rebosante. No son peroratas del hombre deseoso de exhibir su elocuencia. He sentido cómo me herían el alma los hierros de la esclavitud.

Creía que jamás le había tocado a ningún ser humano sufrir una miseria más absoluta que la que ahora soportaba yo. Recordé con asombro mi pueril ansiedad porque me interrogasen y descubriesen mi inocencia. La execré como la más insufrible presunción. Exclamé con el corazón anegado de amargura: «¿Cuál es el valor de una buena reputación? Es joya para los hombres nacidos para distraerse con baratijas. Sin ella podía haber tenido paz en el corazón, alegría en el trabajo, libertad. ¿Por qué confío mi felicidad al arbitrio de otros hombres? Pero aunque una buena reputación sea lo más valioso, ¿es éste el procedimiento que el sentido común prescribe para recobrarla? El lenguaje que estas instituciones dirigen al infortunado es: "Ven, sé excluido de la luz del día; sé compañero de quienes la sociedad ha marcado para execrarlos, sé esclavo de carceleros, sé cargado de grillos; ¡así quedarás limpio de toda mancha de indignidad, y se te restituirá la reputación y el honor!" Ese es el consuelo que presta a los que la maldad o la ligereza, el resentimiento particular o la porfía sin fundamento, ha calumniado sin ninguna razón. Porque yo mismo he sido consciente de mi inocencia, y me he dado cuenta, tras mi interrogatorio, de que las tres cuartas partes de los sometidos a un trato similar son personas a las que ni siquiera nuestros tribunales de justicia, con su arrogancia y diligencia, pueden hallar suficientemente culpables. ¡Qué débil tiene que ser esa parte del discernimiento humano que consiente poner su reputación y su bienestar bajo semejante custodia!»

Pero mi caso era aún peor. Me daba cuenta secretamente de que un juicio como el que nuestras instituciones han sido capaces de aplicar hasta ahora es digna consecuencia de semejante principio. ¿Qué posibilidad tenía yo, después de la purgación a la que estaba sometido, de salir finalmente absuelto? ¿Qué posibilidad había de que el juicio que me esperaba no fuera igual de imparcial que el que había sufrido en casa del señor Falkland? No: preveía mi condena.

Así que me vi privado de todo lo que la vida concede, de las grandes esperanzas que a menudo me había forjado, de la futura excelencia que tanto se complacía mi alma en imaginar, y obligado a pasar unas semanas en una prisión miserable para después perecer a manos del verdugo público. Ninguna lengua puede hacer justicia a la aversión y repugnancia que esta perspectiva despertaba en mí. Mi resentimiento no se circunscribía a mi acusador, sino que se extendía a toda la maquinaria de la sociedad. Jamás hubiera creído que todo esto fuera lógica consecuencia de instituciones inseparables del bien general. Veía a los miembros de la especie humana como otros tantos verdugos y torturadores. Los consideraba confabulados para destruirme; y este panorama de inexorable persecución me producía una angustia indecible. Miraba a uno y otro lado; era inocente; tenía derecho a esperar ayuda; pero todos los corazones se alzaban contra mí, todas las manos estaban dispuestas a prestar su fuerza para asegurar mi ruina. Nadie que no haya sentido en sus intereses más esenciales la justicia, la verdad eterna, la inalterable equidad de su parte, y de la otra la fuerza bruta, la terquedad impenetrable y la insolencia insensible, puede hacerse idea de las impresiones que entonces desfilaron por mi mente. Vi triunfante y entronizada la traición; vi los nervios de la inocencia reducidos a polvo por la garra de la culpa todopoderosa.

¿Qué alivio podía encontrar en estas impresiones? ¿Era alivio pasarme el día en medio de la impudencia y la execración, viendo reflejadas en cada rostro angustias sólo inferiores a las mías? Quien quiera formarse una idea realista de la región de los condenados no tiene más que presenciar durante seis horas un lugar como aquel en el que me tuvieron encerrado durante muchos meses. Ni una sola hora podía abstraerme de esta combinación de horrores, ni refugiarme en la calma de la meditación. El aire, el ejercicio, la variedad, el contraste, esas importantes actividades que vivifican el cuerpo humano, las tenía perpetuamente vedadas por la tiranía inexorable bajo la que había caído. La soledad nocturna del calabozo me resultaba menos insoportable; su única comodidad era la paja que me servía de lecho; pero era estrecho, húmedo y malsano. El sueño de un espíritu cansado de monotonía como el mío, al que jamás se le facilitaba entretenimiento ni ocupación para aliviar las horas de angustia, era breve, inquieto, nada

reparador. Mis pensamientos nocturnos, más que los diurnos, estaban llenos de perplejidad, deformidad y desorden. A este remedo de descanso sucedían las horas que, por el reglamento de la prisión, me veía obligado a pasar —aunque despierto— en solitaria y melancólica oscuridad. Aquí no tenía libros, ni plumas ni nada con que distraerme; todo era absoluta negrura. ¿Cómo podía soportar este suplicio una mente activa e incansable como la mía? Era incapaz de hundirme en el letargo; incapaz de olvidar los sufrimientos que me atormentaban con constante y demoníaca malevolencia. ¡Cruel, inexorable política la de los asuntos humanos, que condena al hombre a semejante tortura; que la autoriza sin saber qué se hace bajo su autorización; que es demasiado indolente e insensible para investigar estos detalles menudos; que llama a esto prueba de inocencia y protección de la libertad! Mil veces me habría machacado los sesos contra las paredes del calabozo, mil veces anhelé la muerte, y deseé con fervor indecible el fin de mis sufrimientos; mil veces acaricié la idea del suicidio y medité, con amargura en el alma, en los diferentes medios de sustraerme a la carga de la existencia. ¿Qué podía hacer con la vida? Había visto suficiente como para mirarla con odio. ¿A qué esperar el lento proceso del despotismo jurídico, sin atreverme a morir sino cuando y como decretasen sus instrumentos? Una inexplicable inclinación, empero, contuvo mi mano. Me agarré con apego desesperado a esta sombra de existencia, a sus misteriosos atractivos, a sus perspectivas desesperadas.

Capítulo XII

Ésas son las reflexiones que me atormentaron los primeros días de mi encierro, a consecuencia de las cuales los pasé en perpetua angustia. Pero al cabo de un tiempo la naturaleza, cansada de aflicción, se negó a seguir con ese peso; el pensamiento, que cambia sin cesar, introdujo una serie de reflexiones totalmente diferentes.

Mi ánimo renació. Yo siempre había sido alegre, cordial y pacífico, y ahora esta disposición volvió a visitarme en el fondo del calabozo. En cuanto tomó mi humor este giro, vi la tranquilidad y la paz como bienes razonables y alcanzables, y el entendimiento me susurró la conveniencia de mostrar en esta situación de desamparo que estaba por encima de mis perseguidores ¡Bendito estado de inocencia y autosatisfacción! El sol de la conciencia de saberme íntegro traspasó todas las barreras de mi celda, y trajo mil veces más gozo a mi corazón que el que pueden comunicar todos juntos los esplendores de la naturaleza y el arte a los esclavos del vicio.

Descubrí el secreto de tener ocupado el cerebro. Me dije: «Paso la mitad del día encerrado a oscuras, sin nada exterior que me pueda distraer, y la otra mitad en medio del ruido, el tumulto y la confusión. ¿Y qué? ¿Acaso no puedo hallar ocupación en las reservas de mi mente? ¿No la tengo llena de conocimientos? ¿No he dedicado la niñez a satisfacer mi insaciable curiosidad? ¿Cuándo voy a sacar beneficio de esas ventajas superiores si no es ahora?» Así que recurrí a los almacenes de mi memoria y a mis dotes de invención. Me dediqué a repasar la historia de mi vida. Una tras otra, fui evocando las diversas circunstancias que de no ser por este ejercicio habría dejado totalmente en el olvido. Reviví en el pensamiento todas las conversaciones: recordé sus temas, su orden, sus incidentes y a menudo sus palabras. Me abismé en estas cosas hasta abstraerme por completo. Las

repetí hasta que el espíritu se me inflamó de entusiasmo. Tenía varios temas en los que concentrar la atención en la soledad de la noche y durante el tumulto del día, cuando mi principal objetivo era insensibilizarme al desorden que me rodeaba.

Poco a poco fui dejando mi propia historia, y empecé a distraerme con fingidas aventuras. Me imaginaba en toda clase de situaciones que podían ocurrírseme, y calculaba la conducta que debía observar en cada una de ellas. Así me familiaricé con escenas de agravio y peligro, de humanidad y de opresión. En la imaginación, pasé a menudo por el trance espantoso de la disolución de la naturaleza. En unos sueños hervía de indignación incontenible, y en otros hacía pacientemente acopio de fuerzas para afrontar algún encuentro temible. Cultivé la oratoria que convenía a las distintas situaciones, y mejoré mi elocuencia en la soledad de mi encierro más quizá de lo que habría podido en los escenarios más bulliciosos y concurridos. Finalmente, me distribuí el tiempo con la misma regularidad que el hombre que en su estudio pasa a lo largo del día de las matemáticas a la poesía, y de la poesía a las leyes de las naciones; y al igual que él, casi nunca infringía mi horario. Tampoco eran menos numerosos los asuntos de mis lucubraciones. Ayudado de la memoria, repasé gran parte de Euclides, y reviví día tras día la serie de hechos y episodios de algunos de los más célebres historiadores. Incluso hice incursiones en la poesía; y describiendo los sentimientos suscitados por la visión de objetos naturales, tomando nota del carácter y las pasiones de los hombres, y participando con ardiente celo en sus decisiones generosas, eludía la soledad miserable de mi encierro, y vagaba mentalmente por las distintas variedades de la sociedad humana. No me era difícil encontrar el medio de registrar de tiempo en tiempo, como parece necesitar siempre el espíritu, y la pluma y el libro facilitan sobradamente, el progreso alcanzado.

Mientras me entretenía de este modo, pensaba con júbilo en qué grado es el hombre independiente de la sonrisa o el ceño de la Fortuna. Me hallaba fuera de su alcance, dado que no podía caer más bajo. A unos ojos normales y corrientes, podía parecer desamparado y miserable; pero en realidad no me faltaba nada. La comida era una bazofia; pero yo estaba sano. El calabozo era fétido; pero no me sentía incómodo. Se me había

privado del ejercicio y el aire libre; pero encontré el medio de ejercitarme hasta sudar en el calabozo. No podía sustraer mi persona a una sociedad desagradable durante la parte más valiosa y alegre del día; pero no tardé en perfeccionar el arte de abstraerme, y veía y oía a los que me rodeaban durante los breves y escasos momentos que a mí me apetecía.

Así es el hombre considerado en sí mismo: así de simple es su naturaleza; así de escasas son sus necesidades. ¡Qué distinto del hombre de la sociedad artificial! Se construyen palacios para sus recepciones, se facilitan mil vehículos para su ejercicio, se saquean regiones para satisfacer su apetito, y se recorre el mundo entero para traerle ropa y mobiliario. De modo que gasta una enormidad, y compra una esclavitud. Su paz y su salud dependen de mil contingencias, y su cuerpo y su alma veneran a quien satisfaga sus ansias imperiosas.

Además de los inconvenientes de mi situación, se me reservaba una muerte ignominiosa. Pero ¿y qué? Todos tenemos que morir. Nadie sabe cuándo. Sin duda no es peor enfrentarse a la reina del terror con salud y posibilidad de recurrir a todas las fuerzas que uno tiene, que hacerlo medio vencido ya por la enfermedad y el sufrimiento. Yo estaba decidido al menos a ser dueño de los días que me quedaran por vivir, y eso es algo que está al alcance del hombre que conserva su salud hasta el último momento. ¿Por qué he de consentir que me invadan inútiles pesadumbres? Todo sentimiento de vanidad, o más bien de independencia y justicia en mí, me impulsaba a decir a mi perseguidor: «Puedes quitarme la vida, pero no podrás turbar mi serenidad».

Capítulo XIII

En mitad de estas reflexiones, me vino otro pensamiento que nunca se me había ocurrido. «Me alegro —me dije con toda lógica— de la impotencia de mi perseguidor. ¿No es más grande esa impotencia de lo que yo podía imaginar?» He dicho que puede quitarme la vida, pero no podrá turbar mi serenidad. Y es así: mi espíritu, la claridad de mi espíritu, mi firmeza de carácter, están fuera de su alcance; ¿y no puede estarlo igual mi vida si quiero? ¿Qué obstáculos materiales no ha podido someter jamás el hombre? ¿Qué empresa hay tan ardua que no haya podido llevarla alguien a cabo con éxito alguna vez? Y si lo ha hecho otro, ¿por qué yo no? ¿Acaso tenía ese alguien más motivos? ¿Era la existencia más valiosa para él, o tenía más medios de animarla y adornarla? Muchos de los que se han esforzado con perseverancia e intrepidez eran claramente inferiores a mí en ese aspecto. ¿Por qué no iba a ser tan osado como ellos? El diamante y el acero tienen la ductilidad del agua para un espíritu lo bastante decidido y reflexivo. El espíritu es dueño de sí mismo, y está dotado de poderes que le permitirían reírse de la vigilancia del tirano. Les di vueltas y vueltas a estas ideas. Y animado por estas reflexiones, me dije: «¡No, no quiero morir!»

Mis lecturas juveniles habían sido de lo más heterogéneas. Había leído historias de atracadores para los que el candado y la cerradura eran juguetes y que, orgullosos de su arte, se jactaban de entrar en la casa más defendida con tan poco ruido y esfuerzo casi como levantaría otro un pestillo. No hay nada tan subyugante para un muchacho como lo prodigioso: no existe poder que codicie más ansiosamente que el de asombrar a los espectadores con sus ejercicios milagrosos. El entendimiento aparecía a mis reflexiones espontáneas, entusiastas y sin trabas como perceptor de razones, pero jamás destinado por naturaleza a ser esclavo de la fuerza.

¿Por qué iba a estar en el poder de nadie alcanzarme y sujetarme mediante violencia? ¿Por qué, si decidía sustraerme, no iba a ser capaz de eludir la más estrecha vigilancia? Este tronco y estas extremidades son una carga molesta e infortunada que el poder del pensamiento tiene que llevar consigo; pero ¿por qué no iba a ser capaz el pensamiento de hacer liviana esa carga hasta dejar de sentirla? Estas reflexiones juveniles no dejaban de tener interés para mis actuales interrogantes.

El hombre que vivía en el portal de al lado de casa de mi padre era carpintero. Con las lecturas que acabo de mencionar recientes en mi cabeza, sentí interés por estudiar sus herramientas, sus usos y posibilidades. Este carpintero era un hombre despierto y vigoroso; y dado que ejercitaba sus habilidades principalmente en su profesión, era fecundo en experimentos e ingenioso en discurrir sobre estas cuestiones particulares. De modo que podía satisfacer mi interés en muchos aspectos; a veces, cuando mi cerebro se ponía en marcha, incluso mejoraba las sugerencias que él me hacía. Su conversación me era especialmente grata. Al principio le ayudaba por distracción en su trabajo; después, ocasionalmente y cuando me necesitaba, como su oficial. Soy de constitución recia; y merced a la experiencia así adquirida sumé a la disposición física la capacidad de usarla a mi conveniencia, de suerte que no era deficiente ni en la una ni en la otra.

Una característica extraña aunque no insólita de la mente humana es que el recurso que más falta nos hace en una situación crítica, aunque lo poseamos por experiencias anteriores, nos falla en el momento de echar mano de él. Así, mi mente atravesó dos fases muy distintas desde mi encarcelamiento, antes de que se me ocurriera este medio de liberación. Durante la primera tuve mis facultades nubladas, y en la segunda demasiado exaltadas, de manera que en ambas di por supuesto que debía someterme a la voluntad de mis perseguidores.

Durante la fase de perplejidad, cuando llevaba poco más de un mes en prisión, llegó el periodo de sesiones judiciales, que tenía lugar dos veces al año en la ciudad donde estaba yo prisionero. En esta ocasión no se vio mi caso, sino que se pospuso seis meses más. Si hubiese habido sólidas razones para esperar la absolución, como estaba yo convencido, habría dado igual. Aunque me hubiesen detenido por la causa más pequeña por la que un juez

de paz considera que un pordiosero merece ser juzgado, habría tenido que esperar doscientos diecisiete días antes de poder probar mi inocencia. ¡Así de imperfectos son los efectos de las tan cacareadas leyes de un país cuyos legisladores celebran asamblea de cuatro a seis meses al año! No pude averiguar con certeza si ese aplazamiento se debió a la mediación de mi acusador, o fue consecuencia de la normal administración de la justicia, demasiado solemne y engolada para adaptarse a los derechos o el beneficio de un individuo insignificante.

Pero no es éste el único contratiempo ocurrido durante mi encierro al que no pude encontrar una explicación satisfactoria. Casi por los mismos días, el carcelero empezó a cambiar de actitud hacia mí. Una mañana mandó que me llevasen a la parte del edificio que era de su uso particular, y tras cierta vacilación dijo que lamentaba que mi alojamiento fuera tan deplorable, y me preguntó si me gustaría tener un aposento en su vivienda. Me quedé estupefacto ante tan inesperada pregunta, y quise saber si me la hacía por encargo de alguien. Contestó que no; sino que ahora que habían terminado los juicios tenía menos reclusos de que ocuparse, y más tiempo para él; creía que yo era un joven con buen fondo, y me había cogido aprecio. Me fijé en su cara mientras hablaba. No descubrí el menor atisbo de amabilidad: me dio la impresión de que estaba representando un papel que no le iba. No obstante, siguió ofreciéndome la libertad de comer a su mesa; y si me decidía, dijo, no debía preocuparme; no pensaba cobrarme. Siempre había tenido a alguien de quien ocuparse, pero que su mujer y su hija Peggy estarían encantadísimas de escuchar a una persona culta, como sabía que era yo; y seguramente no me iba a sentir incómodo conviviendo con ellos.

Medité su proposición. A pesar de que él había dicho lo contrario, estaba convencido de que no obedecía a ningún impulso humanitario por su parte, sino que, para utilizar el lenguaje de su ralea, tenía sus buenas razones. Yo me deshacía en conjeturas sobre quién estaría detrás de esta especie de favor y atención. Lo más probable es que fuera el señor Falkland o el señor Foresten Sabía que este último era hombre severo e inexorable con quienes consideraba descarriados. Tenía a gala ser impermeable a esas sensiblerías, que según él no respondían a otro propósito que el de apartarnos de nuestro deber. El señor Falkland, en cambio, era un hombre de gran

sensibilidad; de ahí le venían las alegrías y las penas, las virtudes y los vicios. Aunque era el enemigo más implacable al que podía estar expuesto, y aunque ningún sentimiento de humanidad era capaz de desviar o contener la inclinación de su espíritu, sin embargo, pensé que era más probable que fuera él y no su hermanastro; habría visitado el lugar de mi encierro, y se habría sentido movido a aliviar mi sufrimiento.

Esta eventualidad no representaba ningún bálsamo para mí. Estaba lleno de irritación con mi perseguidor. ¿Cómo podía pensar favorablemente de un hombre para quien, cuando se trataba de satisfacer su pasión dominante, mi nombre y mi vida carecían de valor? Le veía aplastando el uno y poniendo en peligro la otra con una indiferencia que no podía recordar sin horror. Ignoraba cuáles eran sus planes respecto a mí. Ignoraba si estaba tan preocupado como para concebir un estéril deseo de proteger a alguien cuyas perspectivas futuras tan injustamente había agostado. Hasta ahora, yo había guardado silencio sobre el asunto que más le podía recriminar. Pero no estaba dispuesto en absoluto a marcharme de este mundo, víctima de su obstinación y su astucia, sin haber abierto la boca. En todos los aspectos, sentía el corazón lacerado por su injusticia; de modo que mi alma despreciaba esta indulgencia cuando me estaba triturando con su inexorable sed de venganza.

Contesté a mi carcelero conforme a estos sentimientos; y hallé un secreto placer en expresarlos con toda su crudeza. Le miré con sonrisa burlona y le dije que me alegraba comprobar que se había vuelto súbitamente tan humano; que no era insensible a la humanidad de un carcelero, y que adivinaba las circunstancias que habían originado ese cambio; pero podía decirle al que le mandaba que eran inútiles estos cuidados; que no aceptaría favores del hombre que me había puesto la soga al cuello, y que tenía suficiente ánimo para soportar lo peor ahora o más adelante.

El carcelero me miró con asombro; y dando media vuelta, exclamó:

—¡Muy bien hablado! Veo que no te han enseñado en balde. Estás decidido a no morir con indignidad. Pero eso aún ha de venir, muchacho; harías bien en reservar tu valor para cuando te haga falta.

El periodo de sesiones, que transcurrió sin que me afectara a mí para

nada, produjo una enorme agitación entre los demás reclusos. Yo llevaba ya en la prisión suficiente tiempo para notar el cambio que se operó en sus habitantes. Uno de los desvalijadores (rival del duque de Bedford) y el falsificador fueron ahorcados. A otros dos los deportaron —aún no se había abolido la deportación—, y a los demás los absolvieron, Pero aunque la prisión se vio así aligerada de nueve moradores, al siguiente periodo de sesiones judiciales, seis meses después, había casi tantos reclusos como cuando entré yo.

El soldado cuya historia he contado murió la noche del mismo día en que llegaron los jueces, a causa de una enfermedad derivada del encierro. Ésa es la justicia que recibió de las leyes de su país un hombre que debía haber sido el orgullo de cualquier época, una de las personas más amables, de corazón más sensible, de modales más sencillos y atractivos y de vida más ejemplar de cuantos he conocido. Se llamaba Brightwel. Si mi pluma pudiera consagrarle para la inmortalidad, no podría acometer empresa más grata a mi corazón. Tenía una inteligencia penetrante y varonil, exenta por completo de estupidez o de confusión, y a la vez había una franqueza tan llana en su expresión que un observador superficial habría pensado que sería víctima de la primera bribonada que quisieran hacerle. ¡Muchos motivos tengo para recordarle con afecto! Era el más ferviente y, casi podría decir, el último de mis amigos. Aunque a ese respecto no estuve en deuda con él. Efectivamente, había entre nosotros gran afinidad de caracteres, si se me permite decirlo así, aunque no pretendo rivalizar con él en originalidad y espíritu, ni compararme con la correcta e intachable pureza de su conducta, que el mundo rara vez ha superado. Oyó mi historia —hasta donde me pareció discreto revelarle— con interés, y la examinó con sincera imparcialidad; y si al principio abrigó alguna reserva mental, una observación frecuente de mi conducta en los momentos más desprevenidos le permitió al poco tiempo confiar en mi inocencia.

Hablaba sin amargura de la injusticia de que éramos víctimas ambos, y se complacía en creer que llegaría un tiempo en que se extirpase tan intolerable opresión. Pero esto, decía, era una dicha reservada a la posteridad: era demasiado tarde para que nosotros cosechásemos ese beneficio. Para él era un consuelo no haber conocido un periodo de su vida

tan bueno que le mereciera la pena haber vivido. Podía decir, como la mayoría de los hombres, que había cumplido con su deber. Pero presentía que no sobreviviría a su actual desventura. Esa premonición la tuvo cuando aún gozaba de salud. En cierto modo, tenía roto el corazón; pero es verdad que si podía decirse eso de él, desde luego jamás hubo desesperación más tranquila, más llena de resignación y serenidad.

Nunca en el transcurso de mis aventuras he sufrido una conmoción como la que me produjo la muerte de este hombre. A los ojos de la mente se me representaron los detalles de su suerte con toda su complicada perversidad. De él, y de las maldiciones que proferí contra los poderes que fueron instrumento de su tragedia, me volví hacia mí. Contemplé el final de Brightwel con envidia. Mil veces deseé que fuera mi cadáver el que estuviera allí, en vez del suyo. Sólo que a mí me estaba reservado —tenía la convicción — una aflicción inmensa. Unos días más y habría sido absuelto, habría recobrado su libertad y su reputación; la humanidad, consternada quizá ante la injusticia que había sufrido, se habría mostrado deseosa de subsanar su desventura y borrar su deshonra. Pero había muerto. ¡En cambio yo seguía vivo! Yo, que —aunque tratado con no menos injusticia que él— no tenía esperanza de reparación, sería señalado mientras viviese como un ser despreciable, ¡y probablemente mi muerte perpetuaría el rechazo y desprecio de mi especie!

Éstas son algunas de las reflexiones inmediatas que el destino de este infortunado mártir suscitó en mí. Sin embargo, mi relación con Brightwel, cuando la recordaba, no dejaba de traerme consuelo. Me decía: «Este hombre ha sabido ver a través del velo de calumnia que me envuelve; me ha comprendido, y me ha querido; así que ¿por qué voy a desesperar? ¿Acaso no puedo conocer más adelante hombres sencillos como él que me hagan justicia y se compadezcan de mi infortunio? Me conformaré con ese consuelo. Descansaré en brazos de la amistad, y olvidaré la maldad del mundo. En adelante me contentaré con la tranquila oscuridad, con el cultivo de los sentimientos y la comprensión, y el ejercicio de la bondad dentro de un círculo reducido». Así fue como llegué a entusiasmarme con el proyecto que estaba a punto de emprender.

No bien se me ocurrió la idea de escapar, decidí congraciarme con el

carcelero con objeto de hacerme con los medios necesarios. En el mundo he topado con personas que al conocer mi historia en líneas generales me han mirado con una especie de odio y rechazo, y me han evitado como si tuviera la peste. La idea de haber robado a mi patrono y pretender después exculparme acusándole de intentar sobornarme me situaba en una clase distinta e infinitamente peor que el común de los delincuentes. Pero este carcelero estaba demasiado encallecido por su trabajo para tenerle aversión a nadie por tal motivo. Consideraba a los individuos que tenía bajo su custodia como meros cuerpos humanos de los que debía cuidar que estuviesen disponibles a su debido tiempo y lugar, y la diferencia entre inocencia y culpabilidad carecía de interés para él. Así que al recomendarme a él no tuve ninguno de los reparos que ya había encontrado especialmente obstinados en muchos otros casos. Además, el mismo motivo que le había movido a hacerme tan generoso ofrecimiento poco antes, fuera cual fuese influiría probablemente en esta ocasión.

Le hablé de mi habilidad como ebanista, y me brindé a hacerle media docena de elegantes sillas si me facilitaba las herramientas necesarias para trabajar en mi actual confinamiento; porque sin su cobertura era inútil esperar llevar a efecto una empresa de este género, aunque me fuese la vida en ello. Al principio me miró como preguntándose cómo debía interpretar esta proposición; después, relajando el semblante, dijo que se alegraba de que abandonase un poco mi altivez y envaramiento, y que vería qué podía hacer. Dos días más tarde me dio su consentimiento. Dijo que, en cuanto a lo que le proponía, le daba igual, podía hacer lo que quisiera; pero que contase con su ayuda —siempre que no le comprometiera— si, cuando él era amable, no intentaba tratarle con grosería por segunda vez.

Alcanzada esta etapa preliminar, acumulé poco a poco herramientas de diversas clases: barrenas, punzones, formones, etcétera. En seguida me puse manos a la obra. Las noches eran largas, y la codiciosa ansiedad del carcelero, pese a sus alardes de generosidad, era grande; así que le pedí —y me concedió— un cabo de vela para poder entretenerme una hora o dos con mi trabajo después que me encerrasen en el calabozo. Aunque no trabajaba constantemente ni mucho menos en esa tarea, por lo cual mi carcelero dio varias muestras de impaciencia. Quizá temía que no hubiera

terminado antes de que me ahorcaran. Sin embargo, insistí en ir a mi aire, cosa que no se atrevía él a discutir abiertamente. Además de las ventajas que así conseguía obtuve secretamente una palanca de la señorita Peggy, que de vez en cuando entraba en la cárcel a observar a los prisioneros y parecía haber concebido cierta predilección por mi persona.

En este proceder es fácil descubrir la malicia y duplicidad que, como es lógico, genera la injusticia. No sé si mis lectores me perdonarán el siniestro provecho que saqué de las concesiones de mi guardián. Pero confieso mi debilidad al respecto; estoy escribiendo mis aventuras, no mi justificación; y no estaba dispuesto a observar un comportamiento invariablemente sincero a costa de que pusieran rápido fin a mi vida.

A la sazón, había madurado mi plan. Con la palanca podría arrancar sin mucho ruido la puerta del calabozo de sus goznes; o si no, cortar el cerrojo. Esta puerta daba a un estrecho corredor en el que a un lado estaban los calabozos, y al otro los aposentos del carcelero y del llavero, que daban a la calle. No me atrevía a intentar salir por ahí por miedo a despertar a quienes durmieran cerca de la puerta por la que tendría que pasar. Así que decidí hacerlo por otra que había al otro extremo del corredor, la cual estaba firmemente cerrada, y daba a una especie de jardín del que disponía el carcelero. No había entrado nunca a este jardín, pero había tenido ocasión de estudiarlo desde la ventana de la sala de recreo de los reclusos, que daba a ese lugar, puesto que estaba justo encima de los calabozos. Lo rodeaba una tapia de considerable altura, y me habían dicho los otros prisioneros que formaba el extremo de la cárcel, y que más allá había un callejón bastante largo que terminaba en las afueras de la ciudad. Tras minuciosas observaciones y reflexiones, llegué a la conclusión de que una vez en el jardín, podría hacer una especie de escala clavando barrenas y punzones de trecho en trecho, salvar de este modo la tapia, y tomar nuevamente posesión de las delicias de la libertad. Prefería esa tapia al muro que cercaba los calabozos, al otro lado del cual había una calle populosa.

Una vez madurado el plan dejé pasar dos días; y a continuación, a mitad de la noche, me dispuse a ponerlo en práctica. La primera puerta presentó bastante dificultad, aunque finalmente conseguí salvar este obstáculo. La segunda puerta se cerraba por dentro. Así que me resultó muy fácil

descorrer los cerrojos. Pero la cerradura, de la que naturalmente dependía la principal seguridad, y era por tanto bastante sólida, estaba cerrada con doble vuelta, y guardada su llave. Traté de descorrer el pestillo con el escoplo, pero fue imposible. Así que la desatornillé; y una vez quitada, la puerta ya no fue obstáculo para mis propósitos.

Hasta ahora había procedido con éxito; pero al otro lado de la puerta había una perrera con un mastín enorme del que no tenía la menor idea. Aunque me movía con el máximo sigilo, desperté al animal y empezó a ladrar. Me quedé paralizado; pero me puse a calmar al animal, y lo conseguí casi en seguida. Entonces volví al corredor a comprobar si los ladridos habían despertado a alguien, en cuyo caso tenía decidido regresar al calabozo, y colocarlo todo otra vez como estaba antes. Pero parecía que el silencio era completo; así que me animé a proseguir.

Estaba ya en la tapia y había escalado casi la mitad, cuando oí una voz que gritó desde la puerta del jardín: «¡Hola! ¿Quién anda ahí? ¿Quién ha abierto la puerta?» El hombre no recibió respuesta, y la noche era demasiado oscura para que pudiese distinguir nada. Entonces se volvió para adentro; a buscar una luz, me pareció. Entretanto el perro, comprendiendo el sentido de esos gritos, empezó a ladrar otra vez con más energía. Ahora no tenía yo posibilidad de retroceder, aunque no había perdido la esperanza de lograr mi meta, y salvar el muro. Salió un segundo hombre mientras el otro preparaba su linterna, y me descubrió en el instante en que coronaba la tapia. Al punto se puso a gritar, y me lanzó una piedra que me pasó rozando. Alarmado por la situación, me vi obligado a saltar al otro lado sin la debida precaución; y al caer casi me disloqué un tobillo.

La tapia tenía una puerta que yo no había visto; se abrió, y al instante aparecieron los dos hombres con la linterna. Sólo tuvieron que correr unos pasos hasta donde había caído yo. Traté de levantarme, pero el dolor era tan intenso que apenas era capaz de permanecer de pie; y tras dar unos pasos con dificultad, me torcí el pie y volví a caer. No tenía escapatoria, así que dejé que me prendieran.

Capítulo XIV

Esa noche me tuvieron en el aposento del carcelero, con los dos hombres en vela conmigo. Me hicieron muchas preguntas a las que di pocas respuestas; pero me quejé del dolor de la pierna. A lo que se limitaron a replicar: —¡Maldita sea, muchacho!, si no es más que eso, tenemos un ungüento que te irá de maravilla; te lo aplicaremos con un pequeño hierro frío.

Evidentemente estaban furiosos conmigo por interrumpirles el descanso nocturno y causarles todo este trastorno. Por la mañana cumplieron su amenaza, y me pusieron grillos en las piernas sin hacer caso de mi tobillo, ahora enormemente hinchado, y después me trabaron con un candado a una argolla que había en el suelo del calabozo. Protesté enérgicamente de este trato; les dije que aún no había sido condenado, y que por tanto era inocente ante la ley. Pero dijeron que me guardase esas memeces para quien no me conociera; que sabían lo que hacían, y que estaban dispuestos a responder de ello ante cualquier tribunal de Inglaterra.

El dolor que me producían los grillos era insoportable. Intenté aliviármelo de diversas maneras; incluso traté secretamente de liberar la pierna; pero cuanto más se me hinchaba, más imposible era. Entonces decidí soportarlo con paciencia. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, la tenía peor. Dos días más tarde supliqué al llavero que llamase al cirujano que asistía normalmente a los reclusos para que me la mirase, porque si seguía así estaba seguro de que se me iba a gangrenar. Pero el llavero me miró con desprecio, y exclamó: —¡Maldita sea! ¡Me encantaría ver ese día! ¡Morir de gangrena es un final demasiado bueno para un bribón como tú!

La sangre se me había helado de angustia cuando me habló en estos términos; y agotada ya toda mi paciencia, fui lo bastante estúpido para

estallar, irritado por su impertinencia y vulgaridad: —¡Escuche, señor llavero —dije—: un sujeto como usted está por encima de nosotros en unas cosas, pero en otras no! ¡Su misión es cuidar que no me escape; pero no forma parte de su trabajo insultarnos y maltratarnos! Si no estuviese encadenado al suelo, le haría morderse los dedos por hablarme de esa forma. Pero le doy mi palabra de que se arrepentirá de su insolencia.

Al oírme, el hombre se me quedó mirando con asombro. Estaba tan poco acostumbrado a réplicas de esta naturaleza que al principio apenas dio crédito a sus oídos; y era tal la firmeza de mi actitud que pareció olvidar por un momento que yo era un recluso. Pero en cuanto se recobró, ni siquiera se dignó enfadarse. Se le relajó el rostro en una sonrisa de desprecio, se burló de mí y, dando media vuelta, exclamó: —¡Bien dicho, gallito! ¡Cacarea cuanto quieras! ¡Pero ten cuidado de no reventar! —mientras cerraba la puerta, imitando la voz del animal que acababa de nombrar.

Esta réplica me devolvió instantáneamente a la realidad, y me mostró lo inocuo de la ira que acababa de manifestar. Pero, aunque consiguió poner fin a la violencia de mis palabras, mi tortura corporal seguía siendo igual de grande. Decidí cambiar de táctica. A los pocos minutos volvió el mismo llavero; y al acercarse a dejarme la comida que traía, le deslicé un chelín en la mano, al tiempo que le decía: —Mi buen compañero, por el amor de Dios, avisa al cirujano: sé que no quieres que perezca por falta de asistencia.

El individuo se guardó el chelín, me miró con atención, hizo un gesto de asentimiento, y se fue sin pronunciar una sola palabra. Poco después apareció el cirujano; y hallando muy inflamada esa parte de mi cuerpo, ordenó que me pusiesen ciertos remedios y dio órdenes tajantes de que no me volviesen a poner el grillete en esa pierna hasta que hubiese sanado. Transcurrió un mes entero antes de volver a tener la pierna totalmente sana, y tan fuerte y flexible como la otra.

La condición en que me encontraba ahora era muy distinta de la anterior a mi intento de huida. Me pasaba el día encadenado en el calabozo, sin otro alivio que el de tener la puerta abierta unas horas, tiempo en el que los prisioneros venían a veces a hablar conmigo, en especial uno que, aunque no podía sustituir a mi querido Brightwel, no carecía de cualidades. No era otro que el individuo al que el señor Falkland había echado unos meses

antes acusándole de asesinato. Desalentado, andaba con la ropa mugrienta, le había desaparecido la expresión serena y encantadora de su rostro. Era inocente, justo, esforzado, benévolo. Creo que después le absolvieron; pero se le había extraviado el juicio, y vagó por el mundo como un espectro perturbado y solitario. Se había terminado mi trabajo manual: ahora registraban mi calabozo todas las noches. Me habían retirado toda clase de herramientas. Incluso me quitaron la paja de que había dispuesto hasta entonces con el pretexto de que podía servirme para esconder algo; y las únicas comodidades que me permitieron tener fueron una silla y una manta.

No mucho tiempo después se me abrió la esperanza de cierto alivio; pero mi habitual mala suerte se encargó de neutralizarla: nuevamente apareció el carcelero con su ambigua humanidad habitual. Fingió sorprenderse al ver que carecía de lo más elemental. Me reprendió enérgicamente por el intento de fuga, y comentó que una persona de su cargo debía dar por terminada toda consideración, si un caballero no sabía cuándo gozaba de una posición privilegiada. En casos así era preferible dejar que la ley siguiera su curso, y sería ridículo que me quejase si tras un juicio normal la sentencia fuera rigurosa conmigo. Quería ser mi amigo en todos los aspectos, si se lo permitía… En mitad de este circunloquio y preámbulo, le llamaron para algún menester propio de su profesión. Aproveché para meditar sobre sus ofrecimientos; y puesto que detestaba la fuente de la que sospechaba que procedían, no pude por menos de pensar lo difícil que sería conseguir por ahí ningún medio de escapar. Pero todas mis reflexiones a este respecto fueron inútiles. El guardián no volvió durante el resto del día, y al siguiente ocurrió un incidente que acabó con todas las expectativas que me había despertado su amabilidad.

Una vez que se ha obligado a la mente a tomar una dirección, difícilmente se la puede convencer para que la abandone. Había examinado mis cadenas durante la extrema angustia que me había hecho sentir la opresión del hierro en el tobillo torcido; y, aunque había comprobado que era inútil todo intento de aliviar la hinchazón y el dolor, mi inspección me reportó una ventaja aparentemente superior. Por la noche reinaba en el calabozo la oscuridad más completa; pero cuando abrían la puerta, la situación cambiaba un poco. El corredor al que daba era tan estrecho, y la

pared de enfrente estaba tan cercana, que cuando había luna llena, si la puerta estaba abierta del todo, entraba una tenue y melancólica claridad en mi aposento. Después de una práctica de dos o tres semanas, mis ojos se acomodaron a esta situación, y aprendí a distinguir los objetos más pequeños. Y estaba un día meditando y estudiando lo que me rodeaba, cuando descubrí por casualidad un clavo en el barro del suelo, a no mucha distancia de mí. Al punto sentí un deseo imperioso de apoderarme de esa herramienta; pero, por temor a alguna sorpresa —constantemente estaba pasando gente de un lado para otro—, me conformé de momento con fijarme dónde estaba, a fin de dar con él cuando estuviese completamente a oscuras. Así que en cuanto cerraron la puerta me apoderé de este nuevo tesoro, y después de ingeniármelas para darle la forma conveniente, comprobé que podía abrir el candado que me tenía sujeto a la argolla del suelo. No me parecía una ventaja desdeñable, independientemente del uso que pudiese hacer de ello con vistas a mi principal objetivo. La cadena me permitía moverme sólo unas dieciocho pulgadas a derecha e izquierda; y dado que llevaba varias semanas soportando este confinamiento, el corazón me latió con violencia ante el pobre consuelo de poder moverme sin sujeción por mi celda miserable. Esta novedad tuvo lugar varios días antes de la última visita de mi carcelero.

A partir de entonces tomé la costumbre de soltarme todas las noches, y no volvía a ponerme las cadenas hasta que me despertaba por la mañana y esperaba ver entrar en breve al llavero. La seguridad hace caer en el descuido. A la mañana siguiente de mi conferencia con el carcelero ocurrió que, bien porque me dormí, bien porque el llavero inició su ronda más temprano de lo habitual, me despertó el ruido de la puerta de la celda contigua al abrirse; y aunque me di toda la prisa posible, como tenía que manipular las cosas a tientas en la oscuridad, no conseguí fijar la cadena a la argolla antes de que entrase como de costumbre con la linterna. Se quedó estupefacto al descubrirme desencadenado y llamó en seguida al carcelero principal. Me preguntaron sobre el procedimiento; y como me pareció que callarme sólo podía conducir a un interrogatorio más riguroso y una vigilancia más estrecha, les conté exactamente la verdad. El ilustre personaje cuya función era controlar a los que vivíamos entre esos muros se

exasperó completamente conmigo ante esta última tentativa. Se acabaron el artificio y las buenas palabras. Con los ojos centelleantes de furia, me dijo a voces que ahora estaba convencido de la insensatez que era mostrarse amable con granujas, con escoria de la tierra como yo, y que le condenasen si volvía a serlo con nadie; ¡ya me había encargado yo de curarle de esa debilidad! Le asombraba que las leyes no previeran algún terrible castigo para los reclusos que intentaban engañara los carceleros. ¡La horca era demasiado poco para mí!

Tras desahogar su indignación, se puso a dar las órdenes que la cólera y la alarma inspiraban a su ánimo. Me cambiaron de sitio. Me condujeron a una celda que llamaban el cuarto fuerte, cuya puerta se abría en el centro de la fila de celdas; estaba, como todas, debajo del suelo, y tenía inmediatamente encima la sala de esparcimiento de los reclusos ya descrita. Era un cuarto amplio y lóbrego. Hacía años que no habían abierto su puerta; el aire era repugnante; y las paredes estaban cubiertas de moho y manchas de humedad. Utilizaron los grillos, el candado y la argolla como antes, y además me pusieron esposas. Como primer alimento el carcelero sólo me mandó un mendrugo de pan negro y mohoso, y un poco de agua sucia y corrompida. No sé si había que considerarlo una muestra gratuita de tiranía por parte del carcelero, puesto que la ley prevé para determinados casos que el agua que se administre a los prisioneros debe proceder «de la charca o albañal más próximos a la cárcel»[4]. Además, se ordenó que uno de los llaveros durmiese en la celda que hace de antecámara de mi cuarto. Aunque estaba provista de cuanto podía hacer cómoda la acogida de un personaje tan por encima del delincuente al que se le asignaba custodiar, manifestó mucho descontento ante tal orden; pero no tenía alternativa.

Mi situación ahora era evidentemente la menos deseable que cabía imaginar; pero no me desanimé. Hacía tiempo que había aprendido a no juzgar por las apariencias. El cuarto era húmedo y malsano; pero había aprendido el secreto de contrarrestar estos inconvenientes. Mi puerta permanecía perpetuamente cerrada, y prohibieron visitarme a los otros reclusos. Pero si bien tiene sus placeres el trato con nuestros semejantes, el estar solo no deja de tener sus ventajas. En soledad podemos seguir el curso de nuestros pensamientos sin interrupción. De este modo pude dedicarme a

mi antojo a los más gratos pasatiempos. Además, para el que medita los propósitos que a mí me acaparaban toda la atención, la soledad era especialmente deseable. En cuanto me dejaron solo probé una idea que se me había ocurrido mientras me ataban las manos, y con los dientes nada más conseguí librarme de ese impedimento. Los guardianes pasaban a visitarme regularmente a las mismas horas, así que tenía el cuidado de volvérmelas a poner cuando se acercaba el momento. Además, había cerca del techo un ventanuco enrejado de unas nueve pulgadas de alto por un pie y medio de ancho, por el que entraba mucha más luz de la que estaba acostumbrado a tener desde hada semanas. De modo que casi no me hallaba en completa oscuridad, y estaba algo más prevenido contra las sorpresas que en mi situación anterior. Todas éstas eran las preocupaciones que el cambio de morada me suscitó en un primer momento.

Hacía aún poco tiempo que me habían trasladado cuando recibí la inesperada visita de Thomas, el lacayo del señor Falkland al que me he referido ya en esta narración. Un criado del señor Forester había pasado por la ciudad donde yo estaba encarcelado cuando me tenían confinado con el tobillo herido, y fue a visitarme. La noticia que había llevado de mi estado había causado honda inquietud a Thomas. El primero me visitó por mera curiosidad; pero Thomas era un criado de lo mejor. Se impresionó bastante al verme. Aunque yo me sentía ahora sereno y relativamente bien, había perdido color, y mi rostro había adquirido cierta dureza —a causa del sufrimiento y el esfuerzo—, tan opuesta a la tersura de mis mejores tiempos. Thomas me miró sucesivamente la cara, las manos y los pies; y a continuación aspiró profundamente. Tras un silencio: —¡Válgame Dios! —exclamó en un tono de evidente conmiseración—, ¿eres tú?

—¿Quién si no, Thomas? Sabías que estaba en prisión, ¿no?

—¿En prisión? ¿Y deben permanecer encadenados y aherrojados de ese modo los que están en prisión? ¿Dónde duermes por las noches?

—Aquí.

—¿Aquí? ¡Aquí no hay ningún lecho!

—Así es, Thomas: no se me permite tenerlo. Antes tenía paja; pero se la han llevado.

—¿Y te quitan esas cosas por la noche?

—No; cuentan con que duerma así como me ves.

—¿Así? Yo creía que estábamos en un país cristiano; pero este trato es demasiado cruel hasta para un perro.

—No hables así, Thomas. Esto es lo que la sabiduría del gobierno ha considerado oportuno administrar.

—¡Diablos, qué engañado estaba! Me habían hablado sobre lo bueno que era ser inglés, y sobre la propiedad, la libertad y demás; pero ahora veo que todo es pura filfa. ¡Señor, qué bobos somos! Las cosas que hacen en nuestras propias narices, y no nos enteramos; mientras, un puñado de sujetos de cara seria nos jura que esas cosas no pasan más que en Francia y países por el estilo. Y a todo eso, aún no te han juzgado: ¿a que no?

—No.

—Pero, ¿qué importa que le juzguen a uno o no, si ya de antemano le aplican castigos peores que la horca? Bueno, Williams; la verdad es que te has portado bastante mal, y pensé que me gustaría verte ahorcado. Pero no sé qué le pasa a uno que se le reblandece el alma y le gana la compasión, si deja que se le vaya el acaloramiento. Sé que no debería tener en cuenta tu sufrimiento.

Thomas se marchó poco después de esta conversación. Le había venido de golpe a la memoria el pensamiento de la larga amistad de nuestras familias, y en ese momento había sentido mis sufrimientos más que yo mismo. Por la tarde me sorprendió verle otra vez. Dijo que no podía apartarme del pensamiento, y esperaba que no me molestase que hubiera ido a despedirse. Me di cuenta de que traía algo en el pensamiento, pero no se decidía a soltarlo. Las dos veces entró con él un llavero, y estuvo allí mientras duró la visita. Sin embargo, atraído por un ruido creo que en el corredor, se llegó a la puerta a asomarse. Y Thomas, aprovechando la ocasión, me puso en la mano disimuladamente un cincel, una lima y una hoja de sierra, a la vez que suspiraba en tono compungido: —Sé que hago mal; pero aunque me cuelguen a mí también, no puedo evitarlo: no podría hacer otra cosa. ¡Y por el amor de Dios, sal de aquí; no soporto pensar que estás en este lugar!

Cogí las herramientas con inmensa alegría, me las metí en el pecho, y las escondí en la enea de la silla cuando se fue. En cuanto a él, había cumplido

el objeto por el que había venido; de modo que se despidió a continuación.

Al día siguiente, no sé por qué razón, los carceleros efectuaron un registro más meticuloso que de costumbre, diciendo, aunque sin atribuir a nada concreto la sospecha, que estaban seguros de que tenía alguna herramienta que no debía. Pero no dieron con el escondite que yo había elegido.

Esta vez esperé casi una semana para disponer de la claridad de la luna; debía realizar mi trabajo entre la última visita que los guardianes hacían por la noche y la primera de la mañana, o sea entre las nueve y las siete. Como he dicho ya, pasaba en el calabozo catorce o quince horas sin que nadie entrara a turbar mi soledad; aunque desde que había adquirido fama de ingenioso manualmente hacían conmigo una excepción al reglamento general de la prisión.

Eran las diez de la noche cuando me puse manos a la obra. La celda donde me tenían confinado estaba dotada de doble puerta, medida completamente superflua, ya que habían apostado un centinela fuera. En cambio era una circunstancia favorable para mi plan, porque estas puertas impedían que saliese fácilmente ningún ruido, lo que me permitía trabajar con relativa tranquilidad sin estar pendiente de si me oían. Primero me quité las esposas. Después corté los grillos con la lima; y a continuación hice lo mismo con los tres barrotes de la ventana, para lo cual tuve que encaramarme en parte en la silla, y en parte en las anfractuosidades del muro. En todo esto tardé más de dos horas. Una vez cortados los barrotes por abajo, los pude mover sin dificultad uno tras otro, y arrancarlos del muro, donde se hundían perpendicularmente unas tres pulgadas, sin ninguna precaución para impedir que los arrancasen. Pero el vano así conseguido no era lo suficientemente amplio para que pasara mi cuerpo. De manera que trabajé en parte con el cincel, y en parte con uno de los barrotes, para desprender unos cuantos ladrillos. En cuanto hube quitado cuatro o cinco, bajé y los deposité en el suelo. Esta operación la repetí tres o cuatro veces. El vano era ahora bastante holgado; y deslizándome por él, salí a una especie de cobertizo que había fuera.

Ahora me hallaba en un espacio áspero entre dos muros ciegos, uno al sur de la sala de recreo de los reclusos, cuyas ventanas se abrían en el

extremo este, y el muro de la prisión. Pero no tenía, como la vez anterior, herramientas con que ayudarme para escalar el muro, que era de considerable altura. Por tanto, no tenía más remedio que abrir un boquete en la parte baja del muro, de espesor nada desdeñable, dado que era de piedra por fuera, con la cara interior de ladrillo. Las celdas de los encarcelados por deudas formaban ángulo recto con el pabellón del que acababa de escapar, y como la noche era extremadamente clara, corría peligro —sobre todo si hacía el más leve ruido— de que me descubriesen, ya que varias de sus ventanas daban al espacio donde me hallaba. En esta situación, decidí esconderme en el cobertizo. Estaba cerrado; pero con el eslabón cortado de los grillos, que había tenido la precaución de llevarme, no me fue difícil abrir la cerradura. Ahora podría permanecer escondido mientras trabajaba, sin otra circunstancia en contra que la de tener que dejar la puerta entreabierta para que entrase alguna claridad. Un rato después había quitado bastantes ladrillos del muro exterior; pero cuando llegué a la piedra, la empresa se volvió infinitamente más difícil. El mortero con que habían construido la obra casi se había petrificado con el paso del tiempo, y en mis primeros esfuerzos lo encontré como una roca de dureza adamantina. Llevaba ya seis horas de trabajo incesante; el cincel se me rompió nada más empezar a trabajar en este nuevo obstáculo; y entre el cansancio que ya tenía encima, y la aparentemente insalvable dificultad a la que me enfrentaba, concluí que debía quedarme donde estaba; y renuncié a la idea de seguir esforzándome en vano. A todo esto se ocultó la luna, cuya claridad me había sido enormemente útil hasta ahora, y me quedé a oscuras. Tras descansar unos diez minutos, no obstante, volví al ataque con fuerza renovada. No menos de dos horas tardé en desprender la primera piedra del muro. Una hora más tarde había una abertura suficiente para escapar. El montón de ladrillos que había dejado en la celda fuerte era grande. Pero parecía una topera comparado con los cascotes que había sacado del muro exterior. Estoy convencido de que un obrero normal con las herramientas adecuadas habría tardado tres días en hacer ese trabajo.

Pero lejos de acabar ahí mis dificultades, no parecieron sino empezar. Rayaba el día antes de que hubiera completado el boquete, y diez minutos más tarde entrarían probablemente los guardianes en mi celda y

descubrirían el destrozo que había dejado. La calleja que comunicaba el lado de la prisión por la que había escapado con el campo la formaban principalmente paredes ciegas, con alguna cuadra aquí y allá, algún almacén, y míseras viviendas ocupadas por gentes humildes. Lo más seguro para mí era salir de la ciudad lo antes posible y buscar refugio en el campo. Tenía los brazos insoportablemente hinchados y magullados por el trabajo, y las fuerzas exhaustas por el cansancio. Casi no podía correr; y aunque pudiera, con el enemigo pisándome los talones la velocidad sería una esperanza vana. Casi me parecía estar en el mismo trance de cinco o seis semanas atrás, cuando después de conseguir escapar tuve que entregarme sin resistencia a mis perseguidores. Aunque no estaba tan imposibilitado como entonces: era capaz de esforzarme hasta no sabía dónde; y me daba cuenta de que cada fracaso que tuviera en este propósito contribuiría a aumentar las dificultades de cualquier futuro intento. Tales eran las reflexiones que me acudían al pensamiento respecto a mi huida; y aunque consiguiera llevarla a cabo, debía tener en cuenta que en el momento de abandonar la prisión me encontraría sin recursos, y sin un chelín en el mundo.

VOLUMEN III

Capítulo I

Recorrí la calleja que he descrito sin ver a nadie ni ser visto: las puertas estaban cerradas, las contraventanas entornadas, y todo estaba callado como la noche. Llegué al final sin novedad. Mis perseguidores, si venían detrás, verían que era muy poco probable que hubiera encontrado refugio aquí y seguirían adelante sin dudar, como estaba obligado a hacer yo, desde la prisión hasta el final de la ciudad.

El terreno, en el paraje al que salí, era inculto y agreste: estaba cubierto de zarzas y matas de aulaga; el suelo era en su mayor parte arenoso y abrupto. Subí a una pequeña eminencia, y pude divisar a no mucha distancia algunas casas diseminadas. No me agradó esto; pensé que estaría más seguro si evitaba que me viesen.

Así que volví a bajar al valle; y al mirar con atención, observé que estaba salpicado de cavidades, unas más profundas que otras, aunque todas demasiado superficiales para que sirviesen de refugio o se sospechase que alguien podía esconderse en ellas. Entretanto, había empezado a clarear: era una madrugada gris, lloviznosa. Y aunque como es natural los habitantes del contorno conocían de sobra estas oquedades, las sombras que las marcaban ahora eran tan impenetrables que para un forastero podían muy bien dar la impresión de ser mucho más profundas. Así que, aunque era muy precario este cobijo, decidí, en caso de peligro inminente, recurrir a ellas. Me jugaba la vida; y cuanto más peligro corría, más cara se me hacía. El hueco que escogí como más seguro estaba a un centenar de yardas del extremo de la calleja y las últimas casas de la ciudad.

No hacía que estaba allí ni dos minutos, cuando oí ruido de pisadas; y poco después vi cruzar por delante de mi escondite al llavero habitual y a otro. Pasaron tan cerca que si hubiese extendido la mano creo que habría

podido cogerles de la ropa sin cambiar de postura. Como entre ellos y yo no se interponía ningún saliente del declive, les vi perfectamente, aunque a mí me hacía casi invisible la densa sombra. Les oí decir en tono agrio: «¡Maldito granuja! ¿Qué dirección habrá tomado?» Y la contestación: «¡Maldita sea su alma! ¡Ojalá le echemos el guante otra vez!» «No te preocupes —replicó el otro—; no nos puede llevar más de una milla de ventaja». Después dejé de oírles. En cuanto a verles, no me atreví a asomarme ni una pulgada, no fuera que me descubriese algún otro perseguidor. Por el escaso tiempo transcurrido entre mi huida y su aparición, deduje que habían salido por el mismo agujero que yo, puesto que era imposible que hubiesen podido alcanzarme en ese tiempo desde la entrada de la prisión, ya que habrían tenido que dar un rodeo a buena parte de la ciudad.

Me alarmó tanto la celeridad de mis enemigos que estuve un rato sin atreverme a salir del escondite ni a cambiar de postura. A la madrugada desapacible y gris sucedió un día de lluvia incesante y espesa. Y la oscuridad del ambiente y de los objetos, junto con la extrema proximidad de la prisión y la falta total de alimento, me hicieron pasar unas horas nada agradables. No obstante, esta lobreguez del tiempo, que producía una sensación de silencio y de soledad, me animó finalmente a buscar un lugar algo más seguro. Anduve rondando por el mismo paraje mientras el sol estuvo sobre el horizonte.

Hacia el anochecer empezaron a disiparse las nubes, y surgió la luna en todo su esplendor como en la noche antes. No había visto un ser humano en todo el día, salvo a los que ya he dicho. Quizá se debía al tiempo que hacía. En todo caso, juzgué demasiado arriesgado aventurarme a salir al descubierto siendo la noche tan clara y tranquila. Decidí, pues, esperar a que se ocultase esta luminaria, cosa que no sucedió hasta cerca de las cinco de la madrugada. La única satisfacción que me permití durante esa espera fue tumbarme en el fondo de la cueva, ya que casi no podía tenerme de pie. Aquí me dominó una somnolencia intermitente y poco reparadora, consecuencia de una noche ardua y un día lúgubre y tedioso. De todos modos hacía esfuerzos para no dormirme; lo que, unido al frío de esas alturas del año, tendía a ser más un perjuicio que una ventaja.

El intervalo de oscuridad que había decidido aprovechar para alejarme

de la prisión era de tres horas o algo menos. Al incorporarme, me sentí débil de hambre y de cansancio; y lo que era peor, me parecía que debido a la humedad del día anterior y al intenso frío de la noche había perdido la sensibilidad en los brazos y las piernas. Me levanté tambaleante; me apoyé en la pared de la oquedad, estiré las extremidades en distintas direcciones, y finalmente recobré un poco el sentido del tacto. Esta operación estuvo acompañada de una serie de dolores increíbles, y necesité no poca resolución para afrontarla y acometerla. Abandoné el escondite y eché a andar, al principio con pasos vacilantes; pero a medida que avanzaba, mi marcha fue adquiriendo seguridad. El terreno baldío al que salí tras dejar la ciudad carecía de sendero; al menos por donde yo andaba. Pero había estrellas; y guiándome por ellas, decidí poner la mayor distancia posible entre el lugar odioso donde me habían tenido tanto tiempo encerrado y yo. Caminaba por un suelo irregular: unas veces me veía obligado a subir por una cuesta empinada, y otras a bajar a una hondonada oscura e impenetrable. A menudo, lo peligroso del terreno me obligaba a desviarme bastante de la dirección que quería seguir. Entretanto, trataba de avanzar todo lo deprisa que me permitían éstos y otros obstáculos. La viveza del paso y la frescura del aire me devolvieron en cierto modo la agilidad. Olvidé las dificultades con que luchaba, y empecé a sentirme animado y a recobrar el entusiasmo.

Había llegado ahora al final del terreno baldío y me adentré en lo que se conoce habitualmente como espesura. Aunque parezca extraño, lo cierto es que en esa situación, agotado y hambriento, sin perspectiva alguna de futuro, y rodeado de los peligros más alarmantes, me sentí súbitamente animado, alegre y lleno de vida. Pensé que había dejado atrás las dificultades más formidables de mi empresa: no creía que, después de haber hecho tanto, encontrara nada insuperable en lo que me quedaba por afrontar. Recordé con horror el encierro que había soportado y el destino que se cernía sobre mí. Jamás hombre alguno ha sentido más intensamente que yo en ese momento las dulzuras de la libertad. Jamás ha preferido nadie con más fervor la pobreza indigente a los atractivos artificiales de una vida de esclavitud. Tendí hacia adelante los brazos con transporte, junté las manos y exclamé: «¡Ah, esto es sin duda ser hombre! ¡Estas muñecas

estaban hace poco atenazadas por los grillos; todos mis movimientos para levantarme o para sentarme iban acompañados por un rechinar de cadenas; vivía atado como un animal salvaje, y sólo podía moverme en un radio de unos pies. Ahora puedo correr, huir como un galgo, saltar como un corzo en la montaña! ¡Oh, Dios (si es que hay un Dios que se digna escuchar los latidos solitarios de un corazón oprimido por la zozobra), sólo tú sabes con qué alegría abraza el que acaba de huir de su cárcel la bendición de la recién hallada libertad!» ¡Sagrado, indescriptible momento aquél en el que el hombre recobra sus derechos! ¡Pero mi vida corría peligro últimamente porque un hombre había sido lo bastante malvado para afirmar lo que sabía que era falso; estaba destinado a sufrir una muerte prematura e inexorable a manos de otros porque nadie había tenido suficiente penetración para diferenciar de la falsedad lo que expuse con la convicción de un corazón desbordante! ¡Es extraño que siglo tras siglo los hombres consientan que sus vidas dependan de la decisión de otro, que cada uno a su vez pueda ejercer de tirano de acuerdo con la ley! ¡Oh, Dios, dame la pobreza! ¡Vierte sobre mí todas las fatigas imaginables de la vida humana, y las recibiré agradecido! ¡Hazme presa de las fieras del desierto para que nunca más sea víctima del hombre vestido con el ropaje ensangrentado de la autoridad! ¡Deja al menos que llame mías a mi vida y las metas de mi vida! ¡Deja que la tenga a merced de los elementos, del hambre de las fieras o del salvajismo de los bárbaros, pero no de la fría discreción de los monopolistas y los reyes!

¡Qué envidiable era el entusiasmo que así me daba energía en medio del hambre, la indigencia y el desamparo universal!

Había recorrido lo menos seis millas. Al principio evitaba cuidadosamente las casas que encontraba en el camino por temor a que me viesen sus moradores, no fuera que facilitasen alguna información a los que me perseguían. Más adelante, pensé que sería conveniente relajar un poco mi estado de alerta. Entonces vi salir a varias personas de un bosquecillo, cerca de mí. Al punto consideré esta circunstancia más favorable que adversa. Era esencial evitar entrar en ninguna ciudad o pueblo de los alrededores. Sin embargo, había llegado la hora de procurarme alimento; y no era en absoluto improbable que estos hombres me socorriesen. En mi situación, me pareció indiferente cuál pudiera ser su ocupación o actividad.

Tenía poco que temer de los ladrones, y pensé que, al igual que los hombres honrados, no dejarían de compadecerse de una persona en mi estado. Así que en vez de evitarles, fui a su encuentro.

Eran ladrones. Uno de ellos gritó:

—¡Alto! ¿Quién va ahí?

Me acerqué a ellos.

—Señores —dije—, soy un pobre viajero; casi… —me rodearon mientras hablaba, y el que me había dado el alto dijo: —¡Maldita sea, déjate de palabrería: estamos hartos de oír lo de pobre viajero durante estos últimos cinco años! ¡Vamos, sacúdete! ¡A ver qué llevas!

—Señor —contesté—, no tengo un solo chelín en el mundo, y además me estoy muriendo de hambre.

—¿Ni un chelín? —replicó mi asaltante—. Vaya, ¿te crees tan pobre como un ladrón? Si no dinero, al menos tienes ropa; así que quítatela.

—¿La ropa? —repliqué con indignación—. ¡No puede querer una cosa así! ¿No es bastante que me encuentre en la miseria? He pasado la noche en campo abierto. ¡Es el segundo día que no me llevo un mendrugo a la boca! ¿Me van a dejar desnudo en este despoblado, y con este tiempo? ¡No, no; ustedes son personas! El mismo odio a la opresión que les arma contra la insolencia de la riqueza les enseña a aliviar al que está a punto de perecer como yo. ¡Por el amor de Dios, denme algo de comer! ¡No me despojen de lo único que me queda!

Mientras les dirigía este discurso, elocuencia espontánea del sentimiento, pude observar en sus rostros, aunque no había empezado aún a clarear el día, que uno o dos parecían inclinarse en mi favor. El que se había erigido en portavoz se dio cuenta también, y movido por su carácter brutal o su pasión de mando, se apresuró a impedir su derrota. Me agarró de repente, y de un empujón me hizo retroceder varios pies, lo que me hizo caer sobre otro de la banda —no de los que habían escuchado mis súplicas—, que repitió la misma brutalidad. Mi indignación aumentó ante este trato; y tras recibir dos o tres empujones adelante y atrás, me aparté de mis asaltantes, y me revolví para defenderme. El primero que se puso a mi alcance fue mi primer enemigo. En ese momento no hice caso sino a lo que me dictaba el encono, y le tumbé al suelo todo lo largo que era. Al punto

empezaron a lloverme palos de todas partes, hasta recibí un golpe que me dejó casi sin conocimiento. El sujeto al que había tumbado estaba nuevamente de pie, y me lanzó un machetazo mientras me derrumbaba que me abrió una herida profunda entre el cuello y el hombro. Se dispuso a repetir la hazaña. Los dos que al principio parecieron vacilar se habían sumado después a los atacantes, movidos tal vez por una simpatía animal, o por el espíritu de imitación. Uno de ellos, no obstante, según me enteré después, sujetó el brazo que iba a administrarme la segunda cuchillada, que sin duda habría puesto fin a mi vida. Oí que decía: —¡Basta, basta, maldita sea! ¡Eso no está bien, Ginés!

—¿Por qué? —replicó una segunda voz—. De todas maneras va a tener una muerte lenta aquí en el bosque. Será un acto de caridad ahorrarle ese sufrimiento.

Como puede suponerse, no me era indiferente esta especie de discusión. Intenté hablar, pero me falló la voz. Extendí la mano en un gesto de súplica.

—¡No lo remates, por Dios! —dijo una de las voces—; ¿por qué hemos de ser asesinos?

Al final prevaleció el bando que abogaba por la clemencia. Así que se contentaron con despojarme de la casaca y el chaleco, y empujarme a una zanja seca. A continuación me abandonaron sin importarles mi estado, y con una herida que me sangraba abundantemente.

Capítulo II

En esta situación angustiosa, aunque me sentía extremadamente débil, no perdí el conocimiento. Me quité la camisa, y me vendé con ella como pude para impedir que siguiera saliéndome sangre. Después me arrastré hasta un extremo de la zanja para salir de allí. Acababa de conseguirlo cuando, con sorpresa y alegría a la vez, divisé no lejos a un hombre que venía en dirección a mí. Grité con mis escasas fuerzas pidiendo auxilio. El hombre acudió con evidentes muestras de compasión: verdaderamente, no podía por menos de inspirarla el aspecto que ofrecía yo: sin sombrero, con el pelo desgreñado y hecho grumos, y la camisa fuertemente arrollada entre el cuello y el hombro y completamente roja. El cuerpo, desnudo hasta la cintura, lo tenía cubierto de regueros de sangre; el resto de mi ropa, de cintura para abajo, tampoco se había librado.

—¡Válgame Dios, pobre muchacho! —exclamó en el más dulce tono de conmiseración imaginable—, ¿qué te ha ocurrido? —y diciendo esto, me levantó—. ¿Puedes tenerte de pie? —añadió dubitativo.

—Sí, muy bien —contesté.

Al oír esta respuesta me dejó y empezó a quitarse la casaca para abrigarme. Pero yo había sobreestimado mis fuerzas. En cuanto me soltó, me tambaleé y casi me fui al suelo. Él alargó un brazo robusto para impedir que me cayese, y volvió a enderezarme. Ahora mi benefactor me cubrió, y mandándome que me apoyase en él, dijo que iba a llevarme a un lugar donde cuidarían de mí. El valor es una virtud caprichosa: cuando no tenía más que a mí mismo en quien confiar, me parecía que poseía un caudal inagotable de fortaleza; pero no bien hallé esta inesperada simpatía en otro, perdí toda resolución, y me sentí a punto de desmayarme. Mi caritativo conductor se dio cuenta, y de vez en cuando me animaba de un modo tan

lleno de buen humor y benevolencia y tan exento de reconvenciones y censuras mortificantes, y con tanta indulgencia, que me sentí bajo el amparo de un ángel más que de un hombre. Pude notar que sus maneras carecían de rusticidad, y que le inspiraban los principios del civismo y la consideración.

Caminamos unos tres cuartos de milla, no hacia campo abierto, sino hacia la parte más agreste y menos transitada del bosque. Cruzamos una depresión que en otro tiempo había sido foso, pero que ahora se hallaba desecado en algunos lugares, y en otros tenía barro y agua estancada. Dentro de los límites de este foso descubrí sólo un montón de ruinas y varios muros, cuya parte superior parecía suspendida sobre los cimientos y amenazaba con derrumbarse. Después de entrar con mi guía por un arco y recorrer un pasadizo tortuoso y completamente oscuro, nos detuvimos.

En el extremo de arriba de este pasadizo había una puerta que al principio no advertí. Llamó mi conductor a ella, y una voz que por la fuerza y el tono podía haber sido de hombre, pero de una agudeza y una acidez claramente femeninas, preguntó desde dentro: —¿Quién es?

No bien recibió satisfacción sobre este punto, oí descorrer dos cerrojos. Se abrió la puerta y entramos. El interior de este aposento no concordaba en absoluto con el aspecto de mi protector sino que, al contrario, tenía todos los signos de la incomodidad, el abandono y la mugre. La única persona que había allí era una mujer de edad avanzada cuyo aspecto me pareció extraordinario y repugnante. Tenía los ojos enrojecidos y sanguinolentos, el pelo le colgaba alrededor de los hombros en rizos deshechos, y su tez era cetrina y apergaminada; era flaca de cuerpo, y toda ella, los brazos en particular, sorprendentemente fuerte y musculosa. Del corazón parecía fluirle, no la leche de la humana benevolencia, sino la sangre tumultuosa de la ferocidad, y su figura entera sugería la idea de una energía inagotable y de un espíritu rebosante de maldad. No bien fijó en nosotros su mirada infernal esta Thalestris, exclamó con voz discordante y desabrida: —¿Qué tenemos aquí? ¡Éste no es de los nuestros!

Mi conductor, sin contestar a tal exclamación, le mandó que empujara un sillón que había en el fondo y lo acercase al fuego. La vieja obedeció con manifiesta desgana, murmurando: —Vaya, ya vuelves a las andadas; ¡no sé

qué tiene que ver la gente como nosotros con la caridad! ¡Al final será nuestra ruina; lo veo venir!

—¡Contén la lengua, bruja —exclamó él en tono severo—, y trae una de mis mejores camisas, un chaleco y vendas!

Y mientras decía esto le puso en la mano un pequeño manojo de llaves. En resumen, me trató con la misma amabilidad que si fuera mi padre. Me examinó la herida, me la lavó y me la curó, mientras la vieja preparaba por expresa orden suya el alimento que juzgaba más acorde con mi estado de languidez y desmayo.

Concluidas todas estas operaciones, mi benefactor me recomendó que me retirase a descansar. Y estaban haciendo los preparativos para tal efecto, cuando oímos de repente rumor de pasos, seguido de unos golpes en la puerta. Abrió la vieja con la misma precaución que a nuestra llegada, y entraron tumultuosamente seis o siete hombres. Tenían pintas diferentes; unos parecían campesinos, otros gente venida a menos. En el rostro de todos había una expresión resuelta, inquieta, atropellada, muy distinta de la que había observado en la gente del campo. Pero aún aumentó más mi asombro cuando, al fijarme, noté algo en el aspecto de varios de ellos, de uno sobre todo, que me hizo comprender que se trataba de la banda de la que había escapado, y que este uno era el adversario que había estado a punto de darme muerte. Creí que habían entrado en el refugio con intenciones hostiles, que se disponían a robar —y probablemente a matar— a mi benefactor.

Sin embargo, no tardé en desechar ese temor. Se dirigieron a mi conductor con respeto, llamándole capitán. Eran escandalosos en sus comentarios y exclamaciones, aunque moderaban su bullicio por deferencia a su opinión y autoridad. Pude notar en el que había sido mi principal enemigo cierto embarazo y vacilación al verme; pero venció ambas cosas con una especie de esfuerzo, exclamando: —¿A quién demonios tenemos aquí?

El tono de su pregunta llamó la atención de mi protector. Dirigió al que había hablado una mirada fija y penetrante, y dijo: —¡Vaya, Ginés! ¿Le conoces? ¿Has visto antes a este hombre?

—¡Vaya, Ginés! —intervino un tercero—. Decididamente tienes mala

pata. Dicen que los muertos andan: ahí tienes la prueba.

—¡Déjate de impertinencias, Jeckols! —exclamó mi protector—; no es momento para bromas. Responde, Ginés: ¿eres tú la causa de que este muchacho se encontrara desnudo y malherido en el bosque, una madrugada tan fría como ésta?

—Puede ser. ¿Y qué?

—¿Qué provocación te ha inducido a darle un trato tan cruel?

—Una más que suficiente: no llevaba dinero encima.

—¡Cómo! ¿Le has dado ese trato sin que mediara resistencia alguna por su parte?

—Sí; se resistió. Yo sólo le di un empujón, y él tuvo la osadía de pegarme.

—Ginés, eres incorregible.

—¡Bah!, ¿eso qué importa? Tú, con tu compasión y tus buenos sentimientos, acabarás conduciéndonos a la horca.

—No tengo nada que decirte; está visto que no tienes remedio. Compañeros, a vosotros os toca decidir si está bien el comportamiento de este hombre. Sabéis lo repetidas que son sus barbaridades; sabéis el trabajo que me cuesta repararlas. Nuestra profesión es una profesión de justicia —[así es como los prejuicios de los hombres enseñan universalmente a colorear la causa más desesperada a la que deciden adherirse]—. Nosotros los ladrones sin licencia estamos en guerra abierta con otro grupo: los ladrones protegidos por la ley. El ladrón vive como es natural entre sus iguales; así que no pretendo arrogarme ninguna autoridad sobre vosotros; haced lo que consideréis más conveniente. Pero en lo que a mí respecta, voto por que Ginés sea expulsado de entre nosotros porque es una deshonra para nuestra sociedad.

La propuesta recibió el consenso general. Se notaba que los demás coincidían con su jefe; sin embargo, algunos vacilaban sobre qué decisión adoptar. Entretanto, Ginés masculló algo en tono furioso y no muy seguro sobre que tuvieran mucho cuidado con provocarle. Esta insinuación encrespó a mi protector, cuyos ojos centellaron de desprecio.

—¿Nos amenazas, bellaco? —dijo—. ¿Acaso crees que nos vas a meter en un puño? ¡Pues vamos, inténtalo! Ve al juez más cercano y denúncianos: seguro que eres capaz. Cuando formamos esta banda, no éramos tan idiotas

como para ignorar que emprendíamos una vida plagada de peligros; entre ellos, el de ser traicionados por sujetos como tú. Pero no la formamos para echarnos atrás ahora. ¿Crees que vamos a vivir constantemente atemorizados por ti, temblando a cada amenaza tuya y transigiendo con tu insolencia cada vez que te da la vena? ¡A fe que sería una vida maravillosa! ¡Antes quisiera que me arrancaran a trozos la carne de los huesos! ¡Vete! ¡Te desafío a que lo hagas! ¿A que no eres valiente? ¡No te atreverás a sacrificar a estos intrépidos muchachos a tu ira, y significarte ante el mundo como un granuja y un traidor! ¡Porque si lo haces, el castigo caerá sobre ti; no sobre nosotros! ¡Fuera!

La valentía del jefe se contagió al resto de la compañía. Ginés comprendió que no había posibilidad de hacerles cambiar de actitud. Tras una breve pausa, contestó: —No hablaba en serio, ¡maldita sea! Pero no me vais a oír lloriquear. He sido siempre leal a mis principios, y amigo de todos vosotros. Pero puesto que habéis decidido echarme… ¡adiós!

La expulsión de este hombre representó una gran mejora en la banda. Los que antes tenían inclinación humanitaria manifestaron nueva energía ante la probabilidad de que prevalecieran tales sentimientos. Habían soportado la borrascosa insolencia del rival; pero ahora adoptaron sin obstáculo una conducta diferente. Los que envidiaban el ascendiente de su camarada e imitaban su comportamiento empezaron a mostrarse menos seguros. Salieron a relucir casos de crueldad y brutalidad de Ginés con hombres y animales que hasta ahora no habían llegado a oídos del jefe. No voy a repetir esas historias; no haría más que despertar repugnancia y horror; por otra parte, algunas de ellas revelan tal grado de depravación espiritual que muchos lectores las juzgarían inverosímiles. Con todo, este hombre no carecía de cualidades: era decidido, perseverante y leal.

Su desaparición fue muy beneficiosa para mí. No habrían sido pequeñas mis fatigas si hubiera tenido que marcharme en mi difícil situación, con el agravante de la herida recibida; sin embargo, no me habría atrevido a compartir el techo con un hombre para el que mi presencia era un aldabonazo a su conciencia, al recordarle su ofensa y la oposición de su jefe. Su vida le había hecho propenso a dejarse llevar por los arrebatos e indiferente a las consecuencias, y no habría tardado en encontrar ocasión

para ofenderme o causarme daño cuando no contase con otra defensa que mis desmayadas fuerzas.

Libre de este peligro, mi situación me parecía bastante afortunada para un hombre en mis circunstancias. Contaba con la ventaja de permanecer todo lo oculto que podía haber imaginado, y con los beneficios que procedían de la amabilidad y la humanidad. Nada había más opuesto que los ladrones que había conocido en la cárcel y estos otros. Entre éstos reinaba la alegría y la jovialidad. Buscaban libremente esparcimiento donde juzgaban más oportuno. Hacían planes y los llevaban a cabo. Consultaban sus inclinaciones. No se imponían la tarea —como ocurre demasiado frecuentemente en la sociedad humana— de aparentar conformidad con lo que les mortificaba; o lo que es peor, de convencerse a sí mismos de que todo daño que sufrían era justo; sino que estaban en guerra abierta con sus opresores. En cambio, los reclusos que había visto hacía poco vivían como fieras enjauladas, privados de actividad y paralizados por la indolencia. Las ocasionales manifestaciones de decisión de que aún hacían gala eran convulsiones y accesos febriles, no esfuerzos meditados y coherentes de un espíritu sano. No tenían esperanzas, ni proyectos, ni sueños luminosos y dorados, sino que se les reservaba la perspectiva más negra, y se les impedía pensar en nada más. Es cierto que ambas cosas eran partes de un todo, la una consumación, consecuencia a cada instante esperada de la otra. En cambio los hombres que ahora tenía ante mí vivían ajenos a todo esto, y en ese sentido parecían no tener comercio alguno con el razonamiento y la reflexión.

En cierto modo, como he dicho, me congratulaba de mi actual morada; era el lugar perfecto para permanecer oculto. Era la sede del júbilo y la alegría; aunque de una alegría que no se correspondía con los sentimientos que yo albergaba en mi pecho. Los sujetos que componían esta sociedad habían vuelto la espalda a todo principio establecido; su oficio era el terror y su meta eludir la vigilancia de la comunidad, y tanto lo uno como lo otro les afloraba en el genio. Observaba en ellos benevolencia y amabilidad, y que eran propensos a la emoción y la generosidad. Pero como su situación era insegura, su carácter era vacilante. Hechos a la animosidad de su especie, eran irritables y apasionados. Acostumbrados a ejercer la violencia en las

víctimas de sus depredaciones, no siempre limitaban su brutalidad a ese ámbito. Las heridas, golpes y cuchilladas no eran para ellos sino medios de superar las dificultades. Ajenos a la rutina enervante de los asuntos humanos, revelaban a menudo una energía que a cualquier observador imparcial le habría parecido digna de respeto. La energía es quizá la más valiosa de las cualidades, y un sistema político justo debería poseer el modo de extraer de ella, cuando se encuentra en esta clase de hombres, lo más positivo, en vez de destinarla impasiblemente a la destrucción como ahora. Obramos como el químico que rechaza la mena más fina, y utiliza sólo el mineral demasiado degradado ya hasta para el uso más despreciable. Pero, a lo que yo veía, estos hombres, carentes de ideas liberales e ilustradas, aplicaban muy mal su energía, encauzándola sólo hacia las metas más mezquinas y ruines.

Muchos habrían encontrado en la morada que acabo de describir un sinfín de inconvenientes. Sin embargo, como campo de especulación, era un Elíseo comparada con aquélla de la que había escapado. La compañía desagradable, los aposentos incómodos, la suciedad, el bullicio, todas las molestias perdían el carácter que podía hacerlas más efectivamente desagradables cuando no me veía obligado a permanecer con ellos; podía soportarlas pacientemente, frente a la amenaza de una muerte violenta y prematura. No hay sufrimiento que no se pueda considerar llevadero, salvo el que emana de la tiranía, de la fría cautela, o de la venganza despiadada de mi propia especie.

Mi recuperación progresaba deprisa. La amabilidad y las atenciones de mi protector eran incesantes, y el resto se limitaba a seguir su ejemplo. La vieja que se ocupaba de la casa aún me guardaba animosidad. Me consideraba causante de la expulsión de Ginés. Ginés había sido su predilecto; y celosa como era del interés general, juzgaba malo el cambio de un pecador experimentado por un principiante bisoño. A esto ha de añadirse que sus hábitos la inclinaban al malhumor y al descontento, y parece que personas de su temperamento no pueden vivir sin tener a alguien en quien descargar su exceso de bilis. No perdía ocasión de manifestar su rencor con el pretexto más trivial, y me lanzaba miradas furiosas de vez en cuando con una sed canina de destrucción. Nada era más claramente mortificante para

ella que ver dilatarse la satisfacción de su maldad, ni soportaba pensar que una ferocidad tan grande e incontrolable como la suya fuese tratada como el desprecio insignificante de una criada. En cuanto a mí, estaba acostumbrado a combatir con adversarios más formidables y a afrontar peligros alarmantes; y el rencor que descubría en ella no tenía suficiente poder para turbar mi tranquilidad.

Cuando me restablecí, le conté a mi protector toda mi historia, salvo el descubrimiento del extraordinario secreto del señor Falkland. No estaba dispuesto a revelar ese episodio, ni siquiera en una situación como ésta, que parecía excluir toda posibilidad de que fuera utilizado en perjuicio de mi perseguidor. Mi oyente, no obstante, cuya manera de pensar era diametralmente opuesta a la del señor Forester, no sacó una impresión desfavorable de la oscuridad que emanaba de esta reserva. Su penetración era tal que el impostor tenía muy pocas posibilidades de engañarle con alguna historia fingida; y él, desde luego, confiaba en esa penetración. Y debido a esta confianza, mi actitud sencilla e íntegra convenció a su espíritu y me granjeó su buena opinión y amistad.

Me escuchó con interés, y comentó varias partes de lo que yo le contaba. Dijo que éste era un ejemplo más de la tiranía y perfidia que ejercían los poderosos de la comunidad sobre los menos privilegiados; nada había más claro que su disposición a sacrificar a la especie humana a sus intereses personales y a sus caprichos más disparatados. ¿Quién que viera la situación bajo su verdadera luz esperaría a que sus opresores juzgasen oportuno decretar su destrucción sin tomar las armas en su defensa mientras estuviese a su alcance tal posibilidad? ¿Qué era más meritorio, la sumisión cobarde y entregada del esclavo, o la empresa y proeza del hombre decidido a defender sus derechos? Puesto que, debido a la administración parcial de nuestras leyes, la inocencia no tenía más esperanzas que la culpa cuando el poder se armaba contra ella, ¿qué hombre realmente valiente dejaría de alzarse contra tales leyes, y si debía sufrir su injusticia, de mostrar desprecio al menos a ese yugo? En cuanto a él, no habría abrazado su actual profesión de no haberle incitado estas razones irresistibles y convincentes; y esperaba contar desde ahora —ya que la experiencia se había encargado de convencerme al respecto de manera

tan palmaria— con la venturosa adhesión de mi persona a sus objetivos. A continuación se verá qué acontecimiento acompañó a esas esperanzas.

Eran numerosas las precauciones que solía tomar la banda de ladrones con la que vivía yo ahora para eludir la vigilancia de los satélites de la justicia. Una de sus normas era no actuar sino muy lejos del lugar de su residencia, si bien Ginés había infringido esa norma en el ataque al que debía yo mi actual acogida. En cuanto se apoderaban de algún botín, tenían buen cuidado de emprender la huida en la dirección más opuesta posible a la de su guarida, mientras eran observados por sus víctimas. El paraje donde habitaban era especialmente desolado y perdido, y tenía fama de estar encantado. La vieja a la que me he referido vivía allí desde hacía mucho tiempo, se suponía que sola, y su persona encajaba perfectamente con la idea que la gente del campo se hace de una bruja. Sus huéspedes jamás salían sino con la mayor precaución, y generalmente de noche. Los campesinos, cuando a veces divisaban de lejos las luces de su morada, las tomaban horrorizados por algún fenómeno sobrenatural; y si llegaba a sus oídos bullicio y algazara, imaginaban que procedía de algún festín de demonios. Con todas estas ventajas, los ladrones sólo se atrevían a vivir aquí a temporadas: se ausentaban con frecuencia durante meses, yéndose a visitar otras regiones del país. Y unas veces les acompañaba la vieja en estas mudanzas, y otras se quedaba; pero en todos los casos se iba antes o después que ellos, a fin de que los más observadores no estableciesen ninguna relación entre su reaparición y la alarma de los robos que a menudo efectuaban; en cuanto a los citados festines de demonios que tanto aterraban a los campesinos, tenían lugar tanto si estaba ella presente como si no.

Capítulo III

Un día, estando yo en esta situación, ocurrió una cosa que me llamó impensadamente la atención. Habían sido enviados dos de nuestros hombres a un pueblo no lejano a traer vituallas. Tras entregarlas a la patrona, se retiraron a un rincón, y sacando uno de ellos del bolsillo un papel impreso, se pusieron los dos a estudiar lo que ponía. Yo estaba sentado en un sillón junto al fuego; me encontraba bastante mejor, aunque algo débil y decaído. Después de pasarse un buen rato concentrados leyendo, me lanzaron una mirada, siguieron leyendo el papel, y luego me volvieron a mirar. Acto seguido salieron de la estancia como con intención de deliberar sin testigos el contenido del papel. Al cabo de un rato volvieron a entrar. Mi protector, que había estado ausente al principio, entró también en ese mismo instante.

—¡Capitán —dijo uno de ellos con aire de satisfacción—, mira esto! ¡Hemos descubierto una recompensa! Me parece que es como un billete de cien guineas.

El señor Raymond —que así se llamaba— cogió el papel y lo leyó. Permaneció callado un momento. Seguidamente lo estrujó en la mano; y volviéndose hacia el que se lo había pasado, dijo en el tono de quien confía en el éxito de sus razones: —¿Para qué queréis cien guineas? ¿Os hacen falta? ¿Estáis en apuros? ¿Os dejaría contentos obtenerlas al precio de una traición? ¿De violar las leyes de la hospitalidad?

—A fe que no lo acabo de entender, capitán. Después de violar tantas leyes, no veo por qué nos tiene que asustar un dicho anticuado. Debemos juzgar por nosotros mismos y no dejarnos amilanar por las paparruchas de un proverbio. Además, se trata de una buena acción. A mí, creo que entregar a semejante ladrón me iba a sentar tan mal como la cena.

—¡A un ladrón! ¡Estás hablando de ladrones!

—Un momento, capitán. ¡Dios me libre de decir nada contra robar como actividad general! Pero unos roban de una manera, y otros de otra. Lo que es yo, seguiré en los caminos, seguiré quitándole a todo viajero con el que me tropiece aquello de lo que me juego ciento a uno a que puede prescindir perfectamente. No veo ningún mal en eso. Pero tengo tanta conciencia como el que más. Porque me río de los tribunales y los pelucones y los cadalsos, y porque no me asusta cometer una acción inocente aunque los picapleitos me digan no debo, ¿significa que tengo que tener lástima de los rateros, los picaros y la morralla sin principios ni sentido de la justicia? No; soy demasiado respetuoso con nuestro gremio para no combatir a los intrusos y la gente que merece todo mi desprecio, cuanto más que el mundo les llama por mi nombre.

—¡Haces mal, Larkins! No deberías utilizar contra gente a la que odias, suponiendo que tu odio sea razonable, el instrumento de una ley a la que en la práctica desafías. Sé coherente: o eres amigo, o enemigo de la ley. Ten la seguridad de que, donde haya leyes, habrá leyes contra gente como tú y yo. Así que, o merecemos todos la venganza de la ley, o la ley no es el instrumento adecuado para corregir las fechorías de la humanidad. Te digo esto porque me gustaría que comprendieses que quien delata o acusa a un compañero, quien se aprovecha de la confianza de otro para traicionarle, quien vende la vida de su vecino por dinero, o quien cobardemente, con cualquier pretexto, invita a la ley a hacer lo que no puede o no se atreve a hacer por sí mismo, es la más ruin de las sabandijas. Pero, aunque fueran válidas tus razones, no serían aplicables a este caso.

Mientras hablaba el señor Raymond, entró el resto de la banda. Se volvió al punto hacia ellos y dijo:

—Amigos míos, aquí tengo una noticia que acaba de traer Larkins, y que os voy a exponer con su permiso.

Desplegó el papel que le habían entregado, y prosiguió:

—Se trata de la descripción de un huido de la justicia, con la recompensa de cien libras por su detención. Lo acaba de traer Larkins del pueblo. Por el tiempo y otras circunstancias, pero sobre todo por la minuciosa descripción de su persona, no hay duda de que se trata de nuestro joven amigo, cuya

vida me encargué de salvar hace días. Se le acusa de haberse aprovechado de la confianza de su patrono y benefactor para robarle ciertos objetos valiosos. Por esa acusación fue enviado a la prisión del condado, de donde logró huir hace un par de semanas, para no someterse a juicio, comportamiento en el que las autoridades ven un reconocimiento claro de su culpa.

»Amigos míos, conozco los detalles de esta historia desde hace días. Este muchacho me puso al corriente en un momento en que no podía prever que se encontraría en la necesidad de tomar esa precaución como antídoto contra el peligro. No es culpable de lo que se le atribuye. ¿Quién de vosotros es tan ignorante como para suponer que su huida es una confirmación de su culpa? ¿Quién cree, cuando le apresan para juzgarle, que su inocencia o su culpa será decisiva para la sentencia? ¿Quién es lo bastante estúpido para someterse a un juicio en el que los que deciden piensan más en el horror de la acción de que es acusado que en si es la persona que la ha cometido, y donde la naturaleza de nuestros motivos debe ser inferida de lo que digan un puñado de testigos ignorantes en los que no confiaría ninguna persona sensata para que juzgasen el acto más nimio de su vida?

»La historia de este pobre muchacho es larga, y no os voy a cansar ahora con ella. Pero según esa historia, está claro como el día que, por querer dejar el servicio de su señor, porque quizá había sido demasiado curioso intentando indagar en sus intereses, y porque, sospecho, se le habían confiado ciertos secretos importantes, su señor concibió una gran inquina hacia él. Esa inquina fue aumentando, al extremo de inducir al señor a maquinar esa vil acusación. Al parecer pretende que el muchacho vaya a la horca antes que consentir que se marche a donde le plazca o se ponga fuera de su alcance. Williams me lo ha contado todo con tal sinceridad que estoy seguro de que es tan inocente de lo que se le acusa como yo mismo. No obstante, los criados del hombre invitados a escuchar la acusación y la orden de prisión que dictó como juez de paz (y que ellos creyeron insensatamente que era imparcial) fueron unánimes en confirmarlo, proporcionando así a Williams una muestra de qué resultado podía esperar.

»Larkins, que en el momento de coger dicho papel ignoraba los detalles, dijo que había que aprovechar la ocasión de ganar las cien guineas.

»—¿Sigues pensando igual, ahora que los conoces? ¿Quieres poner al cordero en la boca del lobo por tan despreciable cantidad? ¿Quieres colaborar en los propósitos de ese hombre sanguinario que no contento con echar de su casa a su subordinado, privarle de su reputación y de todo medio de subsistencia, y dejarle casi sin refugio, continúa reclamando su sangre? Si no hay nadie que tenga el valor de poner coto a la tiranía de los tribunales, ¿no debemos hacerlo nosotros? ¿Vamos a endeudarnos por un penique con el vil artificio del delator, nosotros que nos ganamos la vida haciendo gala de generosa osadía? ¿Negaremos nuestra protección a un individuo contra el que se halla en armas la especie entera, que está más expuesto que nosotros, pero que merece menos su persecución?»

El discurso del capitán tuvo un efecto instantáneo en la compañía. Todos exclamaron: «¿Traicionarle? ¡No, por nada del mundo! Aquí está seguro. Le protegeremos con nuestras vidas. Si desterramos la fidelidad y el honor de entre nosotros los ladrones, ¿en qué lugar de la tierra hallaremos refugio?»[5] Larkins en particular agradeció al capitán su intervención, y juró que antes se cortaría la mano derecha que hacer daño a un muchacho tan digno, o contribuir a tan monstruosa villanía. A continuación me cogió la mano y me dijo que no temiera nada. No me ocurriría ningún daño bajo este techo; y aunque los sayones de la ley descubriesen mi refugio, morirían en mi defensa como un solo hombre antes de que me tocasen un solo cabello. Le di las gracias muy sinceramente por su buena disposición; aunque lo que más me impresionó fueron las fervientes muestras de benevolencia de mi benefactor. Les dije que mis enemigos eran inexorables, y que no se aplacarían sino con mi sangre; y les aseguré con la más solemne y formal sinceridad que no había hecho nada para merecer la persecución de que era objeto.

El espíritu y la energía del señor Raymond habían sido tales que no tuve opción a rechazar este peligro inesperado; no obstante, me causaron muy honda impresión. Yo siempre había confiado en que acabaría volviéndole la ecuanimidad al señor Falkland. Aunque me perseguía con encono, pensaba que lo hacía mal de su grado, y estaba convencido de que no seguiría haciéndolo eternamente. Un hombre cuyos principios originales habían estado tan llenos de rectitud y honor no podía dejar de comprender tarde o

temprano la injusticia de su conducta y dejar su acrimonia. Siempre había estado con esa idea, y había contribuido en no pequeña medida a alentar mis esfuerzos. Yo me decía: «Convenceré a mi perseguidor de que no merezco que me sacrifique por pura precaución»; esperanza que me había inspirado la conducta del señor Falkland con relación a mi encarcelamiento, así como diversos detalles ocurridos desde entonces.

Pero esta papela daba al asunto un cariz totalmente diferente. No contento con arruinar mi reputación, haberme tenido encerrado en prisión y convertido en un vagabundo sin hogar, le veía ahora persiguiéndome, incluso en esta situación desesperada, con implacable crueldad. La indignación y el resentimiento me anegaron el alma por primera vez. Sabía muy bien cuál era su aflicción, sabía su causa, y tenía tan firmemente impresa en mí la idea de que no lo merecía que, aunque mis sufrimientos eran grandes, más que odiarle seguía compadeciéndole. Pero este incidente introdujo un cambio en mis sentimientos. Yo me decía: «Sin duda juzgará ahora que me ha desarmado suficientemente, y consentirá al fin que viva en paz». ¿No accederá a dejarme a mi suerte, en el estado peligroso e incierto del huido de la justicia, en vez de espolear la animosidad y la vigilancia de mis compatriotas contra mí? ¿Fueron sus palabras en mi favor ante la rigurosa severidad del señor Forester, y sus posteriores gestos de amabilidad, mero fingimiento para tranquilizarme? ¿Le obsesionaba el temor de un gran desquite, y por eso simuló remordimiento en el instante de poner en marcha secretamente la maquinaria que garantizaba mi destrucción? La sospecha misma de tal posibilidad me llenó de indecible horror, y estremeció todas las fibras de mi cuerpo.

A todo esto la herida me había sanado completamente, y era hora de tomar una decisión respecto al futuro. Dada mi forma de pensar, la actividad de mis anfitriones me producía una repugnancia insuperable. No sentía aversión y rechazo hacia los hombres mismos. Veía y respetaba sus virtudes y sus buenas cualidades. No les creía ni peores ni más hostiles al bienestar de su especie que los que les miran con la mayor reprobación. Pero, sin dejar de estimarles como personas, me daba perfecta cuenta de sus errores. Por otra parte, si bien había corrido peligro de descarriarme, había tenido la suerte de poder observar a los delincuentes en la cárcel, antes de verles en

relativa prosperidad, lo que hacía de antídoto infalible contra tal veneno. Me daba cuenta de que en esta profesión se requería una energía, una ingeniosidad y una fortaleza extraordinarias, y no podía por menos de pensar en lo beneficiosas que podían ser estas cualidades en el gran teatro de los asuntos humanos; pero en su actual dirección se malgastaban en metas que estaban en guerra diametral con los intereses primeros de la sociedad. Asimismo, el proceder de estos hombres era tan nocivo para su propio bien como incompatible con el general. El hombre que arriesga o sacrifica su vida por la causa pública recibe la recompensa de una conciencia aprobadora; pero el que irreflexivamente desafía las necesarias aunque atrozmente exageradas precauciones del gobierno en materia de propiedad, a la vez que comete un acto de alarmante hostilidad contra el conjunto se comporta de una manera casi tan absurda y suicida como el que se pone de blanco para que practique puntería una fila de mosqueteros.

Mirando el asunto bajo esa luz, decidí no sólo no participar en sus acciones, sino corresponder a los beneficios que había recibido de ellos esforzándome en disuadirles de seguir por un camino que les acarrearía los mayores sufrimientos. Mis reconvenciones tuvieron una acogida diversa. Los hombres a los que me dirigí estaban convencidos de la inocencia de su vocación, y la duda que podía quedarles la sofocaban y procuraban olvidarla, por así decir. Algunos se rieron de mis argumentos, tachándolos de quijotismo misionero. Otros, sobre todo nuestro capitán, los rechazó con la resolución del hombre que se sabe en el bando de los fuertes. Pero no les duró mucho este aplomo y esta suficiencia. Estaban acostumbrados a refutar argumentaciones que se sustentaban en la religión y en la sacralidad de la ley; hacía tiempo que habían desechado estas cuestiones, tachándolas de prejuicios. Pero mi planteamiento apelaba a principios irrefutables y carecía por completo de ese aire habitual de rechazo que constantemente nos está sonando en el oído sin encontrar una cuerda sensible en el corazón. Instados ahora con objeciones inesperadas y convincentes, algunos empezaron a impacientarse y a dar muestras de malhumor ante mis impertinentes reconvenciones. Pero no ocurrió así en el caso del señor Raymond. Poseía una franqueza como jamás he observado en nadie. Le sorprendió oír poderosas objeciones a ideas que él creía haber examinado

desde todos los ángulos. Las meditó con atención e imparcialidad. Las fue aceptando poco a poco; pero las aceptó en definitiva. Hasta que le quedó sólo una respuesta.

—¡Ah, Williams! —dijo—, habría sido una suerte para mí que estas razones me hubiesen llegado antes de abrazar mi actual profesión. Ahora es demasiado tarde. Esas mismas leyes cuya iniquidad me han decidido a ser lo que soy me impiden el regreso. Se nos ha dicho que Dios juzga a los hombres por lo que son en el momento de ajustar las cuentas, y cualesquiera que hayan sido sus crímenes, si han comprendido y abjurado de su insensatez, les acoge favorablemente. Pero las instituciones de los países que afirman adorar a ese Dios no aceptan semejante distinción. No dan opción a la enmienda, y parece que hallan una complacencia brutal en confundir los deméritos de los transgresores. No importa cómo es la persona en el momento de juzgarla. De nada le vale cuánto ha cambiado, ni lo intachable o útil que es. Si descubren que hace catorce[6] o cuarenta[7] años cometió una acción que la ley sanciona con la muerte, aunque haya vivido durante ese intervalo con la pureza de un santo y la devoción de un patriota, se negarán a tenerlo en cuenta. Así que, ¿qué puedo hacer? ¿No estoy obligado a continuar andando por el camino de la insensatez, una vez que lo he emprendido?

Capítulo IV

Este alegato me impresionó profundamente. Sólo fui capaz de contestar que él era quien debía decidir qué camino tomar; yo sólo confiaba en que el caso no fuera tan desesperado como imaginaba. Dejamos de hablar de esto; y un incidente de lo más extraordinario vino en cierto modo a sacarme de mis reflexiones. He hecho ya alusión a la animosidad que abrigaba contra mí la infernal portera de esta mansión solitaria. Su predilecto había sido Ginés, el miembro expulsado de la banda. Había aceptado su exilio porque se guardaba el genio ante la energía e inherente superioridad del señor Raymond; pero se lo guardaba de mal talante y renegando. No atreviéndose a tomar a ofensa la decisión del jefe en este asunto, dirigía todo su rencor contra mí. Al imperdonable agravio que había cometido yo en el primer caso se sumaban ahora las objeciones que me dedicaba a poner a la profesión de todos ellos. El robo era el artículo fundamental del credo de esta canosa veterana, y escuchaba mis reprobaciones con el sincero asombro y horror con que una anciana de otros hábitos escucharía a alguien poner reparos a la agonía y muerte del Creador, o a la supuesta vestidura de rectitud que envuelve las almas de los elegidos. Como las beatas, estaba dispuesta a vengarse de cualquier ataque a sus opiniones con armas de guerra sublunares. Entretanto, yo me sonreía de la impotencia de su malicia, ya que me parecía más digna de desprecio que de alarma. Ella, imagino, se daba cuenta de la poca importancia que le concedía, y eso contribuía no poco a aumentar el tumulto de sus pensamientos.

Un día me encontraba en la casa sin otra compañía que la de esta sibila aceitunada. Los ladrones habían salido de expedición la noche anterior, dos horas después de ponerse el sol, y no habían vuelto antes de amanecer como acostumbraban. No era raro esto, de manera que no causaba especial

alarma. Unas veces les llevaba más allá de los límites que ellos mismos se habían impuesto el olor de la presa; otras, era el temor a ser perseguidos; la vida del ladrón es siempre insegura. Durante la noche, la vieja había estado preparando la comida alrededor de la cual esperaba verles sentados al regresar.

Por mi parte, dados los hábitos de la banda, de volver a cualquier hora y convertir en cierto modo el día en noche y la noche en día, había aprendido a no preocuparme. Llevaba ya varias semanas viviendo aquí, y la estación estaba considerablemente avanzada. Había pasado algunas horas de la noche dándole vueltas a mi situación. El carácter y modales de los hombres con los que convivía me eran desagradables. Su ignorancia tosca, su conducta grosera y sus maneras feroces, en vez de hacérseme tolerables por la costumbre, daban más fuerza cada vez a mi aversión inicial. La gran sagacidad e ingenio que exhibían en la persecución de sus intereses, junto a lo odioso de su oficio y la depravación de sus hábitos, despertaba en mí sentimientos demasiado dolorosos. Descubrí que la reprobación moral —al menos en un espíritu no domesticado por la filosofía— era una de las más abundantes fuentes de desasosiego e inquietud. Desasosiego e inquietud que el trato con el señor Raymond no conseguía aliviarme; era muy superior a los demás, pero no dejaba de ver yo cuán fuera de su lugar estaba, cuán incompatiblemente asociado, y cuán despreciable era su ocupación. Había intentado rebatir los errores por los que él y sus compañeros se guiaban, pero los obstáculos con que topé eran más grandes de lo que había imaginado.

¿Qué debía hacer? ¿Esperar a ver cuál era el resultado de mi labor misionera, o marcharme sin más? Y si me marchaba, ¿debía hacerlo en secreto, o anunciar mi propósito y tratar de reforzar con el ejemplo la endeblez de mis argumentos? Evidentemente no estaba bien seguir conviviendo con ellos más de lo imprescindible; puesto que me negaba a participar en sus actividades, no contribuía a procurar medios de subsistencia ni comulgaba con sus ideas. Había además una circunstancia que hacía especialmente perentorio tomar una decisión: planeaban dejar su actual morada en espacio de unos días, y mudarse a una guarida donde solían esconderse, en una región apartada del condado. Si no pensaba seguir

con ellos, quizá no estaba bien acompañarles en ese desplazamiento. El infortunado estado al que me había reducido mi implacable perseguidor había hecho que incluso una guarida de ladrones fuera para mí algo providencial. Pero probablemente el tiempo que había transcurrido era suficiente para que hubiera disminuido el encono de la persecución de que era objeta. Ansiaba esa soledad y oscuridad, ese refugio del hostigamiento del mundo, incluso de la toda popularidad, que me había propuesto cuando huí de la prisión.

Éstas eran las reflexiones que ahora me absorbían. Finalmente, cansado de atormentar mi cerebro, saqué del bolsillo un Horacio —¡legado de mi querido Brightwel!—, y busqué alivio en él. Leí con avidez la epístola en la que tan hermosamente le describe a Fusco el gramático, los placeres de la tranquilidad e independencia rurales. Poco después, el sol salió de detrás de los montes y abrí las contraventanas para contemplarlo. El día empezaba con especial esplendor, acompañado de todos esos encantos que los poetas de la naturaleza, como se les ha llamado, tanto se complacen en describir. Había algo en esta escena, sobre todo después de los vivos esfuerzos del intelecto, que apaciguaba el espíritu. Insensiblemente, un sopor confuso se apoderó de mí. Me retiré de la ventana, me tumbé en el lecho y me quedé dormido.

No recuerdo las imágenes exactas que en esa ocasión desfilaron por mi cerebro, pero sé que concluyeron con la de alguien, agente del señor Falkland, que venía a asesinarme. Probablemente me sugirió esta idea el proyecto que planeaba de volver al mundo, poniéndome al alcance de su posible venganza. Imaginé que el homicida pretendía caer sobre mí por sorpresa, que yo conocía sus intenciones, pero que, por alguna fascinación, no hacía nada por evitarlo: oí acercarse los pasos cautelosos del asesino, percibí claramente su respiración contenida aunque audible, llegó al rincón donde yo estaba, y a continuación se detuvo. La escena era demasiado espantosa; sobresaltado, abrí los ojos y vi a la execrable bruja ante mí con una cuchilla de carnicero. Me ladeé con un movimiento instintivo, y el golpe destinado a mi cráneo se hundió inofensivo en la cama. Salté sobre ella antes de que pudiera incorporarse, le cogí el arma, y casi se la arranqué de la mano. Pero un instante después recobró sus fuerzas y su desesperado

propósito, y forcejeamos furiosamente, ella movida por una malevolencia innata, y yo por la defensa de mi vida. Tenía un vigor de amazona, y poco después tuve ocasión de comprobar que luchaba con una adversaria formidable. Su mirada era súbita y precisa, e inconcebiblemente vehemente el impulso que de vez en cuando imprimía a su cuerpo. Al fin conseguí vencerla: le arrebaté el mortal instrumento, y la derribé al suelo. Hasta ese momento, sus esfuerzos la habían obligado a contener la rabia; pero ahora le rechinaban los dientes, parecía que los ojos iban a saltarle de las órbitas, y su cuerpo se agitaba con una insania incontrolable.

—¡Granuja! ¡Demonio! —exclamó—. ¿Qué pretendes?

Hasta ahora la escena se había desarrollado sin una palabra.

—Nada —contesté—: ¡Vete y déjame, bruja del infierno!

—¿Dejarte? ¡No: te voy a meter los dedos entre las costillas y me voy a beber tu sangre! ¿Crees que me tienes? ¡Ja, ja! ¡Sí! ¡Me arrojaré sobre ti y te arrastraré al infierno! ¡Te tostaré con azufre, y te arrojaré a los ojos tus propias entrañas! ¡Ja, ja, ja!

Diciendo esto se levantó de un salto, y se dispuso a atacarme con saña redoblada. Le agarré las manos y la obligué a sentarse en la cama. Así sujeta, siguió dando rienda suelta a sus pensamientos acompañándolos con muecas, furiosas sacudidas de cabeza, tirones violentos para librarse de mis manos. Sus esfuerzos y contorsiones eran como esos ataques en los que hacen falta tres o cuatro hombres para sujetar al paciente. Pero descubrí que, dada la postura en que me encontraba, mi sola fuerza era suficiente. El espectáculo de sus emociones era inconcebiblemente espantoso. Por último empezó a decaer su violencia, y comprendió que era inútil la lucha.

—¡Suéltame! —dijo—. ¿Por qué me sujetas? No quiero que me sujeten.

—Quería que te fueras desde el principio —repliqué—. ¿Estás de acuerdo en irte?

—¡Sí, mal nacido! ¡Sí, bellaco!

La solté al punto. Corrió a la puerta y, agarrándola con la mano, dijo: —Aún te he de matar; ¡no serás dueño de ti mismo ni veinticuatro horas más!

Y tras estas palabras dio un portazo y cerró con llave. Esta inesperada reacción me sobresaltó. ¿Adónde iba? ¿Qué se proponía? No soportaba la idea de perecer por las maquinaciones de semejante bruja. Cuando la

muerte, sea de la naturaleza que sea, llega de improviso, sin darnos tiempo a prepararnos, se nos vuelve indeciblemente terrible. Los pensamientos se me desbocaron en vertiginoso y horrible torbellino, y la confusión tomó posesión de mi espíritu. Intenté forzar la puerta, pero inútilmente. Recorrí la habitación en busca de alguna herramienta con que ayudarme. Finalmente me abalancé contra ella con esfuerzos desesperados; entonces cedió, y estuve a punto de precipitarme escaleras abajo.

Bajé con la mayor cautela. Llegué a la estancia que nos servía de cocina, pero estaba desierta. Miré en los demás aposentos. Salí a las ruinas; tampoco descubrí rastro alguno de mi asaltante. Era muy extraño: ¿qué había sido de ella? ¿Cómo debía interpretar esta desaparición? Pensé en su amenaza al irse: «no sería dueño de mí mismo ni veinticuatro horas más». Era misteriosa; no parecía exactamente una amenaza de muerte.

De repente me vino a la memoria el papel que había traído Larkins. ¿Quizá sus palabras al irse se referían a eso? ¿Había decidido dar ese paso por su cuenta? ¿No era peligroso para toda la cofradía llevar al refugio a los agentes de la justicia sin la menor precaución? No era probable que se arriesgase a una acción tan desesperada. Sin embargo, la reacción de una persona en el estado de excitación en que ella se encontraba era impredecible. ¿Debía quedarme a ver qué pasaba, poniendo en peligro mi libertad?

Mi respuesta a esta pregunta fue una instantánea negativa. Resolví abandonar al punto mi actual situación, ya que carecía de importancia hacerlo un poco antes o un poco después. No prometía ser agradable ni prudente seguir bajo el mismo techo con una persona que se había manifestado tan feroz y hostil. Pero lo que más peso tenía para mí era la posibilidad de que fuera encarcelado, juzgado y condenado a muerte. Cuanto más pensaba en eso, más perentorio era el deseo de evitarlo. Había recorrido ya bastante camino en este sentido; había hecho ya muchos sacrificios; y estaba convencido de que jamás fracasaría en mi propósito por ninguna negligencia mía. El pensamiento de lo que me tenían reservado mis perseguidores me producía una indecible ansiedad; y cuanto más sabía de la opresión y la injusticia, más repugnantes me parecían los que las practican.

Ésas son las razones que me decidieron a abandonar de manera

inmediata y repentina —sin despedirme ni dar las gracias por los excepcionales y repetidos favores que había recibido— una morada con la que estaba en deuda por haberme protegido durante seis semanas contra un proceso, una condena y una muerte ignominiosa. Había llegado sin un penique: me marché con unas guineas, ya que el señor Raymond había insistido en que aceptara cierta cantidad en el momento en que cada cual recibió una parte del fondo común. Aunque tenía motivos para suponer que el tiempo transcurrido habría atemperado el ardor de la persecución de que era objeto, el mal que podía sobrevenirme en caso de que tuviera algún percance me decidió a no descuidar ninguna precaución. Recordé el escrito que había sido fuente de mi actual alarma, y pensé que uno de los mayores peligros que me amenazaban era que me reconociese algún conocido o incluso algún desconocido. Así que me pareció prudente disfrazarme lo más posible. Para lo cual eché mano de un montón de ropas viejas que había en un rincón de nuestra guarida. Elegí el disfraz de mendigo. Con esta idea me quité la camisa; me vendé la cabeza con un pañuelo, procurando que me ocultara un ojo. Sobre esto me puse un viejo gorro de dormir. Escogí lo más andrajoso que encontré, reduciéndome así a la condición más mísera, y añadiendo a propósito desgarrones en varios sitios. Y ataviado de este modo, me miré en un espejo. Estaba completamente cambiado; nadie sospecharía que no era del gremio al que fingía pertenecer. Me dije: «De esta forma me obligan la tiranía y la injusticia a buscar refugio. ¡Pero es mejor, mil veces mejor, inspirar desprecio a la hez de la humanidad que confiar en la compasiva clemencia de nuestras autoridades!»

Capítulo V

La única norma que me había impuesto para cruzar el bosque era mantener una dirección lo más opuesta posible a la que conducía al lugar donde había estado encarcelado. Al cabo de unas dos horas, llegué al final de este paraje agreste, y salí a una parte del condado cercada y cultivada. Aquí me senté junto a un arroyo, saqué un mendrugo que me había llevado y descansé y repuse fuerzas. Y me puse a meditar qué plan debía seguir en el futuro. Como al escapar de la cárcel, lo primero que se me ocurrió fue dirigirme a la capital, ya que, además de otras ventajas, era donde mejor podría ocultarme. Y estando así, vi pasar cerca a un par de campesinos, y les pregunté cuál era el camino de Londres. Por su información, comprendí que lo más directo era retroceder una parte del bosque, y acercarme bastante a la capital del condado. Pensé que esto no suponía ningún riesgo. Me sentía seguro con mi disfraz ante cualquier situación comprometida; así que cogí un sendero —aunque no el más directo— que conducía al lugar que me indicaban.

Merece la pena reseñar algunos incidentes de ese día. Yendo por un camino que por espacio de varias millas coincidía con mi dirección, vi venir hacia mí un carruaje. Durante unos momentos dudé si dejarlo pasar sin más, o hacer algún gesto o ademán propio de mi gremio. Al punto deseché esta disquisición ociosa, al descubrir que se trataba del coche del señor Falkland. Lo inesperado del encuentro me llenó de terror; aunque de haber pensado con serenidad, habría sido difícil ver ningún peligro alguno en esto. Me aparté del camino y me escondí tras un seto hasta que se perdió completamente de vista. Me sentí demasiado emocionado para atreverme a mirar si iba o no mi terrible adversario. Estaba convencido de que sí, Observé alejarse el coche, y exclamé: «¡Ahí van el regalo y el atavío de la

culpa, y aquí se queda el desamparo que acompaña a la inocencia!» Tengo que reprocharme el haber imaginado que mi caso era único a este respecto. Sólo lo menciono para mostrar cómo el detalle más trivial contribuye a amargarle al hombre el cáliz de su adversidad. No obstante, el pensamiento fue fugaz. Había aprendido de mis sufrimientos esta lección: no permitirme jamás el lujo del descontento. En cuanto me serené, empecé a preguntarme si la aparición que acababa de presenciar tendría algo que ver conmigo. Pero, aunque estaba bastante alerta e inquisitivo sobre ese particular, no encontré base suficiente para construir ninguna hipótesis.

Ya de noche, entré en una pequeña taberna de las afueras de un pueblo. Me senté en un rincón de la cocina y pedí algo de pan y queso. Y estaba comiendo, cuando entraron tres o cuatro campesinos a tomar un refrigerio después de su jornada de trabajo. La conciencia de la diferencia de clases impregna todos los órdenes de la sociedad; así que, como mi aspecto era más bajo y despreciable que el de ellos, juzgué oportuno ceder el sitio a los que entraban y buscar un rincón más apartado. No me sorprendió y sobresaltó poco oír que casi en seguida se ponían a hablar de mi caso, que con ligeras variantes llamaron «del famoso desvalijador Kit Williams».

—Condenado muchacho —dijo uno—. No se habla de otra cosa. A fe que da que hablar en todo el condado.

—Muy cierto —replicó otro—. Hoy he ido al pueblo a vender avena de mi señor, y estando allí se ha armado un alboroto de todos los demonios, porque creían unos que le habían cogido. Pero era una falsa alarma.

—Esas cien guineas son una cantidad tentadora —replicó el primero—. Me encantaría tropezarme con él.

—Respecto a eso —dijo el viajero—, a mí las cien guineas me vendrían tan bien como a cualquiera; pero no comparto tu opinión. Siempre he pensado que el dinero que viene de mandar a la horca a un cristiano no trae nada bueno.

—¡Bah, eso son bobadas! De vez en cuando hay que ahorcar a alguien para dar trabajo a los sayones de nuestro Estado. Además, yo perdonaría a ese individuo todos sus robos; pero que sea tan desalmado como para desvalijar la casa de su propio señor me parece demasiado.

—¡Señor, señor —replicó el otro—; a lo que veo no sabe nada del

asunto! Le voy a contar lo ocurrido según me han contado a mí en el pueblo. Dudo que llegara a tocar nada de su señor. Sin duda sabrás que el señor Falkland fue juzgado tiempo antes de asesinato…

—Sí, sí; eso lo sé.

—Pues bien, era inocente como un recién nacido. Pero imagino que debe de ser un poco débil de carácter. Y Kit Williams (que es un sujeto endiabladamente astuto: se ha escapado nada menos que cinco veces de la cárcel, conque calcula), y Kit Williams digo, amenazó a su señor con llevarle otra vez a los tribunales; le metió miedo, y le sacó dinero varias veces. Hasta que finalmente un tal señor Forester, pariente del otro, lo descubrió todo. Armó un jaleo de no te menees, y mandó a Kit a la cárcel en un abrir y cerrar de ojos, y creo que lo habría mandado a la horca; porque cuando se juntan dos señores a darle vueltas a algo, no hacen mucho caso de la ley; o la acomodan a sus propios fines, no sé exactamente qué; pero resulta demasiado, cuando el pobre muchacho está sin resuello en el cuerpo.

Aunque la historia fue contada con suficiente circunstancia y detalle, no dejó de suscitar debate. Cada cual se puso defender la exactitud de su propia versión, y la disputa fue larga y tenaz. Finalmente, se marcharon juntos historiadores y comentaristas. Los terrores que me asaltaron nada más iniciarse esta conversación habían sido extremos. Miraba furtivamente a unos y a otros para comprobar si se fijaban en mí. Temblaba como un azogado, y al principio me dieron ganas de abandonar la taberna y poner pies en polvorosa. Me corrí más hacia el rincón, y mantuve la cabeza ladeada; de vez en cuando me parecía que mi organismo animal sufría una completa revolución.

Por último, recobré la facultad de pensar. El comprobar que nadie me prestaba atención me devolvió la conciencia de que estaba seguro bajo mi disfraz, y empecé a alegrarme interiormente, aunque no me atreví a hacerme preguntas. Poco a poco, empecé a encontrar divertido el absurdo de esas historias, y el cúmulo de falsedades que contaban sobre mí. Me henchía el alma, me enorgullecía el aplomo y regocijo con que podía escucharlas; y decidí prolongar y aumentar el disfrute. Así que cuando se fueron, me dirigí a la mesonera, una viuda rolliza, frescachona y jovial, y le pregunté qué clase de hombre era ese tal Kit Williams. Contestó que, por lo

que había oído, era el muchacho más guapo y agradable que podía encontrarse en cuatro condados a la redonda, y que le caía bien por lo listo que era; que había burlado a todos los guardianes que le habían puesto y había atravesado muros de piedra como si fuesen telarañas. Comenté que la región estaba tan alarmada que no creía que pudiera eludir a los perseguidores que habían puesto tras él. Esta idea despertó su inmediata indignación: dijo que esperaba que estuviera lo bastante lejos ya; pero si no era así, ¡ojalá cayera la maldición de Dios sobre quienes entregaban a un muchacho tan noble a un fin tan ignominioso! Aunque no imaginaba ella ni remotamente que tenía delante a la persona de la que hablaba, sin embargo el calor sincero y generoso con que se interesaba por mí me produjo una gran satisfacción. Con este sentimiento con que endulzar las fatigas del día y la calamidad de mi situación, abandoné la cocina, me dirigí a un pajar vecino, me eché en la paja y me dormí inmediatamente.

Proseguía mi viaje al día siguiente cuando, hacia mediodía, me alcanzaron dos hombres a caballo, que se detuvieron a preguntarme sobre un hombre que suponían que llevaba mi misma dirección. Al describírmelo, comprendí con asombro y terror que la persona que buscaban era yo. Dieron detalles relativamente precisos sobre ciertas características por las que se podía identificar mi persona. Dijeron que tenían buenos motivos para creer que había sido visto el día anterior en un pueblo del condado. Mientras hablaban llegó un tercer hombre que venía detrás; y mi alarma aumentó sobremanera al descubrir que se trataba del criado del señor Forester que me había ido a visitar a la prisión un par de semanas antes de mi huida. Mi mejor recurso en este crítico momento era aparentar calma e indiferencia. Fue una suerte para mí que el disfraz estuviera tan bien aderezado que ni el ojo mismo del señor Falkland habría podido penetrarlo: había comprendido hacía tiempo que era un recurso que los acontecimientos podían hacer necesario, y me había esforzado en elaborar un plan sobre el particular. Tenía desde muy joven gran habilidad en el arte de imitar; así que al abandonar mi escondite en la morada del señor Raymond adopté, con el atuendo de mendigo, un encorvamiento especial y un andar desmañado que procuraba exhibir en cuanto había la más ligera posibilidad de que me observaran, y un acento irlandés que había tenido

ocasión de practicar en la cárcel. ¡Éstos son los miserables recursos y el estudiado artificio que el hombre —que no merece el nombre de tal sino en la medida en que es erecto e independiente— puede verse obligado a utilizar para eludir la inexorable animosidad y tiranía insensible de sus semejantes! Había hecho uso ya de este acento —aunque no he juzgado necesario consignarlo antes— en la taberna del pueblo. Al acercarse, el criado del señor Forester vio que sus compañeros estaban hablando conmigo. Y adivinando cuál era el tema, preguntó si habían averiguado algo. A la información que le dieron añadió él que se había determinado no ahorrar gastos ni diligencias para descubrirme y prenderme; y que estuviesen seguros de que, si seguía vivo y en el reino, no iba a escapar.

Cada nuevo incidente que me acontecía tendía a poner en evidencia el enorme peligro a que estaba expuesto. Casi habría podido imaginar que era yo el único objeto que despertaba el interés general, y que el mundo entero se había alzado en armas para eliminarme. La sola idea me producía hormigueo en cada fibra de mi ser. Pero, aunque terrible a mi imaginación, daba nueva energía a mi propósito. Decidí no abandonar voluntariamente el campo —lo que habría significado literalmente poner el cuello en la soga del verdugo— a pesar de la gran superioridad de mis adversarios. Pero estos percances, aunque no me hicieron cambiar de propósito, me indujeron a estudiar de nuevo el medio por el que podía llevarlo a cabo. El resultado de esta reflexión fue dirigir mis pasos hacia el puerto más próximo de la costa occidental de la isla, para pasar a Irlanda. No podría decir ahora qué fue lo que me inclinó a preferir este plan al que había concebido al principio. Quizá parecía éste el más plausible de los dos, puesto que hacía tiempo que venía pensando en él, y encontraba una aparente complejidad, que el cerebro no se paraba a analizar, en sustituirlo por el otro.

Llegué sin más obstáculos a la ciudad donde me proponía embarcar; hice averiguaciones sobre qué barco zarparía en las próximas horas, y acordé el pasaje con el capitán. Irlanda tenía para mí el inconveniente de ser una dependencia del gobierno británico, y por tanto un lugar menos seguro que los países separados de éste por el océano. A juzgar por el celo con que parecían haber emprendido mi persecución en Inglaterra, no era imposible que mis enemigos me siguieran al otro lado del canal. Sin embargo, me

tranquilizaba bastante saber que estaba a punto de alejarme un paso más del peligro que tan grave me lo pintaba la imaginación.

¿Correría algún peligro en el breve espacio que debía transcurrir antes de que el barco levara anclas y abandonara la costa inglesa? Probablemente no. Había pasado muy poco tiempo entre mi decisión de embarcar y mi llegada a este puerto; y si alguien había dado la voz de alarma a mis perseguidores, no podía ser más que la vieja, unos días antes. Confiaba en haberme anticipado a su diligencia. Entretanto, no debía descuidar ninguna precaución razonable: subí inmediatamente a bordo, resuelto a no exponerme innecesariamente a un encuentro inoportuno dando vueltas por las calles. Era la primera vez que tenía ocasión de abandonar mi país natal.

Capítulo VI

Casi había cumplido el barco su tiempo de permanencia en puerto y se esperaba de un momento a otro la orden de zarpar, cuando nos dio voces un bote que venía de la orilla con dos hombres, además de los que iban a los remos. En un segundo subieron a bordo. Eran agentes de la justicia. Ordenaron que se presentasen en cubierta los pasajeros, otros cinco *y yo*, para ser interrogados. Sentí un desasosiego indecible ante esta contingencia en un momento tan inoportuno. Di por supuesto que andaban detrás de mí. ¿Sería posible que por algún inexplicable accidente hubiesen tenido algún barrunto de mi disfraz? Era infinitamente más comprometido topar con ellos en este instante y de manera tan llamativa que, como me había ocurrido ya con mis perseguidores, bajo la apariencia de una persona corriente. Sin embargo, no perdí la serenidad: confiaba en mi disfraz y mi acento irlandés como en una roca ante cualquier contingencia.

No bien salimos a cubierta cuando, para consternación mía, observé que la atención de los visitantes se centraba principalmente en mí. Hicieron unas cuantas preguntas intrascendentes a los pasajeros que tenían más cerca, y a continuación, volviéndose hacia mí, me preguntaron cómo me llamaba, quién era, de dónde venía y qué me había inducido a embarcar. Apenas había abierto la boca para contestar, se echaron a la vez sobre mí, dijeron que estaba detenido, y declararon que mi acento, junto con el resto de mi persona, era suficiente para acusarme ante cualquier tribunal de Inglaterra. Me bajaron a toda prisa al bote en el que habían llegado y me sentaron entre ellos como medida de precaución, no fuese que saltara al agua y escapara.

Ahora di por supuesto que estaba otra vez en poder del señor Falkland, pensamiento que resultaba insoportablemente angustioso y opresivo a mi

imaginación. Escapar de él, librarme de su tiranía, eran las metas en las que tenía puesta toda el alma; ¿acaso no podía conseguirlas el ingenio y el esfuerzo humanos? ¿Acaso llegaba su poder a todas partes y penetraban sus ojos todos los escondites? ¿Era como ese ser misterioso de cuya feroz venganza no podremos librarnos, nos han dicho, aunque las cordilleras y los montes nos caigan encima? No hay idea más descorazonadora que ésta. Pero para mí no era cosa de razonamiento o de fe: no podía sacar consuelo alguno ni de la incredulidad que algunos hombres se confiesan a sí mismos en materia de religión, ni, secretamente, de imaginarla incomprensible y remota. Era cosa del sentido: sentía los dientes del tigre mordiéndome el corazón.

Pero, aunque la impresión fue tremenda al principio, acompañada como es normal del desaliento y el encogimiento, mi cabeza empezó en seguida a calcular —de manera maquinal por así decir— la distancia que habría entre este puerto y la prisión del condado adonde me llevarían, así como las diversas ocasiones de escapar que se me podían presentar durante el trayecto. Lo primero que debía hacer era evitar traicionarme más de lo que al parecer había hecho ya. Cabía la posibilidad de que la detención se debiera a algo de poca importancia, y que con mi destreza pudiera hacer que me soltasen con la misma celeridad que me habían prendido. Incluso era posible que me hubieran detenido por error, y que la actual medida no tuviera relación alguna con el asunto del señor Falkland. En cualquier caso, me convenía averiguarlo. Durante mi traslado del barco a tierra no dije una sola palabra. Los que me conducían comentaron mi hosquedad, pero dijeron que no me valdría de nada; que me colgarían, porque no sabían de nadie que, juzgado por robar el correo de su majestad, se hubiese librado de la soga. Es fácil imaginar el alivio que sentí en el corazón ante estas palabras: no obstante, persistí en el mutismo que me había impuesto. Por el resto de su charla, bastante voluble por cierto, me enteré de que diez días antes un par de irlandeses habían robado el correo de Edimburgo a Londres, que uno de ellos había sido atrapado ya, y que yo había sido detenido por sospecharse que era el otro. Tenían una descripción de su persona que, aunque difería de la mía en varios detalles importantes —como averigüé más tarde—, les pareció que encajaba incluso en lo más pequeño. El saber

que toda la acción contra mí se fundaba en un error me quitó un peso inmenso de encima. Pensé que podría establecer inmediatamente mi inocencia a satisfacción de cualquier magistrado del reino; y aunque desbarataba mis planes y frustraba mi propósito de abandonar la isla cuando estaba ya embarcado, no era sino un pequeño tropiezo insignificante comparado con lo que había tenido sobrado motivo para temer.

En cuanto llegamos a tierra me condujeron a casa del juez de paz, un hombre que había sido capitán de un carguero de carbón, pero que, tras una vida profesionalmente satisfactoria, había abandonado esa actividad errabunda, y desde hacía unos años tenía el honor de representar a la persona de Su Majestad. Estuvimos retenidos un rato en una especie de antecámara, esperando a que su señoría pudiese atendernos. Los hombres que me habían llevado eran experimentados en su trabajo, e insistieron en utilizar ese intervalo para registrarme en presencia de dos auxiliares de su señoría. Me encontraron encima quince guineas y alguna plata. Me ordenaron que me desnudase del todo, a fin de comprobar si tenía dinero escondido en alguna parte de mi persona. Se apoderaron de las bolsas al desprenderme de la ropa, y las registraron una por una con la mano, para ver si llevaban cosido en su interior lo que buscaban. A todo me sometí sin una queja. Probablemente habrían terminado haciendo Jo mismo de una manera o de otra, y la brevedad coincidía bastante con mis intereses, dado que lo que más me importaba era encontrarme cuanto antes lejos de las garras de las respetables personas que ahora me custodiaban.

Apenas terminado el registro, se les ordenó que me pasaran al aposento de su señoría. Mis acusadores expusieron el caso, y dijeron que se les había ordenado acudir a esta ciudad por cierta información recibida de que se encontraba allí uno de los que habían robado el correo de Edimburgo, y que me habían detenido a bordo de un barco que en estos momentos estaba ya rumbo a Irlanda.

—Bien —dice su señoría—; ésa es vuestra versión. Ahora oigamos qué explicación nos da el caballero. ¿Cómo se llama el señor? ¿Y de qué parte de *Tipperary* dice que es?

Yo ya tenía pensada mi estrategia: en cuanto me enteré de los detalles

del cargo que pretendían presentar contra mí decidí abandonar el acento irlandés —de momento al menos—, y hablar en mi lengua natal. Lo había hecho ya en las poquísimas palabras que había dirigido a mis apresadores en la antecámara: se habían quedado boquiabiertos ante la metamorfosis; pero habían llegado demasiado lejos para poder retractarse con honor. Ahora dije al juez que no era irlandés ni había estado jamás en ese país: era natural de Inglaterra. Esto ocasionó una consulta de la orden, en la que al parecer se describía mi persona, y que mis conductores llevaban consigo para orientarse. Por supuesto, ésta exigía que el malhechor fuera irlandés.

Al ver vacilar a su señoría, pensé que era el momento de dar un paso más en el asunto. Comenté el documento, y le hice ver que la descripción no acertaba ni en la estatura ni en el color de la piel. Pero sí encajaba con el del pelo y con la edad; y no era costumbre de este señor, me informó, discutir insignificancias, ni librar de la soga el cuello de nadie porque le faltasen unas pulgadas de estatura. Si uno era demasiado bajo, dijo, no había nada como estirarle un poco. Mi caso era al revés; pero su señoría no consideró oportuno estropear la broma. Total, que no sabía qué hacer.

Se dieron cuenta de esto mis conductores, y empezaron a temer que iban a quedarse sin la recompensa que dos horas antes creían ya en sus bolsillos. Juzgaban una medida prudente retenerme: si al final resultaba ser una equivocación, tenían poco que temer de un litigio por detención ilegal de un sujeto harapiento como yo. Así que exhortaron a su señoría a que diese su conformidad a lo que le solicitaban. Dijeron que, por supuesto, las pruebas contra mí no eran tan sólidas como hubieran deseado, pero había varias circunstancias sospechosas respecto a mí. Cuando me subieron a cubierta, había hablado con un acento irlandés tan claro como el sol del mediodía; y ahora, de repente, de ese dialecto no me quedaba ni rastro. Al registrarme me habían encontrado dieciséis guineas; ¿cómo un pordiosero como aparentaba ser había llegado a poseer honradamente dieciséis guineas? Además, al desnudarme, aunque mi ropa era andrajosa, descubrieron que tenía la piel suave de un caballero. Y finalmente, ¿por qué un mendigo que nunca había estado en Irlanda quería trasladarse a dicho país? Estaba claro que no era lo que decía. Este razonamiento, acompañado de guiños y gestos significativos que los demandantes le hicieron, llevó al

juez a tomar en consideración su teoría. Dijo que debían llevarme a Warwick, donde al parecer estaba ahora detenido el otro ladrón para que se efectuase un careo; y si todo era aclarado de manera satisfactoria, quedaría libre.

Ninguna noticia podía ser más terrible que la contenida en estas palabras: que yo, que tenía al país entero en armas contra mí, que era objeto de una persecución atenta y meticulosa, fuera conducido a la fuerza al mismo centro del reino, sin posibilidad de adaptarme a las circunstancias, y bajo la estrecha custodia de los agentes de la ley, sonó a mis oídos como una sentencia de muerte. Alegué con vehemencia que semejante procedimiento era una injusticia. Le dije al magistrado que era imposible que fuese yo la persona a la que se refería aquella orden. Se trataba de un irlandés, y yo no era irlandés. Describía a una persona más baja que yo, circunstancia que era imposible de fingir. No había el menor motivo para detenerme. Ya se me había frustrado el viaje, y había perdido el dinero que había pagado, debido a la oficiosidad de estos caballeros. Le aseguré a su señoría que cada retraso en mi situación era de la mayor importancia para mí. No se me podía causar daño más grande que el que proponían de, en vez de permitírseme proseguir mi viaje, enviarme bajo arresto al corazón del reino.

Fueron inútiles mis protestas. El juez no estaba dispuesto en absoluto a tolerar que le reconviniese de ese modo un individuo andrajoso. Quiso acallar mi impertinencia a mitad de mi discurso; pero yo hablaba con un calor que era incapaz de combatir. Al terminar, me dijo que era inútil, y que más cuenta me tenía mostrarme menos insolente; estaba claro que era un vagabundo y un sujeto sospechoso; cuanto más insistía en que me soltasen, más motivo veía él para retenerme. Quizá, después de todo, resultaba que era yo el delincuente en cuestión. Y si no lo era, no le cabía duda de que era peor: un cazador furtivo, un asesino tal vez: tenía la impresión de haber visto mi cara en algún caso; sin duda era un conocido delincuente; podía enviarme a trabajos forzados por maleante, fundándose en mi aspecto y en las contradicciones de mi historia, o enviarme a Warwick; pero que movido de su bondad natural, elegía la opción menos amarga de dicha alternativa. Me aseguró que no me escurriría entre sus dedos. Y era más beneficioso

para el gobierno de su majestad colgar a un sujeto como el que sospechaba que era yo, que preocuparse con equivocada blandura del bien de todos los mendigos de la nación.

Viendo que era imposible inclinar hacia donde yo quería a un hombre tan consciente de su propia dignidad y relieve, y de mi insignificancia, reclamé que se me devolviese al menos el dinero que me había sido quitado. Accedió a mi petición. Quizá su señoría sospechaba que se había excedido un punto en lo que ya había hecho, y se mostró menos renuente a ceder en esta cuestión secundaria. Mis conductores no se opusieron por una razón que más adelante aparecerá. El juez, por su parte, extendió su indulgencia a este detalle: no sabía si no llevaba demasiado lejos el espíritu de su cometido satisfaciendo mi demanda; tanto dinero en mi poder no podía provenir de nada honrado. Pero se inclinaba a suavizar la estricta letra de la ley, siempre que podía hacerlo sin merma de su deber.

Había sólidas razones por las que los caballeros que me habían prendido estaban interesados en que siguiese bajo su custodia una vez concluido el interrogatorio: todo hombre es sensible al honor, así que no querían afrontar la vergüenza que les sobrevendría si se hacía justicia; todo hombre siente en alguna medida amor al poder, así que deseaban que cualquier beneficio que yo recibiera lo debiese a su gracia y benevolencia soberanas, y no a la mera razón del caso. Sin embargo, no era un honor insignificante y un poder inocuo los que ellos perseguían; sus aspiraciones iban más allá. En una palabra, aunque me sacaron de la sede de la justicia como me habían llevado, prisionero, sin embargo el tenor de mi interrogatorio les había hecho sospechar, a pesar de sí mismos, que era inocente del cargo que alegaban contra mí. De modo que, temiendo —si así fuera— quedarse sin las cien guineas de recompensa por la detención del ladrón, se conformaban con atrapar una pieza menor. Me condujeron a una posada y, después de pedir un vehículo para el viaje, me llevaron aparte; y uno de ellos me habló en los siguientes términos: —Ya ves, muchacho, cuál es la situación. ¡La orden es llevarte a Warwick! Cuando lleguemos, no tengo ni idea de lo que puede pasar. Si eres inocente o no, no es asunto mío; pero no serás tan tonto como para suponer que, aunque lo seas, te va a servir de mucho. Dices que tus asuntos te reclaman en otra parte, y que tienes mucha prisa:

yo prefiero no meterme en la vida de nadie si puedo evitarlo. Así que si nos das esas quince guineas, cruz y raya. A ti no te sirven de mucho: un mendigo está bien siempre a donde vaya. Por otra parte, podríamos habérnoslas quedado sin más como has visto en casa del juez. Pero yo soy hombre de principios: me gusta hacer las cosas a las claras, y me repugna arrancarle a la fuerza un chelín a nadie.

El que está imbuido de principios morales es propenso a dejarse llevar por sus impulsos y a olvidar su interés inmediato. Confieso que lo primero que esta proposición despertó dentro de mí fue una gran indignación. Sentí unos deseos irresistibles de exteriorizarla y olvidar por un momento toda consideración del futuro. Le repliqué con la severidad que merecía tan bajo proceder. Mis conductores se sorprendieron no poco ante mi firmeza; pero al parecer juzgaron indigno discutir conmigo los principios de que hacía gala. El que había hecho la proposición se limitó a replicar: —Muy bien, muchacho; como quieras. No eres el primero que se deja ahorcar antes que desprenderse de unas guineas.

No me pasaron inadvertidas sus palabras. Eran tremendamente aplicables a mi caso, y yo estaba decidido a no desaprovechar la ocasión.

Estos caballeros, sin embargo, tenía demasiado orgullo para seguir discutiendo ahora. Se marcharon de repente, tras ordenar a un viejo, el padre de la mesonera, que se quedara junto a mí hasta que volviesen ellos. Para mayor seguridad, le ordenaron que cerrase la puerta y se guardase la llave, y dijeron abajo dónde me habían dejado, a fin de que la gente de la casa estuviese alerta y no permitiera que escapase. No sé cuál era el propósito de esta maniobra. Probablemente se debía a una especie de conjunción de su orgullo y su avaricia; por una u otra razón, estaban deseosos de soltarme en cuanto fuera oportuno; pero de momento, habían decidido esperar a ver qué resolvía yo sobre la proposición que me habían hecho.

Capítulo VII

En cuanto se fueron observé al viejo, y encontré su aspecto enormemente venerable e interesante. Era de una estatura superior a la media. Se notaba que en otro tiempo había tenido una fuerza excepcional, y que no la había perdido del todo. Su cabello era abundante, y blanco como la nieve apilada. Tenía la tez colorada y saludable, y la cara surcada de arrugas. Sus ojos estaban dotados de gran vivacidad, y una bondad natural emanaba de todo él. Había perdido la tosquedad propia de su entorno con el cultivo que su espíritu había hecho de los hábitos de la sensibilidad y la benevolencia.

Esta impresión me hizo pensar al punto en las ventajas que podía obtener de tal persona. Sería inútil intentar nada sin su consentimiento porque, aunque lograra dominarle, daría fácilmente la alarma a otros que sin duda había cerca. Además, no me habría atrevido a hacerle daño a alguien que tan de primeras se había ganado mi estima y mi afecto. En realidad mis pensamientos tomaron un curso diferente. Sentí unos deseos enormes de llamar a este hombre mi benefactor. Perseguido por una serie de desventuras, no podía ya considerarme miembro de la sociedad. Era un ser solitario, sin esperanza de despertar comprensión, simpatía ni benevolencia en la humanidad. Mi situación en el momento actual me empujaba a concederme un lujo que el destino parecía haberme negado. No podía haber la menor comparación entre obtener la libertad de la amabilidad espontánea de un espíritu digno y excelente, y deberla al egoísmo y la bajeza de los peores miembros de la sociedad. Así fue como me entregué a la voluptuosidad del refinamiento incluso en medio de la destrucción.

Guiado por estos sentimientos, le supliqué que escuchase las circunstancias que me habían conducido a mi situación presente. Accedió

inmediatamente, y dijo que escucharía de buen grado lo que yo creyera conveniente confiarle. Le conté que los hombres que acababan de dejarme a su custodia habían llegado a esta ciudad con el propósito de detener a cierto individuo culpable de robar al correo; que habían decidido detenerme bajo tal acusación, y me habían llevado ante el juez de paz; que a continuación habían comprobado el error, dado que la persona en cuestión era irlandesa, y que difería de mí en cuanto al país y la estatura; pero que el juez, en colusión con ellos, les había permitido retenerme, a fin de conducirme a Warwick para efectuar un careo con mi cómplice; que al registrarme en casa del juez me habían encontrado un dinero que había despertado su codicia, y acababan de proponerme dejarme libre a condición de que se lo entregase. En estas circunstancias, le rogué que considerase si quería prestarse a hacer de instrumento de tal extorsión. Me ponía en sus manos, y solemnemente le garantizaba la verdad de los hechos que acababa de contarle. Si me ayudaba a escapar, no tendría otro efecto que la frustración de las bajas pasiones de mis conductores. De ningún modo quería acarrearle perjuicio; pero estaba seguro de que la misma generosidad que le inclinaba a una buena acción, le permitiría vindicarlo cuando lo hiciera; en cuanto a los que me llevaban, una vez que hubieran perdido de vista a su presa, se sentirían perplejos, y no se atreverían a dar ningún otro paso al respecto.

El anciano escuchó con interés lo que le contaba. Dijo que siempre le había producido repugnancia la clase de gente en cuyas manos me hallaba, que tenía aversión a la tarea que le habían impuesto; pero que, aunque desagradable, no podía rechazar un trabajo con el que podía compensar algo a su hija y su yerno. No dudaba en absoluto, por mi expresión y actitud, de la verdad de lo que le aseguraba. Era una petición singular la que le hacía, e ignoraba qué me hacía creer que fuera él la clase de persona a la que podía pedírsele algo así con esperanza de éxito. En realidad, este hombre extraordinario se mostró inclinado a acceder a mi petición. Una cosa, al menos, me pedía a cambio: que le diese alguna información veraz sobre la persona a la que iba a ayudar. ¿Cómo me llamaba?

La pregunta me cogió desprevenido. Pero, fueran cuales fuesen las consecuencias, no soportaba engañar a quien me la hacía, y en las

circunstancias en que me la hacía. Practicar continuamente la mentira resulta una empresa dolorosa. Le dije que me llamaba Williams.

Guardó silencio. Clavó su mirada en mí. Vi que le cambiaba la expresión al repetir mi apellido. Y prosiguió con visible inquietud: —¿Y de nombre?

—Caleb.

—¡Dios mío! ¿No serás…? —me suplicó por lo más sagrado que le respondiese sinceramente a una pregunta más—: ¿No serás (no, no, imposible) el que estaba al servicio del señor Falkland de…?

Le dije que, significara lo que significase su pregunta, le respondería con la verdad: era el individuo al que se refería.

No bien acabé de pronunciar estas palabras, se levantó el anciano de su asiento. ¡Sentía que el azar hubiera sido tan riguroso con él como para consentir que pusiera los ojos en mí! ¡Era un monstruo por el que la misma tierra gemía!

Le supliqué que me permitiese explicarle este nuevo error, como había hecho antes. Estaba seguro de que quedaría igualmente satisfecho.

¡No, no! De ningún modo consentiría que le contaminase los oídos de ese modo. Este caso era muy distinto del otro. No había en la faz de la tierra criminal ni asesino la mitad de detestable que el individuo capaz de proferir las acusaciones que yo había lanzado contra un señor tan generoso. El anciano estaba visiblemente alterado ante este pensamiento.

Finalmente se calmó lo bastante para decir que jamás dejaría de lamentar haber cruzado unas palabras conmigo. No sabía cuál era la conducta que la severa justicia exigía de él, pero dado que había sabido quién era yo por mi propia confesión, repugnaba de forma irreconciliable a sus principios hacer uso de tal información en mi perjuicio. Aquí cesaba, por tanto, toda relación entre nosotros; porque sería abusar de las palabras emplearlas para tratarme como un ser humano. No iba a causarme ningún daño, pero por nada del mundo se convertiría en mi cómplice.

Me sentí indeciblemente afectado ante la aversión que este hombre benévolo manifestaba contra mí. No podía callarme: traté una y otra vez de hacer que me escuchara. Pero su decisión era inalterable. Nuestra pugna duró unos momentos, y al final la zanjó él tocando la campanilla, y llamando al sirviente. Un rato después llegaron mis conductores, y se retiraron los

demás.

Una peculiaridad de mi destino era que me precipitaba de una especie de ansiedad o angustia a otra con demasiada rapidez para que ninguna de ellas calara demasiado en mi alma. Ahora pienso que la mitad de las zozobras que estaba destinado a sufrir habrían podido aniquilarme. En cambio así no me daba tiempo a cobrar conciencia plena de las calamidades que se abatían sobre mí, sino que me veía obligado a olvidarlas para guardarme del peligro que al momento siguiente amenazaba con aplastarme. La reacción de este anciano excelente y amable me hirió en lo más vivo. Era un augurio espantoso de lo que iba a ser mi vida futura. Pero como acabo de decir, entraron mis conductores, y otro asunto reclamó imperiosamente mi atención. Pese a lo mortificado que me sentía, hubiera querido estar encerrado en alguna soledad impenetrable, envuelto en un manto de desdicha. Pero el dolor que soportaba no tenía tanto poder sobre mí como para que me resignara a correr el riesgo de ser conducido a la horca. El amor a la vida, y más aún el odio a la opresión, me endurecían el corazón contra esa especie de inercia. En la escena que acababa de tener lugar, como he dicho, me había recreado en la voluptuosidad y el lujo del refinamiento. Era hora de poner punto final a esa concesión. Era peligroso seguir jugando en el borde del destino; y embargado por la tristeza como estaba a consecuencia de mi último intento, me sentía poco dispuesto a andarme con rodeos innecesarios. Me encontraba exactamente en el estado de ánimo en que los caballeros que me tenían en su poder querían sorprenderme. De modo que fuimos en seguida al grano; y después de algún regateo, acordaron aceptar once guineas como precio a mi libertad. No obstante, para preservar la cautela de su reputación, insistieron en llevarme unas millas en coche bajo su custodia. A continuación dijeron que seguirían campo traviesa; despidieron el vehículo, y en cuanto se perdió de vista dejaron que me librase de su incómoda compañía y siguiera mi propio camino. Quizá convenga decir, a propósito, que quedaron burlados en su propio negocio: me habían apresado al principio con intención de ganar una recompensa de cien guineas; después se conformaron con once; pero si me hubiesen retenido un poco más, habrían conseguido la cantidad que originalmente les había decidido a perseguirme por un motivo diferente.

Los contratiempos que me habían acaecido en el último intento de escapar de mis perseguidores por mar me disuadieron de repetir el experimento. De modo que volví nuevamente a la idea de esconderme —al menos de momento— en la multitud de la metrópoli. Entretanto, no consideraba prudente en absoluto aventurarme por el camino directo, y menos aún por el que habían tomado mis últimos conductores; así que emprendí la marcha por la frontera de Gales. El único percance que merece la pena reseñar aquí me ocurrió cuando fui a cruzar el Severn por determinado punto. Se pasaba en barca de pasaje; pero por alguna extraña inadvertencia, me extravié tan completamente que no conseguí esa noche dar con el embarcadero y llegar a la ciudad donde había pensado dormir.

Puede que parezca esto una insignificancia al lado de las agobiantes preocupaciones que absorbían todo mi pensamiento. Sin embargo, me puso de especial mal humor. Ese día estaba rendido. Antes de extraviarme, o al menos de darme cuenta de que me había extraviado, el cielo se había puesto oscuro y amenazador; poco después las nubes reventaron en una lluvia torrencial. Me encontraba en un paraje raso, sin árboles ni cobijo alguno donde guarecerme. Y en un instante me quedé empapado. Seguí caminando con una especie de hosca determinación. Al cabo de un rato la lluvia se convirtió en granizo. Las piedras que caían eran grandes y abundantes. Me protegí como pude con la miserable indumentaria que llevaba puesta, pero parecían venirme de mil direcciones. Amainó el granizo, y volvió la lluvia copiosa. Entonces fue cuando me di cuenta de que marchaba en una dirección equivocada. No se vislumbraba hombre alguno, ni animal ni casa de ningún tipo. Seguí andando, pensando a cada vuelta qué dirección me convendría tomar, pero sin tener en ningún momento razones suficientes para rechazar una o preferir otra. Me sentía angustiado y deprimido. Renegaba, murmuraba imprecaciones mientras caminaba. Estaba harto, cansado de la vida, y de todo lo que la vida comporta. Cuando llevaba dos horas vagando sin una dirección fija, me sorprendió la noche. El terreno estaba casi intransitable, y era impensable seguir.

Aquí estaba: incómodo, sin refugio y sin comida. No tenía una pulgada de ropa que no chorrease como si acabara de sacarla del fondo del océano. Me castañeteaban los dientes. Me temblaba todo el cuerpo. El corazón me

ardía con una furia universal. Unas veces tropezaba y caía sobre algún obstáculo que no había visto. Otras tenía que retroceder porque no podía salvar dicho obstáculo.

No había una relación estrecha entre estas molestias y la persecución de que era objeto. Pero mi espíritu irritado las mezclaba y confundía. Maldecía el orden entero de la vida humana. Me decía: «Aquí ando proscrito, condenado a perecer de hambre y de frío. Todo el mundo me abandona. Todo el mundo me odia y me expulsa con amenazas mortales de las fuentes del consuelo y la existencia. ¡Maldito sea el mundo, que odia sin una causa, que agobia a la inocencia con calamidades que deberían ahorrarse incluso a la culpa! ¡Maldito sea el mundo, seco de compasión humana, con los ojos de asta y el corazón de piedra! ¿Por qué consiento en seguir viviendo? ¿Por qué continúo arrastrando una vida que, de prolongarla, será para vivirla en la madriguera de esos tigres humanos?»

Finalmente se me apagó este paroxismo. Poco después descubrí un cobertizo solitario, y me alegré de poder cobijarme en él. En un rincón encontré paja limpia. Me quité los andrajos, los puse de modo que pudieran secarse un poco, y me sepulté en este calor agradable. Aquí me fui olvidando poco a poco de la angustia que me atormentaba. Tal vez un cobertizo seco y un montón de paja reciente parezcan bienes exiguos; pero me salieron al paso cuando menos lo esperaba, y se me iluminó el corazón ante tal hallazgo. Dadas las fatigas del cuerpo y del espíritu, aunque soy en general de sueño corto, dormí casi hasta las doce del día siguiente. Al levantarme, descubrí que no estaba lejos del embarcadero. Crucé el río, y entré en la ciudad donde había pensado pasar la noche anterior.

Era día de mercado. Al pasar junto a la plaza, observé que dos individuos se fijaban en mí, después de lo cual uno de ellos exclamó: «¡Que me aspen si no es ése el individuo por el que preguntaban ésos que se han ido en la diligencia de…!» Estas palabras me llenaron de alarma. Y avivando el paso, me metí por un callejón estrecho. En cuanto me perdí de vista eché a correr con todas mis fuerzas, y no me sentí a salvo hasta que estuve a varias millas del lugar donde me había llegado semejante noticia. Siempre he pensado que los hombres a los que se refería eran los mismos que me habían apresado a bordo del barco con destino a Irlanda: que habrían conocido la

descripción de mi persona difundida por el señor Falkland, y que, atando cabos, habrían llegado a la conclusión de que se trataba del mismo individuo que habían tenido recientemente en su poder. A decir verdad, fue una insensatez por mi parte —que ahora no consigo explicarme— que, después de los incidentes acaecidos en este episodio, que probaban a mis perseguidores que era yo un sujeto en una situación verdaderamente extraña, siguiera con el mismo disfraz. Esta vez había escapado de milagro. Si no me hubiera extraviado la noche anterior a causa del granizo, o no me hubiera despertado bastante tarde, habría caído casi indefectiblemente en manos de esos sabuesos sanguinarios.

El pueblo hacia el que habían salido, cuyo nombre había oído yo en el mercado, era precisamente al que había pensado dirigirme. Así que decidí tomar una dirección lo más opuesta posible. En el primer pueblo al que llegué, y que me fue factible, compré un gabán, que me puse sobre los harapos de mendigo, y un sombrero. Me eché el sombrero hacia adelante y me cubrí un ojo con una venda de seda verde. El pañuelo que hasta ahora había llevado alrededor de la cabeza me lo até sobre la parte inferior de la cara, de manera que me cubriese la boca. Me fui desprendiendo por partes de mi indumentaria anterior, y me cubrí de cintura para arriba con una especie de blusa de carretero que, al ser de mejor clase, me daba aspecto de hijo de un modesto granjero. Y así ataviado, reemprendí la marcha. Y tras mil alarmas, precauciones y rodeos, llegué sin novedad a Londres.

Capítulo VIII

Aquí acabó la larga serie de penalidades, que nadie podría ver en su pasado sin asombro, ni en su futuro sin un sentimiento rayano en la desesperación. Era un precio que desafía todo cálculo el que había pagado por este refugio, si se tienen en cuenta los trabajos que me había costado escapar de la prisión, y los peligros y ansiedades que me habían asediado desde entonces hasta la hora presente.

Pero ¿por qué llamo refugio al lugar a donde había llegado? ¡Ah, resultó ser todo lo contrario! Mi primera e inmediata tarea fue analizar las maneras de disfrazarme que hasta ahora había calculado a fin de introducir las mejoras que me sugería la práctica, y fabricarme un velo que me ocultase de manera más impenetrable que nunca. Se trataba de una empresa a la que no veía fin. En los casos corrientes, la persecución del supuesto malhechor suele ser temporal; pero los casos corrientes no constituían una pauta para la colosal inteligencia del señor Falkland. Por la misma razón, Londres, que es un lugar de infinitos escondrijos para la mayoría de los hombres, no representaba ningún alivio para mí. No sé si valía la pena aceptar la vida en esas condiciones. Sólo sé que seguí en mi empeño, movido por una especie de amor paternal que los hombres solemos concebir por el fruto de nuestro intelecto: cuanto más consideraba que me había esforzado en elevarlo a su actual perfección, menos dispuesto estaba a abandonarlo. Otro motivo que no me impulsaba menos a perseverar era la creciente repugnancia que sentía hacia la injusticia y el poder arbitrario.

La noche de mi llegada a la capital dormí en una lóbrega posada del barrio de Southwark: escogí esa zona de la metrópoli porque era la más alejada de la región de Inglaterra de la que procedía. Entré en la posada con mi indumentaria de campesino; y dado que había pagado el alojamiento

antes de acostarme, a la mañana siguiente me vestí de la forma más diferente que me permitió mi vestuario, y me fui antes de que amaneciera. Hice un pequeño atadijo con la ropa que me había quitado y, tras cargar con él el trecho que me pareció prudente, lo arrojé en un rincón de una calleja. Lo siguiente que debía hacer era proveerme de ropa distinta de la que había utilizado hasta aquí. Ahora decidí adoptar el aspecto de judío; un miembro de la banda de ladrones del bosque de ———— era de esa raza; con la habilidad para imitar que como he dicho poseo, aprendí a copiar su pronunciación con el fin de utilizarla cuando fuera necesario. Como medida previa debía trasladarme al barrio de la ciudad donde reside gran número de esas gentes, y estudiar sus ademanes y gestos. Tras proveerme de lo que la prudencia me aconsejaba, me retiré a pasar la noche a una posada que había entre Mile End y Wapping. Aquí me vestí con las nuevas ropas; y adoptando las mismas precauciones que la madrugada anterior, abandoné la posada a la hora que menos riesgo corría de que me vieran. No hace falta que describa los detalles de mi nuevo atuendo. Baste decir que uno de mis cuidados fue disimular el color de mi piel, dándole el matiz oscuro y cetrino que suele ser tan característico de la tribu a la que fingía pertenecer, y que, finalizada la metamorfosis, y después del examen más meticuloso, llegué a la conclusión de que nadie sería capaz de descubrir a la persona de Caleb Williams bajo este nuevo disfraz.

Llegado a este punto del plan, juzgué aconsejable procurarme alojamiento, dejar la vida errabunda, y adoptar otra sedentaria. En la nueva residencia permanecía recluido de la salida a la puesta del sol; los ratos que me concedía para hacer un poco de ejercicio y tomar el aire eran pocos, y siempre de noche. Era precavido incluso para acercarme a la ventana, aunque vivía en un ático: una norma que me había impuesto era no exponerme irreflexivamente a ningún peligro por pequeño que pudiera parecer.

Permítaseme detenerme aquí un momento para exponer al lector de qué modo me afectó la naturaleza de mi situación. Había nacido libre; había nacido sano, vigoroso y activo, con un cuerpo completo en cuanto a miembros y fisionomía. Es verdad que no había nacido para heredar riquezas; pero poseía una herencia mejor: un espíritu emprendedor, una

inteligencia inquisitiva, una ambición liberal. En una palabra, aceptaba mi suerte con alegría; no tenía más preocupación que la de hacer valer mi causa en la palestra de la existencia. Me contentaba con proponerme pequeñas metas; al principio me gustaba hacer pequeñas apuestas; estaba más deseoso de subir que de bajar en mi estimación personal.

Un solo hecho bastó para arruinar la libertad de espíritu y la firmeza de corazón con que comencé: ignoraba el poder que la constitución de la sociedad da a unos hombres sobre otros; había caído incautamente en manos de una persona cuyo mayor deseo era oprimirme y destruirme.

Me encontré inmerecidamente sometido a todos los menoscabos que la humanidad, si se parase a pensar, vacilaría en imponer a un criminal convicto y confeso. En cada rostro humano temía descubrir el de mi enemigo. Rehuía la mirada observadora de cualquier ser humano. No me atrevía a abrir el pecho a los afectos más nobles de nuestra naturaleza. Era un ser solitario y rechazado en medio de mi especie. No me atrevía a buscar el consuelo de la amistad; pero en vez de identificarme con las penas y alegrías de otros, e intercambiar los dones deliciosos de la confianza y la comprensión, me veía obligado a centrar mis pensamientos y mi vigilancia en mí mismo. Mi vida era toda mentira. Tenía que sostener una personalidad simulada. Tenía que adoptar modales fingidos. Mi postura, mis gestos, mi acento eran todos estudiados. No era libre de permitirme un solo desahogo del alma. Y con todo este lastre, tenía que procurarme el sustento; un sustento que debía adquirir con infinitas precauciones y consumir sin la menor satisfacción.

A esto, incluso a esto, estaba dispuesto: a echarme sobre los hombros este fardo, y cargar con él sin abrumarme. No vaya a suponerse, sin embargo, que lo aguantaba sin aflicción ni dolor. Mi tiempo se dividía entre los terrores del animal que se esconde de sus perseguidores, la obstinación de una firmeza inquebrantable, y esa revulsión elástica que de vez en cuando parece encoger el corazón de los miserables. Si había momentos en que llegaba a desafiar al rigor de mi destino, había otros —éstos bastante frecuentes— en que me hundía en el desaliento, veía el futuro sin esperanza según el curso de mi existencia, los ojos se me llenaban de lágrimas, se me apagaba el valor, y maldecía la vida vigil que se repetía cada amanecer.

»¿Por qué —solía exclamar en esos momentos—, por qué me agobio con la carga de la existencia? ¿Por qué todo coopera en atormentarme? No soy un criminal; aunque si lo fuera, ¿a qué peores sufrimientos podría ser condenado? ¡Qué miserable e indigno es el estado al que me veo condenado! ¡No es éste mi puesto en el reparto de la existencia, el puesto para el que me han preparado mi carácter y mi inteligencia! ¿Para qué sirven las inquietas aspiraciones de mi alma sino para hacerme chocar inútilmente, como un pájaro asustado, contra los barrotes de mi jaula? ¡Naturaleza, bárbara naturaleza, has sido para mí la peor de las madrastras; me has dotado de deseos que no puedo satisfacer, y me has hundido en la interminable degradación!

Me habría considerado más seguro si hubiese tenido dinero para mantenerme. La necesidad de ganarme el sustento, evidentemente, tendía a desbaratar el plan de reclusión al que estaba condenado. Fuera cual fuese el trabajo que adoptara o me juzgase preparado para ejercer, debía tener en cuenta primero cómo iba a conseguirlo, y dónde debía buscar patrono o cliente para él. Entretanto, no tenía alternativa. El poco dinero con que había escapado de los sabuesos me lo había gastado ya casi todo.

Tras dedicar a este asunto toda la reflexión de que era capaz, decidí que fuera la literatura el terreno de mi primer experimento. Había oído decir que en esto se ganaba algún dinero, y que los que especulaban con esta especie de mercancía concedían premios a sus productores. Estimaba modestas mis aptitudes. Tenía el convencimiento de que la experiencia y la práctica facilitaban el camino para alcanzar una buena calidad. Pero, aunque carecía de la una y la otra, mis gustos me habían inclinado siempre en esa dirección, y mi temprana sed de saber me había llevado a un contacto más estrecho con los libros del que quizá habría podido esperarse en alguien de mi condición. Si es verdad que mis aspiraciones literarias no eran grandes, tampoco era mucho lo que pretendía sacar de ellas. Todo lo que quería era subsistir, y estaba convencido de que pocas personas podían mantenerse con tan escasos medios como yo. También lo consideraba algo transitorio, y esperaba que el tiempo o el azar me situasen en una posición menos precaria. Pero la razón que principalmente me decidió a elegir esta salida era que este trabajo me exigía menos preparación, y podía ejercerlo, a mi

juicio, sin que nadie se fijase en mí.

Había una mujer de mediana edad que ocupaba un cuarto de la casa en el mismo piso que yo. En cuanto determiné a qué me iba a dedicar, pensé en valerme de ella para dar salida a mi producción. Excluido como estaba de todo trato con mi especie en general, disfrutaba de vez en cuando intercambiando unas palabras con este ser inofensivo y alegre, de una edad que impedía el escándalo. Vivía de una pequeñísima pensión que le había asignado una parienta lejana, una mujer acaudalada y de alto rango cuya única preocupación respecto a ella era que no contaminase su parentesco ejerciendo algún trabajo humilde. Este ser humilde era de temperamento activo y alegre, ajeno tanto a los apuros económicos como al agobio del infortunio. Aunque sus aspiraciones eran modestas y su formación superficial, no carecía de perspicacia. Comentaba los defectos e insensateces de la humanidad con un discernimiento nada mediocre; pero era tan amable e indulgente que habría hecho creer a la mayoría de la gente que no se daba cuenta de nada. El corazón le rebosaba de amabilidad. Era sincera y cálida en sus afectos, y jamás dejaba de ayudar a un ser humano si veía que podía hacerlo.

De no ser por estas cualidades, probablemente habría juzgado yo que mi aspecto —el de un muchacho solitario, desamparado y de extracción judía— me impedía acudir a pedirle ningún favor. Pero en seguida me di cuenta, por la sencillez con que aceptaba y devolvía los saludos, que tenía un corazón demasiado noble para que un prejuicio bajo e indigno la inclinara a reprimir sus impulsos. Animado por todos estos indicios, decidí escogerla como intermediaria. La hallé interesada y dispuesta en el asunto que le proponía. Previendo que podía despertar su recelo, le dije con franqueza que, por razones que le rogaba que me dispensase de contar —aunque si se las contaba estaba seguro de que seguiría mereciendo su buena opinión—, me veía obligado a permanecer en el anonimato. Aceptó de buen grado esta confidencia, y me dijo que no me pedía más información que la que yo creyese conveniente darle.

Mis primeras producciones fueron poesías. Cuando tuve terminadas dos o tres, pedí a esta mujer generosa que las llevase a la oficina de un periódico; pero las rechazó con desprecio el Aristarco de turno, quien, tras

echarles una ojeada superficial, dijo que tal género no entraba en su competencia. No puedo por menos de comentar aquí que el semblante con que regresaba la señora Marney (así se llamaba mi embajadora) de cada una de estas salidas era fiel reflejo del resultado que traía, por lo que hacía sus palabras completamente innecesarias. Se tomó con tal entrega la empresa que sentía el fracaso o el éxito mucho más intensamente que yo. Yo tenía una gran confianza en mis propios recursos; y ocupado como estaba en meditaciones más importantes y dolorosas, consideraba triviales estas cuestiones.

Volví a coger las poesías con calma, y las puse sobre la mesa. Revisé una de ellas, le cambié algunas cosas y volví a copiarla; y uniéndola a las otras dos, las despaché al editor de una revista. Éste pidió retenerlas un par de días. Y cumplido el plazo, dijo a mi amiga que las publicaría; pero al preguntarle la señora Marney cuánto iba a pagar, replicó que su norma era no pagar nada por las colaboraciones poéticas, dado que tenía el buzón siempre lleno de trabajos de este tipo; pero que si el caballero escribía algo en prosa, un ensayo o un relato, vería qué podía hacer.

Obedecí al punto la petición de mi dictador literario. Escribí un artículo al estilo de *Addison's Spectators*, que aceptó. Poco tiempo después notaba que pisaba firme en este terreno. Sin embargo, desconfiaba de mis propios recursos cuando abordaba disquisiciones morales, así que no tardé en encauzar mis ideas en la otra dirección que me había sugerido: el relato. Sus encargos a partir de ahora eran frecuentes; por lo que, para trabajar más deprisa recurrí a la traducción. Tenía muy pocas posibilidades de procurarme libros; pero dado que mi memoria era buena, a menudo traducía o modelaba mis relatos conforme a mis lecturas de años atrás. Por una fatalidad que no sé exactamente cómo explicar, mis pensamientos me llevaban con frecuencia a historias de célebres ladrones; y de vez en cuando calcaba episodios y anécdotas de Cartouche, Guzmán de Alfarache y demás celebridades cuya carrera había terminado en la horca o el patíbulo.

Entretanto, al analizar retrospectivamente mi situación, veía que era difícil mantener por mucho tiempo esta actividad. A menudo tiraba la pluma llevado de la desesperación. A veces, durante días seguidos, era incapaz de hacer nada, y me hundía en una especie de estupor demasiado negro para

ser descrito. Mi juventud y mi salud, no obstante, me permitían a veces superar este desaliento y recobrar algo así como una alegría que, de haber sido duradera, haría ahora soportable mi reflexión sobre esa etapa de mi vida.

Capítulo IX

Mientras me esforzaba de este modo en mantenerme ocupado y ganarme el sustento hasta que disminuyese la violencia de mi persecución, surgió una nueva clase de peligro del que no había tenido la menor sospecha. Ginés, el ladrón expulsado de la banda del capitán Raymond, había fluctuado durante los últimos años de su vida entre dos actividades: la de transgresor de la ley, y la de auxiliar de su administración. Había empezado dedicándose a la primera, y probablemente esta iniciación en los misterios del robo le hizo singularmente experto en el oficio de apresar ladrones, profesión que había abrazado por necesidad, no por gusto. Tenía gran reputación en dicho trabajo, aunque quizá no tanta como méritos; porque en esto ocurre como en otras esferas de la sociedad humana, que aunque los subalternos aportan sabiduría y destreza, son los superiores los que se llevan los laureles. Y estaba dedicado a este arte lucrativo cuando, por azar, estuvieron a pique de aflorar a la luz una o dos hazañas suyas anteriores a su abandono de la cofradía del estrago. Al repetirse el peligro, juzgó prudente abandonar el campo. Y fue entonces cuando ingresó en la banda del capitán Raymond.

Ésa era la historia de este hombre antes de llegar al puesto donde le conocí. En la época de nuestro primer encuentro era ya un veterano de la citada banda; porque dado que los ladrones son una raza de vida corta, sus componentes tardan menos en alcanzar la condición de veteranos. Al ser expulsado de esa comunidad, volvió a su profesión legal, siendo jubilosamente acogido por sus antiguos camaradas como una oveja perdida. En las clases vulgares de la sociedad, ningún plazo es suficiente tiempo para que prescriba un crimen; pero entre la honorable hermandad de los cazadores de ladrones rige la norma de no ajustarle cuentas jamás a ninguno de sus cofrades si puede evitarse buenamente. Otra norma que

observan los que han pasado por la misma gradación que Ginés, y que el propio Ginés adoptó inmediatamente, es guardar siempre silencio sobre quiénes fueron sus compinches de tropelías, y no atacarles sino en caso de absoluta necesitad o irresistible tentación. Por tal motivo, conforme a la táctica de Ginés, podía decirse que el capitán Raymond y sus compinches estaban, como podría haber dicho él mismo, a salvo de sus represalias.

Pero aunque Ginés era un hombre de honor en este aspecto, desgraciadamente las leyes del honor que él acataba no contemplaban mi caso. La adversidad se había abatido sobre mí, y me hallaba sin protección y sin amparo. La persecución de que era objeto se fundaba en el supuesto de que había cometido un grandísimo crimen. Pero en esto Ginés no entraba ni salía: le tenía sin cuidado si dicho supuesto era verdadero o falso; él me seguiría odiando igual aunque se probase mi inocencia de manera irrefutable. Como suele ocurrir, los sabuesos que me habían apresado a bordo del barco contaron parte de su aventura a sus cofrades, y refirieron los detalles que les hacían suponer que el individuo detenido era el mismo Caleb Williams por cuyo apresamiento se ofrecía una recompensa de cien guineas. Comparando hechos y fechas, Ginés, cuya agudeza era notable en lo que tocaba a su trabajo, llegó en su fuero interno a la conclusión de que Caleb Williams y el hombre que él había asaltado y herido en el bosque eran el mismo. Contra éste abrigaba el odio más enconado. Había sido el motivo involuntario de que cayera en desgracia en la banda del capitán Raymond y, como supe más tarde, Ginés estaba convencido de que no había comparación entre la profesión liberal y varonil de salteador, de la que había sido expulsado, y el oficio sórdido y maquinal de sabueso, al que se había visto obligado a volver. No bien hubo recibido la información que acabo de decir, juró vengarse. Decidió abandonar todas las demás misiones y concentrar su interés en hacerme salir de mi escondite. La recompensa ofrecida, que su vanidad le hacía considerar ya suya, le pareció una remuneración justa de su trabajo y sus gastos. Así que tuve que enfrentarme a su sagacidad, desarrollada con la práctica de su profesión, y aguzada y estimulada por el deseo de venganza de su espíritu, que no conocía el freno de la conciencia y la humanidad.

Al trazarme el cuadro de mi situación, poco después de establecerme

donde ahora vivía, pensé tontamente, como suele hacer el desdichado, que era imposible que mi desgracia experimentara ningún agravamiento. Sin embargo, el agravamiento que se había puesto en marcha, sin yo saberlo, era más terrible de lo que hubiera podido concebir la más despierta imaginación. Nada podía haber sucedido más contrario a mi paz futura que el encuentro fatídico que tuve con Ginés en el bosque. Aquel encuentro, ahora lo veo claramente, puso tras de mí a un segundo enemigo excepcional y temible, dispuesto a no permitir que decayese su animosidad mientras viviese. Así como Falkland era un león hambriento cuyos rugidos me helaban y petrificaban, Ginés era un insecto dañino, apenas menos terrible y tremendo, que revoloteaba a mi alrededor amenazándome con el veneno de su aguijón.

El primer paso que dio para la ejecución de su plan fue dirigirse al puerto donde me habían detenido al principio. De ahí siguió mis pasos hasta la ribera del Severn, y de ahí a Londres. No hace falta decir que no era tarea difícil, si el perseguidor tiene un motivo suficientemente poderoso para perseverar, a menos que el fugitivo sea excepcionalmente sagaz en idear precauciones y afortunado en llevarlas a la práctica. Ginés, a lo largo de la persecución, se vio obligado a duplicar sus pasos: como un galgo, cada vez que perdía el rastro, volvía al lugar donde había olfateado al animal cuya muerte había decretado. No ahorraba tiempo ni molestias para satisfacer la pasión que había colocado por encima de todas.

Cuando entré en la capital me perdió la pista temporalmente, ya que Londres es una ciudad donde, dada su extensión, un individuo puede ocultarse y vivir totalmente en el anonimato. Pero ninguna dificultad era capaz de desanimar a este nuevo adversario. Fue de posada en posada, pensando con lógica que no podía haberme refugiado al principio en ninguna casa particular, hasta que descubrió, por la descripción que hizo de mí y los recuerdos que evocó, que había dormido una noche en el barrio de Southwark. Pero no pudo obtener más información: los de la posada ignoraban qué había sido de mí a la mañana siguiente. No obstante, esto le volvió más ávido en la persecución. Ahora era más difícil dar mi descripción, debido a mi cambio parcial de indumentaria al segundo día de estar en la capital. Pero finalmente superó ese obstáculo. Y una vez que logró seguir mi

rastro hasta la segunda posada, dispuso de más información. Yo había sido tema de especulación para alguna gente de esa posada durante los ratos de ocio. Una vieja charlatana y fisgona que vivía enfrente había madrugado esa mañana para lavar, y desde su ventana me había visto salir, a la luz de la lámpara que colgaba sobre la puerta de la posada. No me había visto bien, pero le pareció por mi aspecto que era judío. Solía entrar a charlar con la posadera y los mozos y las doncellas que a veces trabajaban allí. Y esa mañana, en el curso de la conversación, preguntó sobre el judío que había dormido la noche anterior. Ningún judío había dormido en la posada. Esto despertó la curiosidad de la posadera. A juzgar por la hora, no podía ser nadie más que yo. ¡Era muy extraño! Contrastaron detalles sobre mi ropa y mi aspecto. No podían ser más dispares. Así que, dada la escasez de novedades, el cristiano-judío les proporcionó repetidamente tema de conversación.

La información que esta contingencia facilitó a Ginés parecía enormemente valiosa; pero sus progresos, durante un tiempo, no fueron todo lo rápidos que esa información prometía. No podía entrar en las casas particulares donde admitían huéspedes de la misma manera que en las posadas. Recorrió las calles, y estudió con ojos escrutadores e inquisitivos el semblante de todo judío que era más o menos de mi estatura; pero en vano. Visitó Duke's Place y las sinagogas. En realidad, no pensaba que iba a descubrirme aquí: fue a esos lugares desesperado y como último recurso. Más de una vez le dieron ganas de abandonar; pero una insaciable y acuciante sed de venganza le hacía seguir.

Estando con esa desazón y desaliento, fue a visitar a un hermano suyo que era impresor. Se trataban poco, porque el carácter y hábitos del uno y el otro eran diametralmente opuestos. El impresor era un hombre laborioso, tranquilo, ahorrador e inclinado al metodismo. Le desagradaba bastante la actividad y el modo de vida de su hermano, y había hecho inútiles intentos de regenerarle. Pero, aunque eran incompatibles, se veían de tarde en tarde. A Ginés le encantaba jactarse de cuantas hazañas se atrevía a contar; y su hermano era un oyente más, aparte de su camarilla habitual. Al impresor le divertía oír las agudezas y anécdotas originales con que Ginés solía salpicar su charla. A pesar de todos sus prejuicios de hombre moderado

y practicante, le encantaba secretamente ser hermano de un hombre tan fuerte e ingenioso.

Después de escuchar un rato, en esta ocasión, las maravillosas historias que Ginés se dignó contarle a su manera tosca, el impresor sintió deseos de corresponder. Se puso a contarle episodios de Cartouche y de Guzmán de Alfarache. Estas historias despertaron el interés de Ginés. Al principio sintió emoción y asombro; después, envidia y aversión. ¿De dónde sacaba el impresor esas historias? La pregunta recibió su respuesta: —Pues verás —dijo el impresor—: ninguno de nosotros sabe mucho del autor. Escribe poesía, historia y moral; como impresor y corrector de pruebas, me considero relativamente buen juez en esas materias sin que sea vanidad; y puedo decir que el autor de estas colaboraciones es una persona cultivada, aunque no sea más que un judío [a mi honrado impresor le parecía esto tan raro como si las escribiese un jefe cheroqui de las cataratas del Missisippi].

—¡Un judío! ¿Le conoces? ¿Le has visto alguna vez?

—No; los escritos nos los trae siempre una mujer. El jefe detesta los misterios; le gusta ver a los autores en persona; así que acosa a preguntas a la mensajera. Pero nunca le ha sacado nada; salvo una vez, que se le escapó que el joven caballero era judío.

¡Un judío! ¡Un joven caballero! ¡Un individuo que hacía sus gestiones a través de intermediario y mantenía en secreto sus movimientos! ¡Aquí encontró Ginés materia abundante para sus especulaciones y sospechas! Se las confirmó —sin advertir el proceso de su propia mente— el tema de mis colaboraciones: hombres que morían a manos del verdugo. Poco más dijo a su hermano, salvo preguntarle, como por casualidad, cómo era la mujer, qué edad aparentaba, y si iba a menudo a llevarle trabajos de ese género. Y poco después aprovechó la primera ocasión y se despidió.

Ginés había escuchado con inmensa alegría esta inesperada información. Una vez que había obtenido de su hermano datos suficientes sobre la persona y aspecto de la señora Marney, y convencido de que me localizaría al día siguiente, se apostó en la calle a hora temprana para no arriesgarse a un fracaso por falta de precaución. Esperó varias horas, aunque no sin éxito: llegó la señora Marney, entró en el edificio; y al cabo de unos veinte minutos la vio salir. La siguió calle tras calle. Finalmente, observó que se metía en

una casa particular, y se felicitó de haber llegado al fin a la culminación de sus esfuerzos.

Pero no era allí donde vivía. Por una especie de milagrosa casualidad, se había dado cuenta de que la seguían. Cuando regresaba, había visto a una mujer que acababa de caerse en la calle a causa de un desmayo. Movida por la compasión, siempre alerta en ella, se acercó a auxiliarla. En seguida se formó un corro de gente alrededor. La señora Marney, después de asistirla en lo que podía, se incorporó para proseguir su camino. Al verse rodeada por la multitud, se le ocurrió que podía haber rateros; se llevó las manos a los lados, y echó una mirada a su alrededor. Había dejado el círculo un poco repentinamente, y tropezó con Ginés, que se había visto obligado a acercarse para no perderla en la confusión. La expresión de éste era de lo más extraordinaria: el hábito había escrito los caracteres de astucia malévola y frío descaro en cada arruga de su cara; y la señora Marney, aunque no entendía de filosofía ni era fisonomista, supo leer en esa cara. La buena mujer, como casi todas las personas de su carácter, tenía una forma singular de volver a casa: no por calles espaciosas y concurridas, sino por estrechos callejones y pasadizos con intrincadas y súbitas revueltas. En una de éstas, vio casualmente a su perseguidor. Este hecho, unido a la singularidad de su aspecto, la inquietó: ¿Estaría siguiéndola? Era mediodía, y no temía por su seguridad. Pero ¿tendría alguna relación conmigo esta circunstancia? Recordó mis precauciones y mi sigilo, y pensó que sin duda obraba de este modo por algún motivo. Siempre había estado en guardia respecto a mí; pero ¿lo había estado suficientemente? Pensó que si se convertía en vehículo de algún mal para mí se sentiría desdichada para siempre. Así que, en prevención de lo peor, decidió pasar por casa de una amiga, y mandarme aviso de lo que ocurría. Conque informó a su amiga, pidiéndole que fuera a llevarme el recado cinco minutos después de irse ella, y salió inmediatamente en dirección contraria a visitar a otra persona. Gracias a esta medida me libró de momento del peligro.

Entretanto, la información que me llegó no daba ni mucho menos idea de la dimensión del peligro. A lo que pude colegir, el hecho podía ser totalmente inocente, y el temor deberse únicamente a la excesiva precaución y amabilidad de esta mujer excelente y caritativa. Sin embargo,

mi situación era tan comprometida que no podía elegir. Fuese amenaza o no, tuve que abandonar mi cuarto al minuto siguiente sin otra cosa que lo que podía llevar en la mano, no volver a ver más a mi generosa benefactora, abandonar mis pertenencias y provisiones, y hacer otra vez nuevos proyectos en algún lugar apartado y —si es que podía tener alguna esperanza razonable— algún nuevo amigo. Bajé a la calle con el corazón oprimido, aunque no indeciso. Era pleno día. Me dije: «Parece ser que en este momento hay personas buscándome por las calles: no debo arriesgarme a confiar en que vayan en una dirección mientras yo voy en otra». Recorrí media docena de calles, y luego me metí en una casa de hospedaje para gente con pocos medios. Aquí tomé algún refrigerio, pasé varias horas en activa aunque melancólica meditación, y por último pedí una cama. No obstante, en cuanto anocheció, salí (porque era indispensable) a comprar elementos para un nuevo disfraz. Después de ponérmelos lo mejor que pude, dejé este refugio con las mismas precauciones que había tomado en los casos anteriores.

Capítulo X

Busqué nuevo alojamiento. Tal vez por alguna disposición interior mía que se complacía en imaginar peligros, pensé que la alarma de la señora Marney no carecía de fundamento. Sin embargo, no se me alcanzaba qué clase de peligro me acechaba, por lo que sólo podía poner el poco satisfactorio remedio de redoblar la precaución en todos mis movimientos. Sin embargo, a la vez que el de la seguridad, me acuciaba el problema de la subsistencia. Aún me quedaba algún dinero de mi actividad anterior; pero era muy poco, porque mi patrono me pagaba con retraso, y yo no tenía valor para pedirle que me liquidara. Las ansiedades del espíritu, pese a todos mis esfuerzos, hicieron presa en mi salud. No me consideraba seguro un solo instante; mi cuerpo consumido era una sombra, y cualquier ruido inesperado me sobresaltaba. A veces me daban intenciones de entregarme a la ley y afrontar lo peor; pero entonces me volvían el resentimiento y la indignación, y refrescaban mi perseverancia.

No se me ocurría otro procedimiento de ganarme el sustento que el que había empleado anteriormente, de buscar una tercera persona que mediase entre los posibles destinatarios de mi trabajo y yo. Quizá encontrara a alguien dispuesto a ejercer esa mediación; pero ¿dónde encontrar un alma benévola como la de la señora Marney? La persona que escogí fue un tal señor Spurrel, un hombre que aceptaba trabajo de los relojeros y vivía en el segundo piso. Le estudié un par de veces o tres con mirada indecisa al cruzarnos en la escalera, antes de decidirme a abordarle. Él se dio cuenta, y finalmente me invitó con toda amabilidad a pasar a su piso.

Una vez que nos sentamos, se condolió de mi aparente falta de salud y mi solitario modo de vida, y quiso saber si podía ayudarme en algo. Desde el primer momento, había sentido simpatía hacia mí. Con mi actual disfraz,

tenía un aspecto deforme y contrahecho, y un rostro nada atractivo. Pero al parecer el señor Spurrel había perdido a su único hijo unos meses antes, y yo era su vivo retrato. De haberme despojado de mi fingida fealdad, probablemente habría perdido todo ascendiente sobre sus afectos. Ahora era un viejo, comentó, con un pie en la tumba, y su hijo había sido su único consuelo. Siempre anduvo mal de salud el pobre, pero él había sido una auténtica enfermera para el muchacho; y por haberle atendido tanto estando vivo, notaba su falta más ahora que estaba muerto. No tenía amigos en el mundo, ni a nadie que cuidase de él. Si yo quería, podía ocupar el puesto de su hijo, y él me trataría en todo con la misma atención y amabilidad.

Le dije que le agradecía su bondadoso ofrecimiento, pero que sentiría muchísimo ser una carga para él. Mi idea ahora era llevar una vida retirada y solitaria, y mi principal dificultad estaba en conciliar esto con algún modo de ganar lo imprescindible para vivir. Si accedía a ayudarme a salvar esa dificultad, sería el mayor servicio que podría hacerme. Añadí que yo siempre había tenido aptitudes manuales y un temperamento laborioso, y no dudaba en dominar cualquier oficio al que me aplicase seriamente. No me había formado en ninguna profesión; pero si me ayudaba con sus consejos, trabajaría con él el tiempo que quisiera por la manutención. Yo sabía que lo que le pedía era un inmenso favor, pero por un lado me acuciaba la más extrema necesidad, y por otro me animaba la convicción de sus manifestaciones amistosas.

El anciano derramó algunas lágrimas ante mi aparente desventura, y accedió de buen grado a cuanto le pedía. Pronto nos pusimos de acuerdo, y empecé a trabajar. Mi nuevo amigo era un hombre de una manera de ser nada corriente. Sus rasgos más destacados eran el amor al dinero, y una caritativa oficiosidad. Vivía de manera miserable, y no se permitía la menor satisfacción. Casi en seguida me hice merecedor de cierta remuneración por mis trabajos, como reconoció él abiertamente, por lo que insistió en pagarme. Sin embargo, no me pagaba la totalidad de mi salario, como habrían hecho otros en parecidas circunstancias, sino que me descontaba el veinte por ciento en concepto de la enseñanza recibida, más una comisión por facilitarme un canal para mi trabajo. Sin embargo, a menudo vertía

lágrimas por mí, le pesaba cada vez que inevitablemente teníamos que separarnos, y hacía constantes manifestaciones de afecto y cariño. Yo le encontraba un hombre de gran habilidad manual, y me agradaba mucho su conversación. Mis conocimientos eran de lo más diversos; y él mostraba a menudo asombro y placer al comprobar mi capacidad, tanto para divertirme como para aplicarme en el trabajo.

Así pues, parecía que había alcanzado una situación no menos deseable que con la señora Marney. Sin embargo, era más infeliz. Mis accesos de desaliento eran más hondos y frecuentes. Mi salud empeoraba de día en día; y el señor Spurrel temía perderme como antes había perdido a su hijo.

No mucho después de encontrarme instalado en esta situación, ocurrió un incidente que me alarmó y me llenó de un terror como no había experimentado hasta aquí. Había salido a pasear un atardecer, después de un largo decaimiento, para respirar el aire libre y hacer un poco de ejercicio, cuando me llegaron al oído un par de palabras o tres de un buhonero que pregonaba su mercancía; me detuve a escuchar con más atención, cuando, para mi absoluto estupor y confusión, le oí vocear más o menos: —¡Aquí tenéis la historia asombrosa y singular, y milagrosa aventura, de Caleb Williams! ¡Aquí podéis informaros de cómo robó primero, y después acusó falsamente a su señor! ¡También de sus diversos intentos de escapar de la prisión, hasta que lo consiguió al fin de la manera más inconcebible y prodigiosa, y también de su errar por el reino con diversos disfraces, de los robos cometidos con la más osada partida de ladrones, y de su llegada a Londres, donde ahora dicen que anda escondido, con una copia fiel y verdadera del bando impreso y publicado por uno de los más principales secretarios de Su Majestad, ofreciendo la recompensa de cien guineas por prenderle! ¡Todo al precio de medio penique!

Pese a lo petrificado que me dejaron estas voces terribles, tuve la temeridad de acercarme al hombre y comprarle uno de sus papeles. Estaba desesperadamente decidido a conocer cuál era exactamente mi situación, y en qué podía confiar. Me alejé un trecho hasta que, incapaz de resistir el tumulto de mi impaciencia, me las arreglé para leer casi todo su contenido a la luz de una farola, en la parte de arriba de un estrecho callejón. Descubrí que contenía más detalles de los que habría podido esperar en un tipo de

publicación así. Se me equiparaba al más afamado atracador en el arte de atravesar paredes y puertas, y al más hábil estafador en el del engaño, duplicidad y simulación. Al final incluía el prospecto que Larkins llevó a la guarida del bosque. Describía fielmente todos mis disfraces anteriores al aviso de peligro que providencialmente me había mandado la señora Marney, y alertaba al público contra una persona de aspecto extraño y con un género de vida recluido y solitario. También me enteré por este papel de que la misma noche en que escapé habían registrado todos mis anteriores alojamientos, y que la señora Marney había sido enviada a Newgate acusada de haber ocultado a un huido de la justicia. Este último detalle me afectó profundamente. En medio de mis sufrimientos, conservaba incólumes mis simpatías. Fue de lo más cruel e insoportable enterarme de que no sólo era yo objeto de una implacable persecución, sino que incluso era infeccioso mi contacto, y todo el que me socorriese compartiría mi ruina. Mi reacción inmediata fue un inmenso deseo de sufrir solo la malevolencia de mis enemigos, de poder proteger así a la excelente mujer de toda amenaza y peligro… Después me enteré de que la señora Marney había sido puesta en libertad por intercesión de su noble parienta.

Pero la compasión por la señora Marney en estos momentos me duró poco. Una reflexión más imperiosa e irresistible reclamaba mi atención.

¿Con qué sentimientos rumiaba yo el contenido de este papel? Cada palabra traía desesperación a mi alma. La detención efectiva que tanto temía habría sido menos horrible quizá. Habría puesto fin a ese largo terror del que era presa. De nada me servía ya disfrazarme. Infinidad de individuos de todas las clases y estamentos, en casi todas las casas de la metrópoli, mirarían con recelo a cualquier desconocido —en especial a los solitarios— que se les pusiera delante. La recompensa de cien guineas estaba destinada a despertar su avaricia y a afilar su sagacidad. No era Bow Street; era un millón de hombres los que había en armas contra mí. Y me hallaba privado del amparo —del que pocos hombres tienen la desdicha de carecer— de alguien a quien confiar mis tribulaciones y que me protegiese de las miradas de indiscriminada curiosidad.

¿Qué podía exceder a los horrores de esta situación? El corazón me golpeaba contra las costillas, mi pecho subía y bajaba agitado, jadeaba, me

faltaba el aire. «¿No van a desistir nunca mis perseguidores? —me dije—. ¿No van a acabar mis incansables y continuos trabajos? ¿Acabar? ¡Jamás! ¡El tiempo, que lo cura todo, vuelve mi caso más desesperado! ¿Por qué —exclamé, adoptando mis pensamientos de repente un nuevo curso—, por qué sigo resistiendo en esta lucha? Con la muerte puedo eludir al menos a mis perseguidores. Puedo sepultarme en el olvido misericordioso, llevándome conmigo el rastro de mi existencia, ¡y legar así eterna duda, y alarma eternamente renovada, a los que no cejan en mi persecución!

En medio de los horrores que ahora me dominaban, me pareció ésta la solución mejor, y me dirigí al Támesis a ponerla en ejecución. Era tal el paroxismo de mi espíritu que perdí parcialmente la conciencia de mi entorno. No me daba cuenta de mi debilidad, sino que corría frenéticamente. Pasé una calle tras otra sin mirar qué dirección llevaba. Después de vagar así no sé cuánto tiempo, llegué al London-Bridge. Subí a toda prisa la escalera, y vi el río repleto de embarcaciones.

»Ningún ser humano debe verme —me dije— en el momento de desaparecer para siempre». Este paso requería alguna reflexión. Había transcurrido un tiempo desde que había concebido esta idea desesperada. Empezaba a volverme el juicio. Y la visión de las embarcaciones me sugirió la posibilidad de abandonar mi país natal.

Hice averiguaciones, y pronto descubrí que el pasaje más barato que podía procurarme era en un barco fondeado cerca de la Torre, el cual iba a zarpar a los pocos días para Middleburg, Holanda. Habría embarcado inmediatamente y habría tratado de convencer al capitán de que me dejase permanecer a bordo hasta que se hiciera a la mar, pero por desgracia no llevaba encima dinero suficiente para pagarme el pasaje. Peor aún: no tenía dinero alguno en el mundo. Sin embargo, di al capitán la mitad de lo que pedía, y prometí volver con el resto. No sabía de dónde iba a sacarlo, pero esperaba conseguirlo. Recurriría al señor Spurrel. Seguro que no me lo negaría. Me quería con afecto paternal; así que pensé que podía ponerme en sus manos por un momento.

Me dirigí a mi domicilio con el corazón acelerado. El señor Spurrel no estaba en casa; me vi obligado a esperar a que volviera. Muerto de cansancio, de desencanto y de falta de salud, me dejé caer en una silla. Pero

me recobré en seguida. Tenía en el baúl un encargo que el señor Spurrel me había dado esa misma mañana, cinco veces el valor de lo que necesitaba. Medité un momento si debía hacer uso de esta propiedad como si fuese mía; pero deseché con repugnancia la idea. Jamás había merecido las acusaciones que se me hacían, ni estaba dispuesto a merecerlas. Volví a sentarme jadeante, ansioso, lleno de negros presagios. A los ojos de mi imaginación, mis terrores parecían más grandes y agobiantes de lo que las circunstancias autorizaban pensar.

Era muy raro que el señor Spurrel hubiera salido a esas horas; no sabía que lo hubiese hecho nunca. Su hora de acostarse era entre las nueve y las diez. Se hicieron las diez, y las once, y el señor Spurrel aún no había aparecido. A las doce oí su llamada a la puerta. En la casa estaba ya todo el mundo en la cama. El señor Spurrel, dada su vida metódica y regular, no llevaba nunca la llave encima. Un destello (¡un débil destello!) de espíritu social me iluminó el corazón. Bajé corriendo a abrirle.

Observé a la luz de mi vela una expresión especial en su semblante. No había abierto yo la boca aún, cuando vi que le seguían dos hombres. A la primera ojeada me di cuenta de qué clase de sujetos eran. A la segunda, descubrí que uno de ellos era nada menos que el mismísimo Ginés. Yo me había enterado ya de que en otro tiempo había tenido esa profesión, y no me sorprendió volverle a ver. Aunque me había estado preparando durante tres horas, por así decir, para caer nuevamente en manos de los agentes de la ley, al verles entrar me invadió una angustia indecible. Además, me asombró no poco la hora y forma de su entrada, y sentí curiosidad por saber si el señor Spurrel había sido tan mezquino como para traerles.

No duró mucho mi perplejidad. No bien aparecieron sus seguidores en la puerta, exclamó con avidez convulsiva:

—¡Ahí lo tenéis, ahí lo tenéis; ése es vuestro hombre! ¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!

Ginés me miró atentamente a la cara con una expresión entre esperanzada y dudosa; y exclamó:

—¡Por Dios que no sé si es o no! ¡Me temo que nos hemos colado! —y a continuación, recobrándose—: Pero entremos y examinémosle más detenidamente.

Subimos todos al aposento del señor Spurrel; dejé la vela en la mesa. Hasta ahora había permanecido callado; pero decidí no rendirme, un poco animado por la vacilación de Ginés. Así que con ademán tranquilo y sosegado, y disimulando la voz con un ceceo característico, pregunté: —¿Puedo zaber, caballeroz, a qué debo el honor de la vicita?

—¡Pues verás —exclamó Ginés—: estamos detrás de un granuja redomado, un tal Caleb Williams! Yo debería conocerle de sobra; pero dicen que tiene tantas caras como días el año. Así que quítate la careta; y si no puedes, quítate al menos la ropa, y veamos de qué está hecha esa joroba.

Protesté, pero en vano; me descubrieron parcialmente el artificio; y Ginés, aunque todavía indeciso, se iba reafirmando cada vez más en sus sospechas. El señor Spurrel estaba completamente regocijado; sus ojos devoraban cuanto sucedía. A medida que se hacía más evidente mi impostura, repetía: —¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!

Por último, cansado de esta farsa, e indeciblemente irritado con el papel hipócrita y degradante que sin duda estaba representando, exclamé: —¡Está bien, soy Caleb Williams; llevadme a donde os plazca! ¡Bien, señor Spurrel! —dio un violento respingo; al darme a conocer, su regocijo llegó al máximo y, hasta donde era capaz de manifestarlo, totalmente incontenible; pero lo inesperado de mi interpelación, y el tono con que lo hice le electrizaron—: ¿es posible —proseguí— que haya sido usted el miserable que me ha delatado? ¿Qué le he hecho para merecer ese trato? ¿Es ésa la bondad de la que tanto hacía gala? ¿-El afecto que no se le caía de la boca? ¿Enviarme a la muerte?

—¡Mi pobre muchacho —exclamó Spurrel, gimoteando, y en un tono de la más humilde protesta—: no lo he podido evitar, de veras! ¡De haber podido evitarlo, lo habría hecho! ¡Espero que no le hagan ningún daño a mi muchacho! ¡Me moriría si se lo hicieran!

—¡Miserable baboso! —le interrumpí con dureza—; ¿me entrega a las fauces despiadadas de la ley, y pide después que no me hagan daño? ¡Sé cuál es mi sentencia, y estoy pronto a afrontarla! ¡Acaba de ponerme la soga en el cuello, como se la habría puesto a su hijo por esa recompensa! ¡Ande, vaya a contar sus malditas guineas! ¡Más segura habría estado mi vida en manos de un desconocido que en las de usted, cuya boca y ojos concuerdan

más con el afecto de un cocodrilo!

Siempre he creído que lo que decidió al señor Spurrel a delatarme fue mi estado de postración y —según le parecía a él— la proximidad de mi muerte. Debió de suponer en su fuero interno que llegaría un momento en que no podría valerme. Recordaba con angustia los gastos que había tenido con la enfermedad y muerte de su hijo. Estaba decidido a no proporcionarme una ayuda parecida. Temía, sin embargo, la deshonra de abandonarme. Temía la blandura de su propio carácter. Se daba cuenta de que me estaba cobrando afecto, y que en breve espacio sería incapaz de dejarme. Se dejó llevar por una suerte de impulso; y para evitar una acción poco generosa, se refugió en otra más baja y diabólica. Este motivo, unido a la perspectiva de cobrar la recompensa, fue un incentivo demasiado fuerte para poderlo resistir.

Capítulo XI

Tras dar rienda suelta a mi enojo, dejé al señor Spurrel petrificado e incapaz de decir nada. Salí custodiado por Ginés y su compañero. No hace falta que repita todas las insolencias de este hombre: unas veces celebraba ver cumplida su venganza, y otras lamentaba la pérdida de la recompensa por culpa del vejestorio que acababa de dejar, aunque juraba que se la birlaría de una manera o de otra. Proclamaba haber sido él quien había discurrido el ardid del panfleto de medio penique: fue idea suya, y había sabido que sería infalible. No había ley ni justicia en el mundo, decía, si ese viejo miserable se llenaba la bolsa sin haber movido un dedo, mientras que los méritos de él se quedaban sin reconocimiento ni recompensa.

Yo prestaba poca atención a lo que decía. Se me quedó en la memoria y recordé en cuanto tuve un rato de sosiego; pero en ese momento no le escuchaba: estaba dedicado a meditar sobre mi nueva situación y la conducta que debía adoptar. La idea del suicidio me había venido dos veces al pensamiento, en dos momentos de verdadera desesperación; pero era una idea que estaba lejos de mis meditaciones habituales: ahora, como siempre que la muerte me amenazaba de forma inminente por la injusticia de otros, me sentí dispuesto a luchar hasta el final.

Mis perspectivas eran, a decir verdad, bastante oscuras y desalentadoras. ¡Cuántos trabajos me había tomado, primero para huir de la prisión, y después para eludir el celo de mis perseguidores, todo para volver al punto donde había empezado! Cierto que había ganado fama: la fama miserable de ver pregonada mi historia por buhoneros y copleros, de verme celebrado como activo y decidido villano por lacayos y doncellas; pero yo no era un Eróstrato ni un Alejandro para morir contento con esa clase de aureola. En cuanto a la realidad concreta, ¿qué posibilidades tenía yo con

cualquier nuevo esfuerzo de parecida naturaleza? Jamás ha habido un ser humano perseguido por enemigos más ingeniosos y enconados. Tenía muy pocas esperanzas de que abandonasen alguna vez la persecución, o de coronar mis futuros intentos con un resultado más deseable.

Consideraciones de este tipo son las que dictaron mi resolución. Mi espíritu se había ido desasiendo del señor Falkland, hasta inspirarme algo así como repugnancia. Durante mucho tiempo le había tenido un respeto que ni siquiera su animosidad y dominación fueron capaces de destruir. Pero ahora veía en él un carácter tan inhumanamente sanguinario, tan diabólico en esta persecución por todo el mundo, y tan decidido a no considerarse saciado sino con mi sangre, aun siendo consciente de mi inocencia, de mi poca inclinación al daño, incluso de mis virtudes, que desde ese momento pisoteé el respeto y el recuerdo de mi antigua estima. Perdí toda veneración a su grandeza intelectual, y toda compasión por las angustias de su alma. Abjuré también de la comprensión: sería igual de inflexible y despiadado que él. ¿Acaso estaba bien que me empujara a la extremidad y a la locura? ¿No tenía ningún temor de que contara su secreto y sus crímenes atroces?

Me obligaron a pasar en prisión el resto de la noche en que me prendieron. En ese intervalo me despojé de todo vestigio de disfraz, y a la mañana siguiente aparecí con mi propia personalidad. Como es natural, me identificaron en seguida; y los magistrados ante los que ahora me habían conducido, puesto que era esto lo único que les interesaba, procedieron a extender la orden de que se me devolviese al condado al que pertenecía. Pero impedí que se efectuase dicha orden diciendo que tenía algo que revelar. Ésa es una oferta que los encargados de administrar la justicia penal jamás dejan de atender.

Comparecí ante los magistrados a los que me condujeron Ginés y su camarada, dispuesto a revelar los secretos asombrosos de los que hasta aquí había sido fiel depositario, y volver las tornas de una vez por todas contra mi acusador. Ya era hora de que sufriese el verdadero criminal, y que la inocencia dejase de vivir bajo la opresión de la culpa.

Dije que siempre había protestado mi inocencia, y ahora debía repetir la protesta.

—En ese caso —replicó el magistrado presidente bruscamente—, ¿qué

puede revelar? ¡Si es inocente, no es asunto nuestro! Nosotros actuamos de oficio.

—Siempre he afirmado —proseguí— que no he cometido ningún delito culpable, sino que la culpa corresponde enteramente a mi acusador. Él puso solapadamente esos objetos entre mis pertenencias para después acusarme de robo. Pero ahora declaro algo más: que ese hombre es un asesino; que descubrí su crimen, y que por esa razón está empeñado en quitarme de en medio. Supongo, señorías, que sí considerarán asunto suyo tomar en cuenta esta declaración. Estoy seguro de que sus señorías no están dispuestas en absoluto a contribuir activa o pasivamente a la atroz injusticia que sufro, a encarcelar y condenar a un inocente para que pueda seguir libre un asesino. He callado este asunto hasta donde he podido. Nunca he querido ser causante de la infelicidad o la muerte de nadie. Pero toda paciencia y sumisión tiene sus límites.

—Permítame que le haga dos preguntas —replicó el magistrado presidente en tono de fingida modestia—: ¿ha ayudado, instigado o contribuido de alguna manera a la comisión de ese asesinato?

—No.

—Y dígame: ¿quién es ese señor Falkland, y qué relación ha tenido usted con él?

—El señor Falkland es un caballero con una renta de seis mil anuales; yo vivía en su casa como secretario.

—En otras palabras, ¿era su criado?

—Llámelo como guste.

—Muy bien, señor, esto es suficiente para mí. En primer lugar, debo decirle como magistrado que no puedo admitir a trámite su declaración. Si hubiese estado implicado en el asesinato del que habla, habría sido diferente. Pero está fuera de toda norma razonable que un magistrado tome declaración a un acusado, salvo cuando ésta afecta a sus cómplices. En segundo lugar, creo conveniente decirle personalmente que me parece usted el sujeto más descarado que he conocido en mi vida. ¿Es tan asno como para suponer que lo que cuenta puede serle de alguna utilidad aquí, en el juicio, o donde sea? ¡Bonitos tiempos serían éstos si, cuando un caballero de seis mil anuales detiene a su criado por robarle, éste pudiera

inventar acusaciones de esa naturaleza y consiguiera que un magistrado o un tribunal de justicia las escuchase! Yo no sé si el delito del que se le acusa le llevará al cadalso o no. Pero estoy seguro de que esa historia sí lo hará. ¡Sería el fin de todo orden y gobierno, si se consintiese que individuos que atropellan de manera tan atroz los grados y distinciones sociales escaparan de la justicia!

—¿Se niega su señoría a escuchar los detalles del cargo que alego?

—Si, señor, me niego. Pero si no me negara, ¿qué testigos puede presentar de ese asesinato?

Esta pregunta me desarmó.

—Ninguno… Pero creo que puedo aportar una prueba circunstancial de tal naturaleza que hará que preste atención el más indiferente.

—Lo suponía. ¡Agentes, llévense a este hombre de aquí!

Ése fue el resultado de mi último recurso; del recurso en el que había puesto toda mi confianza. Hasta ahora había imaginado que la situación desfavorable en que me hallaba se prolongaba a causa de mis miramientos, decidido como estaba a afrontar lo que soportase la naturaleza humana, antes que recurrir a tan extrema recriminación. El pensar en esto me consolaba secretamente en medio de todas mis desventuras: era un sacrificio voluntario, y lo hacía con buen ánimo. Me consideraba miembro del ejército de mártires y penitentes; aplaudía mi fortaleza y abnegación, y me complacía en la idea de que tenía poder —aunque esperaba no utilizarlo jamás— para, haciendo uso de todos mis recursos, poner inmediato fin a mis sufrimientos y persecuciones.

¡Y ésta es la justicia humana! ¡En la investigación de un crimen, un hombre no debe ser oído en determinado momento porque no ha participado en él! ¡Se escucha con indiferencia la historia de un asesinato atroz, mientras que se persigue a un inocente como si fuese una fiera hasta el último rincón de la tierra! ¡Seis mil libras al año protegen a un hombre de toda acusación, mientras que una imputación se invalida porque la hace un criado!

Me condujeron de nuevo a la prisión de la que me había escapado meses antes. Traspuse aquellos muros con el corazón a punto de estallarme, forzado a reconocer que mis esfuerzos hercúleos habían servido para mi

propia tortura nada más. Desde mi huida, había adquirido algún conocimiento del mundo; había aprendido amargamente con cuantas cadenas me tenía sujeto la sociedad, y cuán estrechamente me tenían cercado las trampas del despotismo. Ya no miraba el mundo, como mi fantasía juvenil me había inducido a hacer en otro tiempo, como un escenario en el que podía esconderme o aparecer, y exhibir las originalidades de una vivacidad exuberante. Veía a mi especie entera dispuesta a convertirse de un modo u otro en instrumento del tirano. La esperanza había abandonado mi corazón. La primera noche de este nuevo encierro la pasé entre accesos de furia. De vez en cuando rasgaba el silencio universal con rugidos de insoportable desesperación. Pero fue una locura pasajera. Poco después recobré la serena conciencia de mí mismo y de mis desventuras.

Mi porvenir era más sombrío, y mi situación más aparentemente irremediable que nunca. Otra vez me hallaba a merced de la insolencia y la tiranía que se practican por igual entre esos muros. ¿Por qué debía repetir la odiosa historia de lo que había soportado yo y soporta todo hombre que tiene la desdicha de caer en manos de estos administradores de la jurisprudencia nacional? Los sufrimientos por los que ya había pasado, mis zozobras, mi huida, el miedo constante a ser descubierto —peor incluso que ser descubierto—, habrían bastado para satisfacer al miembro más insensible del tribunal, aunque hubiese sido yo el criminal que pretendían. Pero la ley no tiene ojos ni oídos ni entrañas humanas, y convierte en trozo de mármol el corazón de quienes han mamado sus principios.

Sin embargo, recuperé el ánimo. Y decidí que, mientras tuviese vida, jamás permitiría que me abandonase. Podían oprimirme, aniquilarme; pero si moría, lo haría resistiendo. ¿Qué provecho, qué beneficio, qué satisfacción podía venirme de una mansa rendición? Nadie ignora que humillarse a los pies de la ley es empresa inútil: en sus tribunales no hay lugar para la enmienda y la reforma.

Puede que a algunos les parezca que tengo una fortaleza superior a la normal de la naturaleza humana; pero si descorro el velo de mi alma, verán al punto que se equivocan. El corazón me sangraba por cada poro. Mi entereza no era el sentimiento sereno de la filosofía y la razón: era un

propósito sombrío y desesperado, producto, no de la esperanza, sino de un espíritu aferrado a su designio, que se satisfacía en la mera lucha, y estaba dispuesto a proclamar su éxito o su fracaso a los cuatro vientos. Ésta era la condición miserable —capaz de despertar compasión en los pechos más duros— a la que me había reducido el señor Falkland.

Entretanto, por extraño que pueda parecer, aquí, en la prisión, sometido a infinidad de suplicios y con la seguridad de que me aguardaba una sentencia de muerte, recobré la salud. Lo atribuyo a mi estado de ánimo, que ahora había cambiado de la perpetua ansiedad, terror y alarma —visitantes demasiado asiduos de la prisión, pero que en esta ocasión no me acompañaron— a una firmeza desesperada.

Preveía el resultado de mi proceso. Decidí escapar una vez más de la prisión, porque no dudaba de mi habilidad al menos para llevar a efecto este primer paso hacia mi salvación. Se acercaba el periodo de sesiones judiciales, no obstante, y consideraciones que no hace falta detallar me hacían pensar que podía serme ventajoso esperar a que finalizase el juicio antes de emprender nada. Me encontraba entre los últimos de la lista; así que me sorprendí no poco cuando al segundo día, por la mañana temprano, vinieron con la orden de conducirme ante el tribunal. Pero si la citación era inesperada, ¡cuál no fue mi asombro cuando llamaron a la otra parte, y no comparecieron ni el señor Falkland, ni el señor Forester ni nadie como demandante! Se declaró decomisada la fianza depositada por mis acusadores, y dijeron que podía retirarme sin otro impedimento.

Me es imposible describir el efecto que este cambio increíble produjo en mi espíritu. ¡Que me dijesen a mí, que había ido al tribunal con la sentencia de muerte sonándome en los oídos, que era libre de irme a donde quisiera! ¿Para esto había roto tantos candados y cerraduras, y atravesado los muros adamantinos de mi prisión, había pasado tantos días de ansiedad, y tantas noches de insomnio y pesadillas, había exprimido mi imaginación ideando formas de evitarme y de ocultarme, había sacado de mi espíritu unas energías que jamás habría creído que poseyera, había estado mi existencia sometida a un tormento que jamás pensé que pudiera soportarlo un ser humano? ¡Dios mío! ¿Qué es el hombre? ¿Está tan ciego para el futuro y es tan totalmente ignorante de lo que va a sucederle al momento siguiente de

su existencia? Fíe leído en algún sitio que el Cielo nos oculta por misericordia los acontecimientos futuros de nuestra vida. Mi experiencia no concuerda muy bien con esa teoría. En este caso al menos, de haber podido prever el desenlace de esta interesantísima acción, me habría ahorrado sufrimientos insoportables y angustias indecibles.

Capítulo XII

Poco después dije adiós para siempre a ese lugar odioso y miserable. De momento tenía el corazón demasiado lleno de asombro y de júbilo ante el inesperado veredicto para preocuparme del futuro. Salí de la ciudad. Vagué despacio y pensativo, ora profiriendo una exclamación, ora sumido en indefinible ensueño. El azar dirigió mis pasos hacia el mismo paraje baldío que al principio me había dado asilo, cuando me escapé de la prisión. Deambulé entre sus oquedades y depresiones. Era un lugar perdido y desolado. Anduve por allí no sé cuánto tiempo. Al final me sorprendió la noche sin darme cuenta, y me dispuse a regresar.

Había oscurecido completamente, cuando dos hombres de cuya presencia no me había percatado cayeron sobre mí por detrás. Me sujetaron los brazos y me arrojaron al suelo. No tuve tiempo de resistirme o reaccionar. No obstante, descubrí que uno de ellos era el diabólico Ginés. Me vendaron los ojos, me amordazaron, y me hicieron caminar deprisa no sé en qué dirección. Mientras andábamos en silencio, pugnaba por adivinar qué podía significar esta extraordinaria violencia. Iba con el firme convencimiento de que, después de lo acontecido por la mañana, había dejado atrás la parte más severa y angustiosa de mi historia; de manera que, por extraño que pueda parecer, no me decidía a mirar con alarma este asalto inesperado. Sin embargo, podía ser algún nuevo plan urdido por el genio brutal y la animosidad implacable de Ginés.

Poco después noté que habíamos vuelto a la ciudad. Me condujeron a una casa y, tan pronto como entramos en un aposento, me libraron de las ligaduras. Aquí Ginés me informó con una sonrisa maliciosa que no pretendían hacerme ningún daño y que, por tanto, debía mostrar sensatez permaneciendo tranquilo. Me di cuenta de que estábamos en una posada:

se oían conversaciones en un aposento vecino, y comprendí —como sin duda comprendía él— que no podían intentar ninguna violencia contra mí, y que ya tendría tiempo de resistir cuando tratasen de sacarme de la posada de la misma manera que me habían metido. Sentía no poca curiosidad sobre cómo acabaría lo que tan extraordinariamente había empezado.

Apenas concluidos los preliminares que he descrito, entró el señor Falkland en el aposento. Recuerdo que Collins, cuando me contó al principio los detalles de la historia de nuestro patrono, comentó que era totalmente diferente del hombre que había conocido en otro tiempo. No tenía medios de comprobar la veracidad de esa observación; pero era asombrosamente aplicable al espectáculo que ahora se ofreció a mis ojos, aunque la última vez que había visto a este hombre desventurado era víctima de las mismas pasiones y presa del mismo perpetuo remordimiento que ahora. Entonces se leía en su semblante la infelicidad; pero ahora parecía que su figura jamás había sido humana. Tenía el rostro flaco, descarnado, apergaminado y rojizo, color que era uniforme en cada pulgada de piel, como si se la hubiese tostado y quemado el fuego perpetuo que ardía en su interior. Sus ojos, enrojecidos e inquietos, estaban llenos de rabia y de recelo; y llevaba el pelo suelto, revuelto, desgreñado. Su persona entera tenía tal grado de delgadez que daba más la impresión de ser un esqueleto que una persona viva. Apenas parecía que la vida fuese capaz de habitar una figura tan desolada y espectral: había expirado ya la llama de la vida sana, pero la pasión, la ferocidad, el frenesí habían conseguido suplantarla de momento.

Me quedé horrorizado y estupefacto al verle. Ordenó gravemente a mis conductores que salieran.

—Bien, muchacho; hoy he conseguido salvarte de la horca. Hace un par de semanas hiciste lo posible por poner un ignominioso fin a mi vida.

»¿Tan estúpido y romo eres que no te has dado cuenta de que la meta constante de mis esfuerzos es conservarte con vida? ¿No te mantenía cuando estabas en prisión? ¿No traté de impedir que te mandaran allí? ¿Has podido confundir la fanática y obstinada actitud de Forester, ofreciendo cien guineas por tu captura, con la mía?

»Durante todas tus andanzas no te he perdido de vista. No has dado un solo paso importante en tus vagabundeos del que no haya tenido yo

conocimiento. Pensaba portarme bien contigo. No he derramado más sangre que la de Tyrrel: fue en un arrebato de apasionamiento, y ha sido motivo de constante remordimiento para mí. Sólo he cerrado los ojos ante la muerte de los Hawkins: no habrían podido salvarse más que proclamando yo mi culpabilidad. El resto de mi vida lo he pasado ayudando a los demás.

»Pensé portarme bien contigo. Por ese motivo quería probarte. Tú pretendías obrar respecto a mí con consideración y discreción. Si hubieses perseverado así hasta el final, habría encontrado el modo de recompensarte. Te dejé a tu propio arbitrio. Podías revelar la impotente maldad de tu corazón, pero en la posición en que estabas, sabía que no podrías hacerme daño. Tu discreción ha resultado ser, como sospechaba desde hacía tiempo, vacía y falaz. Has intentado arruinar mi reputación. Has tratado de desvelar el eterno secreto de mi alma: jamás te lo perdonaré. Lo tendré presente mientras me dure el aliento. Y cuando deje de existir, el recuerdo me sobrevivirá. ¿Te crees acaso fuera del alcance de mi poder porque te haya absuelto un tribunal de justicia?»

Mientras hablaba así, afloró a su semblante un súbito malestar, una convulsión instantánea sacudió su cuerpo, y se dirigió tambaleante a una silla. Tres minutos después se había recobrado.

—Sí —dijo—; aún estoy vivo. Viviré días, y meses, y años: sólo el poder que me creó, sea cual sea, puede decidir el plazo. Vivo para guardar mi reputación. Eso, y cargar con una aflicción como jamás ha soportado ser humano ninguno, son la única meta de mi existencia. Pero cuando no esté en este mundo, sobrevivirá mi fama. Mi reputación será inmaculada, venerada por la posteridad, y el nombre de Falkland será repetido en las regiones más remotas de este poblado globo.

Dicho esto, volvió al discurso más inmediatamente relacionado con mi situación y felicidad futuras.

—Hay una condición —dijo—, mediante la cual puedes conseguir que en adelante se mitiguen tus infortunios. Ésa es la razón por la que te he mandado traer. ¡Escucha atentamente lo que te voy a proponer! ¡Recuerda que tomar a la ligera la decidida resolución de mi alma sería una locura tan grande como sujetar con la cabeza una montaña que estuviera oscilando en el borde de los poderosos Apeninos!

»Te requiero, pues, para que firmes un papel declarando solemnemente que soy inocente de ese asesinato, y que la acusación que has presentado en Bow Street contra mí es falsa, malvada y sin fundamento. Quizá te dé reparo faltar a la verdad. Pero ¿es la verdad merecedora de adoración por sí misma, y no por la felicidad que está llamada a reportar? ¿Ha de sacrificarse un hombre razonable a la verdad estéril, cuando la benevolencia, la humanidad y toda consideración valiosa al corazón humano exigen que sea invalidada? Es probable que nunca haga uso de ese documento, pero lo exijo como única reparación factible al honor que me has atacado. Eso es lo que te propongo. Espero tu respuesta».

—Señor —contesté—, le he escuchado hasta el final, y no necesito pensarlo para darle una respuesta negativa. Usted me tomó bajo su protección cuando era un muchacho tosco y sin experiencia, susceptible de ser moldeado a su criterio. Pero me ha comunicado libros enteros de experiencia en muy breve espacio. Ya no soy indeciso y manejable. No se me alcanza qué poder tiene usted sobre mi destino. Puede destruirme; pero no me hará temblar. No tengo ningún interés en averiguar si lo que he sufrido ha sido maquinado previamente o no, si es usted el autor de mis desventuras o sólo se ha confabulado con ellas. Lo que sé es que he sufrido demasiado por su culpa para creer que tiene derecho a pedirme ningún sacrificio voluntario.

»Dice que la benevolencia y la humanidad exigen ese sacrificio de mí. No. Sería sólo un sacrificio a su loco y desenfrenado amor a la fama, a esa pasión que ha sido fuente de sus desventuras, de trágica desgracia para otros, y de todos los infortunios que a mí me han acontecido. No estoy dispuesto a ser comprensivo con esa pasión. Si no se ha curado aún de esa locura sanguinaria, al menos yo no voy a hacer nada para alimentarla. No sé si estaba destinado desde mi infancia a hacer de héroe; pero le doy las gracias por haberme dado una lección de fortaleza insuperable.

»¿Qué exige de mí? ¿Que firme la ruina de mi propia reputación para sostener la suya? ¿Dónde está la ecuanimidad ahí? ¿Qué es lo que me sitúa tan inmensamente por debajo de usted como para que todo lo que se refiera a mí no merezca ser tenido en cuenta? Usted ha sido educado en el prejuicio del linaje. Yo abomino de ese prejuicio. Ha hecho usted de mí un

desesperado, y proclamo lo que esa desesperación me dicta.

»Tal vez me diga que no tengo reputación ninguna que perder; que mientras usted es tenido por una persona irreprochable y perfecta, yo soy universalmente considerado un ladrón, un sobornador y un calumniador. Sea. Pero jamás haré nada que avale esas imputaciones. Cuanto más falto esté de la estima de la humanidad, más cuidado tendré en conservar la mía propia. Jamás, por miedo o por cualquier otro motivo equivocado, haré nada de lo que pueda avergonzarme.

»Usted está decidido a ser mi enemigo jurado. No he merecido en medida alguna ese odio eterno. Siempre le he tenido en gran estima. Durante mucho tiempo he preferido exponerme a toda suerte de desventuras, antes que revelar el secreto tan caro para usted. No me contenían sus amenazas (¿cuánto más podría hacerme sufrir de lo que me ha hecho sufrir ya?), sino la humanidad de mi corazón, en el que debía haber puesto usted su confianza, y no en ningún medio violento. ¿Cuál es la misteriosa venganza que puede ejercer contra mí? Ya me amenazó antes; no puede amenazarme más ahora. Está agotando las fuentes del terror. ¡Haga conmigo lo que quiera! Usted mismo me enseña a escucharle con impávida y desesperada firmeza. ¡Recuerde! Yo no me he decidido a dar el paso que ahora me reprocha hasta que me he visto en la última extremidad: he sufrido todo lo que la naturaleza humana puede sufrir; he vivido en constante alarma y sobresalto; por dos veces me ha venido la idea de suicidarme. Ahora siento haber dado el paso que me reprocha. Pero, empujado a la desesperación por ese acoso implacable, no he tenido tiempo de pensarlo fríamente ni de recapacitar. Ni siquiera ahora abrigo sentimiento ninguno de venganza contra usted. Estoy dispuesto a acceder a todo lo que sea razonable, a todo lo que pueda contribuir verdaderamente a su seguridad. Pero no me dejaré arrastrar a cometer un acto que repugna a la razón, a la integridad y a la justicia».

El señor Falkland me escuchó con asombro e impaciencia. No había esperado encontrar en mí la firmeza que demostraba. Varias veces se le crispó el semblante a causa de la furia que le hervía en el pecho e hizo ademán de interrumpirme, aunque le contuvo el aplomo de mi actitud, y quizá un deseo de conocer a fondo mi estado de ánimo. Cuando hube

terminado, siguió callado un momento; la cólera le fue creciendo gradualmente, hasta que no fue capaz de dominarla.

—¡Muy bien! —dijo, rechinándole los dientes y dando una patada en el suelo—. ¡Rechazas la transacción que te ofrezco! ¡No he podido convencerte! ¡Me desafías! Pero al menos tengo un poder sobre ti, y lo voy a emplear; un poder que te va a reducir a átomos. No volveré a intentar razonar contigo. ¡Sé lo que soy, y lo que puedo ser! ¡Y sé también qué eres tú, y qué te tiene reservado el destino!

Dicho esto, abandonó la habitación.

Ésos fueron los términos de esta memorable entrevista. La impresión que dejó en mí es imborrable. La figura y actitud del señor Falkland, su mortal debilidad y deterioro, su energía y su rabia terrible, las palabras que había dicho, los motivos que le animaban, produjeron en mí una mezcla de sentimientos que nada de la misma naturaleza habría podido igualar. La visión de su desdicha me estremeció de pies a cabeza. ¡Qué leve es, comparado con el suyo, el infierno imaginario que el enemigo de la humanidad lleva consigo en las representaciones que hacen de él!

De esta reflexión, mi conciencia volvió a las amenazas que había proferido contra mí. Todas eran misteriosas e imprecisas. Había hablado de poder, pero no había dado ninguna pista de la que inferir en qué consistía. Había hablado de desdicha, pero no había dicho ni media palabra sobre la naturaleza de la desdicha que pretendía acarrearme.

Seguí un rato sentado, dando vueltas a estos pensamientos. Ni el señor Falkland ni nadie entraron a turbar mi meditación. Me levanté; abandoné el aposento y salí a la calle. Nadie intentó molestarme. ¡Era extraño! ¿Qué poder era ése que me iba a hacer sufrir tanto, aunque al parecer me dejaba en plena libertad? Empezaba a pensar que todo lo que había dicho mi terrible adversario era mera locura y extravagancia, que había perdido el juicio, que desde hacía tiempo no le servía más que para atormentarle. Pero en ese caso, ¿iría a utilizar a Ginés, del que ya se había servido antes, para ejercer violencia contra mí?

Seguí andando por las calles con gran cautela. Escrutaba adelante y atrás hasta donde me permitía la oscuridad, a fin de que nadie volviera a seguirme con intenciones aviesas sin yo saberlo. No salía de los límites de la

ciudad, ya que consideraba las calles, las casas y los habitantes elementos que me proporcionaban cierta seguridad. Y andaba de este modo lleno de recelo y prevención, cuando vi a Thomas, el criado del señor Falkland al que me he referido en más de una ocasión. Venía hacia mí con ademán tan decidido que se me disipó al punto el temor de que trajera ningún propósito insidioso. Además, aunque Thomas era rústico e inculto, yo siempre le había tenido una estima más que regular.

—Thomas —dije cuando estuvo cerca—; supongo que te has brindado a traerme la feliz noticia de que al fin me he librado del espantoso peligro que durante tantos meses me ha amenazado sin piedad.

—No —replicó Thomas con aspereza—. No me he brindado ni mucho menos. No sé qué pensar de este asunto. Cuando estabas en prisión de aquella manera miserable, casi te llegué a querer; pero ahora que eso ha terminado y andas libremente por el mundo, me enciende la sangre verte. Viéndote, casi me pareces el Williams en cuyas manos habría confiado mi vida; sin embargo, detrás de ese rostro sonriente acecha el robo, la mentira y todo lo que es ingrato y sanguinario. Tu última acción supera a todas las demás. ¿Cómo has podido resucitar esa cruel historia sobre el señor Tyrrel, al que todo el mundo tiene el buen acuerdo de no volver a mencionar delante del señor, y de cuya muerte sé que sabes que es inocente como un recién nacido? ¡Tiene que haber alguna razón muy poderosa, de lo contrario desearía con toda el alma no volverte a ver jamás!

—¿Aún persistes en pensar mal de mí?

—¡Peor! ¡Pienso de ti peor que nunca! Antes pensaba que eras todo lo malvado que puede ser un hombre. No sé qué se te ocurrirá a continuación; pero confirmas el dicho de que, cuando el diablo tira, no hay sino que andar.

—Así que no van a tener fin mis desdichas. ¿Qué desventura más grande puede tramar el señor Falkland que la de concitar contra mí el odio y la mala opinión de la humanidad?

—¿Tramar contra ti el señor Falkland? Es el mejor amigo que tienes en el mundo, a pesar de que te portas con él como el más ruin de los traidores. ¡Pobre hombre! Da verdadera pena verle: es la viva imagen del sufrimiento. Y no estoy seguro de que no sea todo por culpa tuya. Al menos, eres quien le ha acabado de hundir en esa desdicha que le estaba minando. Han tenido

una buena él y el señor Foresten Hace bien el señor Forester en enfurecerse con mi señor, por haberte salvado la vida no compareciendo en el juicio. Jura que te detendrá y te juzgará en el próximo periodo de sesiones judiciales; pero mi señor está decidido a llevar las cosas a su modo. Dice que la ley no permitirá que el señor Forester se salga con la suya. Verle luchar en tu beneficio, oírle juzgar tu malicia con una inocencia y mansedumbre de cordero, y pensar en las ruindades que andas diciendo de él, es un espectáculo que nadie vería repetido aunque recorriese el mundo entero. ¡Por el amor de Dios, arrepiéntete de tus fechorías, y procura ofrecerle la reparación que esté a tu alcance! ¡Piensa en tu pobre alma, antes de que despiertes, como ten la seguridad de que despertarás un día de éstos, en el fuego y el azufre eternos!

Dicho esto, extendió la mano y cogió la mía. Me pareció un gesto extraño, pero al principio pensé que era un movimiento de solemne y bienintencionada amonestación. Sin embargo, noté que me ponía algo en ella. Acto seguido me la soltó, y huyó con la celeridad de una flecha. Lo que me había dado era un billete de veinte libras. No me cupo duda de que era el señor Falkland quien le había encomendado que me lo entregase.

¿Qué debía inferir de esto? ¿Qué luz arrojaba sobre las intenciones de mi inexorable perseguidor? Su animosidad contra mí era tan grande como siempre; acababa de confirmármela personalmente. Sin embargo, parecía atemperar su animadversión con detalles de humanidad: le asignaba a ésta un círculo lo bastante ancho para incluir la satisfacción de sus metas, y la detenía ahí. Pero este descubrimiento no representaba ningún consuelo para mí. No sabía cuánta desdicha estaba yo destinado a soportar hasta que él considerase saciadas su hambre de honor y su sed desordenada de fama.

Otra pregunta se me planteó. ¿Debía aceptar el dinero que acababan de ponerme en la mano? ¿El dinero del hombre que me había infligido sufrimientos, no tan grandes como los que se había hecho a sí mismo, es cierto, pero que eran los más despiadados que un ser humano podía ocasionar a un semejante?, ¿que me había arruinado la juventud, me había destruido la paz, me había convertido en blanco del odio de la humanidad y en un proscrito sobre la faz de la tierra?, ¿que había fraguado las falsedades más ruines y atroces, y las había sostenido con tal seriedad y perseverancia

que habían sido universalmente creídas?, ¿que una hora antes me había prometido irreconciliable enemistad y jurado acarrearme infinita aflicción? ¿No revelaría así un espíritu despreciable y abyecto, que me rebajaba ante la tiranía, y que besaba las manos que estaban manchadas con mi sangre?

Pero, si bien éstas eran sólidas razones, no carecían de réplica. Necesitaba ese dinero; no para nada superfluo, sino para lo más e imprescindible y elemental. El hombre, allí donde esté, debería encontrar un medio de subsistencia; y yo tenía que emprender una nueva vida, irme a algún lugar remoto, estar preparado contra la malevolencia de la humanidad y los inéditos planes de hostilidad del enemigo más encarnizado. Los actuales medios de vida son propiedad de todos. ¿Qué me impide aceptar aquello de lo que tengo necesidad, cuando aceptándolo no corro el riesgo de desatar ninguna venganza ni cometer ninguna violencia? El dinero en cuestión será beneficioso para mí, y el quedármelo no supone ningún perjuicio para su anterior propietario: ¿qué otra condición puedo exigir para convertir en un deber el hacer uso de él? Su anterior dueño me ha causado gran daño; pero ¿altera eso el valor de este dinero como medio de intercambio? Quizá se jacte de la imaginaria obligación que he contraído con él; pero retroceder ante una acción correcta en sí misma, ante un temor así, sólo es fruto de la cortedad y la cobardía.

Capítulo XIII

Movido por estas reflexiones, decidí quedarme con lo que me habían puesto en la mano. Mi siguiente preocupación era qué lugar escoger como refugio de esa vida que acababa de salvar de las garras del verdugo. El peligro que corría ahora de ver rotas mis expectativas era probablemente menor en algunos aspectos que antes de esta crisis. Además, en todas las deliberaciones me influía bastante la gran aversión que me inspiraba la situación en que me había encontrado recientemente. Ignoraba cómo se proponía el señor Falkland llevar a cabo su venganza; pero sentía un rechazo tan insuperable a disfrazarme y a la idea de pasarme la vida adoptando una personalidad fingida, que era incapaz de conciliar mi ánimo con nada de ese género, al menos por el momento. La misma clase de aversión había concebido a la metrópoli, donde había vivido tantas horas de artificio, tristeza y terror. Así que me incliné por el proyecto que primitivamente me había parecido más atractivo, de retirarme a algún lugar remoto y rural de paz y oscuridad, donde durante unos años —quizá durante el tiempo que viviera el señor Falkland—, imaginaba que podría ocultarme del mundo, curar las heridas del espíritu que había recibido en esta relación fatal, ordenar y mejorar la experiencia que había acumulado, cultivar las facultades que poseyera, y ocupar mis días en actividades sencillas y en el trato con personas cándidas, incultas y bienintencionadas. Las amenazas de mi perseguidor parecían augurar el truncamiento inexorable de estos planes. Con todo, juzgué sensato dejar a un lado tales amenazas; las comparé con la muerte, que irremediablemente nos ha de llegar no sabemos cuándo, al año que viene, a la semana que viene, o mañana, pero de la que debe hacer caso omiso todo el que quiera acometer una empresa importante o bien concertada.

Éstas son las reflexiones que determinaron mi elección. Así trazó mi espíritu juvenil el proyecto de los años venideros, con las amenazas de desventura presente resonando aún en mis oídos. Estaba acostumbrado a percibir el daño, al extremo de que los roncos rugidos de la tormenta habían perdido el poder de arrebatarme la paz. Sin embargo consideré necesario, mientras me hallase claramente al alcance de mi enemigo, estar todo lo alerta que pudiese. Procuraba no aventurarme por lugares oscuros o solitarios. Al abandonar la ciudad lo hice en diligencia, evidente medio de protección contra cualquier ataque airado o brutal. De este modo, me exponía a ser molestado en el camino tanto como el hombre que carece de motivos para sentir tal temor. Una vez que puse distancia por medio, relajé un poco mi cautela… aunque con cierta conciencia de peligro, y perseguido constantemente por la imagen de mi enemigo. Decidí establecer mi centro de operaciones en un oscuro pueblo de Gales. Me pareció, mientras buscaba alojamiento, un buen lugar: era limpio, alegre y de aspecto sencillo. Estaba alejado de todo camino público y frecuentado, y no había en él nada que mereciese el título de comercio. Su entorno era gratamente variado, tenía rincones agrestes y románticos, y campos ricos y productivos.

Aquí busqué trabajo en dos profesiones: primero como relojero, actividad en la que, si bien el aprendizaje que había recibido no era grande, compensaba mi deficiencia con mi ingeniosidad para la mecánica; y en segundo lugar como profesor de matemáticas y sus aplicaciones prácticas: geografía, astronomía, agrimensura y navegación. Con ninguna de las dos podía ganar mucho en el oscuro retiro que había escogido; pero si mis ingresos eran modestos, mis gastos eran más pequeños aún. Aquí trabé amistad con el vicario, el boticario, el abogado y demás personajes que desde tiempo inmemorial se consideran lo selecto de una sociedad de este tipo. Cada uno de ellos concentraba cierto número de ocupaciones. El vicario tenía poco aspecto de tal, salvo cuando llegaba el domingo; durante el resto de la semana condescendía a arar, recoger las vacas y ordeñarlas con mano evangélica. El boticario oficiaba de vez en cuando de barbero, y el abogado era también el maestro de la escuela.

Estas personas me acogieron con simpatía y hospitalidad. Entre gente que vive lejos del bullicio del mundo reina un espíritu de franca confianza,

gracias al cual un forastero encuentra fácil acceso a su benevolencia y generosidad. Las situaciones por las que había pasado no habían despojado mis modales de la sencillez de la vida rural, y las penalidades sufridas me habían suavizado en cierto modo el carácter. En este ambiente no había nadie que pudiese hacerme sombra. Hasta aquí se me había catalogado maquinalmente como no residente; pero el maestro de escuela, que no aspiraba a las alturas sublimes de la ciencia que yo declaraba impartir, estaba deseoso de acogerme como colega en la empresa de civilizar la rusticidad de sus convecinos. Para el vicario, civilizar no formaba parte de su labor: su labor tenía que ver con una vida mejor, no con los intereses carnales del mundo material; lo cierto es que tenía el pensamiento más ocupado en su avena y sus vacas que en otra cosa.

No eran estas personas, sin embargo, la única relación social que encontré en este lugar remoto: había una familia muy diferente, con la que poco a poco fui trabando amistad. El padre era un hombre inteligente y discreto, cuyo interés principal se orientaba hacia los asuntos agrícolas. Su esposa era una mujer realmente admirable y extraordinaria. Era hija de un noble napolitano que, después de visitar y destacar en todos los países de Europa, había recibido finalmente un golpe fatal del destino en este pueblo. Le habían expulsado de su país como sospechoso de herejía religiosa y política, confiscándole todas sus propiedades. Como Próspero en la *Tempestad*, se había retirado con esta hija única a una de las regiones más oscuras e incultas del mundo. Pero poco después de llegar a Gales contrajo unas fiebres malignas que se lo llevaron en tres días. Murió sin otro capital que algunas joyas, y una pequeña cantidad de dinero en un banco inglés.

Aquí quedó, pues, la pequeña Laura, abandonada en un país extraño y sin un amigo. El padre de su actual marido, movido por un puro sentimiento de humanidad, trató de mitigar las angustias del italiano moribundo. Aunque hombre sencillo, sin cultura ni dotes especiales, tenía algo en la expresión de su rostro que decidió al extranjero, en ese trance, a nombrarle su albacea y tutor de su hija. El napolitano hablaba el suficiente inglés para explicarle su deseo al hombre amable que le asistía en su lecho de muerte. Dados sus pocos recursos, envió a su país a los dos criados del extranjero, una pareja italiana, poco después de morir su señor.

Laura contaba entonces ocho años. A esa tierna edad, había podido recibir poca instrucción; y, al crecer, incluso el recuerdo de su padre se fue volviendo vago e indistinto en la memoria. Pero había recibido algo de él, junto con la vida —o quizá era consecuencia de la educación que le había dado—, que el tiempo no fue capaz de borrar. Cada año de su vida contribuía a desarrollar el caudal de sus cualidades. Leía, observaba, meditaba. Sin instructores, aprendió a dibujar, cantar y comprender las lenguas europeas más cultas. Como no tenía otra relación social en este apartado lugar que la de los campesinos, carecía de la conciencia del honor o superioridad que le conferían estos conocimientos; sino que los cultivaba por un gusto secreto, y porque eran para ella fuente de satisfacción personal.

Un afecto mutuo surgió gradualmente entre ella y el único hijo de su protector. Su padre le había orientado desde su niñez hacia las labores y deportes del campo, por lo que había poca relación entre sus intereses y los de Laura. Pero éste era un inconveniente que ella tardó en descubrir. No estaba habituada a compartir sus pasatiempos preferidos, y la costumbre, en aquel entonces, incluso le había hecho suponer que se debían a un deseo adicional de disfrutar en soledad. El joven campesino poseía una gran integridad, un corazón bondadoso, y una extraordinaria sensatez. Era lozano, bien proporcionado, y su buen natural hacía amables sus modales. Laura nunca había visto cualidades más excelentes en ningún ser humano desde la muerte de su padre. De hecho, apenas se consideraba desgraciada en su situación, dado que, en su estado de abandono e indigencia, es poco probable, si pensamos en los hábitos e ideas que hoy imperan, que sus méritos, sin la asistencia de la fortuna, le hubieran procurado una alianza matrimonial igual.

Cuando se convirtió en madre, un nuevo afecto afloró a su corazón. Ahora le vino una idea que nunca se le había ocurrido: que al menos en sus hijos podía hallar compañeros con los que compartir sus ocupaciones favoritas. En la época en que llegué yo, era madre de cuatro, el mayor de los cuales era chico. Con todos había sido solícita institutriz. Quizá le vino bien practicar este ejercicio intelectual. Fue justo en la etapa en que se empieza a perder el gozo que la vida humana extrae de la novedad. Eso la animó y le

dio renovadas energías. Es imposible, quizá, que las aptitudes de la inteligencia no caigan con el tiempo en el abandono si no las ayuda la influencia de la sociedad y el afecto.

El hijo que el granjero galés tuvo con esta admirable mujer contaba unos diecisiete años cuando me establecí en su vecindad. La hermana que le seguía tenía un año menos. La familia formaba un grupo con el que cualquier amante de la paz y la virtud se habría sentido encantado de tener alguna clase de relación. De modo que es fácil imaginar cuánto me alegré de trabar amistad con ellos en este remoto retiro, sufriendo —como consideraba que sufría yo— el maltrato y el abandono de mi especie. La amable Laura poseía una mirada prodigiosamente viva y sagaz; pero este rasgo de su expresión estaba atemperado por una dulzura de disposición como jamás había visto yo en el rostro de ningún ser humano. Pronto me distinguió con su dulzura y su amistad; porque viviendo como vivía, aunque conocía las producciones escritas de una inteligencia cultivada, nunca había tratado con una persona culta, aparte de su padre. Le encantaba charlar conmigo sobre la literatura y el gusto; me invitó interesada a ayudarla en la educación de sus hijos. El mayor, aunque joven, había aprendido y avanzado tan venturosamente en manos de su madre que hallé en él casi las cualidades más esenciales que exigimos en un amigo. El compromiso y la inclinación me inducían igualmente a pasar la mayor parte del día en esta agradable sociedad. Laura me trataba como si fuese de la familia; y a veces no me parecía imposible que algún día pudiera convertirse esto en realidad. ¡Qué hogar más envidiable para mí, que no había conocido otra cosa que adversidades, y no me atrevía a esperar descubrir amabilidad ni comprensión en el semblante de ser humano ninguno!

Los lazos de amistad que pronto surgieron entre esta amable familia y yo se fueron haciendo más fuertes de día en día. En cada entrevista aumentaba la confianza que la madre tenía en mí. Y a medida que se prolongaba nuestro trato, iba aumentando una amistad que parecía extender sus raíces en todas direcciones. Hay mil detalles menudos en el desarrollo de una relación que a unos conocidos normales y corrientes no se les ocurriría ni los entenderían. Yo honraba y respetaba a Laura como madre. Porque, aunque nuestra diferencia de edad no autorizaba en absoluto tal sentimiento, me lo

sugería de forma irresistible el hecho de que siempre se presentara a mi observación bajo el aspecto maternal. Su hijo era un joven inteligente, generoso y de conocimientos nada desdeñables, si bien su tierna edad y la excepcional valía de su madre restaban algo de independencia a sus juicios y le inspiraban una especie de deferencia religiosa hacia los de ella. En la hija mayor veía yo la imagen de Laura; razón por la que me tenía prendado por el momento, y a veces concebía posible que más adelante aprendiese a quererla por sí misma… ¡Ay, así me deleitaba yo en visiones de años venideros, cuando la realidad era que me hallaba al borde del abismo!

Quizá parezca extraño que no confiara nunca los detalles de mi historia a esta amable matrona ni a mi joven amigo… porque casi me atrevo a darle tal título a su hijo. Pero la verdad es que odiaba su mismo recuerdo; todas mis esperanzas de felicidad las ponía en la perspectiva de consignarla al olvido. Me placía pensar que así ocurriría: en medio de mi inesperada felicidad, apenas me acordaba de las amenazas del señor Falkland; o si me venían a la memoria, tendía a concederles poco crédito.

Un día, estando a solas con la exquisita Laura, pronunció su nombre terrible. El corazón me dio un vuelco, asombrado de que una mujer como ella —que no conocía a nadie, que vivía en un rincón del universo por así decir, que jamás había tenido contacto con ningún círculo elegante—, de que esta admirable y fascinante ermitaña, por algún inexplicable azar, hubiera tenido noticia de ese nombre terrible. El asombro, no obstante, no fue la única emoción que me embargó. Palidecí; me levanté de la silla; traté de volver a sentarme; salí tambaleante del aposento, y corrí a refugiarme en la soledad. Lo inesperado del incidente me cogió desprevenido y me nubló las facultades. La perspicaz Laura notó mi reacción, aunque no le dio importancia en ese momento, y debió de pensar por mi actitud que si me preguntaba al respecto me colocaría en una situación violenta; el caso es que reprimió caritativamente su curiosidad.

Después averigüé que el señor Falkland había sido amigo del padre de Laura: que conocía el episodio del conde Malavesi, y de muchos otros asuntos que contribuían al prestigio del distinguido inglés. El napolitano había dejado cartas que hacían referencia a tales asuntos, y hablaban del señor Falkland en los términos más elogiosos. Laura conservaba todas las

pequeñas reliquias de su padre con una especie de veneración religiosa. Y debido a esto, el nombre del señor Falkland estaba vinculado en su memoria a una estima ilimitada.

El escenario a mi alrededor me era quizá más grato de lo que habría sido para la mayoría de las personas de mi cultura. Atormentado por la persecución y la zozobra, sangrando por casi todas las venas, no había nada que anhelara más que el descanso y la paz. Me sentía, al menos en esos momentos, con todas las facultades exhaustas a causa de la intensidad de sus esfuerzos, y con una necesidad inaplazable de tenerlas en suspenso algún tiempo.

Ésta sensación, sin embargo, fue transitoria: siempre había mantenido activo el cerebro, y probablemente debía a los sufrimientos soportados, y a la intensa y creciente sensibilidad a que dieron lugar, el que encontrara nuevas energías. Pronto experimenté deseos de adoptar alguna ocupación que me exigiese esfuerzo y concentración. En este estado de ánimo me encontraba cuando descubrí por casualidad, en un rincón de la casa de un vecino, un diccionario general de cuatro lenguas nórdicas. Esta casualidad dio orientación a mis pensamientos. Había sentido atracción por las lenguas en mi juventud; así que decidí iniciar, para mi uso particular al menos, un análisis etimológico de la lengua inglesa. Veía que este trabajo era provechoso para una persona en mi situación, y que un pequeño número de libros me proporcionarían tarea para bastante tiempo. Me procuré otros diccionarios. En mis lecturas casuales, anotaba las acepciones en que se usaban las palabras, y utilizaba estas observaciones para ilustración de mi estudio general. Trabajaba de manera ininterrumpida, y la recopilación prometía ser abundante. Así, esta tarea me proporcionaba trabajo y distracción, contribuyendo a que apartase aún más el pensamiento de mis pasadas desventuras.

En este estado tan grato a mis sentimientos discurrían las semanas una tras otra sin interrupciones ni alarmas. Mi situación era ahora en cierto modo semejante a la que había gozado en mis primeros años, con la ventaja de unas relaciones sociales más atractivas, y un juicio más maduro. Empecé a recordar el estadio intermedio como un sueño inquieto y torturador; o más bien mis sentimientos eran quizá los del hombre que despierta de un

periodo de delirio, pesadillas horribles sobre huidas y persecuciones, ¡de un periodo de angustia y desesperación! Cuando recordaba lo que había sufrido, no dejaba de producirme satisfacción pensar que era agua pasada; cada día aumentaba mi esperanza de que no volviera nunca más. ¡Sin duda las amenazas oscuras y terribles del señor Falkland fueron más desahogos de su espíritu furioso que resultado de un plan fríamente meditado! ¡Cuánto más feliz que el común de los hombres debía sentirme si, después de los terrores sufridos, me encontraba con que había recobrado inesperadamente la inmunidad del ser humano!

Y sucedió que, mientras me tranquilizaba a mí mismo con estos amables razonamientos, llegaron unos albañiles con sus peones para hacer ciertas ampliaciones en una de las mejores casas del pueblo que había cambiado de dueño. El hecho no habría podido ser más trivial, de no ser por su extraña coincidencia con cierto cambio que se operó en mi situación. Este cambio se manifestó al principio en una especie de reserva con que empezaron a tratarme una tras otra mis nuevas amistades. Les notaba reacios a trabar conversación conmigo, y respondían a mis preguntas con confusión y embarazo. Cuando me cruzaba con ellos en la calle o en el campo, les mudaba la expresión, y trataban de evitarme. Mis alumnos me dejaron uno tras otro, y me quedé sin trabajo en mi profesión manual. Me es imposible describir los sentimientos que producía en mí esta revolución gradual pero ininterrumpida. Era como si tuviese una enfermedad contagiosa de la que todos huían con alarma, dejándome que pereciera solo. Pedí a uno tras otro que me explicasen a qué se debía este cambio, pero todos contestaron de forma evasiva y ambigua. A veces creía que todo era producto de mi imaginación; hasta que la repetición de dicha conducta me devolvió dolorosamente a la realidad. Hay pocas cosas que nos afecten más hondamente que un cambio en la conducta de nuestros semejantes de importancia para nuestros intereses, y al que no le encontramos una razón plausible. A veces me inclinaba a creer que el cambio no se había operado en los demás, sino que algún trastorno de mi cerebro generaba esta impresión insoportable. Me esforzaba en despertar de este sueño y volver a mi antiguo estado de dicha y sosiego; pero en vano. A la misma consideración puede atribuirse que, ignorando el origen del mal,

observando su constante aumento, y hallándolo de naturaleza absolutamente arbitraria, era incapaz de descubrir sus límites, o hasta dónde me oprimiría.

En medio de esta situación asombrosa y aparentemente inexplicable, me vino de pronto una idea que ya no me fue posible desechar: ¡es Falkland! En vano me esforcé en razonar la improbabilidad de tal suposición. En vano me decía: «El señor Falkland, aunque inteligente y lleno de recursos, se vale de medios naturales, no de medios sobrenaturales». Puede caer sobre mí por sorpresa cuando menos lo espere; pero no puede hacer nada si no es por medio de algún agente visible, aunque resulte difícil descubrir la conexión de ese agente y su inductor. No puede, como esos personajes invisibles que dicen que se entrometen a veces en los asuntos humanos, cabalgar los vientos, envolverse en las nubes y la oscuridad impenetrable, y sembrar la destrucción en el mundo desde su morada secreta. Así apaciguaba mi imaginación, y trataba de convencerme de que mi actual desdicha tenía un origen distinto del de la primera. Todos los males me parecían insignificantes comparados con el recuerdo y perpetuación de mi primera desventura. Me sentía como un hombre aturdido por la incongruencia entre mis ideas respecto a mi situación actual, que excluían las maquinaciones del señor Falkland; y el horror que me producía la mera posibilidad de topar nuevamente con su animosidad tras un paréntesis de muchas semanas; paréntesis que había esperado que fuera definitivo. Un intervalo así era un siglo para una persona que había vivido como yo tanto tiempo en una situación angustiosa. Pero a pesar de mis esfuerzos, no podía desterrar de mi cerebro esa terrible posibilidad. Por lo que sabía del genio y perseverancia del señor Falkland, me costaba creer que hubiera nada inalcanzable para él. No sabría exponer mis propias opiniones sobre los límites de las causas materiales y los poderes de la mente humana. El señor Falkland había sido siempre motivo de asombro para mí, y lo que suscita nuestro asombro difícilmente nos consideramos capacitados para analizarlo.

Como es fácil comprender, una de las primeras personas a las que acudí en busca de explicación a este misterio espantoso fue la competente Laura. La decepción me hirió en lo más vivo. No me lo esperaba. Conocía su ingenuidad natural, la franqueza de su trato, la predilección con que me

había distinguido. Si me mortificaban la frialdad, la rudeza, el cruel error de principios con que los habitantes del pueblo rechazaban mis preguntas, esa mortificación sólo me hizo buscar con más vehemencia la cura de mis dudas en esta persona admirada. «En Laura —me dije— estoy a salvo de esos prejuicios vulgares. Confío en su sentido de la justicia. Estoy seguro de que no me despedirá sin escucharme, sin estudiar el asunto desde todos los ángulos en que puedan afectar a cuanto es valioso para la persona a la que en otro tiempo estimó».

Así animado, me dirigí a donde vivía. Al llegar, apelé a todo mi recogimiento, a todas mis facultades. «Me podrán hundir en la desdicha —me dije—, pero no será por no haber luchado por lo que promete conducirme a la felicidad. Le expondré el caso con claridad, sencillez, sosiego y toda franqueza del mundo. No omitiré nada que considere necesario. No abordaré nada que tenga relación con mi antiguo enfrentamiento con el señor Falkland; pero si averiguo que mi actual desgracia tiene que ver con él, seguro que podré conjurarla con una explicación sincera».

Llamé a la puerta. Apareció una criada; me comunicó que la señora esperaba que la excusase: me suplicaba que la dispensara de recibirme.

Me quedé de piedra. Había estado preparándome mentalmente para lo que pudiese ocurrir; pero no había entrado en mis cálculos esta eventualidad. Me irritó un poco. Me marché sin decir palabra.

Aún no me había alejado mucho, cuando me alcanzó uno de los peones, y me tendió una nota. Ponía lo siguiente:

Señor Williams:

Le ruego que no nos visite más. Creo tener derecho a esperar que me complazca en esto que le pido; con esa condición le perdono la enorme falta de corrección y la improcedencia con que se ha conducido conmigo y con mi familia.

Laura Denison.

Fue indecible la impresión que me causaron estas pocas líneas. En ellas vi la espantosa confirmación de la adversidad que me acosaba en todas partes. Pero lo que más me afectó fue la frialdad con que parecían estar

escritas. Esa frialdad de Laura, mi consuelo, mi amiga, ¡mi madre! ¡Me echaba, me despachaba, definitivamente, sin la menor contemplación!

A pesar de su súplica, empero, a pesar de su frialdad, decidí tener una explicación con ella. No desesperaba de vencer su prevención contra mí. Sabía que no tendría la reacción vulgar e indigna de condenar a un hombre, en asuntos tan vitales para su felicidad, sin decirle qué acusaciones se esgrimían contra él, ni darle ocasión de defenderse.

Aunque no dudaba que conseguiría verla en su casa si mostraba determinación, prefería cogerla desprevenida, y no calentar su ánimo con una discusión previa. Así que a la mañana siguiente, a la hora en que solía salir a tomar el aire y hacer un poco de ejercicio, acudí a su jardín, salté la valla, y me escondí. Poco después, desde mi escondite, vi salir al grupo más joven de la familia, y alejarse hacia el campo. No me interesaba encontrarme con ellos. Les seguí, no obstante, procurando que no me vieran; y no pude por menos de preguntarme, con un profundo suspiro, si no les estaba viendo por última vez.

No se hallaban aún muy lejos, cuando apareció la madre. Observé en ella su habitual serenidad y dulzura de expresión. El corazón me golpeaba contra las costillas. Mi ser entero era un torbellino. Salí de mi refugio y, a medida que me acercaba, fui acelerando el paso.

—¡Señora —exclamé—, le suplico por Dios que me escuche! ¡No me rehúya!

—No, señor —replicó ella—; no le rehúyo. Quería que me ahorrase usted este encuentro. Pero, dado que no lo puedo evitar… no creo hacer nada malo; así que, aunque me es doloroso, no me inspira ningún temor.

—¡Ah, señora —contesté—, amiga mía! ¡Persona de toda mi consideración! ¡A la que una vez me atreví a llamar madre! ¿Cómo puede no querer escucharme? ¿Cómo puede no desear verme justificado, cualquiera que sea el juicio desfavorable que le hayan dado de mí?

—Ni un átomo. No tengo ni deseos ni inclinación a escucharle. No hay coloración que pueda volver honesto el chisme que pretende lisa y llanamente destruir la reputación de la persona a la que se refiere.

—¡Por Dios! ¿Cómo puede ocurrírsele condenar a un hombre, cuando no ha oído más que una parte de su historia?

—Puedo hacerlo —replicó—, y con dignidad. Está muy bien en algunos casos la norma de escuchar a las dos partes; pero sería ridículo suponer que no hay otros tan claros de primeras que no admiten ni un asomo de duda. Con una bien concertada defensa, puede darme nuevos motivos para admirar sus habilidades; pero ya las conozco. Puedo admirarlas, y no por eso tolerar su manera de ser.

—¡Señora! ¡Amable y ejemplar Laura, a la que venero pese a toda su dureza e inflexibilidad! ¡Le suplico por lo más sagrado que me diga qué la ha llenado de tan súbita aversión hacia mí!

—No, señor; jamás obtendrá eso de mí. Nada tengo que decirle. Me he detenido a escucharle porque la virtud desdeña parecer que se avergüenza y se desconcierta en presencia del vicio. En mi opinión, su conducta le condena incluso en este instante. La verdadera virtud rechaza el fárrago de la explicación y la excusa. La verdadera virtud brilla con luz propia y no necesita que la embellezca ningún arte. Aún tiene usted que aprender los primeros principios de la moral.

—¿Y supone que la conducta más recta es siempre superior al peligro de la ambigüedad?

—Exactamente. La virtud, señor, consiste en acciones y no en palabras. El hombre bueno y el hombre malo son tipos opuestos, no tipos que se diferencien por matices imperceptibles. La Providencia que a todos nos gobierna no ha permitido que andemos sin una guía en la más importante de las cuestiones. La elocuencia puede tratar de confundirla; pero yo me ocuparé de neutralizarla. No permitiré que nadie descarríe mi entendimiento, y se me oculten a la percepción las diferencias entre unas cosas y otras.

—¡Señora, señora! Es evidente que no hablaría usted así si no hubiera vivido siempre en este rincón oscuro, si conociese las pasiones y las instituciones de los hombres.

—Puede ser. Y si es ése el caso, tengo buenos motivos para agradecer a Dios, que así me lo ha permitido, haber preservado la inocencia de mi corazón y la integridad de mi entendimiento.

—¿Cree, entonces, que la ignorancia es el único o más seguro medio de preservar la integridad?

—Señor, ya le he dicho al principio, y vuelvo a repetirle, que es inútil su perorata. Ojalá me hubiera ahorrado a mí y a usted mismo este dolor, que es lo único que va a conseguir. Pero supongamos que la virtud fuera alguna vez la cosa equívoca que me quiere hacer creer. ¿Acaso, de haber sido usted honrado, no me habría puesto al corriente de su historia? ¿Acaso habría dejado que me enterara por accidente, con todo el horrible agravamiento que ese accidente le da, como sabe usted muy bien? ¿Acaso habría violado la más sagrada de las confianzas, y habría dejado que permitiese sin saberlo la relación de mis hijos con una persona que aun siendo sustancialmente honesta, como pretende, no puede negar que está maldita y estigmatizada ante el mundo entero? Váyase, señor; le desprecio. Es usted un monstruo, no un hombre. No puedo decir si mi experiencia personal me induce a error, pero para mí, esa última acción suya ha sido peor que todas las demás juntas. La naturaleza me ha puesto como protectora de mis hijos. Siempre veré con resentimiento el daño imborrable que les ha hecho. Me ha herido en el corazón, y me ha enseñado a qué abismo de villanía puede llegar el hombre.

—Señora, no puedo seguir callado un momento más. Veo que por algún medio le ha llegado la historia del señor Falkland.

—Así es. Y me asombra que tenga el descaro de pronunciar su nombre. Ese nombre designa, hasta donde alcanza mi memoria, al más eminente de los mortales, al hombre más sabio y generoso.

—Señora, es deber para conmigo mismo corregirla a ese respecto. El señor Falkland…

—Señor Williams, veo que regresan mis hijos; vienen en esta dirección. Lo más bajo que ha cometido en su vida ha sido imponérseles solapadamente como instructor. Insisto en que deje de verlos. Le pido que se calle. Le ordeno que se retire. Si persiste en su absurda pretensión de disculparse ante mí, deberá escoger otro momento.

No podía continuar. En cierto modo, este diálogo me estaba destrozando el corazón. No podía prolongar el sufrimiento de esta mujer admirable a la que, aunque inocente de los crímenes que me atribuía, había causado ya tamo dolor. Cedí a la autoridad de sus órdenes, y me retiré.

Sin saber por qué, me fui corriendo de la presencia de Laura a mi

domicilio. Al entrar en la casa donde ocupaba un cuarto la hallé totalmente desierta de sus habitantes habituales. La mujer y sus hijos habían salido a disfrutar de la frescura de la brisa. El marido había acudido a su trabajo como de costumbre. Las personas del pueblo, en esta parte del país, cierran la puerta durante el día con un simple pestillo. Entré, y me dirigí a la cocina de la familia. Aquí, al mirar a mi alrededor, descubrí por casualidad, en un rincón, un papel en el suelo. Por una asociación que no puedo explicar, sentí en mí un gran recelo y curiosidad. Me agaché ansiosamente, lo cogí, y descubrí que era el mismísimo prospecto de *La asombrosa y sorprendente historia de Caleb Williams* cuyo descubrimiento, hacia el final de mi estancia en Londres, me había causado una angustia indecible.

Este descubrimiento aclaró todo el misterio que se cernía sobre mis últimas relaciones. A las dudas que me habían estado atormentando sucedió la odiosa e insoportable certeza: me fulminó como un rayo. Un súbito embotamiento, unas náuseas insoportables invadieron todo mi ser.

¿No había ninguna esperanza para mí? ¿No servía de nada que me hubieran absuelto? ¿No había un momento, pasado o por venir, que trajese alivio a mis sufrimientos? ¿Debía seguirme la atroz falsedad que se había fabricado contra mí a donde fuese, despojarme de mi reputación, privarme de la simpatía y benevolencia de la humanidad, arrebatarme el pan que me sostenía?

Por espacio de media hora, quizá, fue tal la angustia que me produjo este fin de mi sosiego, y la comprobación de que a donde fuese me seguiría la hostilidad, que no fui capaz de pensar con coherencia, y mucho menos de llegar a ninguna resolución. Cuando se me pasó este vértigo, y se disipó la calma mortal que había paralizado mis facultades, fue ganando fuerza en mí una sorda tempestad, hasta que me empujó a abandonar inmediatamente este último refugio. No tuve paciencia para entrar en nuevas protestas y explicaciones con los habitantes de mi actual domicilio. Juzgué vana toda esperanza de recobrar la disposición favorable y la tranquilidad de que había disfrutado últimamente. Para enfrentarme con los prejuicios que de este modo se habían alzado contra mí habría tenido que pelear con las más diversas maneras de pensar, y aunque hubiese podido convencer a algunos, no podía esperar conseguirlo con todos. Demasiado había visto cómo

triunfaba la falsedad para ser optimista en cuanto a los efectos de mi inocencia, como habría sido el caso en cualquier otra persona de mis inclinaciones y mi edad. El reciente ejemplo de mi conversación con Laura contribuía sobradamente a desanimarme. No soportaba la idea de combatir con detalle y en las partículas más minúsculas el veneno que se esparcía contra mí. Si alguna vez tuviera que hacerle frente por necesidad, si me persiguieran como a un animal salvaje hasta no tener más remedio que revolverme contra mis perseguidores, buscaría al verdadero causante de este acoso despiadado. Iría a combatir la calumnia en su misma fortaleza, me alzaría con un esfuerzo que hasta aquí no había intentado; ¡y con la firmeza, intrepidez e inalterable constancia que mostraría, obligaría a la humanidad a convencerse de que el señor Falkland era un falso y un asesino!

Capítulo XIV

Concluiré brevemente mi amarga historia. Empecé a escribir poco después del periodo que acabo de referir: es otro recurso que me sugirió mi cerebro, siempre ansioso por idear medios de sustraerme a la desdicha. Con la prisa por abandonar Gales, donde vi confirmada por primera vez la veracidad de las amenazas del señor Falkland, me dejé el aparato de mis investigaciones etimológicas, con todo lo que había escrito sobre la materia. Nunca me he decidido a reanudar ese trabajo. Siempre es desalentador empezar de nuevo una empresa laboriosa, y luchar por situarnos en un estadio donde ya habíamos estado. Ignoraba cuándo o cuán repentinamente me vería expulsado de cualquier nueva situación; los materiales de estudio con los que había estado trabajando eran demasiado molestos para esta clase de vida incierta y dependiente; sólo servían para devolver vigor a la animosidad de mi enemigo, e intensidad a mi desventura perpetuamente renovada.

Pero lo más importante para mí, y lo que más me afectó, fue separarme de la familia de Laura. ¡Insensato de mí, imaginar que podía tener un sitio en la morada de la amistad y de la paz! Ahora era la primera vez que comprendía con insoportable dolor lo radicalmente separado que estaba de la especie humana. Había trabado otras amistades sin mucho interés, y las había visto disolverse sin ningún pesar. Nunca he gozado de los puros refinamientos de la amistad más que en dos casos: el de Collins, y el de la familia de Laura. Soledad, separación, ¡destierro!, son palabras frecuentes en boca de los seres humanos; pero pocos, aparte de mí, han experimentado lo que significan en toda su dimensión. La orgullosa filosofía nos ha enseñado a tratar al hombre como individuo. No lo es: está atado necesariamente, indispensablemente, a su especie. Es como los hermanos siameses que tienen dos cabezas y cuatro brazos, pero que al intentar

separarlos se les condena inevitablemente a una muerte lenta y miserable.

Esta circunstancia, más que ninguna otra, es la que me fue llenando de odio al señor Falkland. No podía pensar su nombre sin sentir una aversión y repugnancia que me parecían más que humanas. Por su intervención, había perdido todo consuelo, todo lo que era felicidad o tenía apariencia de felicidad.

Escribir estas memorias me ha servido de fuente de distracción durante varios años. Durante un tiempo he gozado de esta triste satisfacción. He preferido relatar las desgracias que me han acontecido en el pasado, a contemplar, como hacía en otro tiempo, las que podían traerme en el futuro. Pensaba que mi historia puntualmente consignada reflejaría una veracidad a la que pocos podrían resistirse; o en el peor de los casos, dejándola tras de mí, podría inclinar a la posteridad a hacerme justicia cuando yo ya no estuviera en el mundo, y viendo en mi ejemplo la clase de males que acarrea la sociedad tal como actualmente está constituida, podría inclinar a los hombres a volver su atención hacia la fuente de donde manan esas aguas amargas. Pero han perdido peso estos motivos. Le he cogido aversión a la vida y a todos sus aditamentos. Escribir, que al principio era un recreo, se ha convertido en una carga. Comprimiré en unas breves páginas lo que me queda que contar.

No mucho después del periodo que acabo de referir descubrí la causa exacta del revés que sufrí en Gales; y con esa causa, lo que podía esperar en mis futuras aventuras. El señor Falkland había tomado a sueldo al diabólico Ginés, hombre excepcionalmente capacitado para el servicio al que ahora se dedicaba, por la insensible brutalidad de su carácter, por su audaz y astuta manera de pensar, y por la especial animosidad y deseo de venganza que había concebido contra mí. El trabajo para el que se le había contratado consistía en seguirme de pueblo en pueblo para arruinar mi nombre, e impedir que, prolongando mi residencia en un mismo lugar, ganase una reputación de integridad que diese nuevo peso a cualquier acusación que con el tiempo pudiera sentirme inclinado a hacer. Llegó al pueblo donde yo me había establecido con los albañiles y obreros a los que me he referido; y cuidando de no dejarse ver por mí, se dedicó a propalar lo que a los ojos del mundo parecía ser prueba de la doblez y odiosidad de mi carácter.

Evidentemente, de él procedía el repugnante panfleto que había aparecido, y que descubrí en la casa donde vivía poco antes de abandonarla. En todo esto el señor Falkland no hacía sino tomar una precaución necesaria conforme a sus propios principios. Su manera de ser le hacía rechazar cualquier idea de poner fin a mi vida de modo violento; pero a la vez, mientras yo estuviese vivo nunca estaría él suficientemente a salvo de que le acusase. En cuanto al hecho de conservar a Ginés para esta terrible misión, no quería en absoluto que se conociese públicamente; aunque no miraba en absoluto con terror esa posibilidad. Era ya demasiado notorio para su gusto que hubiese presentado yo los más odiosos cargos contra él. Si bien me consideraba el enemigo de su nombre, las personas que habían tenido ocasión de conocer nuestra historia no sentían el menor rechazo hacia mí por mí mismo. Si alguna vez llegaran a enterarse de los trabajos que se tomaba para que me siguiese la mala reputación, lo considerarían un acto de justicia, quizá un esfuerzo generoso por impedir que otros hombres fuesen engañados y perjudicados como había sido él.

¿Qué expediente debía adoptar yo para contrarrestar la meditada y bárbara cautela que de este modo pretendía privarme de los beneficios y consuelos de la sociedad humana allí donde estuviese? Había uno que rechazaba de plano: disfrazarme. Ya había sufrido demasiadas mortificaciones y limitaciones cuando recurrí a él al principio. Lo tenía asociado en mi memoria a una angustia tan intensa que estaba lejos de considerarlo convincente: ¡no valía la pena comprar la vida a tan alto precio! Pero aunque en eso estaba totalmente decidido, había otra medida que no parecía tan radical, a la que por tanto podía acomodarme: estaba dispuesto, si eso me garantizaba la paz, a adoptar el recurso —poco varonil por otra parte— de vivir bajo nombre fingido.

Pero el cambio de nombre, la instantaneidad con que me mudaba de un pueblo a otro, los lugares remotos y oscuros que escogía para vivir, eran insuficientes para eludir la sagacidad de Ginés y la implacable persistencia con que el señor Falkland incitaba a mi atormentador a perseguirme. Adondequiera que me trasladaba, no tardaba en percibir detrás a mi odiado adversario. No encuentro palabras para describir la impresión que este hecho me producía. Era como ese ojo omnisciente que describen

persiguiendo al pecador y lanzándole un rayo que le despierta de nuevo a la lucidez en el instante en que, de no hacerlo, la naturaleza agotada le sumiría temporalmente en el olvido de los reproches de su conciencia. El sueño huía de mis ojos. No había muros que me ocultaran de la sagacidad de este enemigo odiado. Su industria era en todas partes incansable en generar nueva angustia para mí. No había descanso, no había alivio para mí: jamás tenía un minuto de seguridad; jamás podía envolverme un instante en el velo del olvido. Los momentos en que no le veía estaban contaminados y corrompidos por la perspectiva cierta de su pronta aparición. En mi primer retiro había pasado unas semanas de ilusoria tranquilidad; después, nunca he tenido la suerte de gozar siquiera de esa pálida satisfacción. He pasado unos años inmerso en esa opresión espantosa. Mi estado, en algunos momentos, rayó en la locura.

Cada vez que se repetía la situación adoptaba la misma táctica del principio; no entrar en una contienda de acusaciones y defensas con el execrable Ginés. ¿De qué habría servido? Yo no tenía sino una historia fragmentaria que contar; una historia que habría convencido a los predispuestos en mi favor merced al trato personal; pero ¿lo habría hecho a quienes no me conocían? Una historia plausible mientras había podido ocultarme de mis perseguidores; pero ¿lo sería ahora que parecía eso irrealizable, y procedían a levantar en armas contra mí a una región entera?

Son incalculables los sufrimientos que esta clase de existencia implicaba. ¿Y qué decir de agravamientos tales como el hambre, la mendicidad y la miseria externa? No eran sino consecuencia inevitable. En cada caso, el rechazo de la humanidad me hacía enfrentarme a mi sino. La demora en un momento así sólo servía para que aumentaran mis males; y cuando huía, la debilidad y la penuria eran mis compañeras habituales. Pero esto tenía poca importancia. La indignación unas veces y la tenaz perseverancia otras me sostenían cuando mi naturaleza, abandonada a sí misma, probablemente se habría desmoronado.

Ya he dicho que no soy de los que soportan la adversidad sin intentar evitarla y desarmarla por todos los medios. Reflexionando, como solía hacer, sobre los diversos medios con que podía aliviar mi situación, se me ocurrió una pregunta: ¿Por qué tenía que vivir atormentado por la persecución de

Ginés? ¿Por qué, de hombre a hombre, no alcanzar con mi capacidad intelectual algún ascendiente sobre él? Ahora era él el perseguidor y yo el perseguido; ¿no es esta diferencia mero producto de la imaginación? ¿No podía emplear mi ingenio en atormentarle, en crearle dificultades y reírme de los interminables trabajos a los que estaba condenado?

¡Ay, éstas son especulaciones propias de un espíritu relajado! ¡No es la persecución, sino la desventura que va unida a ella, la que establece la diferencia entre el tirano y la víctima! ¡En lo que respecta al mero esfuerzo corporal, puede que el cazador se encuentre al mismo nivel que el desdichado animal al que persigue! Pero ¿podíamos olvidar Ginés o yo que, en cada etapa, él satisfacía sus pasiones ruines sembrando las acusaciones más infames y concitando contra mí la execración de todo pecho honrado, mientras que yo debía sostener mi repetidamente destruida tranquilidad, mi reputación y mi pan? ¿Acaso podía convertir esta espantosa persecución en deporte por alguna sutileza de la razón? No tenía filosofía que me capacitase para tan extraordinario esfuerzo. Si en otras circunstancias podía haber abrigado semejante ilusión, en el presente caso me sentía limitado por la necesidad de obtener medios de subsistencia y por los grillos que, merced a esta necesidad, imponían a mi esfuerzo las formas de la sociedad humana.

En uno de esos cambios de residencia a que me empujaba repetidamente mi destino me encontré, en un camino que me vi obligado a tomar, con un amigo de mi juventud: mi amigo más antiguo y querido, el venerable Collins. Por una de esas coincidencias desafortunadas que no hacían sino aumentar mi aflicción, este hombre había abandonado •Gran Bretaña unas semanas antes del golpe fatal de fortuna que desde entonces me ha perseguido con implacable ansiedad. El señor Falkland, además de las grandes propiedades que tenía en Inglaterra, poseía una rica hacienda en las Indias Occidentales. Esta hacienda había sido muy mal administrada por la persona que allí tenía designada para dirigirla; y tras varias promesas y evasivas que, aunque sirvieron para entretener la paciencia del señor Falkland, no habían ido acompañadas de ninguna medida salutífera, éste decidió mandar al señor Collins en persona para que enderezase los abusos que allí imperaban hacía ya tiempo. El propósito era que estuviese varios años —si no se establecía definitivamente— en la plantación. Desde esa

hora, hasta la presente, no había vuelto a saber de él.

Yo siempre había considerado su ausencia uno de mis más severos contratiempos. Incluso durante mi infancia, el señor Collins había sido de las primeras personas en concebir grandes esperanzas de que yo hiciera algo importante en la vida, y me había alentado y ayudado más que nadie en mis estudios. Había sido testamentario de la pequeña propiedad de mi padre, que le había nombrado tal por el afecto que existía entre nosotros; y en todos los sentidos juzgaba yo que tenía más derecho a su protección que a la de ningún otro. Siempre he creído que, de haber estado él en el momento crítico de mi suerte, habría llegado a la convicción de mi inocencia; y así convencido, habría intervenido con su carácter venerable y enérgico con suficiente eficacia como para ahorrarme gran parte de mis consiguientes desventuras.

Otro pensamiento tenía yo en la cabeza con más peso para mí, incluso que los apoyos de amistad que podía haber esperado de él. Lo que más agravaba mi actual situación era encontrarme privado de todo afecto humano. Puedo afirmar sin vacilación que la pobreza y el hambre, el errar interminable, la ruina de mi reputación y las maldiciones que acompañaban a mi nombre eran desdichas que carecían de importancia al lado de ésta. Me esforzaba en aferrarme al sentido de mi propia integridad, pero ninguna voz humana en el mundo respondía a la voz de mi conciencia. «Llamaba, pero no había nadie que respondiera; no había nadie que hiciera caso». Para mí, el mundo entero era tan sordo como la tempestad y tan frío como el torpedo. La simpatía, virtud magnética, esencia oculta de nuestra vida, había desaparecido. Pero no era ésa la mayor de mis desdichas: este alimento, tan esencial para toda vida inteligente, parecía renovarse perpetuamente ante mí con sus colores más hermosos, sólo para eludir mi mano cada vez que quería atraparlo y burlarse de mi hambre. De vez en cuando, se me incitaba a desplegar los afectos de mi alma, sólo para verlos angustiosamente rechazados, y experimentar la más mortificante frustración.

Así que nada podía haberme dado una alegría más inmensa que la visión que ahora se ofrecía a mis ojos. Sin embargo, tardamos un poco en reconocernos. Habían transcurrido diez años desde la última vez que nos vimos. El señor Collins parecía mucho más viejo de lo que correspondía a su

edad; además, se le veía pálido, enfermizo, flaco: quebrantos debidos al cambio de clima, particularmente perjudicial para las personas de edad avanzada. A eso hay que añadir el hecho de que le suponía en las Indias Occidentales. Probablemente yo había cambiado como él en ese tiempo. Le reconocí yo primero. Él iba a caballo y yo a pie. Me había adelantado, cuando de repente me di cuenta de quién era; eché a correr; le llamé a voces, incapaz de contener mi emoción.

La intensidad de mi emoción disfrazó el tono normal de mi voz; ya que de otro modo el señor Collins me habría reconocido indefectiblemente. Su vista era borrosa ya; retuvo al caballo y permitió que le alcanzara. Entonces dijo: —¿Quién es usted? No le conozco.

—¡Padre! —exclamé, abrazándole las rodillas con fervor y alegría—; ¡soy su hijo! ¡Su pequeño Caleb de otro tiempo, al que cogió bondadosamente en sus brazos un millón de veces!

La inesperada repetición de mi nombre produjo una especie de estremecimiento a mi amigo, que sin embargo reprimieron su edad, y la serena y benevolente filosofía que era una de sus características más sobresalientes.

—¡No esperaba verte! —contestó—. ¡No lo deseaba!

—¡Mi queridísimo y viejo amigo! —contesté, con una mezcla de respeto e impaciencia—. ¡No diga eso! ¡No tengo en todo el mundo otro amigo que usted! ¡Deje que al menos encuentre simpatía y afecto recíproco en su corazón! ¡Si supiera cuán ansiosamente he pensado en usted durante todo el periodo de su ausencia no me lo pagaría con una decepción tan dolorosa!

—¿Cómo es —dijo el señor Collins con gravedad— que te encuentras en ese desamparo? ¿No es consecuencia inevitable de tus propias acciones?

—¡De las acciones de otros, no mías! ¿No le dice el corazón que soy inocente?

—No. Lo que al principio observé de tu carácter me anunció que serías excepcional. Pero por desgracia, ser excepcional no significa ser bueno; es como una lotería: todo depende de las circunstancias aparentemente más triviales.

—¿Quiere oír mi justificación? Tan seguro como que existo, que puedo convencerle de mi inocencia.

—Naturalmente, te escucharé si quieres. Pero en este momento no puede ser. Me habría gustado rehusar. No me siento con fuerzas, a mis años, para soportar ninguna borrasca, y no soy tan optimista como tú en cuanto al resultado que cabe esperar. ¿De qué vas a convencerme? ¿De que el señor Falkland es un chantajista y un asesino?

No contesté. Mi silencio fue una afirmación a su pregunta.

—¿Y qué beneficio resultaría de esa convicción? Te conocí como un joven prometedor cuyo carácter podía inclinarse a un lado o a otro, según decidieran los acontecimientos. He conocido al señor Falkland en su madurez, y siempre le he tenido por un modelo de bondad y liberalidad. Si pudieses hacer que cambiara mis opiniones, y mostrarme que no existe un criterio por el que pueda evitarse tomar el vicio por virtud, ¿qué beneficio saldría de eso? Tendría que abandonar mi consuelo interior, y todas mis relaciones exteriores. ¿Y para qué? ¿Cuál es tu propósito? ¿La muerte del señor Falkland a manos del verdugo?

—No. No le tocaré un solo cabello, a menos que me vea obligado por el principio de autodefensa. Pero ¿no debe usted hacerme justicia?

—¿Qué justicia? ¿La de proclamar tu inocencia? Sabes las consecuencias que eso implica. Pero no creo que te halle inocente. Aunque lograses confundir mi entendimiento, no lograrás deslumbrarlo. Ha llegado a tal estado la humanidad que cuando la inocencia se ve envuelta en una sospecha difícilmente es capaz demostrar su pureza, mientras que la culpa nos hace sentir a menudo una insuperable aversión a declararla culpable. Entretanto, para comprar esta incertidumbre debo sacrificar la tranquilidad de mi vida. Creo que el señor Falkland es un hombre virtuoso, pero sé que tiene prejuicios: jamás me perdonaría siquiera esta entrevista casual, si llegara a enterarse por algún medio.

—¡Oh, no me ponga como reparo las consecuencias que pueda acarrear! —repliqué con impaciencia—. Tengo derecho a su amabilidad; ¡tengo derecho a su ayuda!

—Lo tienes. Lo tienes hasta cierto punto; pero no es probable que lo tengas de manera ilimitada bajo todos los ángulos. Sabes cuál es mi manera de pensar. Creo que eres rencoroso; pero no considero a los rencorosos merecedores de indignación y de desprecio. Me pareces una máquina: no

estás constituido para rendir gran servicio a tus semejantes, pero me temo que tampoco te lo has rendido a ti mismo; no eres más que lo que las circunstancias te han empujado a ser de manera irresistible. Compadezco tus malas cualidades, pero no siento ninguna hostilidad contra ti; no te tengo más que buena voluntad. Viéndote como ahora te veo, estoy dispuesto a contribuir cuanto pueda en lo que sea verdaderamente beneficioso para ti; y si supiera cómo, con gusto te ayudaría a descubrir y extirpar los errores que te han descarriado. Me has decepcionado, pero no te hago ningún reproche: es más esencial para mí sentir compasión por ti que aumentar tu desdicha con mis reprobaciones.

¿Qué podía decirle a un hombre así? ¿A un hombre tan amable, tan incomparable? Jamás he tenido el ánimo más dolorosamente dividido que en ese momento. Cuanta más admiración despertaba en mí, más imperiosamente me apremiaba el corazón, costara lo que costase, a extorsionar su amistad. Estaba convencido de que el riguroso deber le exigía rechazar toda consideración personal, proceder decididamente a averiguar la verdad, y si al final sentenciaba en mi favor, renunciar a todas las ventajas y, rechazado como me hallaba yo por el mundo, hacer causa común conmigo y esforzarse en compensar la injusticia general. Pero ¿me correspondía a mí obligarle a tomar esa línea de conducta ahora, en el ocaso de su vida, cuando las fuerzas le abandonaban? ¡Ah, ni él ni yo preveíamos la espantosa catástrofe que se cernía! De lo contrario, estoy seguro de que ningún amor a la tranquilidad le habría impedido acceder a lo que le pedía. Por otro lado, ¿podía yo saber qué males le sobrevendrían si se erigía en mi defensor? ¿No sería amenazada y derrotada su integridad como lo había sido la mía? ¿No proporcionaba la debilidad de sus cabellos grises alguna ventaja a mi terrible adversario en la contienda? ¿No podía el señor Falkland reducirle a una condición tan desdichada y miserable como la mía? En realidad, ¿no era una maldad por mi parte pretender implicar a otro ser humano en mis sufrimientos? Si los juzgaba insoportables, razón de más para sufrirlos solo.

Movido por estas reflexiones, dejé que persistiera en su opinión. Dejé que tuviese un juicio severo sobre mí el hombre cuyo afecto más me estimaba en el mundo, antes que implicarle en una posible desgracia. Accedí

a renunciar al que en ese momento me parecía el último consuelo asequible de mi vida, el consuelo cuyo pensamiento —aunque renunciaba a él— acariciaba con indecible anhelo. El señor Collins se mostró hondamente afectado ante la evidente ingenuidad con que yo manifestaba mis sentimientos. La lucha secreta de su alma era: «¿Puede ser esto hipocresía? El individuo con el que estoy hablando, si es virtuoso, es una de las personas más virtuosamente desinteresadas del mundo». Nos separamos. El señor Collins prometió permanecer al tanto de mis vicisitudes en la medida que pudiera, y asistirme en todo lo que fuera compatible con una justa conciencia de las consecuencias. Conque me despedí de la última esperanza de mi espíritu, por así decir, y decidí afrontar, herido y desamparado, todos los males que aún me estuvieran reservados.

Es el último incidente que considero digno de registrar por el momento. Seguramente más adelante tendré ocasión de volver a coger la pluma. Aunque han sido grandes e inauditos mis sufrimientos, estoy convencido de que aún me aguardan peores. ¿Qué causa misteriosa es la que permite que escriba todo esto y no perezca víctima de este miedo espantoso?

Capítulo XV

Me lo temía: el presentimiento que tuve ha resultado profético. Ahora debo consignar una nueva y terrible revolución de mi fortuna y mi espíritu.

Después de experimentar diversas situaciones con idéntico resultado, decidí finalmente ponerme fuera del alcance de mi perseguidor, si podía, desterrándome voluntariamente de mi país. Era mi último intento de recobrar la paz, la reputación, y los privilegios a los que la vida humana debe todo su valor. Sin duda en algún clima lejano, me decía, podré hallar la seguridad necesaria para perseverar en mi ocupación; sin duda podré ir con la cabeza alta, relacionarme con los hombres como uno más, adquirir relaciones, ¡y conservarlas! Es inconcebible con qué ardientes esfuerzos del alma aspiraba yo a este final.

El implacable Falkland me negó este último consuelo.

Cuando se me ocurrió este plan me encontraba a no mucha distancia de la costa, por lo que decidí coger inmediatamente un barco en Harwich y pasar a Holanda. Me encaminé, pues, a dicha ciudad, y al llegar me dirigí al puerto. Pero no había ningún barco a punto de zarpar. Salí de allí; busqué posada, y un rato después me retiré a una habitación. Apenas estuve dentro, se abrió la puerta y apareció el hombre cuyo semblante era para mí el más odioso del mundo: Ginés. Cerró inmediatamente tras de sí.

—Muchacho —dijo—, te traigo un pequeño mensaje personal. Vengo en son de amigo, lo cual puede que te ahorre una vana preocupación. Si meditas lo que voy a decirte bajo esa consideración, saldrás ganando. Mi misión ahora, como ves, a falta de otra mejor, es cuidar que no sueltes amarras. No me importa hacerme con un hombre a mi patrono, o pisarle los talones a otro; pero a ti te tengo especial aprecio por ciertas jugadas que ya sabes; ¡así que no me andaré con ceremonias! Hace bastante que me llevas

danzando de aquí para allá, y por el afecto que te tengo, aún me seguirás llevando bastante más, si te empeñas. ¡Pero cuidado con el agua salada! Ésa cae fuera de mi jurisdicción. Por ahora estás prisionero, y me parece que lo seguirás estando toda tu vida, gracias a la pusilanimidad de tu antiguo señor. Si yo mandara en este asunto, otro trato te daría. Si no te parece mal, eres prisionero dentro de ciertos límites; esos límites, que el blando carácter del señor te concede, son toda Inglaterra, Escocia y Gales. Pero ojo con pretender abandonar estas latitudes. El señor está decidido a no dejarte trasponer la esfera de su influencia. Así que ha dado orden de que, cada vez que lo intentes, pases de prisionero teórico a prisionero material. Un amigo mío te ha seguido hasta aquí. Yo estaba cerca. De haber hecho el menor intento de poner el pie a bordo de lo que fuera, habríamos caído sobre ti en un abrir y cerrar de ojos. Te aconsejo que en adelante te mantengas a prudente distancia del mar, por si acaso. Como ves, te digo todo esto por tu bien. A mí me gustaría mucho más que estuvieses en chirona, con una soga alrededor del cuello, y una vista magnífica de la horca. Pero me limito a cumplir lo que me mandan; ¡así que buenas noches!

El mensaje así comunicado me produjo una instantánea revolución tanto en la parte anímica de mi ser como en la animal. Me negué a contestar o a prestar la menor atención al demonio que me la traía. Hoy hace tres días de eso; y desde entonces hasta este momento he tenido la sangre en perpetua ebullición. Mis pensamientos vagan de un horror a otro con increíble celeridad. He perdido el sueño. A duras penas puedo permanecer un minuto seguido en la misma postura. Me ha costado un esfuerzo indecible dominarme lo bastante para añadir unas páginas a mi historia. Pero, aunque no sé qué puede acontecer a cada hora, he decidido obligarme a llevar a cabo esta tarea. No todo marcha bien dentro de mí. ¡Sabe Dios cómo acabaré! A veces tengo miedo de perder por completo el juicio.

¿Cómo —¡oscuro, misterioso, insensible, despiadado tirano!— se ha llegado a esto? Cuando Nerón y Calígula empuñaban el cetro de Roma, era una acción espantosa ofender a estos gobernantes sanguinarios. Su imperio se había extendido ya de latitud a latitud y de mar a mar. Si su desdichada víctima huía hacia donde la luminaria del día nos parece que surge de las olas del océano, los poderes del tirano iban tras él. Si retrocedía a poniente,

a la oscuridad hespérida y las playas de la bárbara Thulé, seguía sin estar a salvo de sus sanguinarios enemigos. ¡Falkland! ¿Eres tú el vástago en el que se conservan fielmente los rasgos de esos déspotas? ¿Se ha creado el mundo con todos sus climas inútilmente para tu desamparada, inofensiva víctima?

¡Tiembla!

¡Han temblado los tiranos incluso con sus ejércitos de jenízaros a su alrededor! ¿Qué puede hacerte inalcanzable a mi furia? ¡No, no voy utilizar ninguna daga! ¡Revelaré una historia…! ¡Te presentaré tal como eres, y daré a conocer mi verdad a todos los hombres de la tierra! ¿Creías que iba a permanecer inactivo, que soy un mero gusano, constituido para sentir dolor pero no resentimiento? ¿Creías que no había peligro en infligirme sufrimientos por espantosos que fueran, aflicciones por insoportables que me resultaran? ¿Me creías impotente, débil, idiota, sin cerebro para tramar tu ruina y sin energía para perpetrarla?

¡Todo lo contaré! ¡La justicia del país no tendrá más remedio que oírme! ¡No podrán interrumpirme los elementos naturales en conmoción universal! ¡Hablaré con voz más temible que el trueno! ¿Por qué va a suponerse que me mueve a hacerlo ningún motivo deshonroso? ¡Ahora no estoy sometido a ningún proceso! ¡No parecerá que trato de librarme de una acusación criminal volviéndola contra su autor! ¿Lamentaré la ruina que caerá sobre ti? ¡Demasiado tiempo he sido paciente y compasivo! ¿Qué beneficio he sacado de esa equivocada clemencia? ¡No hay mal que hayas tenido reparo en acumular sobre mí! ¡Tampoco yo lo voy a tener! ¡No has tenido piedad, y no recibirás ninguna! ¡He de conservar la calma! ¡Ser valiente como el león, pero sin perder la sangre fría!

Éste es un momento decisivo. Sé —estoy convencido— que saldré triunfante y aplastaré a mi pretendidamente omnipotente enemigo. Pero si no es así, al menos no saldrá ganando en todo. Su reputación no será inmortal como cree. Estas páginas se encargarán de preservar la verdad: un día se publicarán, y entonces el mundo nos hará justicia a los dos. Con esa idea en el pensamiento, no moriré sin consuelo. No se puede consentir que la falsedad y la tiranía reinen eternamente.

¡Qué ineficaces son las precauciones que el hombre toma contra las

leyes eternamente existentes del mundo del intelecto! Este Falkland ha inventado contra mí toda suerte de acusaciones. Me ha perseguido de ciudad en ciudad. Ha trazado límites a mi alrededor para que no pueda escapar. Ha puesto tras de mí a sus rastreadores de presas humanas. Quizá me suprima del mundo… ¡No le servirá de nada! Con este pequeño instrumento, con esta pluma, voy a desbaratar todas sus maquinaciones; ¡le asestaré el golpe en el punto que más ha querido proteger!

¡Collins! Ahora me dirijo a usted: he consentido que me vuelva la espalda en este trance terrible. Prefiero morir antes que hacer nada que perjudique su tranquilidad. Pero escuche (¡aún sigue siendo mi padre!): le suplico por el amor que siempre me ha tenido, por las bondades con que me ha favorecido, por la comprensión y el cariño que ahora siente mi alma por usted, por mi inocencia (¡porque, si son éstas las últimas palabras que escribo, moriré proclamando mi inocencia!), por todos estos lazos u otros más sagrados que tengan alguna influencia en su alma, ¡le suplico que atienda mi última petición! ¡Preserve estas páginas de la destrucción, y presérvelas de Falkland! ¡Es todo lo que le pido! He tomado medidas para mandárselas de un modo seguro; ¡y tengo la firme confianza de que un día verán la luz pública!

¡La pluma se demora en mis dedos temblorosos! ¿Me queda algo por decir? Nunca he podido averiguar el contenido del fatídico baúl del que dimanan todas mis desventuras. Al principio creía que guardaba algún instrumento homicida o alguna reliquia relacionada con la muerte del infortunado Tyrrel. Ahora me inclino a creer que el secreto que encierra es una relación fiel de ese hecho y de los pasos que dio para ello, escrita por el propio señor Falkland, guardada para, si sucediese lo peor (que por alguna contingencia imprevisible se conociera su culpabilidad) compensar el naufragio de su reputación. Pero la verdad o la falsedad de esta conjetura carece de importancia. Si Falkland no es descubierto a entera satisfacción del mundo, probablemente esa relación jamás verá la luz. En tal caso, esta historia mía puede suplirla ampliamente, quizá severamente.

No sé qué me inclina a ponerme tan solemne. Tengo el presentimiento de que jamás volveré a ser dueño de mí mismo. Si consigo lo que ahora planeo respecto a Falkland, no será necesario enviar estos papeles: no

tendré por qué recurrir al artificio y el destierro. Si no lo consigo, esta precaución habrá sido una prudente medida.

Posdata

Todo ha terminado. He llevado a cabo lo que me proponía. Mi situación ha cambiado por entero: ahora me siento aquí a dar cuenta de lo ocurrido. Durante varias semanas, tras la conclusión de este espantoso asunto, seguía estando con el ánimo demasiado agitado para escribir. Ahora me encuentro lo bastante capaz de ordenar mis ideas para hacerlo. ¡Dios mío! ¡Qué tremendos, qué terribles son los sucesos ocurridos desde la última vez que cogí la pluma! ¡No es extraño que fueran solemnes mis pensamientos, y que tuviera el espíritu lleno de horribles presagios!

En cuanto tomé la decisión, abandoné Harwich y me dirigí a la capital del condado donde residía el señor Falkland. Yo sabía que llevaba a Ginés detrás de mí; pero me daba igual. Quizá se extrañara de la dirección que tomaba, pero ignoraba mis intenciones: mi idea era un secreto que guardaba cuidadosamente en mi pecho. No sin una sensación de terror, entré en la ciudad que había sido escenario de mi larga prisión. En cuanto puse los pies en ella me dirigí a la casa del magistrado para no dar tiempo a mi adversario a que frustrase mi propósito.

Le dije quién era, y que venía desde un remoto rincón del reino a presentar una acusación de asesinato contra mi antiguo patrono. Ya le era familiar mi nombre. Me contestó que no podía aceptar mi declaración, que yo era universalmente execrado en esta parte del mundo, y que de ningún modo estaba dispuesto a ser vehículo de mi ruindad.

Le advertí que pensase bien lo que hacía. No le estaba suplicando ningún favor; sólo acudía a él por la función oficial que desempeñaba. ¿Asumía la responsabilidad de desechar a su antojo una acusación de naturaleza tan compleja? Había venido a acusar de varios homicidios al señor Falkland; él

sabía que yo estaba, y por eso me hallaba en constante peligro de caer víctima de su malevolencia y su sed de venganza. Estaba decidido a llevar adelante el caso si lograba obtener justicia en algún tribunal de Inglaterra. ¿Con qué pretexto rechazaba mi denuncia? Yo era en todos los sentidos un testigo válido. Tenía edad para comprender la naturaleza de un juramento; era dueño de mis facultades; no estaba manchado por el veredicto de ningún jurado ni por la sentencia de ningún juez. Su opinión personal sobre mi reputación no alteraba en nada las leyes del país. Le insistí que nos sometiese a un careo al señor Falkland y a mí, con la seguridad de que vería justificada la denuncia a satisfacción del mundo entero. Si pensaba que no bastaba mi testimonio para prenderle, me contentaba con que le notificase mi denuncia y le ordenase comparecer.

Al verme tan decidido, el magistrado juzgó conveniente bajar un poco el tono. Ya no se negó tajantemente a oír mi petición, sino que se avino a razonar conmigo. Me habló del estado de salud del señor Falkland, muy precario desde hacía unos años, motivo por el cual se había sometido a los más rigurosos reconocimientos; de la diabólica maldad que sólo podía inspirar mi denuncia, y de la multiplicada ruina que atraería sobre mi propia cabeza. Mi respuesta a todas estas razones fue escueta: estaba determinado a seguir adelante, y arrostraría todas las consecuencias. Al final accedió a dictar una orden de comparecencia, enviando al señor Falkland notificación de los cargos presentados contra él.

Tres días transcurrieron antes de que se diera un nuevo paso en este asunto, intervalo que no contribuyó ni mucho menos a sosegarme. La idea de presentar una acusación capital contra un hombre como el señor Falkland, precipitando de ese modo su muerte, no era precisamente un hipnótico para mi conciencia. Unas veces me inclinaba por la acción, como justa venganza (porque la mansedumbre de mi carácter se había vuelto hiel), como necesaria autodefensa, o como lo que (de manera imparcial y filantrópica) podría considerarse un mal menor; otras veces, me atormentaban las dudas. Pero pese a estas fluctuaciones del ánimo, estaba decidido a seguir. Me sentía arrastrado por una especie de torrente irresistible. Las consecuencias eran como para encoger el corazón más intrépido: o la ejecución ignominiosa del hombre al que había venerado en

otro tiempo (y del que ahora pensaba a veces que no carecía de derecho a que le siguiera venerando); o la confirmación, quizá el aumento, de las calamidades que yo llevaba soportando hacía años. Sin embargo, prefería esas consecuencias a la incertidumbre. Quería saber lo peor; poner fin a la esperanza (por débil que fuera) que durante tanto tiempo había sido mi tormento; y sobre todo, quería agotar y terminar el catálogo de recursos que tenía a mi disposición. Mi espíritu estaba al borde del frenesí. Mi cuerpo ardía a causa de la agitación de mis pensamientos. Cuando me llevaba la mano a la cabeza o al pecho, me parecía que me la iba a quemar, de lo que me ardían. No podía permanecer sentado un momento. Mi constante deseo era desear que llegara y pasase el instante espantoso que tan ansiosamente había invocado.

Tres días más tarde me encontré frente al señor Falkland delante del magistrado al que había presentado la denuncia. Sólo tuve dos horas de tiempo para prepararme. El señor Falkland parecía tan deseoso como yo de llegar a donde fuese, y acabar de una vez. Antes del interrogatorio pude saber que determinado asunto había llamado al señor Forester al Continente, y que Collins, cuya salud sabía yo que era precaria, se encontraba en cama gravemente enfermo. El viaje a las Indias Occidentales le había minado la salud. La asistencia con que me encontré en casa del magistrado la formaban varios señores y otras personas escogidas para la ocasión; y el propósito era, como en el caso anterior en cierto modo, encontrar un término medio entre el aire de sospecha de un interrogatorio privado y la indelicadeza (como se calificó), de un interrogatorio expuesto a la curiosidad de cualquier espectador ocioso.

No puedo concebir una impresión más grande que la que me produjo la visión del señor Falkland. La última vez que le había visto tenía un aspecto macilento, espectral, desencajado; sus gestos eran enérgicos, y su expresión frenética. Pero ahora parecía un cadáver: incapaz de tenerse de pie, agotado; y casi destrozado por el reciente viaje que había hecho, le habían traído en una silla de manos. Tenía la cara descolorida; sus miembros carecían de movimiento, casi de vida. La cabeza le colgaba sobre el pecho; aunque la levantaba de vez en cuando, abría unos ojos lánguidos, y a continuación la dejaba caer, adoptando de nuevo su aparente insensibilidad

anterior. Daba la sensación de que no le quedaban más de tres horas de vida. Hacía semanas que no salía de su aposento, de modo que había recibido la citación en la cama; sus órdenes de que no se le ahorrase ninguna carta o documento eran tan tajantes que nadie se atrevió a desobedecerlas. Leyendo la citación le había acometido un grave acceso; pero en cuanto se recobró, insistió en que le llevasen con la mayor celeridad al lugar de la citación. Seguía siendo Falkland, pese a su total desvalimiento: firme en mandar, y capaz de imponer obediencia a todo el que se le acercaba.

¡Qué espectáculo fue para mí! Hasta el instante de su aparición, sentía mi pecho acorazado contra la compasión. Creía que había analizado fríamente el caso (en un estado de intensa vehemencia, la pasión siempre parece frialdad al que está dominado por ella) y que había decidido con justicia e imparcialidad. Creía que si permitían al señor Falkland seguir con sus intrigas, los dos seríamos desgraciados. Creía que, merced a la resolución que había tomado, estaba en mi poder librarme de mi parte de desdicha sin aumentar grandemente la suya. Así que me parecía estricta equidad y justicia —como podría desear cualquier espectador imparcial— que fuese desgraciada una persona en vez de dos; que se incapacitara a una persona en vez de dos, para desempeñar su función y contribuir al bien general. Pensaba que en esto me colocaba por encima de toda consideración personal, y que hacía abstracción de cuanto podía sugerirme mi amor propio. Es cierto que el señor Falkland era mortal: pero, pese a su evidente deterioro, aún podía vivir mucho tiempo. ¿Debía resignarme a consumir los mejores años de mi vida en esta miserable situación? Él había afirmado que mantendría eternamente incólume su reputación; ésa era su pasión dominante, la idea que arrastraba a su alma a la locura. Así que probablemente me dejaría un legado de persecución que recibiría de manos de Ginés o de algún otro villano igualmente atroz cuando él no estuviese ya en el mundo. Ahora o nunca era el momento de liberar mi vida futura de este sufrimiento inacabable.

Pero todos estos razonamientos sutilmente tejidos se desvanecieron ante la figura que ahora tenía ante mí. ¿Iba a pisotear a un hombre que no era ya sino un despojo? ¿A dirigir mi animosidad contra alguien a quien el

curso de la naturaleza había llevado a la tumba? ¿A envenenar los últimos instantes de una persona como Falkland con los términos más insoportables para el oído? Imposible. Sin duda había algún error espantoso en el discurso que me había inducido a provocar esta escena odiosa. Sin duda había un remedio mejor y más generoso contra los males que me atosigaban.

Demasiado tarde: ya no podía enmendar el error que había cometido. Aquí estaba Falkland, oficialmente traído ante el magistrado para que respondiese a una acusación de asesinato. Aquí estaba yo, autor declarado de esa acusación, solemne y sagradamente comprometido a sostenerla. Ésa era mi situación; y así situado, me llamaron inmediatamente a declarar. Se estremeció todo mi ser: con toda el alma hubiera querido que fuese ése el último instante de mi vida. No obstante, pensé que lo que ahora debía hacer ineludiblemente era desnudar las emociones de mi alma ante el auditorio. Miré primero al señor Falkland, al magistrado, a todos los presentes, y finalmente al señor Falkland otra vez. Y con voz ahogada por la angustia, empecé: —¿Por qué no podré borrar los cuatro últimos días de mi vida? ¿Cómo es posible que haya estado tan obcecado, tan ansioso por llevar a cabo un propósito tan diabólico? ¡Ojalá hubiese seguido el consejo del juez que me escucha, o hubiese acatado al bienintencionado despotismo de su autoridad! ¡Hasta aquí he sido sólo desventurado; en adelante me consideraré despreciable! ¡Hasta aquí, aunque tratado con dureza por la humanidad, me había absuelto el tribunal de mi propia conciencia! ¡No había colmado la medida de mi vileza!

»¡Ojalá pudiera retirarme de este lugar sin añadir una palabra más! Arrostraría las consecuencias, aceptaría cualquier acusación de cobardía, desvergüenza y falsedad, antes que aumentar el peso de mi desdicha con el que abruma al señor Falkland. Pero la situación y las exigencias del propio señor Falkland me lo impiden. Él mismo, cuyo estado me mueve a olvidar mis intereses, me empujaría a acusarle para así poder llevar a efecto su justificación: confesaré por tanto cada sentimiento de mi corazón.

»Ninguna penitencia, ninguna angustia puede expiar la locura y crueldad de este último acto mío. Pero el señor Falkland sabe bien (lo afirmo en su presencia) cuán en contra de mi voluntad recurro a este extremo. Le he venerado: era digno de veneración; le he querido: está adornado de

cualidades rayanas en lo divino.

»Desde el momento de conocerle sentí la más ferviente admiración. Condescendió a alentarme; me uní a él con todo mi afecto. Al no verle feliz, traté de descubrir con curiosidad el secreto de su aflicción: y ése fue el principio de mi desdicha.

»¿Qué tengo que decir? Él fue quien mató efectivamente a Tyrrel; él quien consintió que ejecutaran a los Hawkins sabiendo que eran inocentes y que el único culpable era él. Tras sucesivas suposiciones, tras varias indiscreciones por mi parte y algunas insinuaciones por la suya, me reveló finalmente la fatídica historia.

»¡Señor Falkland! ¡Le exhorto solemnemente a que haga memoria! ¿Alguna vez me mostré indigno de su confianza? El secreto era un peso de lo más doloroso para mí; la insensatez más grande del mundo me llevó atolondradamente a tomar posesión de él; pero me habría dejado matar mil veces antes que revelarlo. Fueron el celo de sus propios pensamientos y el peso que agobiaba su espíritu lo que le llevó a vigilar mis movimientos, y a sentir alarma ante cada detalle de mi conducta.

»Empezó depositando su confianza en mí; ¿por qué no la conservó? El mal que resultara de mi imprudencia original habría sido relativamente pequeño. Me amenazó: ¿iba por eso a traicionarle? Una palabra de mis labios en aquel momento me habría librado para siempre de sus amenazas. Las soporté durante mucho tiempo, y al final abandoné su servicio y me convertí en mudo fugitivo. ¿Por qué no consintió que me marchara? Me volvió a traer con astucia y violencia, y me acusó injustificadamente de una enormidad. ¿Dije yo una sola palabra del asesinato, del secreto que poseía?

»¿Qué hombre ha sufrido más que yo la injusticia de la sociedad? He sido acusado de una infamia que mi corazón abomina. He sido enviado a la cárcel. No enumeraré los horrores de mi prisión, el más leve de los cuales haría estremecer a la humanidad. ¡He estado a punto de ser enviado a la horca! Joven, ambicioso, amante de la vida, inocente como un recién nacido, ¡he esperado mi fin en la horca! Pensaba que una palabra de decidida acusación contra mi señor podría liberarme, y sin embargo permanecí callado, armado de paciencia, dudando si era preferible acusar o morir. ¿Es eso una muestra de que no soy digno de confianza?

»Decidí escapar de la prisión. Con infinitas dificultades y repetidos fracasos, logré por último mi propósito. Al punto se publicó una proclama ofreciendo cien guineas por mi captura. Me vi obligado a buscar refugio entre el desecho de la sociedad, con una banda de ladrones. Afronté los peligros más graves cuando llegué a ese escondite, y también al abandonarlo. Después anduve vagando por casi todo el reino, sumido en la pobreza y la miseria, con el riesgo constante de que me prendieran, me esposaran, y me llevaran de nuevo como un malhechor. Quise huir del país, pero se me impidió. Tuve que recurrir a varios disfraces. Era inocente, y sin embargo me vi obligado a utilizar ardides y subterfugios propios de los peores villanos. En Londres sufrí tantas alarmas y sobresaltos como en mi huida por el país. ¿Me decidieron estas persecuciones a poner fin a mi silencio? No: las soporté con paciencia y resignación; no hice intento alguno de volverlas contra su autor. Finalmente, caí en manos de bribones que se alimentan de sangre humana. En este trance terrible, intenté por primera vez apartar de mí ese peso convirtiéndome en delator. Por fortuna, el magistrado de Londres escuchó mi historia con manifiesto desprecio.

»No tardé en arrepentirme de mi precipitación y alegrarme de mi fracaso. Reconozco que el señor Falkland se mostró humanitario conmigo en varias ocasiones durante ese tiempo: podía haber impedido mi huida de la cárcel al principio; contribuyó a mi subsistencia durante el tiempo que estuve preso; no tomó parte en la persecución emprendida contra mí; y finalmente procuró mi descargo cuando me llevaron ante el tribunal. Aunque yo ignoraba gran parte de esas consideraciones: le imaginaba mi perseguidor implacable. No podía olvidar que, cualquiera que fuese la desgracia que me sobreviniera, tenía origen en su fabricada acusación.

»La causa contra mí por delito grave ha sido sobreseída. ¿Por qué no consintió él entonces que acabaran mis sufrimientos y dejó que escondiera mi cabeza cansada en algún rincón oscuro y tranquilo? ¿No había probado suficientemente mi constancia y fidelidad? ¿No era más discreto y seguro llegar a un acuerdo? Pero la inquieta y celosa ansiedad del señor Falkland no le permitía albergar un solo átomo de confianza. El único trato que me propuso fue que firmara de mi puño y letra la confesión de que soy un malvado. Rechacé semejante transacción, y desde entonces me he visto

obligado a huir de pueblo en pueblo, privado de la paz, la honra, incluso del pan. Durante mucho tiempo he persistido en mi decisión de que ningún trance me convirtiera en agresor. En mala hora presté oídos finalmente a mi resentimiento y mi desesperación: ese odioso error es el que ha ocasionado la actual escena.

»Ahora veo ese error en toda su dimensión. Estoy seguro de que, si hubiese abierto mi pecho al señor Falkland, si le hubiese contado en privado la historia que ahora estoy contando aquí, no se habría negado a mi razonable petición. Después de todas sus precauciones, habría confiado finalmente en mi discreción. ¿Podía estar seguro de que nadie me iba a creer si me empujaba a revelar lo que sabía y a defenderlo con todas mis energías? Y si estaba en todo caso a mi merced, ¿dónde debía buscar su seguridad, en la reconciliación o en la crueldad implacable?

»El señor Falkland es de naturaleza noble. Sí; a pesar de la tragedia de Tyrrel, del desdichado fin de los Hawkins, y de todo lo que me ha hecho sufrir a mí, proclamo que posee virtudes de lo más laudables. Es por tanto imposible que se hubiera resistido a una sincera y ferviente llamada a la razón, a la franqueza, y al calor con que se vuelca el alma. Desesperé cuando era justamente ocasión de hacer el experimento; pero mi desesperación ha sido criminal, ha sido traición a la soberanía de la verdad.

»He contado las cosas como son. Había venido a maldecir, pero estoy bendiciendo. Había venido a acusar, pero no tengo más remedio que dar mi aplauso. ¡Proclamo ante el mundo que el señor Falkland es digno de todo respeto y afecto, y que yo soy el más bajo y odioso de los hombres! Jamás me perdonaré la iniquidad de este día; su recuerdo me atormentará eternamente, y amargará cada hora de mi existencia. Al obrar así he sido un asesino; un frío, deliberado y desalmado asesino: he dicho lo que mi maldita precipitación me ha empujado a decir. ¡Haced conmigo lo que queráis! No pido clemencia ninguna. ¡La muerte será un favor, ante lo que siento!»

Ésas fueron las palabras que me dictó el remordimiento. Me salieron con irresistible impetuosidad porque tenía el corazón traspasado y necesitaba desahogar su angustia. Todos los que me escuchaban estaban petrificados de asombro. Todos los que me escuchaban se deshacían en lágrimas. Incapaces de permanecer impasibles ante el ardor con que ensalzaba las

grandes virtudes de Falkland, exteriorizaban su simpatía con mis muestras de compunción.

¿Y cómo describir los sentimientos de este hombre infortunado? Antes de empezar yo a hablar, parecía hundido, quebrantado, incapaz de resistir ninguna impresión. Al mencionar el asesinato, observé en él un estremecimiento involuntario, contrarrestado en parte por la debilidad de su organismo, y en parte por la energía de su espíritu: fue una alusión que esperaba, y para la que había tratado de prepararse. Pero dije muchas cosas más que él no sospechaba. Cuando manifesté la angustia de mi espíritu, pareció sobresaltarse y alarmarse, pensando que era un recurso para confirmar mi historia. Su indignación contra mí era grande por haberle guardado tanto resentimiento hasta la que podía ser la última hora de su vida; le aumentó cuando creyó que, fingiendo liberalidad y comprensión, iba a dar una nueva vuelta de tuerca a mi hostilidad. Pero al oírme seguir en los mismos términos no pudo resistir más. Comprendió mi sinceridad; le embargaba la pena y la compunción. ¡Se levantó de su asiento apoyándose en sus sirvientes, y —para mi absoluta estupefacción— se arrojó a mis brazos!

—¡Williams —dijo—, has vencido! Demasiado tarde veo la grandeza y altura de tu alma. Confieso que ha sido culpa mía y no tuya; el exceso de celo que siempre ha ardido en mi pecho es el que me ha arrastrado a la ruina. Habría podido resistir cualquier acusación maliciosa que hubieses lanzado contra mí. Pero observo que la sencilla y valiente historia que acabas de contar ha convencido a los que te escuchaban. Se han apagado todas mis esperanzas. Se ha frustrado para siempre lo que más anhelaba. He llevado una vida de crueldades para encubrir una acción depravada y protegerme de los prejuicios de mi especie. Ahora he sido puesto al descubierto. Mi nombre pasará a la historia de la infamia, mientras que tu paciencia, tus virtudes, tu heroísmo recibirán admiración eterna. Me has infligido el más funesto de los daños, pero bendigo la mano que me hiere. Y ahora —volviéndose hacia el magistrado—; ahora, señoría, haga conmigo lo que quiera. Estoy preparado para sufrir toda la venganza de la ley. No podrá infligirme más de lo que merezco. No podrá odiarme más de lo que me odio a mí mismo. Soy el más execrable de los malvados. He arrastrado durante

años (no sé cuántos) una vida de insoportable sufrimiento. Al fin, en recompensa a mis trabajos y mis crímenes, me privan de ella, junto con la frustración de la última esperanza que me quedaba, junto con la destrucción de lo único que daba sentido a mi existencia. Ha merecido la pena vivir esa vida para ver este derrumbamiento final. Si quiere castigarme, deberá apresurar su sentencia; porque, en la medida en que la reputación era la sangre que traía calor a mi corazón, así siento que la muerte y la infamia se van apoderando de mi ser.

Consigno los elogios que me dirigió el señor Falkland, no porque crea que los merezco, sino porque contribuyen a agravar la bajeza de mi crueldad. Sobrevivió tres días a esta escena espantosa. He sido yo el que le ha dado muerte. ¿Es justo que alabara mi paciencia aquél cuya vida y fama han sido víctimas de mi precipitación? Comparado con eso, habría sido un acto de clemencia clavarle una daga en el pecho. Me habría agradecido esa amabilidad. ¡Pero me he portado como un miserable! Le he infligido inexcusablemente una angustia mil veces peor que la muerte. Ahora llevo sobre mí el peso de mi crimen. Tengo su imagen constantemente ante los ojos de la imaginación. Despierto o dormido, no dejo de verle un instante. Parece censurarme benévolamente mi conducta insensible. Vivo sometido a la conciencia del reproche. ¡Ah! ¿Soy el mismo Caleb Williams que hace tan poco se jactaba de ser inocente por grandes que fuesen los males que le llovieran?

Éste es el resultado del plan que me había trazado para librarme de las desdichas que me han perseguido durante años. Creía que si moría Falkland podría volverme hacia todo lo que hace a la vida digna de ser vivida. Oda que si quedaba probada la culpa de Falkland, la fortuna y el mundo juzgarían mis esfuerzos con una sonrisa. Las dos cosas se han cumplido; y es ahora cuando me siento miserable de verdad.

¿Por qué mis reflexiones giran perpetuamente en torno a mí, a mi yo, arrogante consideración que ha sido origen de todos mis errores? ¡Falkland, voy a concentrar mi pensamiento en ti, y a extraer de ese pensamiento alimento perpetuo para mi dolor! ¡Consagraré a tus cenizas una lágrima generosa y desinteresada! ¡No ha vivido un espíritu más noble entre los hijos de los hombres! Tu poder intelectual era realmente sublime, y en tu

pecho ardía una ambición divina. Pero ¿de qué sirve el talento y la sensibilidad en la selva corrompida de la sociedad humana? Éste es un suelo pútrido y hediondo del que el más bello arbusto extrae veneno al crecer. Todo lo que en un campo más feliz y un aire más puro florecería en virtud y fructificaría en utilidad general se convierte así en beleño y belladona.

¡Falkland! Iniciaste tu carrera con la más pura y laudable de las intenciones; pero bebiste el veneno de la caballería en tu más temprana juventud; y la envidia mezquina y vulgar que te recibió cuando volviste a tu tierra se conjuró con la ponzoña para precipitarte a la locura. ¡Pronto, demasiado pronto truncó para siempre este fatal concurso las radiantes esperanzas de tu juventud! Desde aquel momento, seguiste viviendo como un fantasma del honor pretérito. Desde aquel momento, tu benevolencia se transmutó en unos celos enconados y una cautela inflexible. ¡Año tras año pasaste con esa miserable impostura de proyecto, y viviste lo bastante sólo para ver al final frustrada tu última esperanza a causa de mi odiosa y mal juzgada intervención, y acompañada tu muerte por la deshonra más ignominiosa!

Empecé estas memorias con el propósito de vindicar mi reputación. Ya no tengo reputación que vindicar; pero quiero terminarlas para que tu historia sea cabalmente comprendida, y para que, si son conocidos esos errores de tu vida que con tanto empeño quisiste ocultar, al menos el mundo no pueda oír y repetir una historia incompleta y deformada.

FIN

Notas

[1] Un amigo del autor presenció un incidente exactamente igual, hace unos años, en una visita a la prisión de Newgate. (Nota del autor) <<

[2] Una historia muy parecida se halla en el Newgate Calendar, vol. I, pág. 382. (Nota del autor.) <<

[3] Véase John Howard: *The State of the Prisons in England and Wales, 1777-80* (4ª ed. 1792). (Nota del Autor) <<

[4] En caso de *peine forte et dure*; v. *State Trial* vol, I, *anno* 1615. (Nota del Autor) <<

[5] Esto parece una parodia de una célebre anécdota del rey Juan de Francia, que fue apresado por el Príncipe Negro en la batalla de Poitiers. (Nota del autor.) <<

[6] Eugene Aram. Véase el anuario de 1759. (Nota del autor.) <<

[7] William Andrew Horne; id. (Nota del autor.) <<